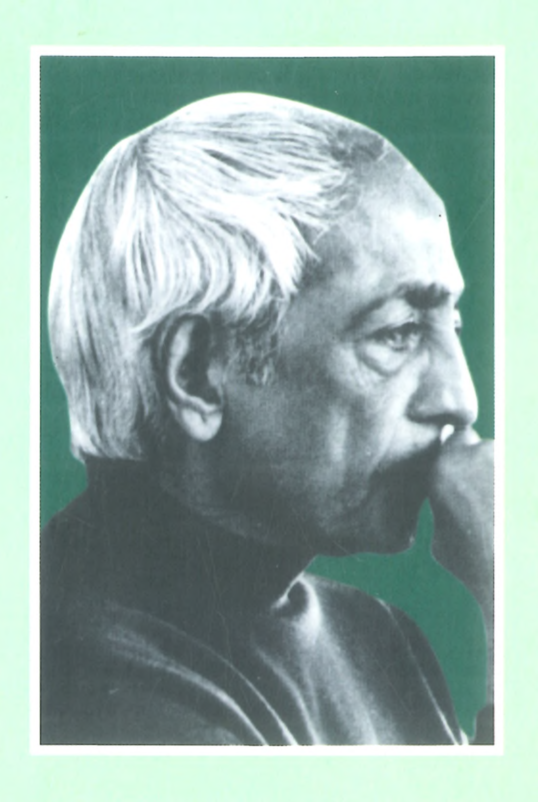
KRISHNAMURTI

ANTOLOGÍA BÁSICA



"La verdad sin caminos"

JIDDU KRISHNAMURTI nació en la India en 1895, siendo recogido a la edad de trece años por la Sociedad Teosófica y educado en Inglaterra.

En 1929 renunció a toda vinculación con dicha sociedad, al rechazar cualquier tipo de organización que jerarquizara la conciencia. Se dedicó durante su vida a dar conferencias por todo el mundo y mantuvo diálogos con renombrados científicos, políticos y líderes religiosos como David Bohm, el Dalai Lama, Aldous Huxley, etcétera.

Urgía a sus oyentes a que fuesen maestros de sí mismos, promoviendo una actitud de autodescubrimiento del conflicto y de la conciencia en general, y rechazaba todo dirigismo religioso o sectario.

Estudió el panorama de la civilización actual, vinculando el nivel de conciencia del ser humano con los problemas sociales.

Creó cuatro fundaciones para conservar sus escritos y conferencias, así como escuelas para niños y jóvenes.

Falleció en California a la edad de 90 años.

Renombrado como un filósofo y maestro espiritual de gran jerarquía, sus conferencias y escritos han inspirado a millones de seres en el mundo.

KRISHNAMURTI

ANTOLOGÍA BÁSICA

«La verdad sin caminos»

OBRAS DE KRISHNAMURTI

Índice

Págs.

Págs.

Prefacio

La *verdad sin caminos: antología introductoria* es una compilación de las enseñanzas de J. Krishnamurti destinada primordialmente a aquellos lectores no familiarizados con su obra. La selección de textos se realizó atendiendo a dos criterios: los problemas que cada ser humano afronta en su vida diaria y el modo original que Krishnamurti tiene de abordarlos.

La antología abarca una serie de géneros en los que Krishnamurti expuso su visión esencial de la vida: pláticas, respuestas a preguntas, escritos, entrevistas, sus propios diarios, dictados, cartas, diálogos y discusiones. Estas selecciones corresponden al periodo más significativo de sus enseñanzas, comprendido entre 1948 y 1983.

Krishnamurti sostenía que la verdad se encuentra más allá de las especulaciones de la mente humana, más allá de «lo conocido, formulado o imaginado», y que en la búsqueda de la verdad «el primer paso es el último». En el sentido en que para Krishnamurti los nuevos comienzos tenían un especial significado, todos somos principiantes en el camino de la vida. Desde este punto de vista, el presente volumen está destinado a todos.

Un ensayo biográfico reseña la juventud de Krishnamurti y esboza el panorama histórico que modeló las bases de sus futuras enseñanzas. El ensayo trata de desvelar, en el periodo correspondiente a los años de formación de Krishnamurti, las fuentes creativas de su vida y filosofía.

Krishnamurti: Los años de formación

CUANDO la reina Victoria era emperatriz de la India, nació un niño en una de las provincias más remotas de los dominios de Su Majestad. Fue en el año 1895, y el lugar Madanapalle, un pueblo en el distrito de Cuddappah de la presidencia de Madrás. El padre del niño, un brahmán telugu llamado Jiddu Narayaniah, ocupaba un humilde puesto en la fiscalía del distrito. Al niño se le puso el nombre de Krishnamurti, que significa encarnación de Krishna.

Cincuenta años antes, Thomas Babbington Macaulay había protagonizado un debate abierto sobre el futuro de la educación en la India. El firme respaldo de Macaulay al inglés como medio de instrucción se basaba en los ideales del progreso[1]. Equiparando a la India del siglo diecinueve con la Europa medieval, Macaulay preguntaba retóricamente si los fondos públicos deberían ser utilizados para enseñar una tradición moribunda en una lengua muerta. Para Macaulay, todo lo concerniente a la política educativa para la India se reducía a una suprema elección: inglés o sánscrito, Newton o

[1] Una discusión a fondo del concepto de progreso puede encontrarse en BURY. Para una visión amplia del periodo inicial del colonialismo en la India, véase TREVELYAN y KOPF. Detalles del debate entre los proponentes del inglés y los orientalistas se reflejan en EMBREE.

Tolomeo, Adam Smith o los Vedas, Milton o el *Mahabharata*, la medicina moderna o la medieval, una Tierra en movimiento o el Sol girando alrededor de una Tierra estacionaria.

C.E. Trevelyan, arquitecto del sistema indio de administración pública y cuñado de Macaulay, pormenorizó los elementos de un *quid pro quo* imperial:

> Los británicos no tenían nada que darles a los indios a excepción de sus conocimientos superiores. Todo lo demás, rentas, honores, ingresos particulares, les fue arrebatado, pero a la larga la mayor parte de los beneficios obtenidos por los británicos serían recompensados con creces[2].

La India entregaría su libertad y recursos materiales a cambio de los beneficios futuros de la cultura y el conocimiento europeos.

Estos victorianos, hombres de carácter liberal, eran devotos de los ideales de la razón, el progreso, la libertad y la perfectibilidad humana. Su país había estado en la vanguardia del progreso del pensamiento científico y había tenido un papel importante en la Revolución Industrial. Dado este antecedente cultural, les resultaba difícil encontrar en las tradiciones indias algo que valiera la pena salvaguardar. Macaulay sostenía que la historia de Gran Bretaña, desde comienzos del siglo diecisiete, era una historia de «mejoramiento físico, moral e intelectual», sin que se pudiera descubrir ningún progreso semejante en la India. Trevelyan reconocía que el pasado de la India debía, «por supuesto», ser estudiado, pero sólo «por razones relacionadas con la investigación de antigüedades». Estos custodios del Imperio eran impulsados por una voluntad de destino que Alfred Lord Tennyson, poeta

---

[2] «Los británicos no tenían nada que darles...» proviene de TREVELYAN (45).

de cámara en tiempos de la reina Victoria, captó en sus versos vehementes:

> No en vano nos llama la distancia.
> Adelante, invadamos el espacio,
> que el gran orbe gire eternamente
> sobre los estridentes rieles del cambio[3].

No todos estaban de acuerdo con los que consiguieron que se impusieran la educación occidental y el idioma inglés en la India. Algunos, como el eminente orientalista H.H. Wilson, fundador del Sanskrit College en Calcuta, creían que el material para la construcción de una nueva India podía encontrarse en su propio pasado. Wilson sostenía que la ciencia y la erudición europeas podían contribuir a que la India reconstruyera su pasado y de ese modo recobrara sus propias fuentes de «mejoramiento intelectual y moral». Tanto los partidarios como los detractores coincidían en las virtudes del método científico y la racionalidad occidentales para promover el desarrollo de la sociedad. Ese supuesto compartido estaba implícito en la forma en que Macaulay contrastaba la ciencia contemporánea con la doctrina medieval, y en la decisión de Wilson de introducir la mecánica, la hidráulica y la óptica en el programa de estudios del Sanskrit College.

Esta batalla desigual entre las culturas europea e india tuvo lugar dentro de un contexto colonial, con todas las ambigüedades y tensiones inherentes a las relaciones entre el poder dominante y sus súbditos. Pero la decisión de Macaulay de optar por la modernidad en vez de por la tradición convenció a intelectuales indios como Raja Ram Mohun Roy, de que la cultura europea era en aquel momento lo más conveniente para la India.

* * *

[3] «No en vano nos llama la distancia...» procede del poema de Tennyson, *Locksley Hall*.

Los padres de Krishnamurti eran completamente ajenos a este debate en torno el panorama global de la India. Como brahmanes, representaban una larga tradición de erudición literaria y sacerdotal, pero su abuelo y su bisabuelo, en respuesta a los cambios de la época, se habían aventurado más allá de los cánones tradicionales de la vida en la India, consiguiendo empleos en la periferia del más amplio y todavía extraño mundo de habla inglesa. A pesar de lo cual, mantuvieron sus raíces ortodoxas y permanecieron fieles a los ciclos rituales que unifican la vida diaria de un brahmán con la familia, la comunidad y el cosmos.

La vida hogareña de una típica familia brahmánica del siglo diecinueve constituía un mundo hermético, autosuficiente y completo en sus ritmos cíclicos. Los hijos varones eran especialmente protegidos: ceremonias rituales presididas por dioses y diosas les proporcionaban amparo contra toda suerte de posibles peligros. A los hijos varones pocas veces se les permitía sentirse frustrados. Se dice que un astrólogo fue llamado para preparar el horóscopo de Krishnamurti al día siguiente de su nacimiento, en el cual se le auguró un gran futuro. A su debido tiempo, siguiendo las antiguas tradiciones, Krishnamurti fue iniciado en la vida de los estudios mediante el trazado ceremonial del símbolo *Aum* sobre una bandeja de plata que con ese fin había sido cubierta de arroz.

Como agente fiscal, el padre de Krishnamurti se ausentaba de casa muy a menudo. La madre de Krishnamurti, Sanjivamma, una mujer devota, de una disposición amable y generosa, se consagró a su familia y a la veneración del dios Krishna. Con la ayuda de su hija mayor, consiguió crear un ambiente de afecto y devoción para su familia numerosa, pues había tenido más hijos, entre ellos Nityananda, después del nacimiento de Krishnamurti.

El ritual es un derecho de nacimiento, pero la disposición religiosa es un don repartido de forma desigual

entre los miembros de una familia. Nitya parecía destinado a cursar estudios incluso antes de que tuviera la edad suficiente para ser admitido en la escuela, mientras que Krishnamurti, ausentado del colegio por padecer de malaria, se vio envuelto en el ambiente de sentimientos religiosos compartidos que había sido creado por su devota madre. Ella le leía historias del *Mahabharata* y del *Ramayana.* Juntos ascendían hasta un pequeño santuario en la cima de una colina y compartían visiones del dios Krishna. Muchos años más tarde, Krishnamurti habría de descartar tales visiones como productos del condicionamiento; si hubiera sido cristiano por nacimiento, podría haber tenido visiones de Jesús. No obstante, en la magnanimidad espiritual de Sanjivamma había una lección que Krishnamurti no acabó de aprender, pero que nunca olvidó por completo. Narayaniah describió la confusa iniciación de Krishnamurti en el ritual cotidiano de la caridad que practicaban los ortodoxos:

> Por la mañana, cuando los mendigos se llegan hasta la casa, tenemos por costumbre enviarles una taza o cuenco de arroz crudo y lo repartimos entre las manos que se tienden una tras otra, hasta que la taza quede vacía. Mi esposa solía enviar a Krishna a dar la limosna, y el pequeño volvía a buscar más, diciendo que lo había echado todo en la bolsa de uno de ellos. Entonces su madre lo acompañaba y le enseñaba cómo darle a cada uno[4].

Una fotografía de Krishnamurti a la edad de dos años muestra a un niño de ojos despiertos y extravertido, atento a la cámara, con una mirada afectuosa. El niño se convirtió en un muchacho compasivo y generoso que con

[4] De un documento dictado por el padre de Krishnamurti, en Madrás, en marzo de 1911, el cual proporciona una relación entrañable de la infancia de Krishnamurti como miembro de una familia brahmánica telugu ortodoxa.

frecuencia sufría ataques de malaria y tenía problemas con las lecciones escolares. No podía entenderlas ni mantenerse al nivel de la clase, y a menudo era maltratado por sus maestros.

Los recuerdos más felices que Krishnamurti retenía de su infancia estaban relacionados con su madre. Pero aquel periodo de seguridad en la convivencia familiar terminó apenas cumplidos los diez años, al perder a su madre y a su querida hermana. «La muerte de mi madre en 1905 nos privó a mis hermanos y a mí de la persona que más nos amaba y más se preocupaba por nosotros. Mi padre estaba demasiado atareado como para atendernos», escribió Krishnamurti ocho años después de aquel suceso, añadiendo que «no había realmente nadie que cuidara de nosotros»[5].

* * *

La religión es uno de los impulsos más misteriosos del ser humano. Etimológicamente, la palabra se deriva de una raíz que significa «atar». Por un lado, la religión une a hombres y mujeres a una comunidad más amplia. Por otro, los vincula con un principio divino, siguiendo los rituales sagrados que marcan las pautas más significativas de la vida, como el nacimiento, la entrada al estado adulto, el matrimonio y la muerte. Las emociones sentidas en estos acontecimientos pueden ser compartidas por la comunidad, exteriorizadas, y, en los momentos críticos de la vida, la participación en un mismo sentimiento

---

[5] Varios detalles de la juventud de Krishnamurti provienen de KRISHNAMURTI 1913, una «autobiografía» escrita cuando tenía dieciocho años. Una versión mecanografiada de este texto de apenas seis páginas fue encontrada entre el material de archivo y los documentos legados por B. Shiva Rao. BALFOUR-CLARKE es una fuente primaria adicional, que aporta memorias de los años durante este periodo en que fue tutor de Krishnamurti y Nityananda.

puede llegar a superar la sensación de aislamiento individual. Los cantos religiosos, los mitos y los rituales pueden expresar memorias colectivas de ansiedades, triunfos, temores y esperanzas. Sacerdotes, poetas y artistas desconocidos han contribuido a esta tradición. La fe y las creencias codificadas representan una fase de las religiones cuando éstas se proponen ampliar sus áreas de influencia y atraer nuevos conversos a su redil.

Veinte años antes del nacimiento de Krishnamurti, un movimiento denominado Teosofía se había iniciado en Estados Unidos, como reacción contra el materialismo y el humanismo científico de la época. Su fundadora, una vidente rusa llamada Helena Petrovna Blavatsky, negaba rotundamente que los seres humanos hubieran evolucionado de los monos y acusaba al cristianismo de tergiversar el mensaje de Cristo. Ella ofrecía una «síntesis de la ciencia, la religión y la filosofía» basada en la aplicación de los poderes de clarividencia a la exploración de «los misterios ocultos de la naturaleza y los poderes ocultos del hombre».

Aunque Blavatsky aborrecía profundamente la teoría de la evolución de Darwin, su pensamiento recogía la idea del progreso evolutivo, de tan vital importancia hacia finales del siglo diecinueve, y que expresaba en su propia terminología seudocientífica. Sostenía que la vida humana es una fase dentro de una progresión «ascendente» desde un nivel «terrestre» a otro «celestial», y tenía la certeza de que la verdad científica, el pasado y el futuro, eran susceptibles de observación clarividente. Según lo expresaba uno de sus seguidores:

> Reconocemos que del mismo modo que existen etapas definitivas en la evolución anterior: el vegetal por encima del mineral, el animal por encima del vegetal y el ser humano por encima del animal, también el reino humano tiene un fin determinado, una zona límite a partir de la cual entra en un reino claramente superior a sí

> mismo, y que más allá de los hombres existen los Superhombres[6].

Blavatsky se apropió libremente de material budista, hindú y de muchas otras procedencias. El karma, la reencarnación y la liberación de las ataduras, todos se ven reflejados en sus escritos, junto con instructores espirituales que sirven de guías en el camino hacia la libertad. Un verdadero guía espiritual, según su doctrina, debía ser:

> Un hombre de profundos conocimientos exotéricos y esotéricos, en especial de estos últimos, y alguien que ha conseguido subyugar su conocimiento carnal a la voluntad, que ha desarrollado en sí mismo el poder (*siddhi*) de controlar las fuerzas de la Naturaleza y la capacidad de penetrar sus secretos con la ayuda de los anteriormente latentes, pero ahora activos poderes de su ser.

Es decir, una persona que esté capacitada para desafiar la autoridad tanto de la religión dogmática como de la ciencia materialista en sus respectivos ámbitos, mediante el ejercicio de la voluntad y con la ayuda de poderes ocultos.

En 1882, Blavatsky trasladó la sede central de la Sociedad Teosófica a la India porque, según la doctrina teosófica, en el Himalaya habían residido poderosos Maestros. El lugar elegido fue una extensa finca en las afueras de la ciudad de Madrás. Los terrenos estaban poblados de frondosos cocoteros y majestuosos banianos. La propiedad la delimitaban de un lado el río Adyar y la bahía de Bengala de otro. Con el paso del tiempo, numerosos santuarios, templos, iglesias y mezquitas, diseñados siguiendo el ecléctico modelo teosófico, se fueron construyendo en el recinto de Adyar.

---

[6] Esta cita y la siguiente proceden de LEADBEATER (45). Información adicional sobre Madame Blavatsky procede de MEADE.

La presencia de la Sociedad Teosófica en tierras de la India era como una ventana que ofrecía múltiples perspectivas. Las clases altas indias, súbditas de un mundo parcialmente convertido al modelo británico, que habían visto despreciadas su religión y su arte, y que habían aprendido a valorar su propia cultura siguiendo criterios importados, encontraron en las doctrinas de la Sociedad una visión convincente de su propio pasado espiritual, despojado de sus elementos arcaicos y provincianos, convertido en algo cosmopolita, contemporáneo y por lo tanto íntegro. Se incorporaron masivamente al seno de la Sociedad. Los misioneros cristianos se sentían consternados al ver cómo algunos europeos eran atraídos por las creencias de aquellos mismos súbditos de la colonia a los que estaban tratando de convertir a su religión. El gobierno, temeroso de todo cuanto pudiera contribuir a fomentar el sentimiento nacionalista, compartía los recelos de los misioneros. Los hindúes ortodoxos tampoco eran partidarios del nuevo movimiento, pues lo consideraban como una forma de degradar su antigua tradición.

La creación de un nuevo movimiento religioso supone un amplio ensamblado de mitos, rituales y un sentido de comunidad que no son fáciles de generar a corto plazo. No obstante, hacia finales del siglo diecinueve, cuando la renaciente Europa había sometido a muchos y diversos pueblos bajo su dominio colonial, se produjo un hueco que daba cabida a un movimiento capaz de establecer vínculos entre las culturas dispares de Oriente y Occidente, entre la ciencia y la religión. El proyecto teosófico de unificar estos distintos campos de actividad en una hermandad única y pacífica hizo que se le incorporase un gran número de miembros de todo el mundo.

Annie Besant se encontraba entre los que, en su búsqueda de estos ideales, se sintieron atraídos por la Teosofía. Antes de adherirse al movimiento teosófico, la señora Besant ya había colaborado en casi todos los movimientos sociales radicales de Inglaterra: había hecho campaña

a favor de los derechos de la mujer, de los librepensadores y de los sindicatos, y fue por un tiempo miembro activo de la Dirección de Escuelas de Londres. Cuando en 1879 se sintió fuertemente influida por Helena Blavatsky, empezó a interesarse por la India y acabó trasladándose a Benarés, el gran centro de la ortodoxia y la erudición hindúes, un paso audaz para una mujer europea con casi sesenta años de edad. En Benarés empezó a dedicar sus considerables energías a la recreación de una nueva cultura basada en los tesoros del pasado de la India. Con la ayuda de especialistas en sánscrito, publicó una traducción del *Bhagavad Gita,* y fundó escuelas y universidades en distintas partes del país[7].

La señora Besant era presidenta de la Sociedad Teosófica (ST) cuando Narayaniah, el padre de Krishnamurti, recientemente retirado de su actividad como funcionario del Estado, le ofreció sus servicios en calidad de secretario, a cambio de comida y hospedaje gratis. En 1909, Narayaniah trajo a sus tres hijos, un sobrino y una tía mayor a vivir en una pequeña cabaña situada fuera del recinto amurallado de la ST e inscribió a Krishnamurti y a Nitya, su hermano menor, en un colegio de Mylapore, lugar un tanto distante de allí.

Un día, en Adyar, los dos muchachos atrajeron la atención de C. W. Leadbeater (CWL), un colaborador de la señora Besant en la Sociedad Teosófica. Leadbeater detectó algo inusual en el pequeño Krishnamurti, que más tarde describió como «un aura sin el menor indicio de egoísmo». Le escribió a la señora Besant, quien en aquel entonces se encontraba en Europa, mencionándole a Narayaniah y su familia de muchachos bien educados e informándole que, después de investigar el asunto, había

[7] TAYLOR proporciona un estudio exhaustivo de las muchas fases de la polifacética vida política de Annie Besant; WESSINGER es una buena fuente de información sobre sus ideas religiosas.

descubierto que Krishnamurti «posee un pasado de suma importancia, el cual evidencia un progreso muy superior al de su padre o, de hecho, al de cualquiera de los que actualmente residen en la sede central, una serie de vidas incluso mejor que las de Hubert». Ésta era una comparación sorprendente, pues los teósofos estaban continuamente esperando encontrar un Mesías, y Hubert van Hook era un chico norteamericano que por aquel entonces ya recibía preparación como uno de los aspirantes con mayores posibilidades para ocupar dicho cargo.

La venida de un Mesías había sido anunciada por varias tradiciones religiosas. En uno de los pasajes más famosos del *Bhagavad Gita*, el dios Krishna empleó estas palabras para proclamar su propia reaparición en cada una de las épocas del mundo:

> Cuando la recta conducta es destruida y el mal va en aumento, entonces yo me encarno con el fin de salvar al bien, destruir el mal y restablecer el dominio de la justicia[8].

El judaísmo, el budismo, el cristianismo y algunas sectas del islam enseñaron que algún día un Mesías vendría para salvar al mundo de las tinieblas. Bajo la dirección de la señora Besant, la Teosofía desarrolló su propia doctrina mesiánica, y al poco tiempo el joven Krishnamurti fue elegido como un posible «vehículo» que la hiciese realidad.

La doctrina teosófica, compuesta de manera ecléctica a partir de varias tradiciones religiosas, en su momento se afianzó en la creencia de que si Krishnamurti era debidamente preparado, el señor Maitreya o Buda futuro se manifestaría en su cuerpo. La Sociedad se comprometió a preparar al mundo para este acontecimiento.

---

[8] El párrafo sobre la encarnación del dios Krishna procede del *Bhagavad Gita* IV.7.

El interés de Leadbeater en el misticismo oriental coexistía con un carácter dominante y un fuerte tono colonialista. Una pasión por la aventura más arriesgada y una fuerte disposición imaginativa influían de tal forma en sus recuerdos, que los acontecimientos de su propia vida parecían hacerse cada vez más fabulosos con cada recuento[9]. Era considerado un adepto en prácticas esotéricas, incluida la lectura de «auras» y reconocimiento de «vidas anteriores».

Poco después de este primer encuentro, CWL le pidió a Narayaniah que llevase a Krishnamurti a su bungaló. Sentó al muchacho a su lado en el sofá y, poniéndole con gesto grave una mano sobre la cabeza, comenzó a relatar una serie de entramadas historias de aventuras y abnegación en las que el protagonista era Alcyone, un alias de Krishnamurti. Esta narración complicada fue posteriormente transcrita y publicada bajo el título *Las vidas de Alcyone*. La señora Besant y otros teósofos aparecían en estas historias bajo distintos aspectos, según correspondiera a los diferentes periodos históricos, en la Tierra y en varios otros planetas. Leadbeater organizó una lectura de *Las vidas* en una terraza al aire libre para un público entusiasta y maravillado.

Habiéndole asignado a Krishnamurti toda una serie de vidas anteriores, CWL intentó por todos los medios alejar al muchacho de la forma de vida en que había crecido, de su familia y de su cabaña en las inmediaciones del recinto de la Sociedad Teosófica. Empezó convenciendo a Narayaniah para que retirase a sus hijos de la escuela de Mylapore, «donde les está pegando un maestro que debería estar vendiendo cordones de zapatos», y que los pusiese bajo la tutela de un reducido grupo de maestros europeos bajo su directa supervisión.

---

[9] TILLETT desenmaraña cuidadosamente el complejo entramado de realidad y ficción en la historia personal de Leadbeater.

A los muchachos se les dio ropa nueva y comida de una calidad que su padre, con su pequeña pensión, no hubiera podido permitirse. Los moños brahmánicos les fueron cortados y se les dejó crecer el pelo hasta los hombros, peinándolo hacia atrás y con la raya al medio. Se les enseñó a montar en bicicleta y a practicar deporte. Leadbeater solía preguntarles cada mañana: «Bueno, ¿qué recuerdan de nuestras actividades durante la noche?» Tímidamente, en su inglés defectuoso, hacían un informe y CWL le añadía algunos detalles interesantes «del plano astral»[10].

La señora Besant conoció a Krishnamurti por primera vez en noviembre de 1909. Menos de un mes más tarde, los inició a él y a Nityananda en la Sección Esotérica, un grupo especial dentro de la ST exclusivamente para los elegidos, los cuales tenían que jurarle obediencia a ella y dedicarse incondicionalmente a la Venida del Instructor del Mundo. Aquellos que no aceptaban esta idea —y había muchos que no lo hacían— eran relegados a un grupo en fase probatoria. Al mismo tiempo, la señora Besant impuso la idea de un Sendero Espiritual con cinco etapas graduadas, que en orden ascendente iban del Iniciado al Adepto, y que constituía la escala principal en la que los miembros habrían de ser clasificados. La autoridad para determinar quién ocupaba cada uno de los niveles espirituales en el Sendero sería competencia de la señora Besant y de CWL.

A petición de Leadbeater, la señora Besant persuadió a Narayaniah para que permitiera que los muchachos se alojasen en una habitación cercana a la suya, donde les leía en voz alta y les daba lecciones de habla inglesa. Poco después, CWL concertó una «gran audiencia con

---

[10] Las notas inéditas de B. Shiva Rao referentes a estos acontecimientos de la juventud de Krishnamurti son fuentes importantes de información en las que LUTYENS y JAYAKAR basaron parte de su historia de esta época.

los Poderes Ocultos», durante la cual Kuthumi, uno de los Maestros de la Teosofía, presentó a Krishnamurti al señor Maitreya como «un aspirante que solicita su ingreso en la Gran Hermandad». Con Kuthumi como su Maestro y con Leadbeater y la señora Besant como guías en «la vía de ascenso», Krishnamurti se convirtió en un novicio en el sendero espiritual. Krishnamurti describió su iniciación en estos misterios en una carta dirigida a la Sreñoa Besant:

> Entonces el señor me habló por primera vez: «¿Quieres tú, por tu parte, a estos dos Hermanos, de modo que te someterás gustosamente a su tutela?» Y, por supuesto, le contesté: «En verdad los amo con todo mi corazón.» Me preguntó: «¿Deseas entonces formar parte de la Hermandad que existe por los siglos de los siglos?» Y le dije: «Deseo integrarme cuando esté preparado para hacerlo.» Preguntó: «¿Sabes cuál es el objetivo de esta Hermandad?» Le contesté: «Realizar la labor del Logos ayudando al mundo.» Entonces respondió: «¿Te comprometes a dedicar toda tu vida y toda tu fuerza de aquí en adelante a esta labor, olvidándote absolutamente de ti mismo, por el bien del mundo, haciendo que tu vida sea toda amor, del mismo modo que Él es todo amor?» Y le contesté: «Sí, lo haré, con la ayuda del Maestro.» Él prosiguió: «¿Prometes mantener en secreto aquellas cosas que se te pida que mantengas en secreto?» Y le dije: «Lo prometo».

En esta ceremonia, Krishnamurti, el defensor de la libertad y de la indagación, se comprometía a acatar lo que prácticamente venían a ser sus contrarios: la sumisión y el secreto. Al año siguiente, Krishnamurti fue nombrado director de un grupo de estudios que en poco tiempo se convirtió en una organización internacional, La Orden de la Estrella de Oriente, la pieza central de un complejo entramado que la señora Besant

y CWL estaban elaborando en torno a él. George Arundale describió su nuevo culto mesiánico en términos exaltados:

> Ya saben el nivel al que ha llegado nuestra Jefa. Para nosotros, los miembros de nuestro Grupo, ella y el señor Leadbeater representan los ideales de la vida en este mundo, y cuanto más confiemos en ellos y los sigamos, tanto más rápido progresaremos y prestaremos el mejor servicio... Nos encontramos cara a cara con el periodo más apasionante, un periodo que tiene lugar tan sólo una vez cada tantos miles de años; estamos viviendo en medio, en el propio centro en lo que concierne al Grupo, de todas las preparaciones que han de anteceder a la culminación del periodo; nos encontramos, en persona, con miembros de la verdadera Fraternidad a quienes hace dos mil años hubiéramos llamado Apóstoles; tenemos a Juan Bautista y a otros discípulos de los amados Rishis.

Toda esta extravagancia no afectó visiblemente al propio Krishnamurti. Según Wodehouse:

> Éramos personas adultas, educadores, que tenían cierto conocimiento de la juventud. Si hubiera manifestado el menor indicio de vanidad o afectación, o cualquier pose en el papel del «niño sagrado», o una engreída conciencia de sí, indudablemente hubiéramos emitido un veredicto adverso.

Krishnamurti era por lo general un estudiante dócil, deseoso de agradar a los demás, pero manifestaba un carácter reservado y cierta vaguedad —su «mirada vacua»— que sacaban de quicio a Leadbeater. Un día en que Krishnamurti estaba mirando las nubes con la boca abierta, CWL perdió el control y le dio una bofetada. Fue un acontecimiento decisivo en la vida del muchacho, y desde entonces su relación con Leadbeater no

volvería a ser la misma. No se permitió nunca más mantener la boca abierta y, lo que es más importante, una conciencia crítica y reflexiva se fue apoderando interiormente de él[11]. Recordando en su vejez a aquel adolescente de catorce años, Krishnamurti describió a un muchacho vacío de personalidad, cautivado por el mundo: «Todo estaba allí: la playa, las conchas marinas, los catamaranes; él era *aquello*[12].» Consideraba que CWL, por carecer de la sensibilidad de una persona verdaderamente religiosa, había pasado por alto algo importante en la naturaleza del muchacho; tal vez la clave de su singularidad se encontrara justamente en esta característica de vaguedad, en un espacio dentro de su conciencia, un vacío que más tarde sería conocido como la mente silenciosa.

Narayaniah se opuso a los intentos de CWL de meter de lleno a los dos muchachos en prácticas esotéricas y de arrancarlos a la fuerza de su entorno familiar y sus raíces culturales. Era bien sabido que, unos años antes, CWL había sido acusado de conducta indebida, y que en medio del escándalo resultante se había visto obligado a dimitir de la Sociedad Teosófica por algún tiempo. Ahora, con la colaboración de hindúes ortodoxos de Madrás, Narayaniah presentó una demanda reavivando aquellos antiguos cargos y solicitando la devolución de la custodia de sus dos hijos, alegando que la señora Besant había infringido

---

[11] La conmoción que le produjo la bofetada que le propinó CWL parece haber ocasionado la pérdida del respeto que Krishnamurti le tenía; el afecto que Krishnamurti sentía por CWL parece haber disminuido paulatinamente durante un largo periodo de tiempo, hasta acabar convirtiéndose en desdén. Véase TILLETT (10). Krishnamurti le habló extensamente de CWL a la directiva de la Fundación Krishnamurti de América, en Ojai, en 1972.

[12] La descripción hecha por Krishnamurti de sí mismo cuando tenía catorce años me fue narrada por el doctor S. Balasundaram, quien se encontraba presente en aquella ocasión. Declaraciones similares de Krishnamurti aparecen en KRISHNAMURTI 1987, 1990.

el acuerdo al permitir que los muchachos estuvieran bajo la tutela de CWL [13].

La señora Besant argumentó su propia defensa con elocuencia, pero perdió la causa referente a la custodia, aunque no se tuvieron en cuenta las acusaciones contra Leadbeater. Apeló al Consejo Privado, y luego se llevó a los muchachos a Inglaterra, antes de que se dictara una nueva sentencia. Así terminaba la primera fase de la vida de Krishnamurti, un periodo en el que un niño disperso, sin capacidad de concentración y carente de toda noción de una personalidad bien definida era sacado de su entorno tradicional y preparado para ser el Instructor del Mundo.

* * *

Llegados a este punto, puede resultar útil contrastar las actitudes de la señora Besant con las de Leadbeater respecto de Krishnamurti y del culto al Instructor del Mundo. Aunque la señora Besant confiaba en CWL, y a pesar de que las desavenencias manifiestas entre ellos eran muy contadas, cada uno entendía a su modo el papel de Krishnamurti.

Leadbeater era un hombre que se había forjado su propio destino en un sentido muy propio del siglo diecinueve. Al igual que John James Audubon y sir Henry Stanley, hombres dotados de un gran espíritu emprendedor, pero de condición humilde, Leadbeater había reconstruido su propia vida a base de mucha imaginación y notable habilidad. En la Europa de fines del siglo diecinueve, la invención de vidas se había convertido en una forma muy avanzada de arte. CWL disponía de un gran

---

[13] Un amplio informe sobre la demanda interpuesta por Narayaniah puede encontrarse en NETHERCOT. Para un muestreo de las afectuosas cartas que la señora Besant le escribió a Krishnamurti, véase JAYAKAR.

talento en este género de narrativa, y Krishnamurti, en el papel de Mesías, fue su obra maestra[14].

La señora Besant era una figura pública completamente inmersa en el amplio panorama político del movimiento independentista de la India, y contaba entre sus amigos a Bernard Shaw, H. G. Wells y Mahatma Gandhi. Su intención no era utilizar la Teosofía para la realización de fines personales. Si Krishnamurti iba a ser el Instructor del Mundo, ella tendría que hacer todo lo que estuviera a su alcance para protegerlo, educarlo, proveerlo de las habilidades intelectuales y los buenos modales capaces de infundir respeto. Su principal preocupación era rodearlo de discípulos dignos de él que lo respetaran y cuidaran. Aunque no siempre estaba de acuerdo con ella, Krishnamurti no puso nunca en duda la autenticidad de la señora Besant o la sinceridad de sus sentimientos hacia él.

Leadbeater justificaba gran parte de sus actividades basándose en las específicas y a menudo increíblemente detalladas «instrucciones de los Maestros». Por orden expresa del Maestro Kuthumi se le «encomendó»:

> civilizarlos; enseñarlos a utilizar cucharas y tenedores, cepillos para las uñas y de dientes, a sentarse cómodamente en sillas en vez de encogidos en el suelo, a dormir racionalmente en una cama, no como un perro en un rincón cualquiera.

---

[14] El siglo diecinueve produjo otras personalidades carismáticas con una predilección parecida a la de Leadbeater por recrear sus propias vidas. El explorador británico Stanley, bautizado en 1844 con el nombre de John Rowlands, adoptó otro nombre y todo un nuevo historial familiar, junto con una personalidad pintoresca que se había inventado, para dar mayor atractivo a su búsqueda de las fuentes del Nilo. Audubon, el naturalista más famoso de su época, era hijo de una criolla y un capitán de marina francés, pero prefería que sus compatriotas estadounidenses creyeran que él era el desaparecido Delfín de Francia.

Estas instrucciones equiparaban la conducta civilizada a las costumbres europeas, y en particular al estilo y los modales de las capas altas de la sociedad inglesa. Aunque investigaciones recientes ponen en duda las afirmaciones del propio Leadbeater respecto a su elevada posición social, de hecho muchos indios, estadounidenses y miembros de la aristocracia rusa de este periodo hubieran compartido su gran estima hacia las altas capas de la sociedad inglesa. Y CWL había estado instando a la señora Besant a que enviara a los muchachos a Inglaterra, incluso antes de que la pugna por la custodia aportara sus propias razones para hacerlo.

Teniendo presente este modelo colonial, se diseñó el correspondiente programa de estudios para los dos hermanos. Iban a recibir clases particulares para preparar el acceso a las grandes universidades de Inglaterra. Había que coserles las perforaciones de las orejas. Aprendieron a calzar zapatos, que sin duda debían causarles molestias en los pies, a hacer carreras a campo traviesa, y a desayunar cereales con huevos que les resultaban difíciles de digerir. Recibían lecciones de equitación, hacían vela en Kensington Gardens y jugaban al croquet sobre céspedes esmeradamente cuidados, durante las largas tardes de verano, hasta la tardía puesta de sol. Los llevaban al teatro, a partidos de criquet y al zoológico de Londres. Su ropa elegante la hacían a medida los sastres de Savile Row. La esposa de un conde y la hija de un virrey ayudaban a cuidar de los dos muchachos y los vinculaban con la aristocracia.

La Inglaterra a la que Krishnamurti llegó por primera vez estaba rompiendo con la complacencia de la vida victoriana. La creciente prosperidad había contribuido a promover una cultura liberal, progresista e intelectualmente brillante. A pesar de que las fuerzas destructivas de la barbarie no tardarían en estallar en la Primera Guerra Mundial, se respiraba un ambiente como si «los seres humanos pudieran estar realmente a punto de volverse

civilizados». Estas esperanzas de una «sociedad que fuera libre, racional, civilizada, entregada a la búsqueda de la verdad y la belleza»[15] fueron infundidas en parte por los ideales socialistas de la igualdad y la justicia y promovidas por los escritos de carácter político de Bernard Shaw, H. G. Wells, Sidney y Beatrice Webb, todos ellos miembros de la Sociedad Fabiana y amigos de Annie Besant. Los filósofos Bertrand Russell y G. E. Moore, los escritores Virginia y Leonard Woolf, T. S. Eliot y E. M. Forster estaban todos desafiando lo que consideraban convencionalismos victorianos pasados de moda. En el resto de Europa, la gente empezaba a atacar la estructura social con el mismo fervor con que anteriormente se había preparado para la vida eterna.

Aunque su estancia en Europa duró nueve años, Krishnamurti no se incorporó a ninguno de estos nuevos movimientos intelectuales, ni tampoco se sintió atraído por los movimientos artísticos y literarios de la época. A diferencia de los románticos revolucionarios estudiantiles de entonces, Krishnamurti permaneció como espectador, presenciando, desde un punto de vista más humano que ideológico, los horrores de la Primera Guerra Mundial, la peligrosa utopía de la Revolución Rusa y la euforia de la paz bajo la dirección de la Sociedad de las Naciones.

El mundo de Krishnamurti al principio parecía centrarse en sus tutores C. Jinarajadasa y George Arundale, antiguos teósofos y estrechos colaboradores de Annie Besant y CWL. Los dos habían sido inducidos a interrumpir sus propias labores académicas con el fin de conseguir que Krishnamurti pasara los exámenes de ingreso en la Universidad de Oxford. Más tarde serían sustituidos

[15] La cita sobre la verdad y la belleza procede de WOOLF (20). En su autobiografía, Leonard Woolf recrea el ambiente en Inglaterra antes del comienzo de la Primera Guerra Mundial.

por una serie de tutores que se esforzaron infructuosamente por interesar a Krishnamurti en las matemáticas, en historia de las ideas, o en ciencias políticas. Todos estos esfuerzos resultaron inútiles. Su joven alumno no tenía la menor aptitud para los exámenes. Ni el fermento creativo en Europa, ni las cuestiones que preocupaban a las mentes más lúcidas de la época, le afectaron en lo más mínimo. Nada parecía echar raíces en su mente. Pero tenía buen oído para los idiomas y le encantaba la poesía. Una vez que Oxford ya no estaba al alcance de sus posibilidades, fue enviado a París para aprender francés y estudiar música.

Krishnamurti era un joven elegante y apuesto, tímido pero lleno de humor juvenil cuando se encontraba relajado. Detrás de este aspecto encantador se ocultaba un joven observador de la condición humana que se cuestionaba muchas cosas, incluido el papel que se le había asignado y la pompa y solemnidad que acompañaban al mismo. Su retrato representa a un joven con un parecido sumamente romántico, la mirada distante, desapegado, un poco perdido, como si se encontrase fuera de sitio, sin la confianza ni la seguridad en sí mismo de una persona que sabe el lugar que le corresponde en el mundo.

* * *

A la edad de dieciocho años, o sea al mismo tiempo que estaba en marcha el proceso judicial por custodia iniciado por su padre, Krishnamurti daba señales de oponer resistencia a Leadbeater y sus planes[16]. En una carta dirigida a CWL, escribió:

[16] Dick Clarke, que junto con Arundale, fue tutor de Krishnamurti durante estos años, notó, ya en 1912, cómo crecía en él una «actitud de rebeldía silenciosa» cuando era sometido a una rutina diaria de «magnetizar» cientos de cintas azules y estrellas plateadas destinadas a los miembros de la Orden de la Estrella. Véase BALFOUR-CLARKE (34).

> Me parece que ya es hora de que me haga cargo de mis propios asuntos. Siento que cumpliría mejor las instrucciones del Maestro si éstas no me fueran impuestas y convertidas en algo desagradable como lo han sido durante algunos años... No se me ha ofrecido ninguna oportunidad de asumir mis responsabilidades y se me ha arrastrado de un lado a otro como a un niño[17].

Hacia 1920 Krishnamurti empezaba a dudar de la aplicabilidad de la Teosofía a los problemas humanos. Citando el caso de una joven conocida suya a la que se le había muerto un ser querido, escribió:

> Cuando se presenta un momento sumamente crítico, la Teosofía y todos sus innumerables libros no son de ninguna ayuda. Ella quiere ver a los Maestros física o mentalmente y no cree lo que han dicho A. B. y C. W. L., de hecho, ella siente lo que nosotros (Nitya y yo) hemos estado sintiendo durante los últimos dos o tres años... He intentado persuadirla de que no desarrolle poderes ocultos y todo ese tipo de cosas, pero es lo que ella ansía.

Después de una década de preparación para ser el Instructor del Mundo, Krishnamurti comprendió que las doctrinas esotéricas y los poderes ocultos de la Teosofía no tenían ninguna propiedad curativa que ofrecer a esta joven en su "momento sumamente crítico", paralizada por una desgracia anterior y ahora afligida por una pérdida reciente. Krishnamurti se sintió desolado al no disponer en aquel momento de una alternativa eficaz. Pero en él crecía la convicción de que la religión debía abordar directamente el sufrimiento de la condición humana. Esta convicción no se basaba en la ideología o en el estudio filosófico, sino en una cualidad de percepción intuitiva que como piedra de toque llevaba en su interior.

---

[17] Esta cita epistolar y la siguiente proceden de LUTYENS (capítulo 13).

Después de pasar nueve años en Europa, Krishnamurti se había desconectado de las tradiciones de su país de origen, sin haber encontrado en Occidente nada que las sustituyera de forma satisfactoria. El mundo del ocultismo no tenía ningún encanto para él. En el invierno de 1921, cuando tenía veintiséis años, hizo una breve escala en la India, cuando iba camino de Australia. Nitya, cuya salud se estaba deteriorando debido a una tuberculosis progresiva, lo acompañaba en el largo viaje.

De paso por Madrás para dirigirse a la Convención Teosófica anual, Krishnamurti realizó lo que debería ser su última visita a la casa paterna. El encuentro no fue positivo. Existen versiones contradictorias respecto a lo que realmente sucedió, pero habiéndose postrado a los pies de su padre como es tradicional, Krishnamurti acabó convencido de que Narayaniah se había sentido contaminado por el contacto con sus hijos «extranjeros»[18]. Habiéndose convertido en un hombre sin historia y sin rumbo, a principios de 1922 Krishnamurti se refugió en Ojai, California, en un remoto valle con un clima seco y un ambiente tranquilo, en el que Nitya pudiera recuperarse y donde Krishnamurti se dedicaría al estudio y la meditación.

Así se inició un año decisivo en su vida. La persona que se sentó a la sombra del pimentero en Ojai, sintiéndose "más feliz que toda felicidad humana", era enteramente distinta del joven hastiado al que habían paseado por Europa, suspendiendo un examen tras otro. Puede que durante aquellos años de su juventud hubiera vislumbrado a veces su destino, pero de ahora en adelante estaba seguro de su dirección en la vida y la mantuvo sin vacilaciones.

---

[18] En relación con el último encuentro de Krishnamurti con su padre, véase KRISHNAMURTI 1982, (36f) para su posterior evocación del incidente, y JAYAKAR (43f) para un relato muy distinto, de la nuera de Narayaniah, quien también fue testigo presencial en aquella ocasión.

Un año antes le había escrito a un amigo suyo: «No conozco la filosofía de mi vida, pero *tendré* una... Tengo que encontrarme a mí mismo; *sólo* entonces podré ayudar a los demás.» Pero mucho después de la profunda experiencia en que al poco tiempo se vería completamente inmerso, mucho después de que su filosofía estuviera plenamente desarrollada, seguía sintiendo que la vida era un misterio y que el lugar que nos corresponde en la misma es un descubrimiento que cada uno de nosotros tiene que hacer nuevamente por sí mismo.

Nuestro conocimiento de lo que ocurrió en Ojai entre agosto de 1922 y marzo de 1923 se basa principalmente en los apuntes de Nitya y en las cartas que los dos hermanos les escribieron a la señora Besant y a CWL. Nitya sintió que estaba presenciando ritos sagrados en los que poderes invisibles preparaban el cuerpo de su hermano para recibir al señor Maitreya, como si lo que Leadbeater había anunciado en 1909 por fin se estuviera haciendo realidad.

No es nada fácil para los lectores modernos comprender la transformación que tuvo lugar en Ojai. Al igual que el atónito Nitya, los que no podemos acercarnos a estos sucesos mediante nuestra propia experiencia podríamos naturalmente intentar comunicarlos valiéndonos del vocabulario tradicional derivado del yoga o del budismo Mahayana. En la actual situación, no obstante, parecería más indicado no pronunciarse respecto al significado metafísico de estos sucesos y concentrarse en la importancia de los mismos en la vida de Krishnamurti.

El «proceso», como lo denominó Nitya, tuvo lugar en fases que se sucedieron durante muchos meses entre 1922 y 1923. Lo que parecía ser una prueba físicamente dolorosa era interrumpida y aliviada por visiones de gran belleza y momentos de una claridad diáfana [19].

---

[19] El «proceso» es ampliamente descrito en LUTYENS y en JAYAKAR.

Poco después de llegar al Valle de Ojai, Krishnamurti comenzó a meditar con regularidad y sin esfuerzo. Entonces empezó a sentir un dolor en la nuca que durante las semanas siguientes aumentó en intensidad y se desplazó a distintas partes de su cuerpo. Se concentraba principalmente a lo largo de la espina dorsal, detrás de los ojos y en la parte superior de la cabeza.

Nitya presenció cómo su hermano temblaba, se retorcía agonizando de dolor y se desmayaba con frecuencia. Le oyó hablar con varias voces distintas. A veces oía la voz de un niño aprensivo que expresaba su temor de que «Krishna» se fuera y no regresara nunca. En otras ocasiones, Nitya oía la voz de «un extraño protector», y sus notas recogen una parte de la conversación «con fuerzas invisibles». A veces, Nitya oyó cómo estas voces se disolvían en la incoherencia; en otros momentos, Krishnamurti parecía estar reviviendo experiencias pasadas. Nitya lo vio revivir la escena de la muerte de su madre, y observar cómo Narayaniah lloraba cubriéndose el rostro con su «dhoti». Luego, la voz adquirió un carácter personal, la voz de un niño quejándose en su olvidada lengua materna.

Krishnamurti no podía explicar lo que le estaba ocurriendo; a menudo perdía el conocimiento durante el «proceso» y después no se acordaba de lo que había sucedido. Pero una descripción clara, hecha por él mismo, da indicios de cómo se transformó su conciencia. En una carta a la señora Besant empieza diciendo simplemente: «He tenido la experiencia más extraordinaria.» A continuación la carta dice:

> Había un hombre reparando la carretera; ese hombre era yo mismo; el pico que tenía en las manos era yo; la piedra misma que estaba desmenuzando formaba parte de mí; la frágil brizna de hierba era mi mismo ser, y el árbol junto al hombre era yo. Casi podía sentir y pensar como el peón caminero y podía sentir el viento que atra-

> vesaba el árbol y hasta podía sentir la pequeña hormiga sobre la brizna de hierba. Los pájaros, el polvo y el mismo ruido formaban parte de mí... Yo estaba en todas las cosas, o, mejor dicho, todas las cosas estaban en mí, las inertes y las animadas, la montaña, el gusano y todo ser viviente[20].

Esta cita describe una personalidad que se disuelve en la comunión con lo que existe «ahí afuera». Esa empatía profunda en la que se funden sujeto y objeto fue una parte perdurable del carácter de Krishnamurti, ya implícita en el «vacío» de su niñez. Entre esta empatía innata y su plena expresión en la frase «Usted es el mundo», yacía el desarrollo de los principales descubrimientos de Krishnamurti. Todavía tenía que aprender por qué su empatía profunda y duradera no era una parte esencial de la conciencia humana cotidiana, y tenía que descubrir una respuesta adecuada a ese hecho. La carta de Krishnamurti a continuación describe una absoluta tranquilidad:

> Dentro de mí estaba la calma del fondo de un lago profundo e insondable. Como el lago, sentía que mi cuerpo físico, con su mente y sus emociones, podía agitarse en la superficie, pero nada, absolutamente nada, podía perturbar la calma de mi alma.

Hay indicios de una creciente confianza en que, de algún modo, ha cumplido con las expectativas de la señora Besant:

> He visto la Luz. He tocado la compasión que sana todo dolor y sufrimiento; no es para mí sino para el mundo... Nunca más puedo estar en tinieblas, he visto la Luz gloriosa y curativa... He bebido de la fuente de la dicha y de la Belleza eterna. Estoy ebrio de Dios.

---

[20] Referente a la carta de Krishnamurti a la señora Besant, véase JAYAKAR (47f).

Por estas mismas fechas le escribió una carta a CWL pidiéndole disculpas, prometiendo un renovado compromiso con la Teosofía y afirmando que su futura labor consistía en servir a "los Maestros y al Señor"[21].

A pesar de su declaración de acatamiento, Krishnamurti nunca permitió que su experiencia espiritual se convirtiera en la piedra angular de ninguna ortodoxia religiosa. Ni tampoco la sobrellevó como un recuerdo discordante, en desacuerdo con la vida diaria. El residuo de la misma en su conciencia fue aquel «espacio silente» en el que todo lo que no correspondía a la verdad podía ser retenido y sometido a examen, donde todo lo que no concordaba con el amor podía ser extinguido. Ese silencio tenía utilidad en la vida diaria, no en algún otro mundo; promovía el entendimiento abierto, no el poder oculto.

Mientras tanto, el «proceso», con su angustioso dolor físico, sus dislocaciones de la personalidad, sus visiones beatíficas y tranquilas iluminaciones, continuó durante muchos meses, en las travesías de los océanos y los continentes, mientras los hermanos viajaban alrededor del mundo. Nitya no lograba entender lo que le estaba sucediendo a su hermano, ni tampoco Krishnamurti comprendía las consecuencias a largo plazo de los cambios que se estaban efectuando en su propia conciencia. En términos teosóficos, lo primero que pensaron era que el proceso podría conducir a una mayor clarividencia o a «un conocimiento de primera mano» de verdades ocultas. Pero eso no fue lo que ocurrió. Lo que sí resultó fue una mayor profundización de aquel «espacio silente» que ahora se había abierto a una iluminación que no era un acontecimiento aislado, sino un estado en el que Krishnamurti «fluía» con naturalidad.

Desconcertado por el sufrimiento de su hermano, Nitya recurrió a Leadbeater para que lo orientara y lo

---

[21] Referente al intercambio epistolar entre Krishnamurti y Leadbeater, véase LUTYENS (163).

notó extrañamente evasivo, incluso escéptico. Desde Australia, CWL escribió que Krishnamurti acababa de pasar su «tercera iniciación», pero que él mismo ya había pasado su cuarta iniciación con anterioridad y sin ninguno de los efectos físicos secundarios del «proceso» de Ojai. Alarmado por estos acontecimientos, tal vez sospechando que «poderes oscuros» podrían haberse apoderado de su antiguo alumno, CWL envió en secreto a una de sus doctoras teosóficas a Ojai para que le informara. Desafortunadamente, no se conserva ninguna referencia a este informe.

* * *

CWL publicó *Los Maestros y el Sendero* en 1925. La imagen del sendero espiritual, metáfora que sirve de eje central a este libro, se encuentra en muchas de las religiones del mundo. Una de sus más bellas representaciones se encuentra en la gran Estupa de Borobudur, en la cual un sendero físico se eleva gradualmente en espiral, simbolizando el largo sendero espiritual de la vida y la reencarnación. Frisos escultóricos a lo largo de este sendero ilustran gráficamente el largo recorrido de Subandhu hacia la iluminación. En imitación de aquel antiguo viaje, los peregrinos son atraídos hacia la cima por escenas de la vida del Buda y de sus muchos actos virtuosos; en su ascenso, pasan frente a las imágenes de los Bodhisattvas, sus guías en el sendero espiritual del sufrimiento y la liberación.

Las tradicionales escuelas indias de pensamiento pueden clasificarse según sostengan que la iluminación es súbita o paulatina. De una parte, Nagarjuna era un filósofo del «salto», mientras que el *Yoga Sutra* de Patanjali busca la iluminación por una vía gradual[22]. Las

[22] Las denominaciones de filosofía «paulatina» y de «salto» se deben a POTTER, quien desarrolla esta clasificación de forma minuciosa.

cuatro fases del ascenso, reconocidas por Leadbeater, sitúan su versión de la Teosofía entre estas dos alternativas tradicionales.

La impresión que entrevemos del joven Krishnamurti en Europa, impartiendo instrucción espiritual en un ambiente de intimidad a grupos reducidos de personas, nos lo muestra distanciándose de una filosofía de «sendero» hacia una de «salto», más en conformidad con su temperamento y con su entendimiento de la condición humana. Exhortaba a sus jóvenes discípulos a que valorasen la abnegación, el amor y la simpatía, a «dar un salto en la oscuridad... vivir peligrosamente...»; era «tan fácil» y «tan divertido cambiar»[23]. Mientras que la Teosofía había prometido una evolución del espíritu, las enseñanzas de Krishnamurti, incluso en esta primera época, apostaban por algo que se asemejaba más a una revolución.

* * *

Una nueva generación de teósofos estaba llegando a su mayoría de edad y se mostraban impacientes por ocupar sus puestos en la jerarquía. En el Campamento de la Estrella en Huizen, Holanda, George Arundale tomó la iniciativa y durante una semana trascendente, en agosto de 1925, «transmitió» una serie de mensajes astrales para promocionar su ascenso y el de sus socios en El Sendero. Hasta entonces, sólo la señora Besant y CWL habían pasado la «Cuarta Iniciación»; ahora Arundale anunció que a él y a su joven esposa Rukmini Devi se les había concedido ese rango, junto con Krishnamurti; también que el Maitreya había elegido doce Apóstoles y que revelaría sus nombres próximamente[24].

---

[23] La sugerencia de Krishnamurti de dar «un salto en la oscuridad» procede de LUTYENS (77).

[24] Distintos aspectos de los acontecimientos en Huizen, Holanda, se encuentran en NETHERCOT, LUTYENS y TILLETT.

La señora Besant, que entonces tenía casi setenta años, estaba entusiasmada con la vertiginosa marcha de los acontecimientos. En un Congreso de la Estrella, en Holanda, leyó una lista de siete Apóstoles: Wedgwood, Leadbeater, Jinarajadasa, Arundale, Rukmini Devi, Oscar Köllerström y ella misma. Añadió que, para celebrar la Venida del Señor, se fundaría una Universidad Mundial de la que ella sería rectora, Arundale el director y James Wedgwood el director de estudios. Muy lejos de allí, en Ojai, Krishnamurti se mostraba escéptico. Había estado cuidando de Nitya, quien por aquel entonces se encontraba gravemente enfermo, y no recordaba haber participado en ninguno de los eventos supuestamente sucedidos «en el plano astral». No corroboraba el ascenso de Arundale y de otros, y no estaba dispuesto a aceptarlos como Apóstoles.

* * *

En noviembre de 1925 Nitya sucumbió en su lucha contra la tuberculosis y falleció en Ojai. En aquel momento, Krishnamurti se encontraba a bordo de un barco, camino de Adyar, con motivo de la celebración del quincuagésimo aniversario de la Sociedad Teosófica. Cuando estaban acercándose al canal de Suez llegaron telegramas anunciando la gravedad de la enfermedad de Nitya y su posterior fallecimiento. Krishnamurti había accedido a asistir a la celebración de las bodas de oro sólo después de haber sido persuadido de que Nitya no moriría, pues tenía que cumplir con su cometido en la futura labor. En un sueño que había tenido aquel mismo año, unos meses antes del suceso, Krishnamurti había rogado por la vida de Nitya, y

[25] Krishnamurti describió su sueño referente al Mahachohan en una carta que le envió a Annie Besant, desde Adyar, el 10 de febrero de 1925. Véase JAYAKAR.

en aquel sueño el Gran Maestro Mahachohan había sentenciado: «Vivirá»[25]. Las experiencias místicas de 1922 habían vinculado estrechamente a los dos hermanos en un propósito común. En su ingenuidad, Krishnamurti aceptó la promesa que le habían hecho en un sueño. Ahora, su dolor era profundo. Había amado a Nitya con la naturalidad resultante de una misma experiencia compartida en perfecta compenetración. Desde la infancia, sus vidas habían estado entrelazadas; juntos habían compartido la pérdida de la familia y de su propia cultura; juntos se habían adaptado a ambientes extraños. Mientras el buque navegaba rumbo a Madrás, Krishnamurti escribió una declaración llena de honda tristeza, cuyo cese habría de proporcionarle nuevas fuerzas:

> Un viejo sueño ha muerto y uno nuevo está a punto de nacer. Una nueva visión está surgiendo y una nueva conciencia empieza a desplegarse. He llorado, pero no quiero que otros lloren.

B. Shiva Rao, quien acompañaba a Krishnamurti en este viaje tan decisivo a Adyar, creía que la muerte de Nitya marcó el principio del distanciamiento de Krishnamurti de la Teosofía:

> Toda su filosofía de la vida, la fe implícita en el futuro según lo habían delineado la señora Besant y el señor Leadbeater, y el papel central de Nitya en el mismo, se le vinieron abajo.

Aunque esto es parcialmente cierto, pues no cabe duda de que la muerte de Nitya fue una experiencia demoledora, el descontento de Krishnamurti con la Teosofía se venía gestando desde hacía muchos años; y los acontecimientos en Holanda, seguidos del fallecimiento de Nitya, lo habían llevado a un punto crítico. Como escribió posteriormente, en 1927:

> Cuando comencé a pensar por mi propia cuenta, lo cual viene sucediendo desde hace ya algunos años, me encontré en un estado de rebeldía. No estaba satisfecho con ninguna enseñanza, con ninguna autoridad[26].

Era una rebelión que había comenzado mucho antes de la muerte de Nitya, impulsada por la antipatía natural que Krishnamurti sentía hacia el autoritarismo y hacia el papel inamovible desempeñado por Leadbeater como árbitro del ascenso espiritual dentro de la ST.

La muerte de Nitya puso de manifiesto la insatisfacción de Krishnamurti con la Teosofía. Cuando la señora Besant intentó restablecer las buenas relaciones en Adyar, estrechando la mano de Krishnamurti y pidiéndole una vez más que aceptara a Leadbeater, Arundale y los demás como sus Apóstoles, él se negó por segunda vez. Más tarde, a la sombra de un viejo baniano, durante la Convención de la Estrella, Krishnamurti les dijo a sus oyentes que el Instructor del Mundo vendría sólo para «aquellos que quieren, que desean, que ansían»:

> Para quienes quieren simpatía, quieren felicidad, ansían ser liberados, ansían encontrar la felicidad en todas las cosas... No vengo a destruir sino a edificar[27].

Entusiasmados ante la venida del Instructor del Mundo, los que escuchaban a Krishnamurti no se daban cuenta de que el maestro que tenían delante estaba sorpresivamente tratando una serie de temas completamente nuevos y tal vez incluso intentando crear deliberadamente un nuevo grupo de oyentes. Los teósofos de la antigua

---

[26] «Cuando comencé a pensar por mi propia cuenta...» procede de KRISHNAMURTI 1927 (1).

[27] «Para quienes quieran simpatía...» figura en *The Herald of the Star*, 1926.

generación, cómodamente instalados en los lugares que se les había asignado en El Sendero, estaban acostumbrados a oír informes sobre vidas anteriores y otros mundos. Krishnamurti ahora estaba decidido a concentrar su atención en la problemática de esta vida en este mundo, y a plantear preguntas en vez de dar respuestas, lo que constituía un giro radical, para el que sus oyentes no estaban preparados.

De este modo, Krishnamurti empezó a trazar un derrotero que claramente lo alejaba de cualquier aspecto de la doctrina teosófica. En la madurez de su filosofía, en sus pláticas, diálogos y escritos, Krishnamurti encontró numerosos modos de despertar las mentes de sus oyentes. Abogaba por la duda y el cuestionamiento como método de investigación espiritual:

> La duda es algo muy valioso. Limpia, purifica la mente. El mismo acto de cuestionar, el mismo hecho de que el germen de la duda se encuentre dentro de uno, contribuye a esclarecer nuestras investigaciones[28].

La apertura del corazón, algo no menos valioso en esta enseñanza, comienza con una sensación de belleza despertada por los prodigios de la vida y los colores de la naturaleza, disfrutados en presencia de aquellos «que han bebido de la fuente».

Dentro de la ST no tardó en surgir y acrecentarse la oposición a las nuevas enseñanzas de Krishnamurti. La señora Besant se esforzó valientemente por establecer conexiones entre estas enseñanzas y el Sendero del Discípulo del Maestro. Incluso clausuró la Sección Esotérica, pero Krishnamurti, ya en estado de franca rebelión contra toda clase de autoridad espiritual, se negaba a transigir para salvar las apariencias. En 1929, en el Campamento de la Estrella, en Holanda, dio el

[28] «La duda es algo muy valioso...» procede de KRISHNAMURTI 1988 (25).

paso decisivo al disolver la Orden de la Estrella, después de proclamar: «La Verdad es una tierra sin senderos.»

* * *

Los escritos de Krishnamurti durante los seis años anteriores a 1929 reflejan un foco de luz volcado hacia el interior, iluminando un entendimiento en vías de maduración. El primer trabajo, titulado *El sendero*, poema en prosa incompleto y disperso, rapsódico y abstracto, representaba a un buscador extenuado ascendiendo hacia la perfección por un esquivo sendero, solo, sin ninguna ayuda y cargado de muchas vidas. Su protagonista, fragmentado y cambiante, asumía como propias las muchas vidas de Alcyone. Otra obra de carácter semiautobiográfico, titulada *La búsqueda,* tenía tres personajes, Yo, Tú y El Mundo en busca de redención. El tema central y el tono de este escrito pueden verse en una estrofa de *La canción de la vida*[29]:

> Atrapado en la agonía del Tiempo,
> mutilado por la tensión interna del crecimiento,
> oh, Amado,
> el Yo del que tú eres el todo,
> está buscando la vía del éxtasis iluminado.

Parecía estar inhumando los restos de Alcyone cuando declaró en 1925 que «el recto pensamiento y la acción correcta en una vida valen más que mil encarnaciones de vidas malgastadas». Después de 1929, la voz abstracta y el vocabulario arcaizante de Alcyone dan paso a un auténtico maestro compasivamente atento al dolor de otro ser humano. Estos encuentros posteriores están caracterizados por cierto sentido de particularidad, aun cuando versan sobre

---

[29] *El sendero, La búsqueda* y *La canción de la vida* fueron publicados en KRISHNAMURTI 1981.

cuestiones humanas de carácter universal. Un espacio silente disuelve las barreras entre los participantes y confiere solidez al dicho de Krishnamurti: «Usted es el mundo.»

Las enseñanzas de la época de plenitud de Krishnamurti infunden nueva vida al precepto del Buda: «Sé una luz para ti mismo.» A su vez, esas palabras encierran un mensaje para todos los seres humanos: cuestiona todo lo que guía el rumbo de tu vida, examina la imagen que tienes de ti mismo, abandona tu prejuicio y cuida de tus relaciones. Y Krishnamurti no dudó en sacar la conclusión de que no puede haber ninguna autoridad legítima en la vida espiritual, ninguna escritura, ningún guru ni árbitro del ascenso espiritual, ninguna jerarquía. Cada ser humano tiene que descubrir la verdad por sí mismo. El Instructor del Mundo era sólo un transeúnte.

Krishnamurti amplió su crítica de la evolución espiritual, cuestionando la tendencia a la utopía en el ámbito espiritual. En 1933 advirtió a sus oyentes del peligro que representa proyectar remotos «ideales» con la vana esperanza de evolucionar hacia un futuro mejor y les pidió que resistieran el impulso de proyectar sus propias enseñanzas en forma de un «nuevo ideal al que debo amoldarme». Él sabía que la proyección de ideales era a menudo una maniobra diversiva, un recurso de la mente para evitar asumir su responsabilidad:

> Si usted es un prisionero, lo que a mí me concierne no es describir lo que es la libertad. Mi propósito principal es mostrar lo que crea la prisión y que *usted* la derribe[30].

Demoler la prisión significaba hacerle frente a la inmediatez, a menudo dolorosa, de «lo que es» en vez de perseguir una promesa, a menudo ilusoria, de «lo que debería ser» en un futuro distante.

---

[30] «Si usted es un prisionero...» procede de KRISHNAMURTI 1988 (25).

* * *

Durante los cincuenta y cinco años posteriores a la disolución de la Orden de la Estrella de Oriente, Krishnamurti viajó a distintos puntos del mundo, disertando sobre su visión de la vida. Las fundaciones que estableció durante estos años tenían la misión de organizar sus conferencias, publicar sus escritos, administrar las escuelas y ofrecer facilidades para el estudio y la meditación. Se mantuvo fiel a su percepción de que el individuo es a un tiempo el que enseña y el que es enseñado; no dejó herederos espirituales, ni invistió a nadie con la autoridad de juzgar la categoría religiosa de otra persona.

Krishnamurti sostenía que sus enseñanzas podían constituir las bases de un nuevo tipo de educación y fundó varias escuelas en la India, Inglaterra y Estados Unidos. Todas estas escuelas están ubicadas en medio de bellos paisajes y su propósito es promover el amor a la naturaleza, la preocupación por los demás seres humanos y una actitud de indagación ante la vida.

Según el testimonio del propio Krishnamurti, una clave para comprender su desarrollo se encuentra en el «espacio silente» que era innato en él. Fue este espacio lo que lo salvó de la rígida ortodoxia en cuyo seno había nacido, le permitió salir incólume de su formación surrealista dentro de la ST y le ayudó a sobrellevar su fracaso como estudiante en Inglaterra. El silencio, en el corazón mismo de sus enseñanzas, disolvía las barreras:

> Usted no es norteamericano, ruso, hindú o musulmán. Existe aparte de estas palabras y etiquetas, es el resto de la humanidad porque su conciencia, sus reacciones, su fe, sus creencias, sus ideologías, sus miedos,

[31] «Usted no es norteamericano, ruso...» procede de KRISHNAMURTI 1988 (61).

> ansiedades, soledad, placer y dolor son similares a los del resto de la humanidad. Si usted cambia, esto afectará al resto de la humanidad[31].

Ese espacio silente, alimentado y renovado durante muchos años, se convirtió en una inmensidad que fluyó durante toda su larga vida.

* * *

La noción de progreso, tan hondamente arraigada en el pensamiento decimonónico, extendió la evolución darviniana mucho más allá de su contexto biológico original y la convirtió en una de las metáforas dominantes de la época. Generalmente se consideraba como una demostración de la propuesta, hoy día desacreditada, de la superioridad humana sobre el resto de la naturaleza, y fue posteriormente puesta al servicio de la nefasta doctrina de la raza dominante. A los reformadores sociales de izquierdas les inspiró ideales utópicos de comunismo; a los ideólogos de derechas les sirvió de consuelo, pues encontraron en «la supervivencia de los mejor dotados» un pretexto conveniente para justificar las desigualdades del *statu quo*. La Teosofía que Krishnamurti conocía y dentro de la cual vivió sus años de formación había llevado la noción de progreso evolucionista a su posición más extrema, al buscar ascenso espiritual, por encima y más allá de la condición humana, en una mítica y futura «raza-raíz».

En nuestros días, a fines del siglo veinte, la idea del progreso evolucionista ya no da más de sí. En la franca expresión de Stephen Jay Gould, uno de los más distinguidos biólogos evolucionistas:

---

[32] Entre los numerosos libros publicados por Gould sobre la biología evolucionista, la paleontología y la historia de la ciencia, se encuentra GOULD, una amplia crítica de la noción del progreso evolutivo.

> El progreso es una idea nociva, culturalmente arraigada, insostenible, ineficaz e impracticable que debe ser sustituida si queremos comprender la trama de la historia[32].

La crítica que Krishnamurti hizo del progreso evolucionista en el campo espiritual fue dura, sostenida y rigurosa. Se basaba en la observación, de primera mano, de la condición humana, mucho antes de que los límites del progreso evolucionista fueran comprendidos en la biología, la reforma social o la economía política. Ocupaba un lugar destacado en la rebelión de Krishnamurti contra su formación teosófica, y se convirtió en una parte integral de su filosofía de la vida.

Radhika Herzberger

Bibliografía

BALFOUR-CLARKE, RUSSELL: *The Boyhood of J. Krishnamurti (La juventud de J. Krishnamurti)*. Bombay: Chetana, 1977.

BURY, JOHN: *The Idea of Progress (La noción de progreso)*. Nueva York: Dover, 1955.

EMBREE, AINSLEE: *India"s Search For National Identity (La India en busca de una identidad nacional)*. Nueva Delhi: Chanakya, 1980.

GOULD, STEPHEN JAY: *Wonderful Life (Vida maravillosa)*. Londres: Penguin Books, 1989.

JAYAKAR, PUPUL: *Krishnamurti: A Biography (Krishnamurti: Biografía)*. Nueva York: Harper and Row, 1986.

KOPF, DAVID: *The Brahmo Samaj and the Shaping of the Modern Indian Mind (El Brahmo Samaj y la formación de la mentalidad india moderna)*. Princeton University Press, 1979.

KRISHNAMURTI, J. (1911): *At the Feet of the Master (A los pies del Maestro)*. Madrás: Theosophical Publishing House.

— (1913) *Fifty Years of my Life (Cincuenta años de mi vida)*. Material mecanografiado, inédito.

— (1926) *Towards Discipleship (Para convertirse en discípulo)*. Madrás: Theosophical Publishing House.

— (1927) *Who Brings the Truth? (¿Quién trae la verdad?)* The Star Publishing Trust.
— (1961) *Commentaries on Living: Third Series (Comentarios sobre el vivir: tercera serie).* Londres: Victor Gollancz.
— (1981) *Poems and Parables (Poemas y parábolas).* Londres: Victor Gollancz.
— (1982) *Krishnamurti's Journal (Diario II).* Londres: Victor Gollancz.
— (1988) *Krishnamurti to Himself: His Last Journal (Último diario).* Londres: Victor Gollancz.
— (1990) *Tradition and Revolution (Tradición y revolución).* Segunda edición. Madrás: KFI Publications.
— (1991) *Collected Works, Volume I (Obras Completas, volumen I).* Dubuque, Iowa: Kendall-Hunt.
LEADBEATER, C.W.: *The Masters and the Path (Los Maestros y el Sendero).* Tercera edición. Madrás: The Theosophical Publishing House, 1992.
LUTYENS, MARY: *Krishnamurti: The Years of Awakening (Krishnamurti: Los años del despertar).* Londres: John Murray, 1975.
MEADE, MARION: *Madame Blavatsky, The Woman Behind the Myth (Madame Blavatsky: La mujer detrás del mito).* Nueva York: Putnam, 1980.
NETHERCOT, ARTHUR H.: *The Last Four Lives of Annie Besant (Las últimas cuatro vidas de Annie Besant).* Londres: Rupert Hart-Davis, 1963.
POTTER, KARL: *Presuppositions of India's Philosophies (Supuestos de las filosofías de la India).* Englewood, Nueva Jersey: Prentice-Hall, 1963.
TAYLOR, ANNE: *Annie Besant, A Biography (Annie Besant: Una biografía).* Oxford: Oxford University Press, 1992.
THOMPSON, DAVID: *Nineteenth Century England (La Inglaterra del siglo XIX).* Londres: Penguin, 1950.
TILLETT, GREGORY: *The Elder Brother, A Biography of Charles Webster Leadbeater (El hermano mayor:*

Una biografía de Charles Webster Leadbeater). Londres: Routledge & Kegan Paul, 1982.

TREVELYAN, RALEIGH: *The Golden Oriole (La oropéndola)*. Nueva York: Viking, 1987.

WESSINGER, CATHERINE KNOWMAN: *Annie Besant and Progressive Messianism. Studies in Women and Religion*, Vol. 26 (*Annie Besant y el mesianismo progresista. Investigaciones sobre las mujeres y la religión*, volumen 26). Lewiston, Nueva York: The Edwin Mellen Press, 1989.

WOOLF, LEONARD: *An Autobiography, 2: 1911-1969 (Autobiografía, 2: 1911-1969)*. Oxford: Oxford University Press, 1980.

I
Pláticas

El pensamiento genera temor

ME parece que siempre es bueno ser serios, especialmente cuando nos encontramos aquí sentados, hablando sobre cosas serias. Necesitamos cierta atención, cierta cualidad de penetración y una investigación profunda de los distintos problemas que tiene cada uno de nosotros y de los problemas a los que se enfrenta el mundo. Como se puede observar, no sólo en este país, sino por todo el mundo, hay caos, mucha confusión y sufrimiento humano de todo tipo, que no parece disminuir. A pesar de que hay gran prosperidad en el mundo occidental, éste tiene muchos problemas, no sólo en los niveles social y económico, sino en un nivel mucho más hondo. Allí ha estallado una rebelión de la juventud; los jóvenes ya no aceptan la tradición, la autoridad, el patrón establecido por la sociedad.

Y cuando uno viene a este país, como hacemos cada año, ve la rápida decadencia, la pobreza, la absoluta falta de respeto hacia los seres humanos, los embustes de la política, el cese total de cualquier tipo de indagación religiosa o profunda, la lucha tribal entre varios grupos, y el ayuno por causa de algún asunto sin importancia. Cuando la casa está en llamas, cuando hay un caos tal, cuando hay tanta miseria, dedicarle la vida o incluso convertirse en exhibicionista por causa de alguna nimiedad refleja el estado mental de aquellos que se supone son los líderes religiosos o políticos.

Cuando uno observa todos estos hechos, no sólo en lo externo, en las organizaciones, la economía y la sociedad, sino también en lo interno, aparte de toda la repetición de las tradiciones, aparte de las normas establecidas de pensamiento y de los innumerables lugares comunes que uno enuncia, cuando se profundiza más allá de todo esto interiormente, se descubrirá que también ahí hay un gran caos y contradicción.

Uno no sabe qué hacer. Está siempre, incesantemente buscando, yendo de un libro a otro, de una filosofía a otra, de un maestro a otro. Y lo que verdaderamente estamos buscando no es claridad, no es el entendimiento del estado mental tal cual es, sino que más bien estamos procurando encontrar distintos modos y medios de evadirnos de nosotros mismos. Las religiones han proporcionado distintas formas de esta evasión por todo el mundo, y nosotros nos contentamos con intentar descubrir un refugio conveniente, agradable, satisfactorio. Cuando uno observa todo esto, la población creciente, la absoluta indiferencia de los seres humanos, la total falta de respeto por el sentir y la vida de los demás, el completo abandono de la estructura social, entonces uno se pregunta si se puede llegar a generar orden de este caos. No orden político. La política no podrá nunca producir orden, ni tampoco pueden hacerlo una estructura económica ni una ideología distinta. Pero precisamos del orden, pues hay mucho desorden, tanto exterior como interiormente, del que uno es consciente de forma imprecisa, especulativa, casual. Uno siente que los problemas son enormes. Hay un crecimiento demográfico tan acelerado que uno se pregunta: «¿Qué puedo hacer como ser humano que vive en esta miseria caótica, en esta violencia y estupidez? ¿Qué puedo hacer?» Seguramente se deben haber hecho esta pregunta, si tienen un mínimo de seriedad. Y si uno se ha planteado esta pregunta muy seria de qué puedo hacer, entonces la respuesta es siempre: «Me temo que puedo hacer muy poco por cambiar la estructura de la

sociedad, por conseguir que haya orden, no sólo por dentro, sino también en lo externo.»

Por lo general, uno se hace la pregunta: «¿Qué puedo hacer?», e indefectiblemente la respuesta es «muy poco». Y ahí se queda. Pero el problema exige una respuesta mucho más profunda. El reto es tan grande que cada uno de nosotros tiene que responder al mismo de forma total, no con cierta respuesta condicionada, no como hindú, budista, musulmán, parsi o cristiano; todas estas denominaciones están muertas, agotadas, acabadas; ya no tienen ningún significado excepto para el político que explota la ignorancia y la superstición. Las escrituras, lo que han afirmado los filósofos, las autoridades en materia de religión con sus preceptos y su insistencia en que se les obedezca, de que se les siga... estas cosas han perdido por completo su significado para cualquier hombre que se dé cuenta, que sea consciente de los problemas del mundo.

Es evidente que el hombre ha perdido la fe en lo que ha creído; ya no es un seguidor de nadie. ¿Se dan cuenta de lo que está sucediendo en política cuando el público le tira zapatos y piedras al que les habla? Significa que están descartando el liderazgo. Ya no quieren que se les diga lo que tienen que hacer. El hombre está desesperado. El hombre está confuso. Hay muchísimo dolor. Y ninguna ideología, tanto de izquierdas como de derechas, tiene el menor significado. De todas formas, todas las ideologías son estúpidas. No significan nada cuando se enfrentan al hecho real de «lo que es». Así que podemos hacer caso omiso no sólo de la autoridad de los líderes políticos, sino también de la autoridad del sacerdote, la autoridad del libro, la autoridad de la religión. Podemos pasar completamente por alto todas estas cosas y tenemos que hacerlo para poder descubrir lo que es verdad. Tampoco se puede volver atrás. Sucede que en este país uno oye hablar a menudo del patrimonio cultural de la India, de lo que la India ha sido. Están hablando interminablemente

del pasado, de lo que fue la India. Y, por lo general, la gente que habla de las culturas del pasado reflexiona muy poco; puede repetir lo que ha sido, lo que han dicho los libros, y eso es un narcótico conveniente para adormecer al pueblo. Así que podemos pasar por alto todas estas cosas, quitarlas por completo de en medio; debemos hacerlo porque tenemos problemas que requieren enorme atención, profunda reflexión e investigación, no una repetición de lo que alguien ha dicho, por muy importante que sea esa persona. De modo que cuando se descartan todas las cosas que han sido, que han ocasionado este sufrimiento inmenso, esta brutalidad y violencia totales, entonces nos vemos enfrentados con los hechos, directamente con «lo que es», tanto exterior como interiormente, no con «lo que debería ser». «Lo que debería ser» no tiene ningún sentido.

Como ustedes saben, las revoluciones, como la Revolución Francesa, la Revolución Rusa y la Revolución Comunista han sido propulsadas por ideologías de «lo que debería ser». Y después de matar a millones y millones de personas, se están dando cuenta de que la gente está cansada de ideologías. Así que ustedes han dejado de ser ideólogos, de ser líderes; ya no tienen quien les diga lo que tienen que hacer. Ahora se enfrentan al mundo por sí mismos, solos, y tienen que actuar. De modo que nuestro problema se convierte en algo de enormes proporciones, aterrador. Usted, como ser humano, solo, sin contar con el apoyo de nadie, tiene que reflexionar claramente sobre los problemas y actuar sin confusión alguna, de tal forma que usted se convierta en un oasis en medio de un desierto de ideas. ¿Saben lo que es un oasis? Es un lugar con unos pocos árboles, agua y un poco de pasto, en un desierto inmenso donde sólo hay arena y confusión. Eso es lo que cada uno de nosotros tiene que ser en los tiempos que corren, un oasis dondequiera que estemos, de manera que cada uno de nosotros esté libre, tenga claridad, no se encuentre confuso y pueda actuar, no siguien-

do una tendencia personal o según el propio temperamento o forzado por las circunstancias.

Así que el reto es enorme, y no se puede dar por respuesta la fuga. Está a su puerta. Así que tienen que examinarlo. Tienen que observar su entorno. Tienen que descubrir lo que deben hacer por su propia cuenta. Y eso es lo que vamos a hacer juntos. El que les dirige la palabra no va a decirles lo que tienen que hacer, porque para él no existe la autoridad. Y es muy importante que comprendan esto, que toda autoridad espiritual se ha acabado, porque ha conducido a la confusión, al sufrimiento interminable, al conflicto. Sólo los más necios se convierten en seguidores.

Así que si podemos descartar toda autoridad, entonces podemos empezar a investigar, a explorar. Y para explorar hay que disponer de energía, no sólo energía física, sino energía mental, de modo que el cerebro funcione con agilidad y no embotado por la repetición. Sólo cuando hay fricción hay desgaste de energía. Por favor, préstenle un poco de atención a esto. No acepten lo que dice el que habla, porque eso no tiene sentido. Lo que nos concierne es la libertad, no cierta clase de libertad, sino la libertad total del hombre. De modo que necesitamos energía, no sólo para llevar a cabo una revolución psicológica o espiritual en nosotros mismos, sino también para investigar, para observar, para actuar. Y en tanto haya fricción de cualquier tipo, fricción en la relación entre marido y mujer, entre un hombre y otro, entre una comunidad y otra, entre un país y otro, interior o exteriormente, en tanto haya conflicto en cualquiera de sus formas, por muy leve que sea, hay desgaste de energía. Pero cuando hay libertad, hay un máximo de energía.

Ahora vamos a investigar y descubrir por nuestra cuenta cómo librarnos de esta fricción, de este conflicto. Ustedes y yo vamos a aventurarnos en ello, explorando, inquiriendo, preguntando, nunca siguiendo a otro. Por lo tanto, para investigar tiene que haber libertad. Y no hay

libertad cuando hay miedo. Cargamos con el miedo no sólo externa sino interiormente. Existe el miedo externo a perder el empleo, a no tener suficiente para comer, a perder nuestra posición, a que nuestro superior se comporte de manera ofensiva. Por dentro también existe mucho miedo: miedo a no ser, a no alcanzar el éxito, miedo a morir, miedo a la soledad, miedo a no ser amado, miedo al aburrimiento total, etcétera. Así que este temor existe, y a él se debe que no se investiguen todos los problemas ni que nos libremos de ellos. Es este miedo lo que impide una honda investigación en nuestro interior.

De modo que nuestro principal problema, nuestro problema realmente esencial, es librarnos del miedo. ¿Saben lo que el miedo causa? Ofusca la mente. La insensibiliza. Del miedo brota la violencia. Del miedo surge esta adoración de algo que ustedes desconocen por completo; por lo que se inventan ideas, imágenes hechas a mano o por la mente y distintas filosofías. Y cuanto más astuto sea uno, cuanta más autoridad tenga en su voz y sus gestos, tanto más le siguen los ignorantes. Así que nuestra primera preocupación es si es posible librarse por completo del miedo. Por favor, háganse esa pregunta y averigüen la respuesta.

Durante estas cuatro pláticas, lo que estamos intentando hacer es producir una acción de parte de un ser humano que se encuentra en un mundo que es un desierto, que está confuso, en un estado de violencia, de modo que cada uno de nosotros se convierta en un oasis. Y para descubrirlo y producir esa claridad, esa precisión, de forma que la mente sea capaz de ir mucho más allá de todo pensamiento, tenemos que estar, en primer lugar, libres de todo temor.

Ahora bien, en primer lugar, existe el miedo físico, que corresponde a la respuesta instintiva del animal. Pues hemos heredado muchísimo del animal; gran parte de la estructura de nuestro cerebro ha sido heredada del animal. Ése es un hecho científico. No es una teoría, es un

hecho. Los animales son violentos y también lo son los seres humanos. Los animales son codiciosos, gustan de la adulación, les encanta que los acaricien, les agrada encontrar comodidad, y lo mismo hacen los seres humanos. Los animales son acaparadores, compiten entre ellos, y los seres humanos igual. Los animales son gregarios; del mismo modo, a los seres humanos les gusta vivir en grupos. Los animales tienen una estructura social, como también la tienen los seres humanos. Podemos entrar en mayor detalle, pero es suficiente ver que hay muchísimo en nosotros que todavía es propio del animal.

¿Nos es posible liberarnos no sólo del animal, sino también ir mucho más allá de eso, no investigar meramente de forma verbal, sino averiguar, descubrir de hecho si la mente puede ir más allá del condicionamiento de una sociedad, de una cultura en la que ha crecido? Para descubrir o para dar con algo que pertenece a una dimensión completamente distinta, tiene que haber libertad con respecto al miedo.

Obviamente, la reacción de protegerse no es miedo. Todos nosotros, no sólo los ricos, los poderosos, precisamos de comida, ropa y cobijo. Todo el mundo los necesita, y esto no lo pueden solucionar los políticos. Los políticos han dividido el mundo en países, como la India, cada uno de ellos con su propio gobierno soberano, con su propio ejército, y todos los venenosos disparates en torno al nacionalismo. Existe un solo problema político, y éste consiste en llevar a cabo la unión entre los seres humanos. Eso no puede conseguirse si cada cual se aferra a su propia nacionalidad, a sus divisiones insignificantes de norte, sur, telugu, tamil, gujarati, y demás; todo se convierte en algo tan pueril. Cuando la casa está en llamas, señor, usted no se pone a hablar del hombre que trae el agua, no habla del color del pelo del hombre que le plantó fuego a la casa, sino que usted trae agua. El nacionalismo ha dividido al hombre al igual que lo han hecho las religiones, y esta mentalidad nacionalista, junto con

las creencias religiosas, han dividido a la humanidad, han puesto al hombre contra el hombre. Y uno puede ver por qué ha sucedido esto. Se debe a que a todos nos gusta vivir en un pequeño charco de nuestra propiedad.

Por lo tanto, uno tiene que librarse del temor y ésa es una de las cosas más difíciles de llevar a cabo. La mayoría de nosotros no nos damos cuenta de que estamos asustados, y no somos conscientes de aquello a lo que tememos. Y cuando sabemos de qué tenemos miedo, no sabemos qué hacer y huimos de él. ¿Comprende, señor? Huimos de lo que somos, que es el miedo; y aquello a lo que recurrimos aumenta el temor. Y hemos desarrollado, desafortunadamente, una red de evasiones. De modo que uno debe darse cuenta no sólo de los miedos que uno tiene, sino también de la red que uno ha establecido y mediante la cual se evade.

Ahora bien, ¿cómo se genera el miedo? Usted tiene miedo de algo, de la muerte, de su esposa, de su marido, de perder su empleo, le asustan tantas cosas. Ahora tome uno de los miedos específicos que tiene y hágase consciente de él. Procederemos a examinar cómo se genera y qué podemos hacer al respecto, cómo resolverlo por completo. Entonces estableceremos una relación correcta entre usted y el que habla. Esto no es psicología de masas, ni autoanálisis colectivo, sino una investigación de ciertos hechos que tenemos que afrontar juntos. ¿Cómo surge el miedo, miedo al mañana, miedo a perder un empleo, miedo a morir, miedo a enfermar, miedo a sufrir? El miedo implica un proceso de pensamiento que versa sobre el futuro o sobre el pasado. Me asusta el porvenir, lo que pueda suceder. Tengo miedo de la muerte; todavía está lejos, pero le tengo miedo. Ahora bien, ¿qué da lugar al miedo? El miedo existe siempre en relación con algo. De lo contrario no hay miedo. Así que uno tiene miedo del mañana o de lo que ha sido o de lo que será. ¿Qué ha causado miedo? ¿No es el pensamiento? Pienso que mañana acaso acabe sin trabajo, por lo tanto,

me asusto. Pudiera morirme y no quiero morir; he llevado una vida miserable, monstruosa, sórdida, brutal, insensible, falta de todo sentimiento, y, sin embargo, no quiero morir; y el pensamiento proyecta el futuro en forma de muerte, y le tengo miedo a eso.

¿Comprende todo esto? Por favor, no se limite a aceptar palabras. No se limite a escuchar ciertas palabras. Más bien escuche porque es asunto suyo. Es su problema cotidiano, éste del miedo, tanto si está durmiendo como despierto. Cada uno tiene que resolverlo por sí mismo; nadie lo va a hacer por usted. Ninguna fórmula mágica o mantra, ninguna meditación, ningún dios, ni sacerdote, ni gobierno, ni analista, nadie va a resolverlo por usted. Por lo tanto, tiene que comprenderlo, tiene que trascenderlo. Así que haga el favor de escuchar. No con su mente astuta. No diga: «Escucharé y compararé lo que dice con lo que ya sé o con lo que ya se ha dicho.» Entonces usted no está escuchando. Para escuchar tiene que prestar completa atención. Prestar total atención significa que le importa. Sólo puede haber atención cuando hay afecto, cuando se ama, lo que significa que usted quiere resolver este problema del miedo. Cuando lo haya resuelto, se convertirá en un ser humano, un hombre libre capaz de crear un oasis en un mundo en decadencia.

O sea, que el pensamiento genera temor. Pienso que voy a perder mi empleo o que podría perderlo, y el pensamiento produce temor. De modo que el pensamiento siempre se está proyectando en el tiempo, pues el pensamiento es tiempo. Pienso en la enfermedad que he tenido y no me gusta el dolor, y temo que el dolor pueda recurrir. He tenido una experiencia dolorosa; pensar al respecto y no querer que suceda de nuevo, causa temor. El miedo está muy íntimamente relacionado con el placer. A la mayoría de nosotros nos guía el placer. Para nosotros, como para los animales, el placer es de suma importancia, y el placer forma parte del pensamiento. Al pensar en algo que me ha proporcionado placer, ese placer se ve

incrementado. ¿Verdad? ¿No han advertido todo esto? Usted ha tenido una experiencia placentera, de una hermosa puesta de sol o de sexo, y piensa en ella. Pensar al respecto aumenta el placer, al igual que pensar sobre lo que experimentó como dolor le causa temor. Es decir que el pensamiento genera placer y temor. ¿Verdad? De modo que el pensamiento es responsable del deseo de placer y de su continuidad; y el pensamiento también es el causante del miedo, lo que le da origen. Uno percibe esto; esto es un hecho verídico y experimental.

Entonces uno se pregunta: «¿Se puede dejar de pensar en el placer o en el dolor? ¿Se puede pensar sólo cuando se precisa del pensamiento y en ninguna otra circunstancia?» Señor, cuando usted trabaja en una oficina, cuando realiza una tarea, precisa pensar, de lo contrario no podría hacer nada. Cuando habla, cuando escribe, cuando da charlas, cuando acude al despacho, es necesario pensar. En esto tiene que funcionar con precisión, de forma impersonal. Ahí el pensamiento no debe ser guiado por una propensión o tendencia. En ese contexto se necesita pensar. ¿Pero es necesario pensar en cualquier otro ámbito de acción?

Por favor, préstenle atención a esto. Para nosotros, el pensamiento es muy importante; ése es el único instrumento que tenemos. El pensamiento es la respuesta de la memoria que ha sido acumulada mediante la experiencia, mediante el conocimiento, por la tradición; y la memoria es el resultado del tiempo, heredada del animal. Con estos antecedentes reaccionamos. Esta reacción es el pensar. El pensamiento es indispensable en ciertos niveles. Pero cuando el pensamiento se proyecta psicológicamente como futuro y pasado, entonces el pensamiento genera temor y placer; y en este proceso, la mente se entorpece y, por consiguiente, la inacción resulta ineludible. Señor, como hemos dicho, el miedo es causado por el pensamiento, por pensar en la pérdida del empleo, pensar que mi esposa pudiera irse con otro, pensar en la muerte, pen-

sar en lo que ha sido, etcétera. ¿Puede el pensamiento dejar de pensar en el pasado psicológicamente, para protegerse a sí mismo, o de pensar en el futuro?

¿Comprende la pregunta? Mire, señor, la mente, en la que se incluye el cerebro, puede inventar y puede superar el miedo. Superar el miedo significa reprimirlo, disciplinarlo, controlarlo, interpretarlo en términos de otra cosa; pero todo eso implica fricción, ¿verdad? Cuando estoy asustado, me digo a mí mismo: «Debo controlarlo, debo huir de él, debo trascenderlo.» Todo eso supone conflicto, ¿no es así? Y ese conflicto es un desgaste de energía. Pero si comprendiera cómo se origina el miedo, entonces podría hacerle frente. Veo cómo el pensamiento genera temor. Así que me pregunto: «¿Puede cesar el pensamiento, pues de lo contrario seguirá existiendo el miedo?» Luego me pregunto: «¿Por qué pienso en el futuro? ¿Por qué pienso en el día de mañana? ¿Por qué pienso en el dolor o en el placer que sucedió ayer?»

Por favor, escuchen en silencio. Sabemos que el pensamiento genera temor. Una de las funciones del pensamiento es el estar ocupado, el estar pensando continuamente en algo. Como el ama de casa que piensa en la comida, en los niños, en lavar los platos; ésa es toda su ocupación; quítele esa ocupación y ella se sentirá perdida, se sentirá completamente inquieta, sola, deprimida. O quítenle su Dios al hombre que lo adora, que está ocupado con Dios; se sentirá completamente desorientado. O sea que el pensamiento tiene que estar ocupado con una cosa u otra, bien sea consigo mismo, con la política o con el modo de crear un mundo diferente, una ideología distinta, y así por el estilo; la mente debe estar ocupada. Y la mayoría de nosotros queremos estar ocupados, de lo contrario nos sentiremos perdidos, no sabremos qué hacer, nos sentiremos solos, tendremos que hacerle frente a lo que realmente somos. ¿Comprende? De modo que usted está ocupado, el pensamiento está ocupado... lo cual le impide observarse a sí mismo, a lo que usted realmente es.

Nos proponemos crear un mundo diferente, un orden social distinto. No nos conciernen las creencias, dogmas, supersticiones y rituales religiosos, sino lo que constituye la verdadera religión. Y para descubrirlo no debe haber temor alguno. Vemos que el pensamiento genera temor, y que el pensamiento tiene que estar ocupado con algo, pues de lo contrario se siente perdido. Una de las razones por las que estamos ocupados con Dios, con la reforma social, con esto, con aquello o con lo que sea, es que por dentro nos asusta sentirnos solos, tememos estar interiormente vacíos. Sabemos lo que es el mundo: un mundo de brutalidad, sordidez, violencia, guerras, odios, divisiones nacionales y de clase, etcétera. Y como sabemos objetivamente lo que es el mundo, no lo que creemos que debería ser, nuestro propósito es llevar a cabo una transformación radical en ese ámbito. Para llevarla a cabo, la mente humana tiene que experimentar una tremenda mutación; y la transformación no puede tener lugar si existe cualquier clase de temor.

Por lo tanto, uno se pregunta: «¿Puede cesar el pensamiento de modo que uno viva plena y completamente?» ¿Se han dado cuenta de que cuando se presta total atención, cuando usted pone toda su atención en algo, no hay observador y, por lo tanto, no hay pensador, no existe centro alguno desde el que esté observando? Hágalo alguna vez, preste toda su atención, no «concentración». La concentración es la forma más absurda del pensamiento; eso lo puede hacer cualquier colegial. De lo que estamos hablando es de «atención», es decir, prestar atención. Si usted está escuchando ahora con todo su ser, con su mente, su cerebro, sus nervios, con toda su energía, escuchando, no aceptando, no contradiciendo, no comparando, sino realmente escuchando con toda su atención, entonces, ¿existe una entidad que está escuchando, que está observando? Descubrirá que el observador no existe en absoluto. Ahora bien, cuando mire a un árbol, mire con total atención. Aquí hay muchos árboles, mírelos.

Cuando oiga la algarabía de los cuervos que se recogen al anochecer, escúchela de una manera completa. No diga: «Me gusta ese sonido», o «No me gusta ese sonido». Escúchelo con su corazón, con su mente, con su cerebro, con sus nervios, de una manera completa. Del mismo modo vea el árbol sin la interferencia del pensamiento, lo que significa ausencia de todo espacio entre el observador y lo observado. Cuando usted presta esta atención total y completa, el observador deja absolutamente de existir. Y es el observador el que genera temor, porque el observador es el centro del pensamiento, es el «mí», el «yo», el ego; el observador es el censor. Cuando no hay pensamiento, no hay observador. Ése no es un estado vacío, en blanco. Eso requiere mucha investigación, no aceptar nunca nada.

Usted sabe que durante toda su vida ha estado aceptando la tradición, la familia, la sociedad tal cual es. Usted no es más que una entidad que asiente. Nunca dice que no a ninguna de estas cosas; y cuando dice que no, se trata meramente de un acto de rebeldía. Y la rebeldía establece sus propias pautas que luego se convierten en hábito, en tradición. Pero si ha comprendido toda la estructura social, verá que está basada en el conflicto, en la competición, y en la despiadada afirmación de uno mismo a cualquier precio, bien sea en nombre de Dios o en nombre del país, en nombre de la paz, etcétera.

Por lo tanto, para librarse del miedo, preste toda su atención. La próxima vez que el miedo surja en su mente, miedo a lo que va a suceder o miedo a que algo que ha sucedido pueda volver a ocurrir, preste toda su atención, no huya de ello, no intente cambiarlo, no trate de controlarlo ni suprimirlo, quédese completa y plenamente con él, con toda su atención. Entonces verá que, puesto que no hay observador, no hay miedo en absoluto.

Una de nuestras peculiares falacias es creer que existe el inconsciente, algo profundamente arraigado que va a ocasionar miedo de distintas formas. ¿Comprende?

Toda conciencia tiene sus limitaciones. Y para ir más allá de la entidad consciente limitada y condicionada, no sirve de nada dividir la conciencia en el «consciente» y el «inconsciente». Sólo existe el ámbito de la conciencia y, si usted presta su total atención en cualquier momento, entonces eliminará tanto el inconsciente como la conciencia limitada.

La atención no puede ser cultivada. No hay método, ni sistema, ni práctica mediante los cuales se pueda obtener la atención. Porque cuando se practica un método para volverse atento, eso demuestra que se está cultivando la inatención; por lo tanto, lo que se propone es cultivar la atención mediante la inatención. Cuando usted sigue un sistema, un método, ¿qué está haciendo? Está cultivando ciertos hábitos de forma mecánica, repitiendo cierta actividad que sólo entorpece la mente; no agudiza la mente. Mientras que si presta atención de una manera completa, aunque sólo sea por un segundo o un minuto, entonces usted verá que esa momentánea atención total elimina aquello a lo que ha estado temiendo. En esa atención no hay ni observador ni observado. Entonces, el observador es lo observado. Para comprender esto, para profundizar en ello, uno tiene que investigar toda la cuestión del tiempo y del espacio.

Pero, como se puede ver, nuestra dificultad es que estamos tan fuertemente condicionados que nunca miramos, nunca preguntamos, nunca cuestionamos, nunca ponemos en duda. Somos todos seguidores, unos conformistas. Y la crisis actual requiere que usted no sea seguidor de nadie. Usted, debido a su confusión, no puede seguir a nadie, pues cuando está confuso y sigue a alguien, lo está siguiendo debido a la confusión, no porque posee claridad. Si tiene las cosas claras, no seguirá nunca a nadie. Y cuando siga a alguien porque está confuso, ocasionará mayor confusión. O sea, que lo primero que tiene que hacer es detenerse, investigar, mirar, escuchar.

Desgraciadamente, este país tiene una larga historia en lo que respecta a su supuesta cultura. «Cultura» es una palabra excelente, pero ha sido desprestigiada por los políticos, por la gente que tiene muy poca capacidad de reflexión o muy poco que decir que sea original. Así que han empleado la palabra «cultura» para encubrir su propia falta de inteligencia. Pero para producir una cultura diferente —cultura significa crecer, florecer, no permanecer estancado—, y para comprenderla, uno tiene que empezar consigo mismo. Porque usted es el resultado de esta cultura, de la cultura de la India, con todas sus tradiciones, con todas sus supersticiones, todos sus miedos, la cultura en la que existen la religión, las divisiones sociales y lingüísticas. Usted forma parte de todo eso, usted es eso, usted no es distinto de eso. De modo que en el momento en que se da cuenta y presta su total atención a lo que usted es, entonces verá que ha descartado todo eso instantáneamente. Entonces está por completo libre del pasado. Sólo cuando es consciente de su condicionamiento éste se desprende de usted de forma natural, no mediante ningún acto de voluntad, ni por medio de hábito alguno, de ninguna reacción; sino que simplemente se desprende porque usted está prestando atención.

Pero la mayoría de nosotros pasamos por la vida sin prestar atención. Raras veces estamos atentos. Y cuando lo estamos, por lo general reaccionamos según nuestro condicionamiento hindú, budista, comunista, socialista, o el que fuere. Y por consiguiente respondemos a partir de la formación que recibimos en el ambiente en que crecimos. Por lo tanto, tal reacción sólo crea mayor sujeción, mayor condicionamiento. Pero cuando usted se da cuenta de su condicionamiento, sencillamente, simplemente prestando un poco de atención, entonces verá que su mente ya no está dividida en consciente e inconsciente; entonces verá que su mente ya no está parloteando interminablemente. Por lo tanto, la mente se vuelve extraordinariamente sensible. Y sólo una mente muy sensible

puede estar en silencio, no una mente embrutecida, no una mente que ha sido torturada por la disciplina, el control, la adaptación social o el conformismo; una mente en estas condiciones no puede nunca acallarse mediante la repetición, a la que denomina meditación. La meditación es algo completamente distinto, tema que tal vez abordaremos en otra ocasión.

Como dijimos, una mente que está asustada, no importa lo que haga, no tendrá ni el más mínimo amor, y sin amor no se puede crear un mundo nuevo. Sin amor no puede haber ningún oasis. Y usted, como ser humano, ha creado esta estructura social en la que está atrapado. Para salirse de ella —y debe hacerlo de una manera completa—, tiene que comprenderse a sí mismo, simplemente observarse a sí mismo tal cual es. De esa claridad surge la acción. Y entonces descubrirá por sí mismo otra forma de vida, una manera de vivir que no es repetitiva, que no es conformista, que no es imitativa, una vida que es realmente libre y que, por lo tanto, le abre la puerta a algo que está más allá de todo pensamiento.

Obras Completas de J. Krishnamurti: vol. XVII
Primera plática en Bombay, 1967

Libertad, relación y muerte

SI me lo permiten, continuaremos con lo que estábamos discutiendo cuando nos reunimos aquí el otro día. Decíamos que es necesaria una revolución radical, una revolución que no sea meramente económica o social, sino a mucha mayor profundidad, en la raíz misma de la conciencia. Decíamos que no sólo las condiciones en que se encuentra el mundo exigen que haya tal revolución, sino que además hay una decadencia progresiva en todas partes, no en el ámbito tecnológico sino, en cierto sentido, en el religioso, si se me permite usar esa palabra cautelosamente y con mucha precaución. Porque la palabra «religión» ha sido muy mal empleada; los intelectuales la descartan por completo, la niegan, escapan de ella; los científicos, los intelectuales, incluso los filántropos, no quieren saber nada de esa palabra, de ese sentimiento o de esas creencias organizadas a las que se llama religión. Pero nosotros estamos hablando de una revolución en la naturaleza misma de la propia psique, en la estructura misma de la conciencia que ha sido constituida a través de los milenios por muchísimas experiencias, por muchas circunstancias.

Nosotros vamos a profundizar en este tema: si un ser humano que vive en este mundo brutal, violento, más bien cruel, que se está haciendo cada vez más y más eficiente y, por lo tanto, más y más despiadado, si ese ser

humano puede ocasionar una revolución, no sólo en lo externo, en sus relaciones sociales, sino también y ante todo en su vida interior. En mi opinión, a menos que haya una revolución fundamental en la totalidad de la conciencia, es decir, en todo el ámbito del pensamiento, el hombre no sólo decaerá y, por consiguiente, perpetuará la violencia y el sufrimiento, sino que además creará una sociedad que se volverá cada vez más mecánica, proveedora de mayor placer, y, por lo tanto, llevará una vida sumamente superficial. Si uno observa, eso es exactamente lo que está sucediendo.

El hombre tiene cada vez más tiempo libre, debido a la automatización, al desarrollo de la cibernética, de los cerebros electrónicos, y todo eso. Y ese ocio va a ser empleado o bien en entretenimiento, ya sea de tipo religioso o distintas formas de diversión, o con fines cada vez más destructivos en la relación del hombre con el hombre; o, por otro lado, disponiendo de ese tiempo libre, se va a volcar hacia su interior. Sólo existen esas tres posibilidades. En el campo de la tecnología, el hombre puede poner el pie en la Luna, pero eso no resolverá el problema humano. Ni tampoco lo hará el mero empleo del ocio en diversiones religiosas o de cualquier otro tipo. El ir a la iglesia o al templo, las creencias, los dogmas, la lectura de libros sagrados, todo eso es en realidad una forma de diversión. O el hombre profundizará muy hondo en sí mismo y cuestionará todo valor que el hombre ha creado a través de los siglos e intentará averiguar si existe algo más que el mero producto del cerebro. Hay toda una serie de grupos de gente por todo el mundo que se están rebelando contra el orden establecido mediante la toma de varias clases de drogas, que se niegan a participar en modo alguno en las actividades de la sociedad, y así por el estilo.

De lo que estamos hablando es de si el hombre que vive en este mundo puede llevar a cabo una revolución, una revolución psicológica que creará una clase distinta

de sociedad, otro tipo de orden. Necesitamos orden, pues hay mucho desorden. Toda la estructura social, tal como está, se basa en el desorden, la competición, la rivalidad, la lucha encarnizada del hombre contra el hombre, las divisiones tribales, de clase, de raza, de naciones, y demás. De modo que en la sociedad, tal como está constituida, hay desorden. No cabe la menor duda. Distintos tipos de revolución, la Revolución Rusa y otras clases de revolución, han intentado crear orden en la sociedad y han fallado indefectiblemente, como lo demuestran Rusia y China. Pero precisamos de orden, porque sin orden no podemos vivir. Incluso los animales necesitan orden. Su orden es el de la propiedad y la preferencia sexual. Y para nosotros, los seres humanos, es el mismo orden de la propiedad y de la preferencia sexual, y estamos dispuestos a prescindir del orden sexual a cambio de los derechos sobre la propiedad; y en este campo tratamos de crear orden.

Ahora bien, sólo puede haber orden cuando hay libertad; pero no tal como se interpreta actualmente. Cuando no hay libertad hay desorden y, por lo tanto, hay tiranía, y al hombre se le imponen varias ideologías para producir orden que, a la larga, producen desorden. O sea que el orden implica disciplina. Pero la disciplina, como se la entiende comúnmente, se basa en el conformismo, en la obediencia, en la aceptación, o es generada por el temor, por el castigo, por un enorme poder dictatorial que lo mantenga a uno dentro del orden. Estamos hablando de una disciplina que surge de la comprensión misma de lo que es la libertad. Comprender lo que es la libertad produce su propia disciplina.

O sea, que tenemos que comprender lo que significan estas dos palabras, «libertad» y «comprensión». Generalmente, cuando decimos que comprendemos algo, eso significa intelectual o verbalmente. Cuando algo se enuncia con claridad, bien sea en el propio idioma o en una lengua extranjera que ambos comprendemos, entonces usted

dice: «Comprendo.» Es decir, cuando usted dice que comprende sólo usa una parte de la totalidad humana. Usted comprende las palabras de manera intelectual, comprende lo que el que habla quiere decir. Pero, para nosotros, cuando pronunciamos la palabra «comprendo», eso no significa la comprensión intelectual de un concepto. Estamos empleando la palabra «comprender» en sentido completo, o sea, que cuando usted comprende algo, actúa. Cuando comprende que hay algún peligro, cuando ve un peligro muy claramente, hay una acción inmediata. La acción del entendimiento es su propia disciplina. De modo que uno tiene que captar con gran claridad el significado de esta palabra «comprender». Cuando entendemos, nos damos cuenta, comprendemos, vemos el asunto tal cual es, hay acción. Y para entender algo, tiene que emplear no sólo la mente, la razón, la capacidad, sino también toda su atención; de lo contrario no hay entendimiento. Creo que eso está bastante claro.

Estamos viendo, por lo tanto, que la comprensión de la libertad es completamente diferente de la rebelión. La rebelión es una reacción contra el orden establecido, como la rebelión de la gente que se deja el pelo largo y cosas por el estilo. Están protestando contra el modelo establecido, pero cuando se rebelan aceptan la norma en la que terminan atrapados. Estamos hablando de la libertad que no es una rebelión. No se trata de liberarnos de algo; sino de una libertad que yace en el entendimiento mismo de lo que es desorden. Por favor, comprendan esto claramente. Del mismo entendimiento de lo que es desorden surge la libertad que genera orden, en el cual hay disciplina.

Por lo tanto, entender negativamente significa dar origen a un acto positivo. El orden no se conseguirá mediante el seguimiento de una norma positiva. Hay desorden. Este desorden es causado por el hombre cuando se atiene a cierto patrón, a un patrón social, a una norma ética, a un modelo religioso, a una pauta que está

basada en su propia tendencia o placer personales, etcétera. A saber, que esta sociedad se basa en una visión consumista de la vida, en la competición, la obediencia, la autoridad, todo lo cual ha ocasionado desorden. Cada cual va a lo suyo. El hombre religioso persigue sus propios fines; el político sólo piensa en los suyos, aunque emplee frases como «por el bien del país»; y el hombre de negocios vela por sus propios intereses. Es obvio que cada cual anda a lo suyo. Y, por lo tanto, crea desorden. Hay ideólogos que dicen que el hombre trabaja para sí y, por consiguiente, se le debe obligar a trabajar para el país, para la sociedad como comunidad, etcétera. Se nos impone el orden, lo que provoca desorden. En términos históricos, esto es bastante evidente. De modo que en la comprensión, no verbal ni intelectual, sino de hecho, de lo que es desorden, de cómo cada ser humano contribuye a crear desorden, al ver lo que efectivamente está haciendo, entonces, de esa percepción, de esa observación objetiva de «lo que es» y en la comprensión del mismo, hay una disciplina que genera orden.

Por consiguiente, debemos entender, comprender la palabra «libertad», la palabra «comprender» y también la palabra «ver». ¿Es que vemos algo o lo vemos a través de la imagen que tenemos de esa cosa? Cuando usted mira un árbol, está mirando la realidad objetiva del árbol a través de la imagen que tiene de él. Por favor, obsérvelo usted mismo, obsérvese a sí mismo. ¿Cómo mira al árbol? Hágalo ahora, conforme estamos hablando. Lo mira con el pensamiento. Usted dice: «Es una palmera; es tal o cual clase de árbol.» El pensamiento le impide observar la realidad objetiva de ese árbol. Profundice un poco más en lo subjetivo, más hacia dentro. Usted mira a su esposa o a su marido a través de la imagen que se ha creado de esa persona. Evidentemente, pues ha vivido con ella o con él durante muchos años y ha elaborado una imagen de ella o de él. De modo que mira a través de la imagen que posee. La relación tiene lugar entre esas dos

imágenes que se han formado, no entre dos seres humanos. O sea, que realmente no ve, sino que una imagen está viendo a la otra imagen.

Es muy importante comprender esto porque estamos abordando el tema de las relaciones humanas en todo el mundo. En tanto estas imágenes permanezcan, no habrá relación; de ahí todo el conflicto del hombre con el hombre. El hecho verídico es que cada uno de nosotros se está creando una imagen del otro, y que, cuando lo miramos, lo que hacemos es mirar a la imagen que tenemos de él o que él tiene de nosotros. Usted tiene que ver este hecho. Ver es diferente de hablar verbalmente al respecto. Cuando tiene hambre, lo sabe. Nadie tiene que decirle que tiene hambre. Ahora bien, si alguien le dice que usted tiene hambre y usted acepta esa afirmación, eso significa algo completamente distinto al hecho real de tener hambre. Del mismo modo, debe darse cuenta de que tiene una imagen de otro y que cuando lo ve como hindú, musulmán, comunista, y demás, cesa toda relación humana; usted sólo está viendo la opinión que se ha formado de la otra persona.

Así que nos estamos preguntando si es en modo alguno posible revolucionar esta producción de imágenes. Por favor, presten atención y vean las extraordinarias repercusiones que esto supone. Los seres humanos están condicionados por la sociedad, por la cultura en la que viven, por la religión, por las presiones económicas, por el clima, por la comida, por los libros y los periódicos que leen. Están condicionados, toda su conciencia está condicionada. Y nosotros vamos a averiguar si hay algo más allá de ese condicionamiento. Pero usted sólo puede descubrir si hay algo más allá de ese condicionamiento cuando se da cuenta de que todo pensar se encuentra dentro del marco de la conciencia. ¿Está claro? Ahora procederé a explicar un poco más.

Es evidente que el hombre siempre ha procurado encontrar algo más allá de sí mismo, una otredad; y la

llamó «Dios», le puso el nombre de «superconciencia» y le dio todo tipo de denominaciones. Ha partido de un centro que es la totalidad de su conciencia. Mire, señor, lo expresaremos de otro modo. La conciencia del hombre es el resultado del tiempo. Es el resultado de la cultura en la que vive, la cual incluye la literatura, la música, la religión; todo eso lo ha condicionado. Y ha constituido una sociedad de la que ahora es esclavo. ¿Está claro? De modo que el hombre está condicionado por la sociedad que él ha creado, y esa sociedad lo condiciona todavía más. El hombre le está siempre buscando una salida a esto, ya sea consciente o inconscientemente. Usted medita conscientemente, lee, asiste a ceremonias religiosas y todo lo demás, tratando de escapar de este condicionamiento. Inconsciente o conscientemente hay un tantear a ciegas, una búsqueda de algo más allá de las limitaciones de la conciencia.

El pensamiento, que es el resultado del tiempo, está siempre preguntándose si puede ir más allá de su propio condicionamiento y diciendo que puede o que no puede, o afirmando que hay algo más allá. Es decir, que el pensamiento, que es el resultado del tiempo, que constituye todo el ámbito de la conciencia, tanto si es consciente como inconsciente, no puede nunca descubrir lo nuevo. Porque el pensamiento siempre es viejo. El pensamiento es la memoria acumulada por muchos milenios. El pensamiento es el resultado de la herencia animal. El pensamiento es la experiencia del ayer en forma de memoria. En consecuencia, el pensamiento no puede nunca ir más allá de la limitación de la conciencia.

Por lo tanto, cuando usted mira un árbol, está mirando la imagen que el pensamiento ha creado de ese árbol. Cuando mira a su esposa o a su marido, a su líder político, a su guru religioso y todo eso, está mirando la imagen que el pensamiento ha creado de esa persona. Por consiguiente, usted no está nunca viendo nada nuevo. Y el pensamiento está controlado por el placer. Nuestro funcionamiento obe-

dece el principio del placer, del que tratamos un poco el otro día. Lo que nos estamos preguntando ahora es si, de algún modo, se puede ir más allá de esta conciencia limitada. Y el indagar en la naturaleza del pensamiento forma parte de la meditación, lo que requiere una tremenda disciplina; no la disciplina del control, la represión, la imitación, el seguimiento de un método, y todas esas tonterías.

Ahora voy a abordar este proceso de la indagación. El que habla va a profundizar en ello, pero si usted quiere emprender el viaje con él, no sólo tiene que prestar atención a lo que está diciendo, sino que debe mantenerse a su altura, no verbalmente, sino de hecho.

Vamos a averiguar si existe un ámbito de inocencia, una inocencia que no ha sido afectada en absoluto por el pensamiento. Si puedo mirar ese árbol como por primera vez, si puedo mirar el mundo con toda su confusión, miserias, sufrimientos, engaños, brutalidad, deshonestidad, crueldad, guerra, todo el panorama del mundo como por primera vez... Esto es un asunto importante. Porque si puedo mirarlo como por primera vez, mi acción será completamente nueva. A menos que la mente descubra ese espacio de inocencia, no importa lo que haga, cualesquiera que sean las reformas sociales o la actividad, estará siempre contaminada por el pensamiento, pues es el resultado del pensamiento y el pensamiento es siempre viejo.

Nos estamos preguntando si todo movimiento dentro de esa conciencia limitada es un movimiento del pensamiento, consciente o inconsciente. Cuando usted busca a Dios o la verdad, sigue siendo el pensamiento el que busca y, por lo tanto, se proyecta a sí mismo en términos de reconocimiento de lo que ha conocido. En consecuencia, usted no está buscando en absoluto. Es muy importante comprender esto. De ahí que toda búsqueda deba cesar por completo, lo que en realidad significa que usted tiene que ver «lo que es», como tal. O sea, cuando usted nota que es colérico, celoso, competitivo, codicioso,

egoísta, brutal, violento, cuando usted ve «lo que es» tal como es, no en términos de un ideal, entonces usted se desprende por completo del conflicto. Una mente que está en conflicto, de la clase que sea, a cualquier nivel, se vuelve insensible; como dos personas que se riñen continuamente son torpes, estúpidas, se han vuelto insensibles. Todo conflicto entorpece la mente. Pero cuando usted ve realmente «lo que es» sin su contrario, entonces no hay conflicto de ninguna clase.

Le mostraré lo que quiero decir. El animal es violento. Los seres humanos, que son el resultado del animal, también son violentos. Forma parte de su naturaleza el ser violentos, coléricos, celosos, envidiosos, ambicionar poder, posición, prestigio, y todo eso, dominar, ser agresivos. El hombre es violento, como lo demuestran miles de guerras, y ha desarrollado una ideología a la que denomina «no-violencia». Por favor, préstele mucha atención. Este país, la India, ha hablado interminablemente al respecto; es uno de sus disparates ideológicos. Y cuando de verdad hay violencia, como en el caso de una guerra entre este país y el de al lado, todo el mundo participa. Les encanta. Ahora bien, cuando usted es en realidad violento y tiene un ideal de no-violencia, se crea un conflicto. Usted está continuamente tratando de hacerse no-violento, lo cual forma parte del conflicto. Usted se disciplina a sí mismo con el fin de no ser violento, y eso nuevamente constituye un conflicto, una fricción. De modo que cuando es violento y tiene un ideal de no-violencia, usted es esencialmente violento. Lo primero que tiene que hacer es darse cuenta de que es violento, no intentar hacerse no-violento; ver la violencia tal como es, no tratar de interpretarla, de disciplinarla, de superarla, de suprimirla, sino percibirla como si la estuviera viendo por primera vez, es decir, mirarla sin pensamiento alguno.

Ya he explicado lo que entendemos por mirar un árbol con inocencia; significa mirarlo sin la imagen. Del mismo modo, usted tiene que mirar la violencia sin la

imagen que está implícita en la palabra misma. Observarla sin ningún movimiento del pensamiento significa mirarla como si la estuviese viendo por vez primera y, por lo tanto, con inocencia.

Espero que estén captando esto, pues es muy importante que se entienda. Si el hombre puede extirpar por completo el conflicto de su interior, creará una sociedad totalmente diferente. Ésa es la revolución radical. Así que nos estamos preguntando si el hombre, esta entidad condicionada, puede trascender todo este condicionamiento de manera que deje de ser hindú, musulmán, comunista o socialista con sus opiniones o ideologías, y que todo eso desaparezca. Sólo es posible cuando usted empieza a ver las cosas tal como verdaderamente son.

Usted tiene que ver el árbol como tal árbol, no como usted piensa que es. Tiene que mirar a su esposa o a su marido tal y como ella o él es, no a través de la imagen que se haya hecho de la persona. Entonces, usted está siempre observando el hecho, «lo que es», no tratando de interpretarlo en términos de su propia orientación o tendencia personal, no guiado por las circunstancias. Nosotros estamos controlados por las circunstancias, estamos guiados por la propensión y la tendencia, y, por lo tanto, nunca observamos «lo que verdaderamente es». Observar «lo que verdaderamente es» es inocencia; la mente, por tanto, ha experimentado una tremenda revolución.

No sé si está siguiendo esto. Usted le enseña a un niño que él es hindú, le enseña que es un hombre de raza oscura o un negro, y que el otro es un cristiano. Le enseña, y de ese modo lo controla y condiciona. Ahora bien, lo que estamos diciendo es que, para liberarse de este condicionamiento, se necesita dejar absolutamente de pensar en términos de hindú, musulmán, comunista o cristiano; hay que pensar como un ser humano que ve las cosas tal como son, lo cual en realidad significa morir.

Para la mayoría de nosotros la muerte es algo aterrador. Tanto los jóvenes como los ancianos le tienen miedo a la

muerte, por varias razones. Al estar asustados, inventamos distintas teorías como la reencarnación o la resurrección, y todo tipo de medios para evadirnos del hecho irrefutable de que la muerte existe. La muerte es algo desconocido. Al igual que no conoce realmente a su marido o a su esposa, sino que sólo conoce la imagen que tiene de él o de ella, del mismo modo usted no sabe nada sobre la muerte. ¿Comprende? La muerte es algo desconocido, algo aterrador. La entidad que es usted ha sido condicionada y está llena de sus propias ansiedades, culpabilidad, aflicciones, sufrimiento, y de su pequeña capacidad creadora, su talento para hacer esto o aquello; la entidad es todo eso, y le da miedo perder lo que conoce, porque su censor es la esencia misma del pensamiento. Si no hay pensamiento, no existe el «yo», no hay rastro de temor. De modo que el pensamiento ha generado este miedo a lo desconocido.

La muerte implica dos cosas. No sólo está el final físico, sino también el psicológico. Por lo tanto, el hombre dice que hay un alma que continúa, que hay algo permanente en mí, en usted, que va a continuar. Ahora bien, dicho estado permanente es creado por el pensamiento; ya fuera pensado por algún antiguo maestro, escritor, poeta o novelista, al que usted puede calificar de persona religiosa, llena de teorías; él ha creado esta idea del alma, de la entidad permanente, mediante el pensamiento. Nosotros seguimos ese pensamiento y acabamos atrapados por ese condicionamiento. Del mismo modo que los comunistas, que no creen en nada permanente; así se lo han enseñado, y piensan de acuerdo con la instrucción recibida. Así como a ustedes se les formó en la creencia de que hay algo permanente, a ellos les enseñaron a creer que no hay nada permanente. Ustedes dos son iguales, tanto si creen como si dejan de creer. Ambos están condicionados por la creencia.

Además, hay otra cuestión que también forma parte de esto, o sea, si el pensamiento tiene una continuidad. El pensamiento continúa cuando se lo fortalece. Es decir,

pensando todos los días en uno mismo, en la familia, en el país, en el empleo, en asistir al trabajo, trabajando y pensando continuamente, mediante esta actividad usted ha creado un centro de pensamiento que es un conjunto de recuerdos. Y hay que averiguar si eso tiene una continuidad propia. No vamos a abordarlo ahora, porque no nos queda tiempo.

La muerte es algo desconocido. ¿Podemos acercarnos a ella con inocencia? ¿Comprende? ¿Puedo mirar la Luna que brilla a través de esas hojas, y escuchar esos cuervos como si estuviera viendo y escuchando por primera vez, con total inocencia de todo conocimiento previo? Eso significa dejar morir todo lo que haya conocido en el pasado. No albergar el recuerdo del ayer es morir. Usted tiene que hacerlo, no especular continuamente al respecto. Lo hará cuando vea su importancia. Entonces verá que no hay método, que no hay ningún sistema, porque tan pronto ve algo peligroso, usted actúa inmediatamente. De igual forma, verá que una mente que sólo posee una continuidad de lo que ha sido no podrá nunca, en modo alguno, crear nada nuevo. Incluso en el campo de la ciencia, la mente sólo consigue descubrir algo totalmente nuevo cuando está completamente callada. De manera que dejar morir el ayer, los recuerdos, los agravios, los placeres, es volverse inocente. La inocencia es mucho más importante que la inmortalidad. El pensamiento no puede alcanzar nunca la inocencia, pero la inmortalidad se reviste de pensamiento.

El mecanismo de la creación de imágenes se origina a través de la energía, la energía cuyo principio es la búsqueda de placer. Eso es lo que estamos haciendo, ¿verdad? Todos queremos placer. Actuamos a partir de ese principio. Nuestra moralidad, nuestras relaciones sociales, nuestra búsqueda de lo que se denomina Dios, y todo lo demás, todo eso se basa en el placer y la satisfacción que proporciona. Y el placer es la continuidad que el pensamiento le da al deseo.

Por favor, señora, no tome notas. Esto no es un examen para el que hace apuntes, se va a casa, reflexiona al respecto, y luego contesta. Lo estamos haciendo juntos. Usted está actuando y no tiene tiempo. Cuando se está realmente viviendo es ahora, no mañana. Si usted está siguiendo esto intensamente, no tiene tiempo para tomar apuntes. Por favor, escuche.

Escuchar significa aprender, y aprender no es acumulación. Es decir, cuando usted ha aprendido, entonces actúa apoyándose en lo que ha aprendido; tal aprendizaje es una mera acumulación. Se lo repito, una vez que ha acumulado, usted actúa según esa acumulación; y, por lo tanto, está generando fricción. Si escucha, no tiene nada más que hacer. Todo lo que tiene que hacer es escuchar. Escuche del mismo modo que miraría ese árbol o esa Luna, sin ningún pensamiento, sin ninguna interpretación. Simplemente escuche; hay mucha belleza en ello. Y ese escuchar significa una completa abnegación de sí mismo. De lo contrario, usted no puede escuchar.

Sólo se escucha cuando se es apasionado, y no hay pasión cuando uno es incapaz de entregarse por completo a lo que sea. De igual modo, si está escuchando con total abandono, usted ha hecho todo cuanto puede hacer, porque entonces está viendo la verdad tal cual es, la verdad de cada día, de cada acción, de cada pensamiento, de todo ámbito de acción. Si no sabe cómo percibir la verdad del movimiento cotidiano, de la actividad, el trabajo y el pensamiento diarios, entonces usted no irá nunca más allá de eso, no descubrirá nunca lo que yace más allá de las limitaciones de la conciencia.

Así que, como dijimos, la comprensión de la libertad produce su propia disciplina, y ésta no es imitación, no es conformismo. Por ejemplo, usted observa la muerte muy atentamente; esa misma observación es disciplina. La conciencia es limitada, y esta limitación está al alcance del pensamiento. El pensamiento no puede trascender esta limitación; ni el psicoanálisis, ni la filosofía, ni la

disciplina física, por mucho que se practiquen, podrán abrirse paso a través de este condicionamiento. Éste sólo puede ser traspasado cuando se comprenda todo el mecanismo del pensamiento. El pensamiento, como ya hemos dicho, es viejo y nunca puede descubrir lo nuevo. Cuando el pensamiento se da cuenta de que no puede hacer nada, entonces el propio pensamiento se detiene. Por lo tanto, hay un ir más allá de la limitación de la conciencia.

Y este ir más allá significa dejar que lo viejo muera. Esto no es una teoría. No la acepte o rechace. No diga: «Es muy buena idea.» Hágalo. Entonces descubrirá por sí mismo que, al dejar que muera el ayer, surge la inocencia. Y de esa inocencia surge una clase totalmente distinta de acción. En tanto los seres humanos no hayan descubierto eso, no importa lo que hagan, todas las reformas, todos los cultos, la veneración de la riqueza, todas las formas de evasión, no significan absolutamente nada.

Donde hay inocencia, la cual sólo puede generarse mediante la abnegación de uno mismo, hay amor. Sin amor e inocencia no hay vida, sólo tortura, aflicción y conflicto. Y una vez haya inocencia y amor, sabrá que existe una dimensión totalmente distinta sobre la que nadie le puede informar. Si le hablan de ella, no le están diciendo la verdad. Aquellos que dicen que saben, no saben. Pero un hombre que ha comprendido esto, descubre misteriosamente, sin darse cuenta, algo que pertenece a una dimensión completamente diferente, como es el eliminar el espacio entre el observador y lo observado. Ese estado es completamente distinto del estado en el que el observador se diferencia de lo observado.

Obras Completas de J. Krishnamurti: vol. XVII
Segunda plática en Bombay, 1967

Conocimiento de sí mismo y meditación

CUANDO nos reunimos aquí, el otro día, mencionábamos la necesidad de una revolución total, de una revolución tanto interior como exterior. Decíamos que para que haya paz en el mundo, el orden es esencial, no sólo el orden en lo exterior, sino primordialmente el orden por dentro. Este orden no es una mera rutina. El orden es algo vivo que no puede en modo alguno generarse por la mera especulación intelectual, por ideologías, por distintas clases de conducta compulsiva. Decíamos, además, que el pensamiento, que es lo viejo, no puede funcionar sin la pauta que estableció en el pasado. El pensamiento es siempre lo viejo. El pensamiento no puede de ninguna manera producir orden, porque el orden, como hemos dicho, es algo vivo. Y es el pensamiento el que ha causado desorden en el mundo.

Creo que profundizamos en ello lo suficiente el otro día. Dijimos que debemos considerar no lo que es el orden, sino más bien lo que ocasiona desorden. Porque en el momento en que podamos comprender lo que es el desorden, percibirlo directamente y ver toda la estructura del desorden, no de forma meramente intelectual, sino de hecho, entonces, al comprender ese desorden íntegramente, se producirá orden.

Considero que es muy importante comprender esto. La mayoría de nosotros creemos que el orden puede pro-

ducirse mediante la repetición, que si acudimos a la oficina durante los próximos cuarenta años, si ejercemos como ingenieros o científicos siguiendo una rutina, entonces estamos generando orden. Pero la rutina no es orden: la rutina ha dado lugar al desorden. Tenemos desorden tanto exterior como interiormente. Me parece que sobre esto no cabe la menor duda. Hay un caos general, tanto exterior como interiormente. El hombre está procurando hallarle una salida a este caos, buscando, pidiendo, exigiendo, nuevos líderes; y si logra encontrar un nuevo líder político o religioso, lo seguirá. O sea, que el hombre está dispuesto a adoptar una rutina, un propósito, un sistema mecánicamente establecidos.

Pero cuando uno observa cómo ha surgido este desorden, ve que dondequiera que haya habido autoridad, especialmente autoridad interior, tiene que haber desorden. Uno acepta la autoridad interior de otro, de un maestro, de un guru, de un libro, etcétera. Es decir que, mediante el seguimiento de otra persona, de sus preceptos, sus sentencias, sus órdenes y su autoridad de manera mecánica, espera establecer orden en su propio interior. El orden es necesario para que haya paz. Pero el orden que creamos en la búsqueda o en el seguimiento de una autoridad genera desorden. Usted puede observar lo que está sucediendo en el mundo, sobre todo en este país, donde la autoridad todavía impera, donde la autoridad interior, la necesidad, el impulso de seguir a alguien es muy fuerte y forma parte de la tradición, de la cultura. Ésa es la razón por la que hay tantos «ashrams», grandes y pequeños, que en realidad son campos de concentración. Porque en ellos se le dice exactamente lo que tiene que hacer. Allí existe la autoridad de los llamados líderes espirituales. Y, como en todos los campos de concentración, tratan de destruirlo, tratan de ponerlo en un nuevo molde. Los comunistas en Rusia y los regímenes dictatoriales crearon campos de concentración para cambiar la opinión, para modificar la forma de

pensar, para presionar a la gente. Y esto es exactamente lo que está sucediendo. Cuanto más caos hay en el mundo, más numerosos son los llamados «ashrams», los cuales fundamentalmente son campos de concentración para deformar a la gente, para reformarla y obligarla a adoptar cierto modelo de conducta, con la promesa de un futuro maravilloso. Y los torpes lo aceptan. Lo aceptan porque de ese modo consiguen seguridad física. El jefe, el comisario, el guru, la autoridad, les dice exactamente lo que tienen que hacer; ellos lo harán de buen grado, porque se les promete el cielo o lo que sea; mientras tanto, tienen seguridad física. Esta clase de obediencia mecánica —y toda obediencia es mecánica— genera mucho desorden, como lo atestiguan la historia y los acontecimientos de la vida diaria.

De manera que para comprender lo que es el desorden hay que comprender las causas del mismo. La causa primordial del desorden es la persecución o búsqueda de una realidad prometida por otro. Como la mayoría de nosotros nos encontramos confusos, como la mayor parte estamos perturbados, preferiríamos seguir mecánicamente a alguien que nos asegure una cómoda vida espiritual. Uno de los fenómenos más extraordinarios es que en política estamos en contra de la tiranía, de la dictadura. Cuanto más liberal, más civilizada, más libre es la gente, tanto más aborrece y detesta la tiranía en el ámbito político y económico; pero en lo interior, aceptaría la autoridad, la tiranía de otro. Es decir, que deformamos nuestras mentes, nuestros pensamientos y nuestra forma de vida para amoldarnos a un modelo que otro ha establecido como el camino que conduce a la realidad. Cuando hacemos eso, de hecho estamos destruyendo la claridad, pues la claridad o luz tiene que ser encontrada por uno mismo, no por mediación de otra persona, de un libro o de santo alguno. Generalmente, los santos son seres humanos desequilibrados. Porque llevan lo que se considera una vida sencilla, los demás se sienten muy impresionados;

pero sus mentes están deformadas y se inventan lo que creen que es la realidad.

Para comprender realmente el desorden uno tiene que entender toda la estructura de la autoridad, no sólo interior, sino también exteriormente. No puede negar la autoridad externa. Ésta es necesaria. Es esencial para cualquier sociedad civilizada. A lo que nos referimos es a la autoridad de otro, incluida la del que habla. Sólo puede haber orden cuando comprendamos el desorden que cada uno de nosotros ocasiona, pues formamos parte de la sociedad; nosotros hemos creado la estructura de la sociedad, y en ella estamos atrapados. Nosotros, como seres humanos que hemos heredado los instintos animales, tenemos que descubrir la luz y el orden. Y no podemos descubrir esa luz y ese orden o ese entendimiento por mediación de otro, sea quien fuere, porque sus experiencias pueden ser falsas. Toda experiencia debe ser cuestionada, tanto la propia como la ajena. La experiencia es la continuación de un conjunto de recuerdos que interpreta la respuesta a un reto según su condicionamiento. O sea, que la experiencia consiste en responder a un reto, y esa experiencia sólo puede responder según sus antecedentes. Si usted es hindú, musulmán o cristiano, está condicionado por su cultura, por su religión, y esa formación proyecta toda clase de experiencias. Y cuanto más ingeniosa sea su interpretación de esa experiencia, más se le respeta, por supuesto, con todo lo que eso conlleva, todo el espectáculo.

Por lo tanto, debemos cuestionar, poner en duda, no sólo la experiencia ajena, sino también la propia. La búsqueda de nuevas experiencias mediante la expansión de la conciencia —cosa que se está realizando por el uso de una serie de drogas psicodélicas— sigue estando dentro del campo de la conciencia y, por lo tanto, es muy limitada. De modo que una persona que esté buscando experiencia de cualquier clase, en especial la experiencia denominada religiosa o espiritual, no sólo tiene que cues-

tionarla, ponerla en duda, sino que debe descartarla por completo. Si una mente está muy clara, llena de atención y de amor, ¿por qué una mente así habría de exigir todavía más experiencia?

Lo que es verdad no puede ser inducido. Usted puede rezar cuanto quiera, hacer ejercicios de respiración y poner en práctica todos los demás trucos a los que recurren los seres humanos con el fin de encontrar cierta realidad, cierta experiencia, pero la verdad no puede ser inducida. Lo mensurable puede venir, pero no lo inmensurable. Y un hombre que esté intentando conseguir lo que una mente condicionada no puede comprender, genera desorden, no sólo en lo externo, sino interiormente.

En consecuencia, la autoridad debe ser descartada por completo, y eso es una de las cosas más difíciles de llevar a cabo. Desde la infancia nos guía la autoridad: la autoridad de la familia, de la madre y del padre, la autoridad de la escuela, del maestro, y demás. Tiene que haber la autoridad de un científico, la autoridad de un tecnólogo. Pero la denominada autoridad espiritual es algo maligno, y ésa es una de las principales causas del desorden porque es lo que ha dividido el mundo en distintas clases de religiones, en varios tipos de ideologías.

Para liberar la mente de toda autoridad tiene que haber un conocerse a sí mismo, es decir, conocimiento del yo. No me refiero al yo supremo o al «Atman», que son todas invenciones de la mente, invenciones del pensamiento originadas por el temor. Estamos hablando de autognosis, de conocerse a sí mismo tal cual uno es, no como debería ser, ver que uno es estúpido, que está asustado, que es ambicioso, que es cruel, violento, codicioso; ver los motivos que mueven el propio pensamiento, los motivos que impulsan la propia acción; ése es el principio de la autognosis. Si usted no se conoce a sí mismo, cómo funciona su estructura mental, cómo siente, cómo piensa, cuáles son sus motivos, por qué hace ciertas cosas y evita otras, cómo está persiguiendo el placer, a menos

que se dé perfecta cuenta de todo esto, usted puede engañarse a sí mismo, puede causar mucho daño, no sólo a sí mismo, sino también a los demás. Y sin este conocimiento propio básico no puede haber meditación, de la que voy a tratar seguidamente.

Los jóvenes de todo el mundo están rechazando, se están sublevando contra el orden establecido, un orden que ha convertido el mundo en algo sórdido, monstruoso, caótico. Ha habido guerras, y hay miles de postulantes para un solo empleo. La sociedad ha sido creada por la generación anterior, con sus ambiciones, su codicia, su violencia, sus ideologías. La gente, en especial los jóvenes, están rechazando todas las ideologías. Tal vez no en este país, pues no hemos avanzado lo suficiente, no estamos lo suficientemente civilizados como para rechazar toda autoridad, toda ideología. Pero al rechazar las ideologías se están creando su propio modelo ideológico: pelo largo y todo eso.

La mera rebelión no soluciona el problema. Lo que lo resuelve es producir orden en uno mismo, un orden viviente, no una rutina. La rutina es mortífera. Usted acaba en una oficina, si es que consigue un empleo, desde el momento en que se gradúa en la universidad. Luego, durante los próximos cuarenta o cincuenta años, acude a la oficina todos los días. ¿Saben lo que le ocurre a una mente así? Usted ha establecido una rutina, la repite y anima a su hijo a que siga en lo mismo. Todo hombre que esté vivo debe rebelarse contra eso. Pero usted dirá: «Tengo responsabilidades; en mi situación, no puedo dejarlo, aunque me gustaría hacerlo.» Y así sigue el mundo, repitiendo la monotonía, el aburrimiento de la vida, su más absoluta vacuidad. La inteligencia se está rebelando contra todo esto.

De modo que tiene que haber un orden nuevo, una nueva forma de vivir. Para que ese orden nuevo, esa nueva forma de vivir sea realidad, tenemos que comprender el desorden. Sólo a través de la negación se compren-

de lo positivo, no mediante la búsqueda de lo positivo. ¿Entiende, señor? Cuando niega o descarta lo que es negativo, cuando comprende todo el desorden sociológico e interno que han generado los seres humanos, cuando entiende que mientras cada ser humano sea ambicioso, codicioso, envidioso, competitivo, ansíe alcanzar posición, poder y autoridad, está creando desorden, y cuando comprende la estructura del desorden, esa misma comprensión produce disciplina, no la disciplina de la supresión, de la imitación. De la negación surge la recta disciplina, que es orden.

Por lo tanto, la comprensión de uno mismo es el principio de la sabiduría. La sabiduría no se encuentra en los libros, ni en la experiencia, ni en el seguimiento de otro, ni en la repetición de un montón de frases hechas. La sabiduría viene a una mente que se está comprendiendo a sí misma, entendiendo el modo en que se origina el pensamiento. ¿Se han preguntado alguna vez cuál es el inicio del pensamiento, cómo se produce? Es muy importante entender esto. Porque si se puede comprender el origen del pensamiento, entonces tal vez se pueda descubrir una mente que no esté agobiada por el pensamiento como repetición de lo que ha sido. Ya dijimos que el pensamiento es siempre viejo, el pensamiento no es nunca nuevo. A menos que descubra por sí mismo, no repitiendo lo que diga otro, sea quien fuere, qué es lo que da origen al pensamiento, al igual que una semilla produce una hoja verde, no podrá de ningún modo ir más allá de las limitaciones del ayer.

Y para descubrir el origen del pensamiento tiene que haber entendimiento de uno mismo, no a través del análisis. El análisis lleva tiempo, como lo lleva pelar las capas de una cebolla una por una. Creemos que podemos entender mediante el análisis, mediante la introspección, por medio del seguimiento de una idea concreta que ha surgido y examinando su causa. Todo eso lleva tiempo. Ahora bien, cuando usted emplea el tiempo como medio de

aprender los distintos verbos, etcétera; y después de haberlos aprendido, se empieza a utilizarlos. Aquí no se trata de nada parecido. Percibir un peligro precipita una acción inmediata. Cuando se ve un peligro como, por ejemplo, un precipicio, hay acción instantánea.

De manera que lo que vamos a hacer es averiguar, comprender el inicio, el origen del pensar. Y para llevar eso a cabo, usted tiene que escuchar y mantenerse a su altura, o sea, que tiene que prestarle atención. La atención sólo es posible cuando se está investigando profundamente, lo que significa que usted es realmente libre de investigar, que no está sujeto a lo que han dicho ciertas personas, etcétera.

Ahora bien, la totalidad de la vida es energía, es un movimiento infinito. Y esa energía, en su movimiento, crea un patrón que se basa en la autoprotección y la seguridad, es decir, en la supervivencia. La energía, el movimiento, al quedar atrapada en un patrón de supervivencia, y la consiguiente repetición de ese patrón, constituye el inicio del pensamiento. El pensamiento es mente. La energía es movimiento; ese movimiento atrapado en un patrón de supervivencia y la repetición de la supervivencia en el sentido de placer, de temor, etcétera, es el origen del pensamiento.

El pensamiento es la respuesta de la memoria acumulada, de los patrones acumulados, que es lo que usted está haciendo como hindú, musulmán, parsi, cristiano, comunista, socialista, y todo eso. Funcionamos siguiendo patrones, y su repetición es la repetición del pensamiento, una y otra vez. Eso es lo que usted está haciendo como hindú, musulmán o parsi, siguiendo el patrón establecido por la repetición de la supervivencia dentro del marco de una cultura hindú, musulmana o parsi. Esto es lo que está sucediendo dentro de cada uno de nosotros. El pensamiento siempre ha establecido un patrón, y si el viejo patrón no es adecuado, establece otro. Si el capitalismo está mal, entonces el comunismo está bien; ése es un

nuevo modelo. O si el hinduismo o el cristianismo no es conveniente, usted crea otra norma.

Así pues, que la repetición de ese patrón condiciona las mismas células cerebrales, que son materia. El pensamiento es materia. Uno puede descubrirlo por sí mismo. Usted tiene que descubrirlo, no porque se lo dice el que habla, lo cual no tiene valor alguno. Es como si a un hambriento le dijeran lo buena que está la comida y lo alimentaran con teorías. Eso es lo que está sucediendo en este país; ustedes se alimentan de teorías e ideologías: la ideología budista, la hindú, la ideología de Shankaracharya, y todo lo demás. Por consiguiente, sus mentes están vacías. Ustedes se nutren de palabras; por eso hay desorden. Por eso hay que descartar todo esto, de manera que empecemos de nuevo. Para empezar de nuevo hay que comprender toda esta estructura del pensamiento. Ahora bien, usted entiende esta estructura del pensamiento sólo cuando empieza a comprenderse a sí mismo como un movimiento vital; no se trata de que, habiendo comprendido, le añada más, en cuyo caso se convierte en algo muerto. Usted es un ser vivo enmarcado en una cultura; y esa cultura, esa tradición, esa autoridad lo confina. Dentro de ese marco de la conciencia se encuentra el desorden. El comprender todo este proceso e ir muchísimo más allá, que es lo que vamos a hacer ahora, es meditación.

La meditación no es la fórmula repetitiva de «mantras», de la respiración acompasada, de sentarse en cierta postura practicando un estado de atención, de alerta; todas estas cosas son absolutamente mecánicas. Estamos hablando de algo vivo. Y usted ha practicado estas cosas mecánicas durante muchos siglos. Aquellos que las han practicado están muertos, y sus visiones son proyecciones de su propio pasado, de su propio condicionamiento. Pero estamos hablando de una meditación viva, no de una meditación mecánica, reiterativa, disciplinaria. A menos que usted sepa lo que es la meditación, que sepa lo que es la muerte, no habrá nueva cultura, no nacerá nada nuevo.

La cultura es algo de lo más maravilloso. No la cultura muerta de la que ustedes hablan incesantemente, la cultura india, la cultura hindú; eso está sepultado, agotado, acabado. La cultura viva es lo que está sucediendo ahora mismo. Ver la confusión, el desorden, el sufrimiento terrible, y a partir de ahí crecer y florecer, eso es cultura, no el volver a sus difuntos antepasados.

Así que vamos a averiguar juntos y a hacer juntos una incursión en este tema de lo que es la meditación. Esa pregunta sólo se puede plantear cuando se ha pasado por el conocimiento de uno mismo. No se puede preguntar «¿Qué es la meditación?» a menos que uno se conozca a sí mismo, a menos que uno tenga una comprensión de sí mismo, a menos que se haya observado a sí mismo todo cuanto fuere posible. Como dije, el «mirarse a uno mismo» es instantáneo; la totalidad de uno mismo se revela en el instante, no con el paso del tiempo. Usted puede ver con sus propios ojos un árbol, una flor, un ser humano cerca de usted. No puede ver la totalidad de ese árbol o la totalidad del ser humano que está a su lado, si tiene una imagen de ese árbol o de esa persona. Esto es evidente. Sólo cuando la imagen no existe, se puede ver de manera completa. La imagen es el observador, es el centro desde el cual se observa. Cuando hay un centro desde el que se observa, existe un espacio entre el observador y lo observado. Usted no tiene que prestarle tanta atención a lo que se está diciendo, lo puede observar por su propia cuenta. Mientras haya una imagen de su esposa, de su marido, del árbol, de cualquier cosa, es la imagen la que constituye el núcleo que está mirando. De modo que hay separación entre el observador y lo observado. Es importante comprender esto. Vamos a profundizar en ello seguidamente.

En primer lugar, vamos a eliminar ideas equivocadas acerca de la concentración. Es una de las máximas predilectas del meditador o del maestro que practica o enseña meditación, que la gente tiene que aprender concentra-

ción, o sea, concentrarse en un pensamiento, deshacerse de todos los demás pensamientos y fijar la mente sólo en ese único pensamiento. Éste es un acto sumamente estúpido. Porque, cuando lo hace, usted está meramente resistiendo, sosteniendo una lucha entre la exigencia de tener que concentrarse en un solo objeto y la mente que se distrae con toda clase de cosas. Por el contrario, usted tiene que estar atento no sólo al pensamiento específico, sino también a donde se le va la mente, totalmente atento a cada movimiento de la mente. Esto sólo es posible cuando no niega ningún movimiento, cuando no dice: «Mi mente divaga, mi mente está distraída.» La distracción no existe. Porque cuando la mente divaga, eso indica que está interesada en otra cosa.

Así que uno tiene que comprender toda la cuestión del control. Pero, desafortunadamente, no podemos abordarla esta tarde porque no nos queda tiempo. Los seres humanos somos unos entes tan controlados, tan muertos. Esto no significa que debamos lanzarnos a hacer lo que queramos que, de todas formas, es lo que hacemos a escondidas. Pero con el amor viene una disciplina. Así que voy a tocar el tema muy rápidamente.

La meditación no es el control del pensamiento. Cuando se controla el pensamiento, la meditación sólo genera conflicto en la mente. Pero cuando usted comprenda la estructura y el origen del pensamiento, entonces éste no intervendrá, como les acabo de explicar. Por lo tanto, verá que el pensamiento tiene su lugar: cuando usted debe ir a la oficina, tiene que encaminarse a su casa, hablar un idioma, ahí tiene que funcionar el pensamiento. Pero una vez usted ha comprendido toda la estructura del pensar, ese mismo entendimiento es su propia disciplina, que no es imitación ni tiene nada que ver con la supresión.

Las células cerebrales han sido condicionadas para sobrevivir dentro de un patrón determinado, como hindú, musulmán, parsi, cristiano, católico o comunista. Como

el cerebro ha sido condicionado para sobrevivir siglo tras siglo, tiene el hábito de la repetición; por lo que el propio cerebro se convierte en el factor principal de una búsqueda inquieta. Lo verá por sí mismo cuando lo investigue.

El problema, por lo tanto, es conseguir una quietud absoluta en las mismas células cerebrales, lo que significa el cese total de la búsqueda de la importancia y de la continuidad personales. ¿Comprende? En el nivel físico tenemos que sobrevivir, pero en el nivel psicológico tenemos que morir. Las células cerebrales sólo se acallan cuando en el nivel psicológico mueren los mil ayeres. Y esto no se consigue mediante ningún tipo de manipulación del pensamiento o repetición de «mantras»; todo eso es inmaduro. Ocurre únicamente cuando usted comprende todo el movimiento del pensamiento, que es usted mismo. De modo que las células cerebrales se vuelven extraordinariamente silenciosas, sin ningún movimiento, excepto para responder a las reacciones externas.

Una vez que el cerebro se acalla, la totalidad de la mente está en completo silencio, y ese silencio es algo vivo. No es producto de ningún guru, de ningún libro, de ningún «ashram», de ningún líder, de ninguna autoridad, de ninguna droga. Usted puede tomar una droga, una sustancia química para acallar su mente o puede autosugestionarse para que se tranquilice. Pero eso no es la quietud viviente de una mente que ha penetrado hondamente en sí misma, y, por lo tanto, está tremendamente atenta y es altamente sensible. Sólo una mente así puede comprender lo que es el amor. El amor no es deseo o placer. Todo lo que tenemos es deseo y placer, a lo que denominamos amor. «Amo a mi esposa, amo a Dios», etcétera; todo eso se basa en el temor, el placer y la sensación.

De modo que un hombre que ha comprendido y verdaderamente ha profundizado en todo esto, creará orden primero en su propio interior. Si hay orden en uno mismo, hay orden en el mundo. Si cada uno de ustedes

realmente produjera orden en sí mismo, tendrían un orden vivo, una nueva sociedad, una vida nueva. Pero para llevarlo a cabo tienen que destruir las viejas formas de vida. Las viejas costumbres de vida no se pueden romper, excepto mediante el entendimiento de uno mismo. De ese entendimiento surge el amor.

El hombre ha hablado incansablemente del amor: ama a tu prójimo, ama a Dios, sé amable. Pero actualmente usted no es ni amable ni generoso. Usted se concentra tanto en sí mismo que no tiene amor. Y sin amor sólo hay sufrimiento. Esto no es un mero aforismo para que lo repita. Usted tiene que descubrirlo, debe dar con él. Tiene que trabajar duramente para conseguirlo, entregarse a la labor de comprenderse a sí mismo, sin pausa, apasionadamente. La pasión no es lujuria; un hombre que no sabe lo que es la pasión no sabrá nunca lo que es el amor. El amor sólo puede manifestarse cuando existe una renuncia total de uno mismo. Y sólo el amor puede producir orden, una cultura nueva, una nueva forma de vida.

Obras Completas de J. Krishnamurti: vol. XVII
Tercera plática en Bombay, 1967

El fin del sufrimiento

ÉSTA es la última plática. Me parece que durante los tres encuentros anteriores que tuvimos aquí hemos señalado más o menos la dirección en la que uno tiene que avanzar. Porque el mundo, como vemos actualmente, se está haciendo cada vez más caótico, más violento, casi anárquico, antisocial. Hay guerra, hay tanta explotación, eficiencia despiadada, mala gestión, mal gobierno, etcétera. Podemos enumerar los muchos problemas que nosotros, que cada uno de nosotros tiene que afrontar: un mundo que hemos creado a base de nuestra codicia, de nuestro dolor, conflicto y del deseo de placer, del ansia de dominio, de conseguir una posición.

Podríamos seguir enumerando todos los múltiples problemas con mayor detalle. Pero la descripción y la explicación tienen muy poco valor cuando nos enfrentamos con el problema. Y desgraciadamente nos contentamos muy fácilmente con explicaciones. Creemos que las palabras resolverán de hecho nuestros problemas, y por eso hay un torrente de palabras, no sólo en esta reunión sino en el mundo entero. Todo el mundo habla sin cesar y hay innumerables teorías, nuevas ideologías y, desafortunadamente, nuevos líderes, tanto políticos como religiosos, y toda clase de propaganda para convencer al otro de lo que debería hacer, de lo que debería pensar. Y una de las cosas más difíciles es descubrir cómo pensar. Nuestro

problema no es social, económico, etcétera, sino más bien un problema religioso, un problema de crisis en la totalidad de la conciencia. Y, en ese contexto, carece casi por completo de sentido depender de palabras, explicaciones o definiciones. Tal vez estas charlas puedan haber señalado no qué pensar, sino cómo pensar. Somos esclavos de la propaganda. Se nos ha dicho lo que tenemos que pensar: el Gita, el Corán, la Biblia, el sacerdote, las teorías marxista-leninistas, las innumerables ideologías. Pero me temo que no sabemos cómo pensar muy profundamente y ver las limitaciones del pensamiento.

Uno de nuestros mayores problemas, acaso el único que tenemos, es el sufrimiento. El hombre ha intentado por todos los medios acabar con el sufrimiento, resolverlo; ha intentado escapar de él, lo ha adorado, le ha dado muchas explicaciones. Pero el hombre, incesantemente, desde el momento en que nace hasta que muere, vive inmerso en este sufrimiento, en este dolor. Me parece que a menos que uno resuelva esta cuestión de manera no verbal, no mediante las ideas o las explicaciones, sino saliéndose realmente de la corriente de este sufrimiento interminable, los problemas personales se multiplicarán. Usted puede ser muy rico, puede disfrutar de poder, posición, prestigio, categoría, y puede ser muy listo, puede tener toda la capacidad mental del mundo, con mucha información, pero me temo que todas estas cosas no van a resolver las exigencias humanas, la urgencia humana de resolver una de las cuestiones más fundamentales, que es el sufrimiento. Porque con el fin del sufrimiento comienza la sabiduría. La sabiduría —no la astucia, ni el conocimiento, ni las ideologías— sólo existe cuando se termina el sufrimiento; y sin sabiduría no podemos solucionar nuestros problemas humanos, no sólo en lo que respecta a lo exterior, sino también a lo interno.

El hombre, como puede comprobarse históricamente y también en la vida de uno o en la propia actividad cotidiana, está atrapado en el principio del placer y el

sufrimiento. Nos guiamos por el placer. La mayoría de nosotros sólo queremos placer, y procuramos conseguirlo de la forma más refinada. Cuando buscamos la verdad, como afirma estar haciendo la gente cuando es religiosa, todavía estamos siguiendo este principio de placer. Donde hay placer, en cualquiera de sus formas, tiene que haber también sufrimiento: no se puede perseguir el uno sin el otro. No hay sólo placer sensual, disfrute sensual, sino también, si uno es un poco más refinado, un poco más culto, un poco más intelectual, el placer de promover reformas, de hacer obras de caridad, de transformar la sociedad. Escribir libros, participar en política y otras incontables actividades que satisfagan el deseo, todo esto es la continuación del placer. Si uno observa la propia vida, si es mínimamente consciente, incluso sin proponérselo, descubrirá que lo que nos guía es nuestra propensión, nuestra tendencia. Propensión y tendencia son el resultado de esta constante demanda de mayor satisfacción del placer. Al fin y al cabo, toda virtud se basa en este principio de placer. Sin entender este placer, el sufrimiento no tiene fin. Me gustaría investigarlo muy a fondo.

¿Es la vida en su totalidad un placer? ¿Es la vida entera un conflicto y una desdicha, una interminable serie de batallas por dentro y por fuera? Una vida que se convierte en un campo de batalla: eso es todo lo que conocemos. Podemos formular teorías, podemos hablar sin cesar de conceptos teológicos, de mejoras sociales y de críticas del porvenir. Pero a menos que comprendamos esta extraordinaria demanda de placer, me parece que quedaremos atrapados en la corriente del conflicto y el sufrimiento interminables. Comprender el placer no significa negarlo, porque el placer es una de las exigencias básicas de la vida, como el disfrutar. Cuando usted ve un árbol hermoso, un bello atardecer, una sonrisa agradable en un rostro, la luz sobre una hoja, entonces usted lo disfruta de verdad, experimenta un gran deleite.

La belleza no es placer. El sentido de la belleza no se encuentra en un edificio, en un cuadro, en un poema, en tenerse de la mano, en contemplar la montaña o el río; todas éstas siguen siendo sensaciones, por muy placenteras que sean. La belleza es algo por completo distinto. Para comprender lo que realmente es la belleza, no intelectual o verbalmente, hay que entender el placer.

La religión le ha negado el placer al hombre, a través del culto de una idea, por mediación de los santos y los misioneros, de los monjes de clausura y mendicantes de todo el mundo. Estos le han negado reiteradamente el placer al hombre. Dicen que está mal, que es algo malo, algo que debe ser descartado. Dicen que una mente que está llena de placer o que se dedica a buscarlo no puede nunca descubrir la realidad, Dios, y que, por lo tanto, uno debe mortificarse a sí mismo. Pero tales personas se acercan a Dios con una mente retorcida, torturada, mezquina, empequeñecida. Una mente que ha sido comprimida por la sociedad, por la cultura, no es una mente libre, viva, enérgica, capaz, impávida. Y la mayoría de las mentes humanas están torturadas. Puede que no sean conscientes de ello, puede que no se den cuenta. Puede que estén tan completamente ocupadas con sus familias, con ganarse la vida, con alcanzar una posición, que acaso no se den cuenta de todo el contenido de su ser.

El hombre siempre está buscando: buscando un propósito, buscando una meta, buscando gratificación; y a la más elevada gratificación la denomina Dios. Así que estamos siempre buscando, buscando, buscando. Sentimos continuamente que nos falta algo, y por eso intentamos llenar esa carencia interior, esa soledad, ese vacío, esa existencia tediosa, agotadora, sin sentido, con cantidad de ideas, de significado, de propósitos, en última instancia buscando satisfacción en un estado permanente que no sea nunca perturbado. Y a ese estado de permanencia le damos miles de nombres: Dios, «samadhi», etcétera; uno puede inventar nombres. Estamos incesante-

mente buscando y nunca nos preguntamos por qué lo hacemos. La respuesta obvia es que estamos insatisfechos, descontentos, desamparados, solos, faltos de afecto, asustados. Necesitamos aferrarnos a algo, precisamos de alguien que nos proteja, el padre, la madre, etcétera, y por eso buscamos. Cuando buscamos, siempre encontramos. Por desgracia, siempre encontraremos cuando nos ponemos a buscar.

Por consiguiente, lo primero es no buscar. ¿Comprende? A cada uno de ustedes se le dijo que tiene que buscar, experimentar con la verdad, descubrir la verdad, tratar de encontrarla, ir tras ella, perseguirla y que debe disciplinarse, autocontrolarse. Y entonces viene alguien y le dice: «No haga nada de eso. No busque en absoluto.» Naturalmente, su reacción es o bien pedirle que se vaya o darle la espalda, o usted averigua por su propia cuenta por qué él dice semejante cosa, no lo acepta ni lo niega, sino que lo cuestiona. ¿Y qué está buscando?

Indague acerca de sí mismo. Usted está buscando; dice que en esta vida le falta algo interiormente, no en el nivel técnico o de tener un pequeño empleo o más dinero. ¿Qué es lo que estamos buscando? Buscamos porque por dentro nos sentimos profundamente insatisfechos con nuestra familia, con la sociedad, con la cultura, con nosotros mismos, y queremos satisfacer, ir más allá de este descontento que nos corroe y destruye. ¿Y por qué estamos descontentos? Sé que el descontento puede ser satisfecho muy fácilmente. Déle al joven que ha estado descontento, a un comunista o a un revolucionario, un buen empleo y se olvidará por completo del asunto. Déle una buena vivienda, un buen coche, un hermoso jardín, una buena posición, y verá cómo desaparece el descontento. Si él puede alcanzar un éxito ideológico, ese descontento también desaparece. Pero ustedes, aquellos que ya tienen empleo y quieren conseguir uno mejor, nunca se preguntan por qué están descontentos. Primero tenemos que comprender la causa primordial del descontento, antes de

que podamos examinar toda la estructura y significado del placer y, por lo tanto, del sufrimiento.

Señores, desde los primeros años escolares hasta que uno muere, se nos educa, se nos condiciona en la comparación. Me comparo con otra persona. Obsérvese, por favor, preste atención a lo que estoy diciendo y vea cómo funciona su mente. Usted tiene que hacer dos cosas: no sólo tiene que escuchar al que habla sino que, además, mientras lo escucha, tiene que observar su propio estado mental. De modo que precisa de cierta atención, ser consciente del que habla y de lo que dice, y observarse a sí mismo. Pero si usted está realmente escuchando, es decir, escuchando sin intentar comprender, no tratando de interpretar lo que dice el que habla, no condenando, no adaptando, no negando ni aceptando, verá que ni el que habla ni usted existen, sino que sólo queda el hecho, sólo existe «lo que es». Eso es el arte de escuchar: no escuchar al que habla o las opiniones y juicios que usted tiene, sino «lo que realmente es». Siempre nos estamos comparando con otra persona. Si soy torpe, quiero ser más listo. Si soy superficial, quiero ser profundo. Si soy ignorante, quiero ser más ingenioso, más erudito. Siempre me estoy comparando, contrastando con otros: un auto mejor, mejor comida, mejor casa, una mejor forma de pensar. La comparación genera conflicto. ¿Y llega usted al entendimiento mediante la comparación? Cuando compara dos cuadros, dos composiciones musicales, dos atardeceres, cuando compara ese árbol con otro, ¿comprende usted a alguno de los dos? ¿O comprende algo sólo cuando no existe la más mínima comparación?

¿Se puede vivir sin comparación de ninguna clase, nunca valorándose a sí mismo en términos de comparación con otro, con cierto ideal o héroe, con algún ejemplo? Porque cuando usted compara, cuando se mide en función de «lo que debería ser» o «lo que ha sido», usted no ve «lo que es». Por favor, escuche esto. Es muy sencillo y, por lo tanto, usted, que es listo, astuto, no se perca-

tará de ello. Nos preguntamos si se puede vivir en este mundo sin comparación de ningún tipo. No diga que no. Usted no lo ha hecho nunca. No diga: «No puedo hacerlo; es imposible porque todo mi condicionamiento consiste en comparar.» En una clase, un chico es comparado con otro, y el profesor le dice: «Tú no eres tan listo como aquél.» El profesor destruye a B cuando lo compara con A. Ese proceso se repite durante toda la vida.

Creemos que la comparación es esencial para el progreso, para el entendimiento, para el desarrollo intelectual. Yo no creo que lo sea. Cuando usted compara un cuadro con otro, no está mirando ninguno de los dos. Sólo puede mirar un cuadro cuando no hay comparación. Por lo tanto, del mismo modo, ¿se puede llevar una vida sin compararse nunca psicológicamente con otro? No compararse nunca con Rama, Sita, Gita, quienquiera que sea, con el héroe, con sus dioses, con sus ideales. Una mente que no compara en absoluto, en ningún nivel, se vuelve extraordinariamente eficiente, se vuelve extraordinariamente viva, porque entonces está mirando «lo que es».

Mire, señor, yo soy superficial; me comparo con otro que supuestamente es muy capaz y profundo en su forma de pensar y de vivir. Yo, que soy superficial, corto de miras, limitado, me comparo con esa persona y me esfuerzo por ser como él. Imito, cito, sigo e intento destruirme a mí mismo con el fin de ser como él; y este conflicto continúa indefinidamente. Mientras que si no hay la menor comparación, ¿cómo sé que soy torpe? ¿Porque me lo dice usted? ¿Porque no puedo conseguir un empleo? ¿Porque no se me dan los estudios? ¿Cómo sé que soy torpe si no hay ninguna comparación? Por lo tanto, soy lo que soy; me encuentro en ese estado a partir del cual puedo avanzar, descubrir, cambiar. Pero cuando me comparo con otro, el cambio será necesariamente superficial. Por favor, presten atención a todo esto; es su vida. Mientras que si no hay comparación, se presenta «lo que es»; y sobre esa

base actúo. Éste es uno de los principios fundamentales de la vida, que la vida moderna ha condicionado al hombre a comparar, a competir, a luchar incesantemente, atrapado en una batalla con el otro. Sólo puedo observar «lo que es» cuando no hay ninguna comparación. O sea, que comprendo, no de manera verbal sino de hecho, que la comparación es de lo más pueril e inmaduro.

Señor, ¿existe comparación donde hay amor? Cuando usted ama a alguien con su corazón, su mente y su cuerpo, con todo su ser, no es posesivo, no trata de dominar, no dice: «Es mío», ¿existe comparación alguna? Sólo cuando no hay comparación puede usted observar «lo que es». Si entendemos esto, entonces podemos proceder a averiguar, a investigar toda la estructura del placer.

No comparar «lo que es» no sólo con el futuro, sino también con lo que ha sido en el pasado, esto requiere una tremenda atención. ¿Comprende? Ayer tuve un placer, un placer sensual, una idea que me proporcionó gran iluminación, una nube que vi llena de luz, pero que ahora no veo en absoluto, y quiero tenerlo de nuevo. Por lo tanto, comparo el presente con lo que ha sido y voy a comparar el presente con lo que debería ser. Liberarse de esta evaluación comparativa requiere inteligencia y sensibilidad extraordinarias. Uno debe poseer la más completa inteligencia y sensibilidad; sólo entonces se puede comprender «lo que es». Luego usted ve que es apasionado, y entonces posee la energía necesaria para investigar «lo que es». Pero pierde esa energía cuando compara «lo que es» con «lo que ha sido» o con «lo que debería ser».

Bien, espero que esto esté claro, no intelectualmente, porque eso no significa nada; en ese caso sería mejor que se levantara y se fuera. Pero si usted realmente comprende esto, entonces puede observar el placer, no lo compara con el placer que ha tenido ayer o con el placer que va a tener mañana, sino que observa la mente misma que está buscando placer. El hombre tiene que comprender este principio de placer, no limitarse a decir: «Quiero placer.»

Si usted quiere placer, tiene además que sentir a la vez dolor y sufrimiento, no puede tener el uno sin el otro. Y si procura obtener placer en cualquiera de sus formas, usted está creando un mundo de conflicto. Cuando dice «Yo soy hindú» —y ya conoce todas las demás etiquetas que uno se pone—, entonces usted se vuelve muy importante. Del mismo modo, cuando adora un solo río, niega todos los demás ríos; cuando una familia adquiere la mayor importancia, usted niega todas las demás familias y ésa es la razón por la que las familias son un peligro; cuando usted adora un solo árbol o un solo dios, entonces niega todos los árboles, todos los dioses. Y eso es lo que está pasando: cuando usted adora su propia pequeña nación, entonces niega todas las demás naciones; entonces está dispuesto a luchar, a entablar batalla, a matar al otro y dejarse matar.

Es decir, que el placer se encuentra hondamente arraigado en el culto a los dioses, en la búsqueda de la verdad, cuando se dice «mi nación», «mi familia», «mi posición»; el placer forma parte de todo esto y este placer está causando daños incalculables. Tenemos que comprender esto, no negarlo, porque en el momento en que usted lo niega, es como si se amputara un brazo o se cegara con el fin de no tener el placer de ver una bella nube, una mujer hermosa o un lindo árbol. De modo que tenemos que comprender la importancia extraordinaria del placer y cómo se genera. Y cuando lo comprende, usted se da cuenta del significado que tiene el placer, como vamos a ver ahora.

Los religiosos del mundo le han dicho que no debe tener deseos. Una de las máximas de las llamadas personas religiosas es que hay que esforzarse por carecer de deseo, por no desear. Eso es un perfecto absurdo, porque cuando usted ve algo ya tiene deseo. El deseo es una reacción. Cuando usted vea un color brillante, mírelo. Una de las cosas más bellas es el color; el color es Dios. Mírelo, no diga: «Me gusta el rojo», o «Me gusta el

azul», sino simplemente observe el color de una nube, el color de un sari, el color de una hoja que acaba de brotar en la primavera. Cuando efectivamente observa, descubrirá que no hay ningún placer, sino pura belleza. La belleza, al igual que el amor, no es deseo, no es placer.

Y es importante comprender toda esta cuestión del deseo, que es bastante simple. Yo no sé por qué la gente le da tanta importancia. Usted puede ver cómo se genera. Hay percepción, luego sensación, contacto y deseo. ¿Comprenden? Veo un coche atractivo: primero percepción, luego la sensación del mismo, después lo toco y aparece el deseo de poseerlo: deseo. Primero ver, percepción, luego observación, sensación, contacto y deseo. Es así de simple. Ahora empieza el problema. A continuación interviene el pensamiento y piensa en ese deseo, el cual se convierte en placer. Es decir, señor, veo una montaña hermosa con valles profundos, cubierta de nieve, resplandeciente con la luz de la mañana, remota y llena de esplendor. La veo. Luego el pensamiento empieza a decir: «¡Qué hermosa! ¡Cómo me gustaría estar siempre viéndola!» El pensamiento, que es la memoria respondiendo a lo que ve, dice: «¡Me gustaría vivir allí!» O veo un bello rostro; pienso en ese rostro; luego el acto de pensar continuamente en él crea el placer. Pienso en el sexo, en el placer sexual que tuve, en la imagen; cuanto más pienso en él, mayor es el placer, del cual resulta el deseo. El pensamiento produce la continuidad del placer. Es muy sencillo cuando se lo examina.

Entonces uno se pregunta: «¿Puede el pensamiento no tocar el deseo?» ¿Comprende? Ése es su problema. Cuando vea algo extraordinariamente hermoso, lleno de vida y belleza, no debe permitir nunca que el pensamiento intervenga, porque en el momento en que el pensamiento lo toca, al ser el pensamiento viejo, lo pervertirá transformándolo en placer y, por consiguiente, surgirá la exigencia de obtener placer y cada vez más placer; y cuando no se consigue, hay conflicto, hay miedo. ¿Se

puede, entonces, mirar una cosa sin pensamiento? Para mirar, usted debe estar tremendamente vivo, no paralizado. Pero los religiosos le han dicho: «Paralícese, alléguese lisiado a la realidad.» Usted nunca puede alcanzar la realidad en ese estado. Para ver la realidad, debe tener una mente clara, no pervertida, sino inocente, no confusa, no torturada, libre; sólo entonces puede ver la realidad. Si usted ve un árbol, debe mirarlo con ojos claros, sin la imagen. Cuando el pensamiento piensa en el deseo —y el pensamiento siempre pensará en el deseo—, de eso obtiene placer. Existe la imagen que el pensamiento ha creado del objeto; el pensar constantemente en esa imagen, ese símbolo, esa representación, da lugar al placer. Usted ve una cabeza hermosa, la mira. El pensamiento dice: «Es una cabeza hermosa, es una cabeza atractiva, tiene el pelo lindo.» Empieza a pensar en ello y el resultado es placentero.

Ver algo sin pensamiento no significa que usted debería dejar de pensar; no se trata de eso. Pero usted debe darse cuenta de cuándo el pensamiento interviene en el deseo, sabiendo que el deseo es percepción, sensación, contacto. Tiene que darse cuenta de todo el mecanismo del deseo y también del momento en que el pensamiento se abalanza repentinamente sobre él. Y eso no sólo requiere inteligencia, sino un estado de atención, de modo que usted se da cuenta cuando ve algo extraordinariamente hermoso o extraordinariamente feo. Entonces la mente no está comparando: la belleza no es fealdad, y la fealdad no es belleza. De modo que, habiendo entendido el placer, usted puede investigar el sufrimiento.

Sin saber lo que es el sufrimiento, haga lo que haga, ya sea que trepe hasta la cima de la escala social, del escalafón burocrático, de la jerarquía religiosa o política, usted estará siempre causando problemas, bien sea en nombre de Dios, en nombre de su país, de su partido, de su sociedad o de su ideología; usted será un promotor de desorden. Esto es evidente.

¿Qué es entonces el sufrimiento? De nuevo, por favor mire «lo que es», no «lo que debería ser». Porque ahora, si lo ha investigado, ya no sigue comparando, sino que realmente está mirando «lo que es». Por lo tanto, usted tiene la energía para mirar, y esa energía no se disipa en comparar. Uno de los problemas del hombre es cómo poseer energía. De nuevo, los religiosos, con sus mentes estrechas y mezquinas, han dicho: «Para tener energía, hay que ser célibe; para tener energía hay que pasar hambre, ayunar, comer una vez al día, vestir un taparrabos, levantarse a las dos de la mañana y rezar.» Todo lo cual es estúpido, porque de ese modo se está destruyendo a sí mismo, está destruyendo la energía. La energía surge cuando usted realmente observa «lo que es», lo que implica el cese de toda disipación de energía en la comparación.

Nos preguntamos qué es el sufrimiento. El hombre ha tratado de superar el sufrimiento de muchas maneras: mediante la adoración, por medio de la evasión, la bebida, el entretenimiento. Pero sigue estando siempre ahí. El sufrimiento tiene que ser entendido como se entiende cualquier otra cosa. No lo niegue, no lo reprima, no intente domeñarlo, sino compréndalo, mire lo que es. ¿Qué es el sufrimiento? ¿Sabe usted lo que es el sufrimiento? ¿Tengo que decírselo yo? Hay sufrimiento cuando se pierde a alguien a quien uno cree amar; el sufrimiento existe cuando no puede lograr plenamente, por completo, su propósito; el sufrimiento aflora cuando se le niega una oportunidad, una capacidad; el sufrimiento brota cuando quiere llegar a ser algo y no hay modo de conseguirlo; el sufrimiento se manifiesta cuando se ve enfrentado con su propia y absoluta vacuidad, soledad; y el sufrimiento está repleto de lástima de sí mismo. ¿Sabe lo que significa «lástima de sí mismo»? La lástima de sí mismo consiste en quejarse de uno mismo, consciente o inconscientemente, en tenerse autocompasión, en decir: «Dada mi posición, no puedo hacer nada contra las circunstancias en las que me encuentro», en echar pestes

contra sí mismo lamentando su suerte. Y, por lo tanto, hay sufrimiento.

Para comprender el sufrimiento, primeramente uno tiene que darse cuenta de esta lástima de sí mismo. Es uno de los factores del sufrimiento. Cuando se le muere alguien, usted se queda sin compañía y se da cuenta de lo solitario que está. O si se le muere alguien, usted se queda sin dinero, se siente inseguro. Usted ha estado viviendo, dependiendo de los demás y empieza a quejarse, comienza a sentir lástima de sí mismo. De modo que esta lástima es una de las causas del sufrimiento. Esto es un hecho, como que usted se siente solo; eso es «lo que es». Observe la lástima de sí mismo, no intente sobreponerse a ella, no la niegue ni diga: «¿Qué voy a hacer con ella?» El hecho es que hay lástima de uno mismo. El hecho es que se siente solo. ¿Puede usted mirar, sin compararlo con lo extraordinariamente seguro que se sentía ayer, cuando tenía aquel dinero, a aquella persona, aquella capacidad o lo que fuere? Simplemente mírelo. Entonces verá que la lástima no tiene cabida alguna. Eso no quiere decir que usted vaya a aceptar la situación tal cual es.

Uno de los factores del sufrimiento es esta extraordinaria soledad del hombre. Usted puede tener compañeros, puede tener dioses o muchísimo conocimiento, puede ser extraordinariamente activo en la sociedad, hablando interminablemente de los chismes de la política —al fin y al cabo, la mayoría de los políticos se dedican al cotilleo—, a pesar de lo cual sigue existiendo esta soledad. Por lo tanto, el hombre trata de encontrarle sentido a la vida y se inventa un sentido, un significado. Pero la soledad permanece. Así que, ¿puede usted mirarla sin comparación alguna, simplemente verla tal cual es, sin intentar desentenderse de ella, sin tratar de ocultarla o rehuirla? Entonces usted verá que la soledad se convierte en algo completamente distinto.

El hombre debe estar solo. Nosotros no estamos solos. Somos el resultado de mil influencias, de mil con-

dicionamientos, de herencias psicológicas, de la propaganda y la cultura. No estamos solos y, por lo tanto, somos seres humanos de segunda mano. Cuando uno está solo, completamente solo, ni formando parte de una familia, aunque uno pueda tener una familia, ni perteneciendo a ninguna nación, cultura, careciendo de cualquier compromiso concreto, tiene la sensación de ser un extraño, ajeno a toda forma de pensamiento, acción, familia o nación. Y sólo el que está completamente solo es inocente. Esta inocencia es lo que libera a la mente del sufrimiento.

Una mente llena de sufrimiento no sabrá nunca lo que es el amor. ¿Sabe usted lo que es el amor? No hay amor cuando existe un espacio entre el observador y lo observado.

¿Sabe lo que es el espacio? El espacio entre usted y ese árbol, entre usted y lo que cree que debería ser. Hay espacio cuando existe el centro o el observador. ¿Comprende esto? De nuevo, esto es muy sencillo y mucho más adelante se vuelve sumamente complejo. Pero primero empiece a abordarlo de forma simple. Aquí está este micrófono delante del que habla. Ese micrófono está en el espacio. Pero el micrófono también crea el espacio. Hay una casa con cuatro paredes. No sólo hay espacio afuera, sino que también hay espacio dentro de las cuatro paredes. Y hay espacio entre usted y el árbol, entre usted y su vecino, y entre usted y su esposa. En tanto haya este espacio entre usted y su prójimo, su mujer, su marido, o quien sea, quiere decir que existe un centro que lo crea. ¿Comprende? Cuando mira las estrellas, ahí están usted, que mira las estrellas, y el cielo maravilloso del anochecer con sus estrellas brillantes, el aire fresco y claro. O sea, de un lado usted, el observador, y del otro lo observado.

De modo que usted es el centro que crea el espacio. Cuando mira ese árbol, usted tiene una imagen de sí mismo y del árbol; esa imagen es el centro que está mirando, y, por lo tanto, hay espacio. Y, como ya dijimos,

el amor existe cuando no hay espacio, es decir, cuando no hay espacio creado por el observador entre él y el árbol. Usted tiene una imagen de su mujer, y su mujer tiene una imagen de usted. Usted se ha ido formando esa imagen durante diez años, dos años o un día, mediante su placer y el de ella, a base de sus insultos y los de ella; se la ha ido formando a fuerza de riñas, voluntad de dominio y todo eso. Y al contacto entre estas dos imágenes se le denomina «relación». El amor sólo existe cuando no hay imagen, lo que significa que no hay espacio; o sea, no espacio sensual o físico, sino que no hay espacio interiormente, al igual que no hay espacio cuando hay belleza.

Hay espacio cuando no existe la renuncia de uno mismo. Me parece que estamos hablando de algo que usted no comprende. Usted nunca lo ha hecho. No ha quitado nunca de en medio el espacio entre usted y su esposa, entre usted y el árbol, o entre usted y las estrellas, el cielo o las nubes; nunca ha mirado de verdad. No sabe lo que es la belleza, porque no sabe lo que es el amor. Usted habla al respecto, escribe sobre el tema, pero nunca lo ha sentido porque nunca ha experimentado, excepto acaso en raras ocasiones, esta total renuncia de sí mismo. Porque es ese centro el que crea el espacio a su alrededor. Y en tanto exista ese espacio, no hay ni amor ni belleza. A eso se debe el que nuestras vidas estén tan vacías, tan faltas de sensibilidad.

Usted va a una oficina... la verdad, no sé por qué. Y dice: «Debo ir porque tengo responsabilidades, tengo que ganar dinero, tengo que mantener a mi familia.» No sé por qué tiene que hacer nada. Ustedes son esclavos, eso es todo. Nunca han observado cuando están mirando un árbol o el rostro de una persona que tienen delante. Cuando miran esa cara lo están haciendo desde un centro. El centro crea el espacio entre usted y esa persona. Y para salvar ese espacio, la gente toma drogas como el LSD. Cuando toma esa droga, ésta hace que su mente se vuelva extraordinariamente sensible; ocurre un cambio

químico y entonces nota que el espacio desaparece por completo. No es que yo la haya tomado. (Risas.) Esos son medios artificiales y, por consiguiente, no verdaderos. Son todas formas de conseguir felicidad, paraíso y dicha instantáneos. No se puede conseguir de ese modo.

Así que, sin amor ni belleza, no hay verdad. Sus santos, sus dioses, sacerdotes y libros han negado esto. A eso se debe el que se encuentre en una situación tan lamentable. Usted preferiría hablar del Gita, del Corán o de la Biblia antes que del amor. Esto significa que usted ve las calles sucias, la miseria, la inmundicia a lo largo de las mismas y lo tolera. Usted coopera con la basura y no sabe cuándo no cooperar. Usted coopera con la organización social y no sabe cuándo decir: «No, no cooperaré, pase lo que pase.» Pero cuando contesta de ese modo, es porque usted ama, porque tiene belleza, no porque se rebela. Por consiguiente, cuando posea esto, sabrá que hay belleza, amor y que existe la percepción de «lo que es», que es amor. Entonces, la mente puede ir infinitamente más allá de sí misma.

Pero usted tiene que trabajar, tiene que trabajar frenéticamente cada día, y acudir a diario a su oficina. Tiene que trabajar duramente, no para obtener amor, pues no se puede obtener amor, como tampoco se puede conseguir la humildad. Sólo el vanidoso habla de humildad y la alcanza, pero es siempre vanidoso. Al igual que la humildad, no se pueden cultivar el amor ni la belleza; sin estar atento, no se puede ver lo que es verdad. Pero si está atento —no me refiero a alguna clase misteriosa de atención—, si simplemente se da cuenta de lo que está haciendo, de lo que está pensando, de cómo mira, cómo camina, cómo come, de lo que habla, entonces a partir de ese darse cuenta comenzará a percibir la naturaleza del placer, del deseo y del sufrimiento, y la absoluta soledad y tedio del hombre. Y entonces empezará a descubrir eso que se llama el «espacio». Y comprenderá que donde exista espacio entre usted y el objeto no hay amor.

Sin amor, no importa lo que haga, ya sea que emprenda reformas, cree un nuevo orden social o hable del interminable mejoramiento ideológico; todo eso generará angustia. Así que depende de usted. No hay líder ni guru. No hay nadie que pueda decirle lo que tiene que hacer. Usted tiene que ser su propia luz. Por lo tanto, se encuentra solo, solo en medio de un mundo desquiciado y brutal. Por eso uno tiene que ser un oasis en un desierto de ideas. Y el oasis se crea cuando hay amor.

Obras Completas de J. Krishnamurti: vol. XVII
Cuarta plática en Bombay, 1967

II
Preguntas y respuestas

Preguntas y respuestas

PREGUNTA: *Hoy leía en el periódico su declaración de que, para resolver los problemas del hombre, lo que se necesita no es una revolución económica o social, sino una revolución religiosa. ¿Qué entiende usted por una revolución religiosa?*

KRISHNAMURTI: En primer lugar, descubramos lo que entendemos por religión. ¿Qué es la religión para la mayoría de nosotros? No la teoría de lo que debería ser la religión, sino la realidad de la misma. Para la mayoría de nosotros, evidentemente la religión es una serie de dogmas, de tradiciones, lo que han dicho los Upanishads, el Gita o la Biblia; o bien está compuesta por las experiencias, visiones, esperanzas e ideas que han surgido de nuestras mentes condicionadas, de nuestras mentes que se han formado siguiendo el modelo hindú, el cristiano o el comunista. Partimos de un condicionamiento específico y tenemos experiencias basadas en él. Lo que denominamos religión es oración, ritual, dogma, el deseo de encontrar a Dios, la aceptación de la autoridad y un sinfín de supersticiones, ¿verdad? ¿Pero es eso religión? No cabe duda de que un hombre que esté realmente tratando de descubrir lo que es verdad tiene que abandonar todo eso, ¿no es así? Debe descartar por completo la autoridad del guru, de los Upanishads y la autoridad de sus propias

experiencias, de modo que, libre de toda autoridad, su mente sea capaz de descubrir. Eso significa que usted tiene que dejar de ser hindú, cristiano o budista; usted debe ver lo absurdo de todo ese asunto y desentenderse de él. ¿Lo hará? Porque, si lo hace, va en contra de la sociedad actual y puede perder su empleo. De manera que el miedo impera en la mente, y usted sigue aceptando la autoridad.

Lo que denominamos religión no es, por lo tanto, en modo alguno religión. La cuestión de si creemos en Dios o si dejamos de creer depende de nuestros condicionamientos. Usted cree en Dios, y el comunista no cree en ningún dios. ¿Qué diferencia hay? No existe diferencia alguna, porque a usted se le enseñó a creer y a él le enseñaron a no creer. Por lo tanto, un hombre que esté investigando seriamente, tiene que rechazar totalmente ese proceso, ¿no es así? Rechazarlo, porque comprende todo lo que eso significa.

Nos sentimos inseguros, asustados, interiormente insuficientes, y por ello nos identificamos con un país, con una ideología, o con una creencia en Dios, y ya vemos lo que está pasando en todo el mundo. Cada religión, a pesar de que todas proclaman el amor, la hermandad y todo lo demás, de hecho está separando al hombre del hombre. Usted es sij y yo soy hindú, él es musulmán y el otro es budista. Al ver toda esta confusión y separación, uno se da cuenta de que tiene que haber una forma distinta de pensar, pero es evidente que esa forma distinta de pensar no puede emerger mientras uno siga siendo hindú, cristiano o lo que fuere. Para librarse de todo eso, usted debe conocerse a sí mismo, toda la estructura de su ser; tiene que ver por qué acepta, por qué sigue a la autoridad, lo cual es bastante obvio. Usted quiere tener éxito, quiere que le aseguren que existe un dios en quien pueda ampararse en momentos difíciles. Un hombre que sea realmente dichoso, feliz, no piensa nunca en Dios. Nosotros pensamos en Dios cuando nos encontramos sumidos en la

desdicha, en el conflicto, pero somos nosotros los que hemos creado el sufrimiento, el conflicto, y sin comprender todo su proceso, la mera búsqueda de Dios sólo conduce a la más absoluta ilusión.

Así que la revolución religiosa a la que me refiero no es la restauración o reforma de ninguna religión específica, sino la libertad total respecto de todas las religiones e ideologías, lo que en realidad significa estar libre de la sociedad que las ha creado. Está claro que alguien que sea ambicioso no puede ser una persona religiosa. Un hombre ambicioso no sabe lo que es el amor, aunque pueda hablar de él. Puede que un hombre no sea ambicioso en el sentido mundano de la palabra, pero si quiere convertirse en santo, ser alguien espiritualmente importante, si quiere conseguir un resultado en el otro mundo, sigue siendo ambicioso. Así que la mente no sólo tiene que despojarse de toda ceremonia, credo y dogma, sino que además tiene que librarse de la envidia. La libertad total del hombre es la revolución religiosa, pues sólo entonces será capaz de enfocar la vida de forma completamente distinta y dejar de crear un problema tras otro.

Usted probablemente haya escuchado todo esto sólo de forma verbal o intelectual, porque se dice para sí: «¿Qué haría yo en la vida si no tuviera la menor ambición? Acabaría siendo destruido por la sociedad.» Me pregunto si realmente sería destruido por la sociedad. En el momento en que comprende lo que es la sociedad y rechaza toda la estructura sobre la que se basa, o sea, la ambición, la envidia, la búsqueda del éxito, los dogmas, creencias y supersticiones religiosas, usted se encuentra fuera de la sociedad y, por consiguiente, puede reflexionar de un modo nuevo sobre todo el asunto, y tal vez entonces se acaben todos los problemas. Pero usted probablemente haya escuchado sólo verbalmente y continúe mañana con la misma rutina de siempre; leerá el Gita o la Biblia, acudirá a su guru o a un sacerdote, y todo eso. Puede escuchar todo esto y aceptarlo intelectual o verbalmente, pero

su vida sigue orientada en dirección contraria, por lo que usted no ha hecho más que crearse otro conflicto. De modo que es mejor no escuchar en absoluto, porque usted ya tiene bastantes conflictos, bastantes problemas y no necesita introducir uno más. Es muy agradable sentarse y escuchar lo que se dice aquí, pero si no tiene ninguna relación con su vida real es mejor que se tapen los oídos, pues si oyen la verdad y no la viven, su vida se convierte en una confusión horrible, en el penoso desastre que ya es.

Obras Completas de J. Krishnamurti: vol. X
Nueva Delhi, 10 de octubre de 1956

PREGUNTA: *Nosotros nos encontramos viviendo con el miedo a la guerra, el miedo a perder el empleo, si es que lo tenemos, temiendo al terrorismo, a la violencia de nuestros hijos, a estar por completo a merced de políticos incompetentes. ¿Cómo hemos de afrontar la vida tal como es en la actualidad?*

KRISHNAMURTI: ¿Cómo la afronta usted? Uno tiene que dar por sentado que el mundo se está volviendo cada vez más violento. Es algo evidente. Las amenazas de guerra son también muy obvias, como lo es el extraño fenómeno de que nuestros hijos se están volviendo violentos. Uno recuerda a una madre que vino a vernos en la India, hace algún tiempo. Tradicionalmente, en la India las madres gozan de gran respeto, y esta madre estaba horrorizada porque, según dijo, sus hijos la habían golpeado, algo insólito en la India. Así que esta violencia se está extendiendo por todo el mundo. Y también existe el temor a perder el empleo, como dice el interlocutor. Al enfrentarnos a todo esto, sabiendo todo esto, ¿cómo ha de afrontar uno la vida tal como es en la actualidad?

No lo sé. Por mi parte sé cómo afrontarla, pero uno no sabe cómo la afrontará usted. En primer lugar, ¿qué es la

vida, qué es esto que llamamos existencia, llena de sufrimiento, de exceso de población, de políticos ineptos, de toda la fraudulencia, la deshonestidad y los sobornos que están teniendo lugar en el mundo? ¿Cómo lo afronta uno? Me parece que primero uno debe preguntarse qué significa vivir. ¿Qué significa vivir en este mundo tal como es? ¿Cómo vivimos nuestra vida cotidiana, de hecho, no de forma teórica, filosófica o idealista, sino cómo vivimos *realmente* nuestra vida de cada día? Si lo examinamos o nos damos cuenta seriamente de ello, nuestra vida es una batalla constante, una continua lucha, un esfuerzo tras otro. Cuesta tener que levantarse por la mañana. ¿Qué vamos a hacer? No podemos escaparnos. Conocía yo a varias personas que sostenían que era imposible vivir en el mundo y que se retiraron a ciertas montañas del Himalaya y se perdieron por completo de vista. Ésa es meramente una forma de eludir, de escapar de la realidad, como lo es el perderse en una comuna o uniéndose a algún guru con una inmensa fortuna. Obviamente, esas personas no solucionan los problemas de la vida diaria ni investigan sobre el cambio o la revolución psicológica de una sociedad. Escapan de todo esto. Y nosotros, si no escapamos y realmente vivimos en este mundo tal como es, ¿qué haremos? ¿Podemos transformar nuestra vida de modo que en ella no haya ningún conflicto, porque el conflicto forma parte de la violencia? ¿Es eso posible? Esta constante lucha por llegar a ser algo es la base de nuestra vida; luchar y luchar.

¿Podemos, como seres humanos que viven en este mundo, transformarnos a nosotros mismos? Ésa es realmente la cuestión, transformarnos psicológicamente de un modo radical, no en el futuro, no dando cabida al tiempo. Para un hombre serio, para un hombre verdaderamente religioso, no existe el mañana. Ésta es una afirmación bastante difícil de aceptar, la de que el mañana no existe; sólo existe el espléndido culto del hoy. ¿Podemos vivir esta vida plenamente y, de hecho, día a día, transformar la relación de unos con otros? Ésa es la verdadera cuestión, no

qué es el mundo, porque el mundo somos nosotros. Por favor, vea esto: el mundo es usted, y usted es el mundo. Éste es un hecho obvio, terrible, un desafío al que hay que hacer frente por completo; es decir, tenemos que darnos cuenta de que somos el mundo, con toda su fealdad, de que hemos contribuido a todo esto, de que somos responsables de todo esto, responsables de todo cuanto está sucediendo en Oriente Medio, en África, de todas las locuras que se están cometiendo en este mundo. Podemos no ser responsables de las acciones de nuestros abuelos y bisabuelos, de la esclavitud, de los miles de guerras y la brutalidad de los imperios, pero somos parte de ello. Si no sentimos nuestra responsabilidad, lo que implica responder absolutamente de nuestros actos, de lo que hacemos, de lo que pensamos, del modo en que nos comportamos, entonces se convierte en una situación más bien imposible, sabiendo lo que es el mundo y que individualmente, por separado, no podemos resolver este problema del terrorismo. Es problema de los gobiernos el asegurarse de que sus ciudadanos estén a salvo, protegidos, pero eso no parece importarles. Si cada gobierno se interesara realmente en proteger a su propio pueblo, no habría guerras. Pero, al parecer, también los gobiernos han perdido la cordura, sólo les interesa la política partidista, su propio poder, su posición y prestigio. Ustedes ya saben todo esto, todo este juego.

¿Podemos, pues, sin dar cabida al tiempo, o sea, al mañana, al futuro, vivir de tal manera que el hoy sea lo más importante? Eso significa que tenemos que volvernos extraordinariamente atentos a nuestras reacciones, a nuestra confusión, trabajar con ahínco en nosotros mismos. Aparentemente, eso es lo único que podemos hacer. Y si no lo hacemos, entonces sí que el hombre no tiene futuro. No sé si han estado siguiendo algunos de los titulares de los diarios referentes a los continuos preparativos de guerra. Y si uno se prepara para algo, lo va a conseguir, como cuando prepara una buena comida. Al común de las gentes de todo el mundo, eso parece traerle sin cui-

dado. A los que están involucrados intelectual y científicamente en la producción de armamentos, no les importa. Sólo les interesan sus carreras, sus empleos, sus investigaciones científicas. Y si a aquellos de nosotros que somos personas bastante corrientes, de la denominada clase media, eso no nos concierne en absoluto, entonces realmente estamos arrojando la toalla. Y lo trágico es que no parece importarnos. No nos reunimos, no pensamos juntos, no cooperamos. Estamos más que dispuestos a pertenecer a instituciones y organizaciones, confiando en que éstas pongan fin a las guerras y eviten que nos masacremos unos a otros. Nunca lo han hecho. Instituciones y organizaciones jamás detendrán nada de esto. Es el corazón humano, la mente humana lo que está de por medio. No hablamos por hablar, nos enfrentamos a algo verdaderamente muy peligroso. Nos hemos entrevistado con algunas de las figuras más relevantes implicadas en todo esto y les trae sin cuidado. Pero si a nosotros nos importa y nuestra vida cotidiana es vivida rectamente, si cada uno de nosotros se da cuenta de lo que hace cada día, entonces creo que existe cierta esperanza para el futuro.

Encuentro con la vida

PREGUNTA: *¿Por qué pierde usted el tiempo predicando, en vez de ayudar al mundo de algún modo práctico?*

KRISHNAMURTI: ¿Qué entiende por «práctico»? Usted se refiere a producir un cambio en el mundo, un mejor ajuste económico, una mejor distribución de la riqueza, una relación mejor, o, expresado de una manera más brutal, a que le ayuden a conseguir un mejor empleo. Usted quiere ver un cambio en este mundo, como todo hombre inteligente, y quiere un método para propiciar ese cambio y, por lo tanto, me pregunta por qué pierdo mi

tiempo predicando, en vez de hacer algo al respecto. Ahora bien, ¿es lo que estoy haciendo realmente una pérdida de tiempo? Lo sería, ¿verdad?, si introdujera una nueva serie de ideas para sustituir la vieja ideología, el viejo patrón. Tal vez sea eso lo que usted quiere que haga. Pero en vez de indicar una supuesta forma práctica de actuar, de vivir, de conseguir un mejor empleo, de crear un mundo mejor, ¿no es importante descubrir cuáles son las trabas que realmente impiden una verdadera revolución, no una revolución de la izquierda o de la derecha, sino una revolución fundamental, radical, no basada en ideas? Porque, como ya hemos discutido, los ideales, creencias, ideologías y dogmas impiden la acción. No puede haber una transformación del mundo, una revolución, mientras la acción se base en ideas, pues en este caso la acción es meramente reacción; entonces, las ideas se convierten en algo mucho más importante que la acción. Eso es exactamente lo que está pasando en el mundo, ¿verdad? Para actuar, debemos descubrir los impedimentos que obstaculizan la acción. Pero la mayoría de nosotros no queremos actuar; ésa es nuestra dificultad. Preferimos discutir, preferimos sustituir una ideología por otra, y de ese modo nos evadimos de la acción mediante la ideología. Me parece que esto es muy simple, ¿no? Actualmente el mundo se enfrenta con muchos problemas: la superpoblación, el hambre, la división de la gente en nacionalidades y clases, etcétera. ¿Por qué no hay un grupo de personas reunido para tratar de resolver los problemas del nacionalismo? Pero si intentamos hacernos internacionales mientras seguimos aferrados a nuestra nacionalidad, creamos un nuevo problema, y eso es lo que hace la mayoría de nosotros. Por lo tanto, está claro que los ideales son los que realmente impiden la acción. Un estadista, una autoridad eminente, ha dicho que el mundo puede ser organizado y que hay alimentos para todos. Entonces, ¿por qué no se hace? Debido al conflicto de ideas, creencias y nacionalismos. Por lo

tanto, las ideas están realmente impidiendo el reparto de los alimentos. La mayoría de nosotros jugamos con ideas y creemos que somos grandes revolucionarios, hipnotizándonos a nosotros mismos con palabras tales como «práctico». Lo importante es librarnos de las ideas, del nacionalismo, de todas las creencias y dogmas religiosos, de manera que podamos actuar, no siguiendo un modelo o una ideología, sino conforme a lo que requieran las circunstancias. Evidentemente, el indicar los estorbos y obstáculos que impiden esa acción no es una pérdida de tiempo, no es una palabrería. Es evidente que lo que usted está haciendo carece de sentido. Sus ideas y creencias, sus panaceas políticas, económicas y religiosas en realidad están dividiendo a la gente y conduciendo a la guerra. Sólo cuando la mente se libera de la idea y de la creencia puede actuar correctamente. Un hombre que sea patriótico, nacionalista, no podrá nunca saber lo que significa ser fraterno, aunque pueda hablar de ello; al contrario, sus acciones en el ámbito económico y en todas direcciones están propiciando la guerra. De modo que puede haber una acción correcta y, por lo tanto, una transformación radical y duradera, sólo cuando la mente esté libre de ideas, no superficial, sino fundamentalmente, y la libertad respecto a las ideas sólo puede resultar del darse cuenta y del conocimiento de sí mismo.

Obras Completas de J. Krishnamurti: vol. VI
Colombo, 1 de enero de 1950

PREGUNTA: *La mayoría de nosotros estamos atrapados en la rutina laboral, la cual nos aburre, pero dependemos de ella para ganarnos la vida. ¿Por qué no podemos sentirnos a gusto en nuestro trabajo?*

KRISHNAMURTI: No cabe duda de que la civilización moderna está obligando a muchos de nosotros a rea-

lizar tareas que individualmente no nos gustan nada en absoluto. La sociedad tal como está constituida actualmente, basándose en la competencia, en una actitud despiadada, en la guerra, requiere, pongamos por caso, ingenieros y científicos; éstos tienen demanda en todo el mundo, porque pueden desarrollar todavía más los instrumentos bélicos y hacer que la nación sea más eficiente en su ambiciosa crueldad. Por eso la educación está mayormente dedicada a formar al individuo como ingeniero o científico, tanto si tiene aptitud para serlo como si no la tiene. El hombre que está siendo educado como ingeniero puede que no quiera serlo. Puede que quiera ser pintor, músico, o quién sabe qué. Pero las circunstancias, la educación, la tradición familiar, las exigencias sociales, etcétera, le obligan a especializarse como ingeniero. Por lo que hemos instituido una rutina en la que la mayoría de nosotros acabamos atrapados y luego nos sentimos frustrados, desdichados, infelices por el resto de nuestros días. Esto lo sabemos todos.

Fundamentalmente se trata de una cuestión de educación, ¿verdad? ¿Podemos crear otra clase de educación en la que cada persona, el profesor al igual que el estudiante, ame lo que está haciendo? *Ame*, ésa es exactamente la palabra que quiero emplear. Pero usted no puede amar lo que está haciendo, si todo el tiempo se sirve de ello como medio para obtener éxito, poder, posición y prestigio.

No cabe duda de que, tal como está actualmente constituida, la sociedad produce efectivamente individuos que están totalmente aburridos, atrapados en la rutina de lo que están haciendo. Por lo tanto, se necesitará una tremenda revolución, ¿no les parece?, en educación y en todos los demás ámbitos, para generar un ambiente totalmente distinto, un entorno que haga posible que los estudiantes, los niños, se desarrollen en aquello que verdaderamente quieren hacer.

Tal como están las cosas en la actualidad, tenemos que sobrellevar la rutina, el tedio, y por eso intentamos

evadirnos de varias formas. Procuramos evadirnos mediante las diversiones, por medio de la televisión o de la radio, a través de los libros, de la llamada religión, y de ahí que nuestras vidas se vuelvan muy superficiales, vacuas, aburridas. A su vez, esta superficialidad genera la aceptación de la autoridad, lo que nos proporciona una sensación de universalidad, de poder y posición. En el fondo, ya sabemos todo esto, pero resulta muy difícil desligarse de ello, porque para hacerlo no se requiere el sentimentalismo acostumbrado, sino reflexión, energía y trabajar con ahínco.

Así que si usted quiere crear un mundo nuevo —y qué duda cabe que debe hacerlo, después de estas guerras terribles, después de la aflicción, de los terrores por los que han pasado los seres humanos—, entonces tendrá que haber una revolución religiosa en cada uno de nosotros, una revolución que producirá una nueva cultura y una religión totalmente nueva, que no es la religión de la autoridad, del sacerdocio, del dogma y el ritual. Para crear un tipo de sociedad completamente distinto tiene que haber esta revolución religiosa, o sea, una revolución en el interior del individuo y no el terrible baño de sangre externo que sólo acarrea mayor tiranía, más sufrimiento y miedo. Si hemos de crear un mundo nuevo, nuevo en un sentido totalmente distinto, entonces tiene que ser nuestro mundo y no el mundo alemán, el ruso o el hindú, porque todos somos seres humanos y la Tierra es nuestra.

Pero, por desgracia, muy pocos de entre nosotros experimentamos un sentimiento profundo hacia todo esto, porque requiere amor, no sensiblería o sentimentalismo. El amor es difícil de encontrar, y el hombre que es sentimentalmente emotivo, suele ser cruel. Para crear una cultura totalmente distinta, me parece que en cada uno de nosotros debe tener lugar esta revolución religiosa, lo que significa que tiene que haber libertad, no sólo en lo que respecta a todo tipo de credos y dogmas, sino

estar libres de ambición personal y de actividad egocéntrica. Es evidente que sólo entonces puede haber un mundo nuevo.

Obras Completas de J. Krishnamurti: vol. X
Hamburgo, 15 de septiembre de 1956

PREGUNTA: *Mi esposa y yo nos peleamos. Parece que nos queremos, pero a pesar de ello se siguen sucediendo las rencillas. Hemos intentado ponerle fin a esta lamentable situación, por diversos medios, pero al parecer somos incapaces de desprendernos psicológicamente el uno del otro. ¿Qué sugiere usted?*

KRISHNAMURTI: Mientras haya dependencia, tiene que haber tensión. Si yo dependo de ustedes como público para autorrealizarme, para tener la sensación de que soy alguien que se dirige a un gran número de personas, entonces dependo de ustedes, los exploto, me resultan psicológicamente necesarios. A esta dependencia se le llama amor, y todas nuestras relaciones se basan en ella. Psicológicamente los necesito, y ustedes me necesitan. Psicológicamente adquieren importancia en mi relación con ustedes, porque satisfacen mis necesidades, no sólo las físicas, sino también las internas. Sin ustedes estoy perdido, me siento inseguro. Dependo de ustedes, los quiero. Cuando esa dependencia es cuestionada, hay incertidumbre, y entonces me asusto. Para encubrir ese miedo, recurro a todo género de subterfugios que me ayudarán a alejarme de él. Todo esto lo sabemos: nos valemos de la propiedad, los conocimientos, los dioses, las ilusiones, las relaciones, para encubrir nuestra propia vacuidad, nuestra soledad, y de ese modo esas cosas adquieren mucha importancia. Las cosas que han llegado a ser nuestras escapatorias se vuelven extraordinariamente valiosas.

De modo que, mientras haya dependencia, tiene que haber miedo. Eso no es amor. Pueden darle el nombre de amor, revestirlo de cualquier palabra de sonido agradable. Pero, en realidad, debajo de eso hay un vacío, hay una herida que no puede ser sanada por método alguno, que sólo puede terminar cuando sean conscientes de ella, la perciban y la comprendan. Y sólo puede haber comprensión cuando no buscan una explicación. Como ven, el interlocutor me pide una explicación, quiere que le dé palabras. Nos satisfacemos con palabras. Y repetirán la nueva explicación, si es que es nueva. Pero el problema sigue existiendo, seguirá habiendo disputas.

Una vez comprendamos este proceso de la dependencia: las dependencias íntimas y las externas, las dependencias ocultas, las urgencias psicológicas, la exigencia del «más»; cuando comprendamos estas cosas, sólo entonces existe realmente una posibilidad de amor. El amor no es personal ni impersonal; es una forma de ser. No pertenece a la mente; la mente no puede adquirirlo. No pueden practicar el amor ni adquirirlo a través de la meditación. Sólo se manifiesta cuando no hay miedo, cuando esa sensación de ansiedad, de soledad, ha cesado, cuando no hay dependencia ni adquisición. Y eso llega tan sólo cuando nos comprendemos a nosotros mismos, cuando somos plenamente conscientes de nuestros móviles ocultos, cuando la mente puede penetrar en sus propias profundidades sin buscar una respuesta, una explicación, cuando ya no nombra.

No cabe duda de que una de nuestras dificultades estriba, evidentemente, en que a la mayoría de nosotros nos satisfacen las superficialidades de la vida, en especial las explicaciones. Y, dándoles explicaciones, que es la actividad de la mente, creemos haber resuelto todas las cosas. Mientras podamos nombrar y reconocer, tenemos la impresión de estar logrando algo, y en el momento en que surge la idea de no reconocer, no nombrar, no dar explicaciones, la mente se vuelve confusa. Pero sólo

cuando no hay explicaciones, cuando la mente no está atrapada en palabras, puede surgir el amor.

Obras Completas de J. Krishnamurti: volumen VI
Londres, 15 de abril de 1952

PREGUNTA: *El matrimonio es una parte necesaria de toda sociedad organizada, pero usted parece estar en contra de la institución matrimonial. ¿Qué dice al respecto? Por favor, explique también la cuestión del sexo. ¿Por qué se ha convertido, junto con la guerra, en el problema más apremiante de nuestros días?*

KRISHNAMURTI: Hacer una pregunta es fácil, pero la dificultad está en examinar muy cuidadosamente el problema en sí, el cual contiene la respuesta. Para comprender este problema, debemos ver la cantidad de cosas que implica. Eso es difícil, porque nuestro tiempo es muy limitado y tendré que ser breve; y si no siguen con mucha atención, tal vez no les sea posible comprenderlo. Investiguemos el problema, no la respuesta, porque la respuesta está en el problema, no fuera de él. Cuanto más comprendo el problema, más claramente veo la respuesta. Si sólo buscan una respuesta, no la hallarán, pues habrán buscado una respuesta alejada del problema. Consideremos el matrimonio, pero no teóricamente o como un ideal, lo cual sería más bien absurdo. No idealicemos el matrimonio; mirémoslo tal cual es, porque entonces podremos hacer algo al respecto. Si lo pintan color de rosa, no podrán actuar; pero si lo consideran y lo ven exactamente como es, entonces tal vez puedan actuar.

Ahora bien, ¿qué es lo que realmente ocurre? Cuando uno es joven, el impulso biológico o sexual es muy fuerte, y para delimitarlo tienen la institución llamada matrimonio. Como el impulso biológico existe por ambas partes, se casan y tienen hijos. Se atan a un hombre o a una

mujer por el resto de sus vidas, y haciendo eso tienen una fuente permanente de placer, una seguridad garantizada, con el resultado de que empiezan a desintegrarse. Viven en un ciclo de hábito, y el hábito es desintegración. Para comprender este impulso biológico, sexual, se requiere gran dosis de inteligencia, pero no se nos educa para ser inteligentes. Nos limitamos a soportar a un hombre o a una mujer con quien tenemos que vivir. Me caso a los veinte o a los veinticinco años y tengo que pasar el resto de mi vida con una mujer a la que no he conocido. No tengo la menor idea de cómo es y, sin embargo, me piden que viva con ella por el resto de mis días. ¿A eso le llaman matrimonio? A medida que crezco y observo, encuentro que ella es completamente diferente de mí. Sus intereses difieren de los míos; le interesan los clubes, y a mí me interesa ser muy serio, o viceversa. A pesar de lo cual tenemos hijos; y eso es lo más extraordinario. Señores, no se sonrían mirando a las señoras; es problema de ustedes. De forma que he establecido una relación cuyo significado desconozco. No lo he descubierto ni lo he comprendido.

La relación matrimonial tiene significado sólo para un número muy reducido de personas que aman, y entonces es indestructible, no es mero hábito o conveniencia, ni se basa en la necesidad biológica o sexual. En ese amor, que es incondicional, las identidades se fusionan, y en una relación así hay remedio, hay esperanza. Mas para la mayoría de ustedes, en la relación matrimonial no hay fusión. Para fusionar las entidades separadas es preciso que usted se conozca a sí mismo, y ella tiene que conocerse a sí misma. Eso significa amar. Pero no hay amor, lo cual es un hecho evidente. El amor es lozano, nuevo, no es mera satisfacción, mero hábito. Es incondicional. A su esposo o esposa no los tratan de ese modo, ¿verdad? Usted vive en su aislamiento y ella en el suyo, y han establecido sus hábitos de placer sexual asegurado. ¿Qué le ocurre a un hombre que tiene una renta asegurada? Se

deteriora, por supuesto. ¿No lo han advertido? Observen a un hombre que tiene unos ingresos asegurados y pronto verán con cuánta rapidez su mente se marchita. Puede que tenga una gran posición, la reputación de ser astuto, pero ha perdido la plena alegría de vivir.

De modo análogo, para ustedes el matrimonio es una fuente permanente de placer, un hábito sin comprensión, sin amor, y se ven obligados a vivir en ese estado. No les estoy diciendo lo que deberían hacer, sino que consideren primero el problema. ¿Creen que eso está bien? Lo que no significa que deba echar a su esposa y buscarse otra. ¿Qué significa esta relación? Me parece evidente que amar es estar en comunión con alguien, ¿pero está en comunión con su esposa, excepto físicamente? ¿La conoce, salvo en el sentido físico? ¿Lo conoce ella a usted? ¿No están ambos aislados, cada cual persiguiendo sus propios intereses, ambiciones y necesidades, esperando obtener el uno del otro satisfacción, seguridad económica o psicológica? Una relación semejante no es en absoluto una relación; es un proceso de aislamiento mutuo por necesidad psicológica, biológica y económica y el resultado evidente es conflicto, desdicha, recriminación, temor posesivo, celos, etcétera. ¿Creen que semejante relación pueda producir otra cosa que inquietantes criaturas y una peligrosa civilización?

Lo importante, por lo tanto, es ver todo el proceso no como algo desagradable, sino como un hecho real que ocurre bajo sus propias narices; y, al darse cuenta de eso, ¿qué van a hacer? No pueden quedarse ahí; pero como no desean examinarlo, se dedican a la bebida, a la política, a una mujer de al lado, a cualquier cosa que los aleje del hogar y de esa esposa o esposo recriminatorios; y de ese modo creen haber resuelto el problema. Ésa es su vida, ¿no es así? Por consiguiente, tienen que hacer algo al respecto, lo que significa que tienen que hacerle frente, y eso implica, si fuera necesario, romper la relación. Porque cuando un padre y una madre están constantemente

recriminándose y peleándose, ¿creen que eso no afecta a los niños?

De modo que el matrimonio como hábito, como cultivo del placer habitual, es un factor de deterioro, porque en el hábito no hay amor. El amor no es hábito; el amor es algo gozoso, creativo, nuevo. El hábito, por lo tanto, es lo contrario del amor; pero están atrapados en el hábito y, naturalmente, su relación habitual con otra persona es algo muerto. O sea, que volvemos nuevamente al problema fundamental, y es que la reforma de la sociedad depende de ustedes, no de la legislación. La legislación sólo puede contribuir a crear más hábito o conformismo. Ustedes, por consiguiente, como individuos responsables en la vida de relación, tienen que hacer algo, tienen que actuar y sólo pueden hacerlo cuando se produce un despertar de su mente y corazón. Veo que algunos mueven afirmativamente la cabeza en señal de acuerdo conmigo, pero lo que está claro es que no quieren asumir la responsabilidad de la transformación, del cambio; no quieren hacer frente a la convulsión de descubrir cómo vivir rectamente. Y por lo tanto, el problema continúa, se pelean y van tirando, y finalmente mueren; y cuando mueren, alguien llora, no por la otra persona, sino por su propia soledad. Continúan existiendo sin cambio y creen que son seres humanos capaces de legislar, de ocupar altos cargos, de hablar acerca de Dios, de hallar un modo de poner fin a las guerras, etcétera. Ninguna de esas cosas significa nada, porque no han resuelto ninguna de las cuestiones fundamentales.

Por lo tanto, la otra parte del problema es el sexo y por qué se ha vuelto tan importante. ¿Por qué este impulso ha adquirido tanto dominio sobre ustedes? ¿Han reflexionado detenidamente alguna vez al respecto? No lo han hecho porque se han limitado a satisfacerlo; no han investigado por qué existe este problema. ¿Por qué, señores, existe este problema? ¿Y qué ocurre cuando su respuesta consiste en reprimirlo por completo? Ya saben a que me

refiero, el ideal de castidad, *brahmacharya*, y todo eso. ¿Qué sucede? Sigue existiendo. Se disgustan con cualquiera que hable de una mujer y creen que pueden conseguir suprimir por completo el impulso sexual en sí mismos, y de ese modo resolver su problema, pero les obsesiona. Es como vivir en una casa y poner todas las cosas feas en un cuarto; siguen estando ahí. De modo que la disciplina no va a resolver este problema, la disciplina que es sublimación, represión, sustitución, porque ya la han practicado, y ésa no es la solución. ¿Cuál es, pues, la solución? Consiste en comprender el problema, y el comprender no es condenar ni justificar. Considerémoslo, entonces, de esa manera.

¿Por qué ha llegado el sexo a ser un problema tan importante en nuestra vida? ¿No es el acto sexual, su sensación, una manera de olvidarse de sí mismo? ¿Comprenden lo que quiero decir? En ese acto se da una fusión completa; en ese instante hay un cese total de todo conflicto: se sienten sumamente felices porque ya no experimentan esa necesidad como entes separados y ya no los agobia el temor. Es decir, por un instante hay un cese de la conciencia del yo y sienten la claridad del olvido de sí mismos, la dicha de la abnegación personal. De manera que el sexo ha cobrado importancia porque en todas las demás direcciones llevan una vida conflictiva, de engrandecimiento propio y frustración. Observen, señores, su vida política, social y religiosa: se esfuerzan por llegar a ser algo. En política quieren ser personas con poder, posición y prestigio. No se fijen en los demás; no se fijen en los ministros; si se les concediera todo eso, ustedes harían lo mismo. En política, pues, se esfuerzan por llegar a ser alguien, por adquirir mayor importancia, ¿no es así? Por eso generan conflicto; no hay negación o renuncia del yo. Al contrario, hay un fortalecimiento del yo. El mismo proceso tiene lugar en su relación con las cosas, que consiste en la posesión de bienes materiales, y también en la religión que profesan. Lo que hacen en sus prácticas reli-

giosas no tiene sentido alguno. Se limitan a creer, se aferran a etiquetas, a las palabras. Si observan, verán que ahí tampoco están libres de la conciencia egocéntrica. Aunque su religión diga «Olvídense de sí mismos», su propia actividad es la afirmación de sí mismos; usted sigue siendo la entidad importante. Puede que lean el Gita o la Biblia, pero siguen siendo los ministros, los explotadores, chupándole la sangre al pueblo y construyendo templos.

De modo que en todo terreno y en toda actividad siguen su propio antojo y ponen énfasis en sí mismos, en su propia importancia, su prestigio, su seguridad. Por lo tanto, sólo existe una única fuente de olvido de uno mismo, que es el sexo; por eso ustedes, mujer y hombre, se vuelven recíprocamente importantes y deben poseerse mutuamente. Así que se construyen una sociedad que instituye y respalda esa posesión, que se la garantiza, y naturalmente el sexo se convierte en el problema más apremiante, puesto que en todos los demás ámbitos lo que importa es el yo. ¿Y creen ustedes, señores, que se puede vivir en ese estado sin contradicción, sin desdicha, sin frustración? Pero cuando honesta y sinceramente el acento no recae sobre el yo, ya sea en la religión o en la actividad social, entonces el sexo tiene muy poco significado. El sexo se convierte en un problema, porque tienen miedo de no ser nada en el ámbito político, social y religioso. Pero si en todas estas cosas se permitieran a sí mismos disminuir, venirse a menos, verían que el sexo de ninguna manera se convierte en un problema.

Sólo hay castidad cuando hay amor. Cuando hay amor, el problema del sexo se termina, y perseguir el ideal de la castidad, sin amor, es absurdo porque el ideal es irreal. Lo real es lo que ustedes son, y si no comprenden su propia mente, su forma de funcionar, no comprenderán el sexo, porque el sexo es cosa de la mente. El problema no es simple. No requiere meras prácticas generadoras de hábitos, sino muchísima reflexión e investigación de sus relaciones con las personas, con la propiedad y con las

ideas. Significa, señor, que usted tiene que someterse a un arduo y riguroso examen de corazón y mente, lo cual producirá una transformación en su interior. El amor es casto, y cuando hay amor, y no sólo la idea de la castidad creada por la mente, entonces el sexo ha dejado de ser problemático y tiene un sentido totalmente distinto.

Obras Completas de J. Krishnamurti: volumen V
Nueva Delhi, 19 de diciembre de 1948

PREGUNTA: *¿Qué clase de educación debería recibir mi hijo para hacerle frente a este mundo caótico?*

KRISHNAMURTI: Ésta es realmente una pregunta de gran amplitud, ¿no le parece?, que no puede contestarse en un par de minutos. Pero tal vez podamos hacerlo de forma breve y más adelante se pueda indagar más a fondo.

El problema no es la clase de educación que debería recibir el niño, sino más bien que el educador precisa de educación, el padre necesita ser educado. (Murmullo de risas.) No, por favor, ésta no es una contestación ingeniosa para que ustedes se rían, para que se diviertan. ¿No necesitamos una clase totalmente distinta de educación? No meramente el cultivo de la memoria, lo cual le proporciona al niño una capacidad técnica que le ayudará a conseguir un empleo, a ganarse la vida, sino una educación que lo haga verdaderamente inteligente. La inteligencia es la comprensión de todo el proceso, del proceso íntegro de la vida, no el conocimiento de un fragmento de la existencia.

De modo que el verdadero problema es: ¿podemos nosotros, la gente adulta, ayudar al niño a crecer libremente, en completa libertad? Esto no significa que se le permita hacer lo que guste, sino si podemos ayudarle a comprender lo que significa ser libre, porque nosotros mismos comprendemos lo que significa serlo.

Nuestra educación actualmente no es más que un proceso de conformismo, ayudando al niño a adaptarse a un modelo específico de sociedad en la que conseguirá un empleo, se convertirá en alguien socialmente respetable, irá a la iglesia, se conformará, y luchará hasta que muera. No le ayudamos a ser libre interiormente, de manera que conforme se hace mayor sea capaz de afrontar todas las complejidades de la vida, lo que significa ayudarle a tener la capacidad de reflexionar, no enseñarle lo que tiene que pensar. Para conseguir esto, el propio educador debe ser capaz de liberar su propia mente de toda autoridad, de todo temor, de todo nacionalismo, de las diversas formas de creencia y tradición, de modo que el niño comprenda, con su ayuda e inteligencia, lo que significa ser libre, lo que significa cuestionar, inquirir y descubrir.

Pero, al parecer, no queremos una sociedad de este tipo; no queremos un mundo diferente. Queremos la repetición del viejo mundo, sólo modificado, un poco mejorado, un poco más refinado. Queremos que el niño se conforme totalmente, que no reflexione en absoluto, que no se dé cuenta, que no tenga claridad interior, porque si tiene tal claridad interior, todos nuestros valores establecidos peligran. Así que lo que realmente implica esta pregunta es cómo educar al educador. ¿Cómo podemos, usted y yo —pues nosotros, los padres, la sociedad, somos los educadores—, cómo podemos contribuir a esclarecernos interiormente de modo que el niño pueda también ser capaz de pensar libremente, en el sentido de tener una mente quieta, una mente tranquila, mediante la cual pueden percibirse y generarse cosas nuevas?

Ésta es en realidad una pregunta fundamental. ¿Qué falta hace que nos eduquen? ¿Sólo para conseguir un empleo? ¿Sólo para que aceptemos el catolicismo o el protestantismo, el comunismo o el hinduismo? ¿Sólo para que nos ajustemos a cierta tradición, que encajemos en cierto trabajo? ¿O es la educación algo completamente distinto, no el cultivo de la memoria, sino el proceso del

entendimiento? El entendimiento no es el resultado del análisis; el entendimiento sólo se produce cuando la mente está muy tranquila, despreocupada, cuando ya no está persiguiendo el éxito y, por lo mismo, siendo frustrada y temiéndole al fracaso. Sólo cuando la mente está tranquila, sólo entonces existe la posibilidad de entender y de tener inteligencia. Ésa es la verdadera educación, de la cual, evidentemente, se desprenden otras cosas.

Pero muy pocos de entre nosotros se interesan por todo eso. Si usted tiene un hijo, quiere que consiga un empleo; eso es todo lo que le preocupa, lo que va a ser del futuro de su hijo. ¿Debería el hijo heredar todas las cosas que usted posee, la propiedad, los valores, las creencias, las tradiciones, o debe crecer en libertad de manera que descubra por sí mismo lo que es verdad? Eso sólo puede suceder si usted mismo no está heredando, si usted es libre de investigar, de descubrir lo que es verdad.

Obras Completas de J. Krishnamurti: vol. IX
Amsterdam, 19 de mayo de 1955

PREGUNTA: *¿Qué es la enfermedad psicosomática? ¿Puede usted sugerir modos de curarla?*

KRISHNAMURTI: No creo que se puedan encontrar modos de curar la enfermedad psicosomática, y tal vez la misma búsqueda de un procedimiento para curar la mente esté causando la enfermedad. Encontrar un modo o practicar un método significa inhibir, controlar y reprimir el pensamiento, lo que no es lo mismo que comprender la mente. Está bastante claro que, efectivamente, la mente produce enfermedad en el organismo físico. Si usted come cuando está enfadado, sufre un malestar de estómago; si odia violentamente a alguien, usted tiene un desorden físico; si limita su mente a una creencia en particular, se vuelve mental y psíquicamente neurótico, y esto tiene

repercusiones en el cuerpo. Todo esto forma parte del proceso psicosomático. Por supuesto que no todas las enfermedades son psicosomáticas, pero el miedo, la ansiedad y otras perturbaciones de la psique producen enfermedades físicas. Por lo tanto, ¿se puede sanar la mente? A muchos de nosotros nos preocupa mantener el cuerpo en buena salud mediante una dieta adecuada, etcétera, lo que resulta esencial; pero muy pocos nos preocupamos de mantener la mente sana, joven, alerta, llena de vitalidad, de modo que no se deteriore.

Ahora bien, si no ha de deteriorarse la mente, es evidente que no debe ser nunca una seguidora, sino independiente, libre. Pero nuestra educación no nos ayuda a ser libres; al contrario, contribuye a que nos integremos en esta sociedad en descomposición; por lo tanto, la mente misma se deteriora. Se nos instiga desde la infancia a que seamos aprensivos, competitivos, a pensar siempre en nosotros mismos y en nuestra propia seguridad. Naturalmente, una mente así tiene que estar de continuo en conflicto, y ese conflicto, efectivamente, produce efectos físicos. Lo que importa, por lo tanto, es descubrir y comprender por nuestra cuenta, mediante nuestra propia y vigilante observación, todo el proceso del conflicto, sin depender de ningún psicólogo o guru. Seguir a un guru es destruir la mente. Usted lo sigue porque quiere obtener lo que cree que él posee; por lo tanto, usted ha puesto en marcha un proceso de deterioro. El esfuerzo para convertirse en alguien, mundanal o espiritualmente, es otra forma de deterioro, porque semejante esfuerzo siempre ocasiona ansiedad; produce miedo y frustración, volviendo enfermiza la mente, lo cual, a su vez, afecta al cuerpo. Me parece que esto es bastante sencillo. Pero el acudir a otro para que nos cure la mente forma parte del proceso de deterioro.

Obras Completas de J. Krishnamurti: vol. IX
Bombay, 28 de marzo de 1956

PREGUNTA: *Mi cuerpo y mi mente parecen estar compuestos de impulsos profundamente arraigados y de miedos conscientes e inconscientes; yo observo la mente, pero a menudo es como si estos miedos primordiales se apoderaran de mí. ¿Qué debo hacer?*

KRISHNAMURTI: Señor, averigüemos lo que entendemos por miedo. ¿Qué es el miedo? El miedo existe sólo en relación con algo. No tiene una existencia independiente. Sólo existe en relación con algo: con lo que usted pueda decir de mí, con lo que la gente pueda pensar de mí, con la pérdida de un empleo, con la seguridad en mi vejez, o el miedo a que se muera la madre o el padre, o sabe Dios qué cosa. Es el miedo de algo.

Ahora bien, ¿cómo voy a librarme del miedo? ¿Disolverá el miedo algún tipo de disciplina? La disciplina es resistencia, el cultivo de la resistencia, con el fin de aprender. ¿Eso liberará del miedo a la mente? ¿O sólo lo mantendrá apartado de sí, como si construyera un muro, pero del otro lado está siempre el temor? Es obvio que uno no puede deshacerse del miedo mediante la resistencia, fomentando el valor, porque la naturaleza misma del valor es lo opuesto del miedo, y cuando la mente está atrapada entre el miedo y el valor, no hay solución, excepto el cultivo de la resistencia, o sea, que no hay superación del miedo mediante el cultivo del valor.

¿Cómo voy a deshacerme del miedo? Por favor, señores, presten atención. Éste es nuestro problema, suyo y mío, de todo ser humano que desee librarse del miedo, porque si puedo deshacerme de él, entonces el yo, el ego que está creando tanto desorden, tanta desdicha en el mundo, puede desaparecer. ¿No es el ego, en su naturaleza misma, la causa el miedo? Porque quiero sentirme seguro si no tengo seguridad económica; quiero estar seguro en el ámbito político, social, en mi reputación, quiero sentirme seguro en el otro mundo, quiero tener el respaldo de Dios, que me dé una palmadita en el hombro

y me diga: «Tendrás una mejor oportunidad en la próxima vida»; quiero que alguien me diga lo que tengo que hacer, que me anime, que me dé amparo, que me ofrezca un refugio. Así que en tanto siga buscando seguridad en cualquiera de sus formas, tiene que haber miedo, del cual surgen todos los impulsos básicos. De modo que si puedo comprender lo que es el miedo, tal vez entonces pueda haber un desprendimiento de esa constante elección.

¿Cómo voy a comprender lo que es el miedo? ¿Cómo, sin disciplinarlo, sin resistirlo, sin evitarlo, sin crear otras ilusiones, otros problemas, otros sistemas de gurus, de filósofos, cómo he de hacerle frente, de comprenderlo, de librarme de él y trascenderlo? Sólo puedo comprender el miedo cuando no estoy huyendo de él, cuando no le ofrezco resistencia. De modo que tenemos que averiguar cuál es esta entidad que se resiste. ¿Quién es el yo que le ofrece resistencia al miedo? ¿Comprenden, señores? Es decir, yo estoy asustado; tengo miedo de lo que la gente pueda decir de mí, porque quiero ser una persona muy respetable; quiero triunfar en el mundo; quiero tener renombre, posición y autoridad. Así que una parte de mí está persiguiendo eso y por dentro sé que cualquier cosa que haga conducirá a la frustración, que lo que quiero hacer me obstaculizará. De modo que hay estos dos movimientos funcionando en mi interior: el primero, la entidad que quiere alcanzar su objetivo, convertirse en hombre de bien, tener éxito; y el otro, la entidad que siempre está temiendo que acaso no vaya a conseguirlo.

De modo que existen estos dos movimientos operando en mi interior, dos deseos, dos propósitos, uno que dice: «Quiero ser feliz», y el otro que sabe que tal vez no haya felicidad en este mundo. Quiero ser rico, y al mismo tiempo veo que hay millones de pobres, y sin embargo mi ambición es hacerme rico. En tanto me sienta instigado, impulsado por el deseo de seguridad, no habrá liberación; al mismo tiempo, hay en mí compasión, amor, sensibili-

dad. Una batalla se está librando sin descanso, y esa batalla se proyecta, se vuelve antisocial, etcétera. ¿Qué he de hacer, entonces? ¿Cómo puedo librarme de esta batalla, de esta lucha intestina?

Si yo soy capaz de observar sólo un proceso y no cultivar el proceso dual, entonces existe la posibilidad de resolverlo. O sea, si puedo observar el miedo en sí y no cultivar la virtud, no cultivar el valor, entonces puedo hacer algo respecto al miedo. Es decir, si sé «lo que es» y no «lo que debería ser», entonces puedo entendérmelas con «lo que es». La mayoría de nosotros no sabemos «lo que es», pues lo que nos interesa es «lo que debería ser». Este «debería ser» crea la dualidad. «Lo que es» nunca crea dualidad. «Lo que debería ser» ocasiona el conflicto, la dualidad.

¿Puedo entonces observar «lo que es» sin el conflicto de lo opuesto, puedo mirar «lo que es» sin ningún tipo de resistencia? Porque la resistencia misma genera su contrario, ¿verdad? Es decir, cuando tengo miedo, ¿puedo mirarlo sin crear resistencia? Porque en el momento en que le opongo resistencia al miedo, ya he generado otro conflicto. ¿Puedo mirar «lo que es» sin ninguna clase de resistencia? Si lo puedo hacer, entonces puedo empezar a vérmelas con el miedo.

Ahora bien, ¿qué es el miedo? ¿Es el miedo una palabra, una idea, un pensamiento o una realidad? ¿Se produce el miedo debido a la palabra «miedo» o es independiente de la palabra? Por favor, señor, examínelo junto conmigo. No se canse. No deje que su mente se duerma. Porque si a usted realmente le preocupa el problema del miedo, que de hecho le preocupa, que le preocupa a todo ser humano, el miedo a la muerte, miedo a que se muera su abuelo o abuela, ya que sobre ustedes pesa esa extraordinaria oscuridad, ¿no deberían investigar el problema y no limitarse a hacerlo a un lado? Si sometemos este problema a un examen cuidadoso, vemos que en tanto estemos generando una resistencia contra el miedo, de la forma que sea, huyendo

de él, erigiendo barreras contra él, tales como el cultivo del valor, etcétera, esa misma resistencia causa conflicto, que es la lucha de los opuestos. Y mediante el conflicto de los opuestos no llegaremos nunca al entendimiento.

La idea de que el conflicto entre la tesis y la antítesis conducirá a una síntesis no es verdad. Lo que lleva al entendimiento es la comprensión del hecho de «lo que es» y no mediante la creación del opuesto. ¿Puedo entonces hacerle frente al miedo, mirarlo sin oponer resistencia, sin huir de él? Ahora bien, ¿qué es esta entidad que está mirando al miedo? Cuando digo que tengo miedo, ¿qué es el «yo» y qué es el «miedo»? ¿Son dos estados distintos, son dos procesos diferentes? ¿Soy yo diferente del miedo que el «yo» siente? Si soy diferente del miedo, entonces puedo actuar sobre él, puedo cambiarlo, resistirlo, apartarlo de mí. Pero si no soy diferente del miedo, ¿no hay entonces una acción totalmente distinta?

¿Es esto un tanto abstracto y demasiado difícil para ustedes, señores? Por favor, examinémoslo. Escuchen, simplemente escuchen; no se molesten en argüir, porque mediante el escuchar, no ofreciendo argumentos sino simplemente escuchando, ustedes pueden comprender de lo que estoy hablando.

En tanto me esté resistiendo al miedo, no hay libertad respecto al mismo, sino sólo mayor conflicto, mayor aflicción. Cuando no me resisto, sólo hay miedo. ¿Es entonces el miedo distinto del observador, del yo que dice: «Tengo miedo»? ¿Qué es este yo que dice: «Tengo miedo»? ¿No está el yo compuesto de ese sentimiento al que denomino miedo? ¿No es el yo el sentimiento de temor? Si no sintiera ningún miedo, no existiría el yo. De modo que el yo y el miedo son lo mismo. No hay yo independiente del miedo, por lo tanto, el miedo soy yo. O sea, que sólo existe el miedo.

Ahora existe el interrogante: ¿Es el miedo tan sólo la palabra? ¿Es que la palabra «miedo», la idea, el símbolo, es ese estado creado por la mente independientemente del

hecho concreto? Presten atención, por favor. El miedo soy yo; no existe un yo independiente, aparte de mí. El hombre, el yo dice: «Soy codicioso.» La autoridad es el yo. La cualidad no es diferente del yo. En tanto que el yo diga: «Tengo que librarme de la codicia», está haciendo un esfuerzo, se está debatiendo. Pero ese mismo yo sigue siendo codicioso, porque quiere dejar de serlo. De modo similar, cuando el yo dice: «Tengo que librarme del miedo», está fomentando una resistencia y, por lo tanto, hay conflicto y no está nunca libre del temor. Así que sólo se es libre del miedo cuando se reconoce el hecho, cuando hay un entendimiento del hecho de que el miedo es el yo, y el yo no puede hacer nada respecto al miedo. Por favor, vean el yo que dice: «Estoy asustado, tengo que hacer algo acerca del miedo.» En tanto esté actuando sobre el miedo, sólo crea resistencia y, por lo tanto, aumenta todavía más el conflicto. Pero cuando reconozco que el miedo soy yo, entonces no hay acción alguna por parte del yo; sólo entonces se es libre del miedo.

Miren, nosotros estamos tan acostumbrados a hacer algo respecto al miedo, respecto a la apetencia, respecto al deseo sexual, que siempre actuamos sobre él como si esa pulsión o necesidad fuera independiente de mí. Por lo que, en tanto consideremos que el deseo es independiente de mí, tiene que haber conflicto. No hay deseo sin mí. Yo soy el deseo; las dos cosas no existen por separado. Por favor, véanlo. Es realmente una experiencia extraordinaria cuando se siente que el miedo soy yo, que la codicia soy yo, que no existen sin mí.

No hay pensamiento sin el pensador. En tanto exista el pensamiento, existe el pensador. El pensador no existe independientemente del pensamiento, pero el pensamiento crea al pensador, lo separa porque el pensamiento está continuamente buscando permanencia y por eso crea al yo como entidad permanente, el yo que controla al pensamiento. Pero sin pensamiento no hay yo; cuando no se piensa, cuando no se reconoce, cuando no se hacen distinciones, ¿existe

el yo? ¿Existe el «mí»? El proceso mismo de pensar crea el yo; entonces el yo actúa sobre el pensamiento. De ese modo, la lucha se prolonga indefinidamente.

Si existe la intención de librarse por completo del miedo, entonces hay que reconocer el hecho de que el miedo es el yo, de que no hay miedo sin mí. Ésa es la verdad. Cuando usted se enfrenta a un hecho, entonces hay acción, una acción que no es producida por la mente consciente, una acción que es la verdad, que no procede de la elección, de la resistencia. Sólo entonces existe la posibilidad de liberar la mente de toda clase de temor.

Obras Completas de J. Krishnamurti: vol. VII
Bombay, 15 de febrero de 1953

PREGUNTA: *Estoy sumido en el conflicto y sufro. Durante miles de años se nos ha hablado de las causas del sufrimiento y el modo de ponerle fin. No obstante, nos encontramos en la actual situación. ¿Se puede acabar con este sufrimiento?*

KRISHNAMURTI: Me pregunto cuántos de nosotros nos damos cuenta de que sufrimos. ¿Se dan cuenta, no en teoría, sino realmente, de que están en conflicto? Y de ser así, ¿qué hacen? Tratan de esquivarlo, ¿verdad? En el momento en que uno se da cuenta de este conflicto y sufrimiento, trata de olvidarlo entregándose a actividades intelectuales, trabajando, o buscando diversión y placer. Uno intenta evadirse del sufrimiento, y todas las vías de evasión son lo mismo, ¿verdad?, ya sean refinadas o groseras. ¿Qué entendemos por conflicto? ¿Cuándo se dan cuenta de que están en conflicto? El conflicto surge, sin duda, cuando existe la conciencia del yo. Sólo nos damos cuenta del conflicto cuando el yo se vuelve repentinamente consciente de sí mismo; de lo contrario llevan una vida monótona, superficial, aburrida, rutinaria, ¿no es

así? Sólo son conscientes de sí mismos cuando hay conflicto. Mientras todo transcurra sin tropiezos ni la menor contradicción, sin frustración alguna, no tienen conciencia de sí mismos en acción. Mientras no me presionen, mientras consiga lo que quiero, no estoy en conflicto; pero no bien se me presenta un obstáculo, tomo conciencia de mí mismo y me siento desdichado. En otros términos, el conflicto aparece tan sólo cuando me veo a «mí mismo» enfrentado con una acción frustrada. ¿Qué es, pues, lo que queremos? Queremos que haya una acción constantemente satisfactoria en sí, sin frustración; es decir, queremos vivir sin ser obstaculizados. Dicho de otro modo, queremos que nuestros deseos se cumplan, y mientras esos deseos no se cumplen, hay conflicto, hay contradicción. Por lo tanto, nuestro problema consiste en cómo realizar, cómo satisfacer nuestras aspiraciones personales, sin frustración. Deseo poseer algo: bienes materiales, a una persona, un título o lo que sea, y si puedo conseguirlo y seguir obteniendo lo que quiero, entonces soy feliz y no hay contradicción. De modo que lo que buscamos es la realización personal, y mientras podamos conseguirla no hay ninguna fricción.

Ahora, la cuestión es: ¿Existe realmente la realización personal? Esto es, ¿puedo alcanzar algo, convertirme en algo, realizar algo? ¿Y no hay en ese deseo una lucha continua? Es decir, mientras yo anhele convertirme en algo, conseguir algo, autorrealizarme, tiene que haber frustración, temor y conflicto; por lo tanto, ¿existe acaso la realización personal? ¿Qué entendemos por realización personal? Por autorrealización entendemos la expansión de uno mismo, que el yo se ensancha, se engrandece, adquiere mayor importancia, se convierte en gobernador, ejecutivo, gerente de banco, etcétera. Ahora bien, si profundizan un poco más en ello verán que mientras exista esa acción del yo, es decir, mientras haya conciencia de sí mismo en acción, tiene que haber frustración y, por lo tanto, sufrimiento. De ahí que nuestro problema no sea

cómo vencer el sufrimiento, cómo deshacernos del conflicto, sino comprender la naturaleza del ego, del yo. Espero no estar poniendo esto demasiado complicado. Si sólo tratamos de superar el conflicto, de descartar el sufrimiento, no comprenderemos la naturaleza del causante del sufrimiento.

Mientras el pensamiento se preocupe por su propio mejoramiento, su propia transformación y progreso, tiene que haber conflicto y contradicción. De modo que volvemos de nuevo al hecho evidente de que el conflicto y el sufrimiento existirán mientras yo no me comprenda a mí mismo. Por lo tanto, comprenderse a sí mismo es más importante que saber cómo superar el dolor y el conflicto. Más adelante, podremos ahondar más en esto. Pero escapar del dolor por medio de rituales, de diversiones, de creencias o de cualquier otra forma de distracción, es alejar al pensamiento cada vez más del problema central, que es el de comprenderse a sí mismo. Para comprender el sufrimiento, deben cesar todas las escapatorias, pues sólo entonces pueden verse directamente a sí mismos en acción. Al comprenderse a sí mismos en acción, o sea, en la relación, encontrarán un modo de liberar por completo al pensamiento de todo conflicto y vivir en un estado de felicidad, de realidad.

Obras Completas de J. Krishnamurti: volumen V
Nueva Delhi, 14 de noviembre de 1948

PREGUNTA: *Usted ha dicho que todas las apetencias son esencialmente lo mismo. ¿Quiere usted decir que lo que impulsa a un hombre a buscar a Dios no se diferencia en absoluto de lo que motiva al mujeriego o al que se enajena en la bebida?*

KRISHNAMURTI: No todas las apetencias son parecidas, pero sí son todas apetencias. Usted puede experi-

mentar un deseo que le impulsa hacia Dios, y yo puedo sentir la necesidad de emborracharme. Ambos estamos siendo instigados, compelidos, usted en una dirección y yo en otra. Su dirección es socialmente respetable, y la mía no; al contrario, yo soy antisocial. Pero el ermitaño, el monje, la persona denominada religiosa, cuya mente está ocupada con la virtud, con Dios, es esencialmente lo mismo que el hombre cuya mente está ocupada con negocios, con mujeres o con la bebida, porque ambos están ocupados. ¿Comprende? Uno tiene un valor sociológico, mientras que el otro, el hombre cuya mente está ocupada con la bebida, es un marginado social. Es decir, que usted está juzgando desde la perspectiva de la sociedad, ¿no es así? El hombre que se retira a un monasterio y reza de la mañana a la noche, dedicando cierta parte del día a trabajar en el huerto, cuya mente está completamente ocupada con Dios, con la mortificación, la disciplina y el control de sí mismo, a ése usted lo considera persona muy santa, un hombre de lo más extraordinario. Mientras que el hombre que se dedica a los negocios, manipula la bolsa de valores y está ocupado todo el tiempo en ganar dinero, de éste usted dice: «Bueno, no es más que un hombre ordinario, como todos nosotros.» Pero ambos están ocupados. En mi opinión, el objeto que ocupa la mente carece de importancia. Un hombre cuya mente esté ocupada con Dios no encontrará nunca a Dios, porque Dios no es algo con que ocuparse; es lo desconocido, lo inconmensurable. Usted no puede ocuparse con Dios. Ésa es una forma vulgar de pensar en Dios.

Lo significativo no es con qué está ocupada la mente, sino el hecho de su ocupación, tanto si se trata de la cocina, de los niños, la diversión, lo que va a comer, o de la virtud, de Dios. ¿Y tiene la mente que estar ocupada? ¿Comprende? ¿Puede una mente ocupada ver algo nuevo, algo que no sea su propia ocupación? ¿Qué le sucede a la mente si no está ocupada? ¿Comprende? ¿Existe la mente si no hay ocupación? El científico está ocupado con sus

problemas técnicos, con su mecánica, con sus matemáticas, como el ama de casa lo está con la cocina o con el bebé. Todos le tenemos mucho miedo a no estar ocupados, nos asustan las repercusiones sociales. Si uno no estuviera ocupado, podría descubrirse a sí mismo tal cual es. De modo que la ocupación se convierte en una forma de evadirse de lo que uno es.

Entonces, ¿tiene la mente que estar permanentemente ocupada? ¿Es posible tener una mente totalmente desocupada? Por favor, le estoy haciendo una pregunta que no tiene respuesta, porque usted tiene que investigar, y, cuando lo descubra por sí mismo, verá que sucede algo extraordinario.

Es muy interesante descubrir por sí mismo cómo la mente está ocupada. El artista está ocupado con su arte, con su reputación, con su progreso, con la mezcla de los colores, con su fama, su celebridad; el erudito está ocupado con su conocimiento; y el hombre que está tratando de conocerse a sí mismo está ocupado con su autognosis, intentando, como una pequeña hormiga, percatarse de cada pensamiento, de cada movimiento. Todos son iguales. Sólo la mente que está del todo desocupada, completamente vacía, sólo esa mente que no tiene ninguna ocupación puede recibir algo nuevo. Pero ese algo nuevo no puede manifestarse en tanto la mente esté ocupada.

Obras Completas de J. Krishnamurti: vol. IX
Ojai, 14 de agosto de 1955

PREGUNTA: *Cuando morimos, ¿volvemos a nacer en esta tierra o pasamos a formar parte de algún otro mundo?*

KRISHNAMURTI: Esta pregunta nos interesa a todos nosotros, a jóvenes y mayores, ¿verdad? Así que voy a examinarla a fondo, y espero que ustedes tengan la

amabilidad de seguir no meramente las palabras, sino la propia vivencia de lo que voy a discutir con ustedes.

Todos sabemos que la muerte existe, especialmente los ancianos, y también los jóvenes que la observan. Los jóvenes dicen: «Esperemos hasta que venga y entonces le haremos frente.» Y como los viejos ya están a las puertas de la muerte, recurren a diversas formas de consuelo.

Por favor, presten atención y aplíquenselo a sí mismos, no se desentiendan del tema pasándoselo a otra persona. Porque saben que van a morir, ustedes tienen teorías al respecto, ¿verdad? Creen en Dios, creen en la resurrección, o en el karma y la reencarnación; dicen que volverán a nacer aquí o en otro mundo. O, de otra forma, ofrecen explicaciones de la muerte, diciendo que es inevitable, que le sucede a todo el mundo; el árbol muere, se desintegra, fertiliza el terreno y brota un nuevo árbol. O tal vez usted está demasiado ocupado con sus preocupaciones, ansiedades, celos y envidias cotidianas, con su competitividad y su fortuna para pensar en la muerte. Pero la tiene en mente; consciente o inconscientemente, ahí está.

En primer lugar, ¿puede usted librarse de las creencias, las explicaciones racionales, o de la indiferencia que ha cultivado hacia la muerte? ¿Puede usted librarse de todo eso ahora mismo? Porque lo que importa es entrar en la casa de la muerte mientras se está vivo, mientras se está plenamente consciente, activo, en buena salud, y no esperar a que venga la muerte, la cual puede llevárselo repentinamente en un accidente o mediante una enfermedad que paulatinamente lo sume en la inconsciencia. Cuando viene la muerte, tiene que ser un momento extraordinario, tan vital como el vivir.

Ahora bien, ¿puedo yo, puede usted entrar en la casa de la muerte mientras estamos vivos? Ése es el problema; no si existe la reencarnación, o si hay otro mundo en el que usted volverá a nacer, todo lo cual es tan inmaduro, tan pueril. Un hombre que vive nunca pregunta ¿qué es la

vida? y no tiene teorías sobre el vivir. Sólo los que viven a medias hablan del propósito de la vida.

¿Podemos entonces, usted y yo, mientras estamos vivos, conscientes, activos, en plena posesión de nuestras facultades, sean las que fueren, saber lo que es la muerte? ¿Es la muerte entonces algo distinto del vivir? Para la mayoría de nosotros, vivir es una continuación de lo que creemos es permanente. Nuestro nombre, nuestra familia, nuestra propiedad, las cosas en las que económica o espiritualmente tenemos un interés personal, las virtudes que hemos cultivado, las cosas que hemos adquirido emocionalmente... queremos que todo eso continúe. Y el instante al que llamamos muerte es un instante de lo desconocido; por eso nos atemoriza e intentamos encontrar un consuelo, algún tipo de paliativo; queremos saber si hay vida después de la muerte, y muchas cosas más. Todas ésas son cuestiones irrelevantes; son problemas para los indolentes, para aquellos que no quieren descubrir, mientras viven, lo que es la muerte. Por lo tanto, ¿podemos usted y yo averiguarlo?

¿Qué es la muerte? Es, sin duda, el cese completo de todo lo que hemos conocido. Si no es el cese de todo lo que se ha conocido, entonces no es muerte. Si usted ya sabe lo que es la muerte, entonces no tiene nada que temer. ¿Pero sabe lo que es la muerte? Es decir, ¿puede usted, mientras vive, ponerle fin a esta lucha constante por encontrar en lo efímero algo que tenga continuidad? ¿Puede conocer lo incognoscible, ese estado que denominamos muerte, mientras vive? ¿Puede descartar todas las descripciones de lo que sucede después de la muerte, que ha leído en los libros o que le dicta su deseo inconsciente de consuelo, y degustar o experimentar ese estado, que debe ser extraordinario, ahora mismo? Si ese estado puede ser experimentado en este instante, entonces el vivir y el morir son lo mismo.

¿Puedo yo, con una dilatada educación, y amplios conocimientos, que he tenido innumerables experiencias,

luchas, amores, odios... puede ese yo acabarse? El yo es el registro de todo eso en la memoria. ¿Puede ese yo terminar? Sin que muramos de un accidente o de una enfermedad, ¿podemos, usted y yo, mientras nos encontramos aquí sentados, experimentar ese fin? Entonces descubrirá que usted ya no formula preguntas absurdas sobre la muerte y la continuidad, sobre si hay otro mundo. Entonces sabrá la respuesta por sí mismo, porque lo incognoscible se habrá hecho realidad. Entonces descartará toda la jerigonza de la reencarnación y los numerosos miedos, el miedo de vivir y el miedo de morir, el miedo a envejecer e imponerles a los demás la molestia de que lo cuiden, el temor a la soledad y la dependencia, todos habrán tocado a su fin. Éstas no son palabras vacías. Lo incognoscible se manifiesta sólo cuando la mente deja de pensar en términos de su propia continuidad.

Obras Completas de J. Krishnamurti: vol. IX
Ojai, 21 de agosto de 1955

PREGUNTA: *Yo le ruego a Dios, y mis plegarias son contestadas. ¿No demuestra esto la existencia de Dios?*

KRISHNAMURTI: Si usted tiene pruebas de la existencia de Dios, entonces no se trata de Dios (risas), porque la demostración es cosa de la mente. ¿Cómo puede la mente demostrar la existencia o no existencia de Dios? Por lo tanto, su dios es la proyección de la mente según su satisfacción, apetencia, felicidad, placer o miedo personales. Semejante cosa no es Dios, sino meramente una creación del pensamiento, una proyección de lo conocido, que es el pasado. Lo que se conoce no es Dios, aunque la mente lo busque, se dedique activamente a la búsqueda de Dios.

El interlocutor dice que sus plegarias son contestadas y pregunta si esto no prueba la existencia de Dios. ¿Quie-

re usted pruebas de amor? Cuando ama a alguien, ¿busca usted pruebas? Si usted exige pruebas de amor, ¿es eso amor? Si usted ama a su esposa, a su hijo, y quiere pruebas, entonces el amor es indudablemente una transacción. De modo que su ruego a Dios es un mero regateo. (Risas.) No lo tomen a broma; examínenlo seriamente, como un hecho. El interlocutor se dirige a lo que llama Dios mediante la súplica y la petición. No se puede encontrar la realidad por medio del sacrificio, mediante el deber, por el camino de la responsabilidad, porque éstos son medios para un determinado fin, y el fin no se diferencia de los medios. Los medios son el fin.

La otra parte de la pregunta es: «Yo le ruego a Dios, y mis plegarias son contestadas.» Vamos a examinar eso. ¿Qué entiende usted por ruego u oración? ¿Reza usted cuando está alegre, cuando es feliz, cuando no hay confusión ni desdicha? Reza cuando hay aflicción, cuando hay confusión, miedo, agitación, y su plegaria es súplica, petición. Cuando usted se siente afligido, quiere que alguien lo ayude a salir de la situación, una entidad superior que le eche una mano, y a ese proceso de súplica se le llama oración. Por lo tanto, ¿qué sucede? Usted le presenta a alguien su cuenco de mendicante, no importa quien sea, a un ángel o a su propia proyección, a la que usted da el nombre de Dios. En el momento en que pide limosna, usted obtiene algo, pero si ese algo es real o no es otra cuestión. Usted quiere que se solucionen su confusión y sus infortunios, así que echa mano de sus frases tradicionales, pone en marcha su devoción, y la continua repetición, sin duda, aquieta la mente. Pero eso no es quietud; la mente es meramente insensibilizada y adormecida. En esa quietud inducida, cuando hay súplica, hay una respuesta. Pero no es en absoluto una respuesta de Dios; procede de su propia proyección ornamental. Ahí tiene la respuesta a la pregunta. Pero usted no quiere inquirir en todo esto, por eso formula la pregunta. Su oración es súplica; a usted sólo le interesa conseguir una respuesta a

su plegaria, porque quiere librarse de molestias. Algo le está royendo el corazón, y al rezar, se embota y tranquiliza. En esa quietud artificial hay, obviamente, una respuesta satisfactoria, de otro modo usted la rechazaría. Su oración es satisfactoria y, por lo tanto, es lo que usted mismo ha creado. Es su propia proyección que le ayuda a salir del paso. Ésa es una clase de oración. Luego está el tipo de oración que busca conscientemente hacer que la mente se sosiegue y sea receptiva y abierta. ¿Cómo puede la mente abrirse cuando está condicionada por la tradición, por el bagaje del pasado? Apertura significa entendimiento, la capacidad de comprender lo imponderable. Cuando la mente se mantiene atada a una creencia, no puede abrirse. Cuando se abre a fuerza de voluntad, obviamente cualquier respuesta que reciba será una proyección de sí misma. Sólo cuando la mente está incondicionada, cuando sabe cómo hacerle frente a cada problema conforme se presenta, sólo entonces dejan de existir todos los problemas. Mientras el bagaje histórico continúe, tiene que crear problemas; en tanto haya continuidad, tiene que haber cada vez mayor agitación y desasosiego. La receptividad es la capacidad de estar abierto, sin condena ni justificación, a «lo que es»; y esto es de lo que usted trata de evadirse mediante la plegaria.

Obras Completas de J. Krishnamurti: vol. VI
Colombo, 8 de enero de 1950

PREGUNTA: *En momentos de gran angustia y desesperación, me entrego sin esfuerzo a Él, sin conocerlo. Eso disipa mi desesperación; de lo contrario, acabaría siendo destruido. ¿En qué consiste esta entrega? ¿Se trata de un procedimiento equivocado?*

KRISHNAMURTI: Una mente que se entrega deliberadamente a algo desconocido está adoptando un procedi-

miento equivocado, como un hombre que conscientemente decide cultivar el amor y la humildad, cuando en realidad no tiene humildad ni amor. Cuando soy violento, si trato de hacerme no violento, sigo siendo violento. Si practico la humildad, ¿es eso humildad? Sólo es respetabilidad, no es humildad. ¿Ven ustedes, señores, la verdad de esto? No sonrían y comenten lo ingenioso de la frase. No es ingeniosa. Un hombre que deliberadamente se convence a sí mismo que tiene que ser bueno, que se entrega a algo que denomina Dios o a Él, lo hace consciente, voluntariamente, mediante una acción de la voluntad. Tal entrega no es entrega; es un modo de olvidarse de uno mismo, es un trueque, un sustituto, una evasión; es como autohipnotizarse, como tomar una droga o repetir palabras sin sentido.

Yo creo que hay una entrega que no es deliberada, que es completamente impensada, no solicitada. Cuando la mente reclama algo, no se trata de entrega. Cuando la mente exige paz, cuando dice: «Amo a Dios y persigo el amor de Dios», eso no es amor. Todas las actividades voluntarias de la mente son la continuación de la mente, y lo que tiene continuidad se encuentra en el tiempo. Sólo en el cese del tiempo puede existir el ser de la realidad. La mente no puede entregarse. Todo lo que la mente puede hacer es estar tranquila, pero esa tranquilidad no puede producirse si hay desesperación o si hay esperanza. Si usted comprende el proceso de la desesperación, si la mente percibe todo el significado de la desesperación, usted percibirá la verdad de la misma. Lo más seguro es que haya desesperación cuando usted quiere algo y no puede obtenerlo; puede tratarse de un auto, de una mujer, o de Dios; todos ellos son de la misma especie. En el momento en que usted quiere algo, el acto mismo de querer es el inicio de la desesperación. Desesperación significa frustración. Usted se sentiría satisfecho si obtuviera lo que quiere, y puesto que no puede obtenerlo, dice: «Debo entregarme a Dios.» Si consiguiera lo que quiere, se sen-

tiría perfectamente satisfecho; sólo que la satisfacción se termina rápidamente y usted busca otra cosa. De ese modo, cambia constantemente el objeto de su satisfacción; este proceso trae consigo su propia recompensa, sus propias molestias, sus propios sufrimientos, su propio placer.

Si usted comprende que cualquier tipo de deseo acarrea frustración, desesperación y, por lo tanto, el conflicto dualista de la esperanza, si realmente ve eso como un hecho objetivo, si sin decir: «¿Cómo puedo alcanzar ese estado?», usted se limita a ver que el deseo propicia el dolor, entonces el acto mismo de verlo acalla el deseo. Darse cuenta pura y sencillamente, sin elección, de que la mente es bulliciosa, de que la mente está en continuo movimiento, en constante lucha, ese mismo darse cuenta ocasiona el cese no selectivo de ese bullicio. Lo importante es darse cuenta, no el desvanecimiento de la desesperación, no el silencio. La inteligencia pura es el estado mental en el que hay un darse cuenta, en el que no hay opción, en el que la mente está en silencio. En ese estado de silencio sólo existe el «ser»; entonces surge esa realidad, esa deslumbrante creatividad sin tiempo.

Obras Completas de J. Krishnamurti: vol. VIII
Bombay, 10 de febrero de 1954

PREGUNTA: *¿Qué es, según usted, la verdadera meditación?*

KRISHNAMURTI: Bien, ¿cuál es el propósito de la meditación? ¿Qué entendemos por meditación? No sé si ustedes han meditado, así que vamos a intentar descubrir juntos lo que es la verdadera meditación. No se limiten a escuchar lo que yo exprese al respecto, sino que juntos vamos a averiguar y experimentar lo que es la verdadera meditación. Porque la meditación es importante, ¿ver-

dad? Si no se sabe lo que es la recta meditación, no hay conocimiento de uno mismo, y sin conocerse a sí mismo, la meditación no tiene sentido. Sentarse en un rincón o deambular por el jardín o por la calle tratando de meditar, carece de sentido. Eso tan sólo conduce a una forma peculiar de concentración, la cual es exclusión. Estoy seguro de que algunos de ustedes han probado todos esos métodos. O sea, que procuran concentrarse en un objeto determinado, y cuando la mente divaga en todas direcciones, tratan de forzarla para que se concentre; si eso falla, se ponen a rezar.

De modo que si uno realmente quiere comprender lo que es la auténtica meditación, tiene que descubrir cuáles son las cosas falsas a las que hemos dado ese nombre. La concentración, evidentemente, no es meditación porque, si lo observan, en el proceso de la concentración hay exclusión y, por lo tanto, distracción. Usted intenta concentrarse en algo, y su mente se le va distraídamente hacia otra cosa, y entonces se da esta pugna constante por fijar la atención en un punto, al tiempo que la mente se resiste y se va a otra parte. Y así pasamos años tratando de concentrarnos, de aprender concentración, a la que erróneamente damos el nombre de meditación.

Luego está el tema de la oración. Rezar, sin duda produce resultados; de no ser así, no habría millones de personas que rezan. Y rezando es obvio que la mente se aquieta; mediante la continua repetición de ciertas frases, la mente, efectivamente, se calma. Y en esa quietud se presentan ciertas vislumbres, ciertas percepciones y respuestas. Pero eso sigue formando parte de los trucos de la mente porque, después de todo, mediante cierta forma de hipnotismo se puede aquietar mucho la mente. Y en esa quietud se manifiestan ciertas respuestas ocultas provenientes del inconsciente y de fuera de la conciencia. Pero ése sigue siendo un estado en el que no hay entendimiento.

Y la meditación no es devoción a una idea, a una imagen o a un principio, porque las cosas de la mente

siguen perteneciendo a la idolatría. Puede que uno no adore una estatua por considerarlo idolátrico y una tontería, una superstición; pero uno ciertamente adora, como casi todo el mundo, las cosas de la mente, y eso es también idolatría. Ser devoto de una imagen o de una idea, de un Maestro, no es meditación. Es, evidentemente, una forma de huir de uno mismo. Es una evasión muy reconfortante, pero no por eso deja de ser una evasión.

Y este esfuerzo constante por llegar a ser virtuoso, por adquirir virtud mediante la disciplina, el cuidadoso examen de uno mismo, etcétera, tampoco es meditación, evidentemente. Casi todos nosotros estamos atrapados en estos procedimientos, y puesto que no nos proporcionan comprensión de nosotros mismos, no son el camino de la recta meditación. Después de todo, si no se comprenden a sí mismos, ¿con qué base cuentan para el recto pensar? Sin ese entendimiento no harán más que adaptarse a la circunstancia, a la respuesta de su condicionamiento. Y tal respuesta al condicionamiento no es meditación. En cambio, darse cuenta de esas respuestas, es decir, de los movimientos del pensar y del sentir, sin ningún sentido de condena, de modo que las actividades y modalidades del yo sean completamente comprendidas, ése sí es el camino de la verdadera meditación.

La meditación no significa apartarse de la vida. La meditación es un proceso de comprensión de uno mismo. Y cuando uno empieza a entender no sólo el nivel consciente, sino también todas las partes ocultas de sí mismo, entonces sobreviene la serenidad. Una mente que ha sido aquietada mediante la meditación, la coacción y el conformismo no está serena. Es una mente estancada. No es una mente alerta, pasiva, capaz de receptividad creadora. La meditación exige constante vigilancia, un continuo darse cuenta de cada palabra, de cada pensamiento y sentimiento, que revela el estado de nuestro propio ser, tanto lo oculto como lo superficial; y como eso es arduo, nos evadimos mediante toda suerte

de cosas consoladoras y engañosas, y a eso le llamamos meditación.

Si uno puede percibir que el conocimiento de sí mismo es el principio de la meditación, el problema se vuelve sumamente interesante y vital. Porque, después de todo, si no hay autognosis, pueden practicar lo que llaman meditación y seguir apegados a sus principios, a su familia, a su propiedad; o, si renuncian a sus posesiones, pueden adherirse a una idea y estar tan concentrados en ella que la reproducen cada vez más. Eso, desde luego, no es meditación. De modo que el principio de la meditación es el conocimiento de sí mismo; sin esa autognosis no hay meditación. Y cuando uno profundiza en la cuestión de la autognosis, no sólo se tranquiliza, se aquieta la mente superficial, sino que se revelan las distintas capas de lo oculto. Cuando la mente superficial está sosegada, entonces el inconsciente, las capas ocultas de la conciencia, se proyectan, revelan su contenido y transmiten insinuaciones, de modo que todo el proceso del propio ser se entiende completamente.

La mente, por lo tanto, se vuelve sumamente serena; está tranquila. No es aquietada, no se ve compelida a estarse quieta por temor o por recompensa. Reina entonces un silencio en el que la realidad se manifiesta. Pero ese silencio no es silencio cristiano, hindú o budista. Ese silencio es silencio, sin calificativo. Por lo tanto, si siguen el sendero del silencio cristiano, hindú o budista, jamás estarán en silencio. En consecuencia, alguien que quiera encontrar la realidad debe abandonar completamente su condicionamiento, ya sea cristiano, hindú, budista o de cualquier otro grupo. Limitarse a fortalecer el condicionamiento mediante la meditación y el conformismo produce estancamiento y torpeza mentales; y no estoy del todo seguro de que no sea eso lo que queremos la mayoría de nosotros, porque es mucho más fácil crear un modelo y seguirlo. En cambio, librarse del condicionamiento exige constante vigilancia en la relación.

Una vez que ese silencio existe, entonces hay un estado creativo extraordinario, lo que no significa que uno tenga que escribir poemas o pintar cuadros; eso podrá o no hacerse. Pero ese silencio no ha de ser buscado, copiado o imitado; en tal caso, deja de ser silencio. No se puede llegar a él por sendero alguno. Sólo se produce cuando se comprenden las modalidades del yo y éste, con todas sus actividades y fechorías, deja de existir. Es decir, hay creación cuando la mente deja de crear. La mente, por lo tanto, debe volverse sencilla, debe aquietarse, debe estar en silencio, si bien el término «debe» es erróneo, pues decir que la mente debe estar en silencio implica coacción. Y la mente sólo está callada cuando todo el movimiento del yo se ha detenido. Cuando todas las modalidades del yo han sido entendidas, y por consiguiente han cesado las actividades del yo, sólo entonces hay silencio. Ese silencio es verdadera meditación y, en ese silencio, lo eterno se manifiesta.

Obras Completas de J. Krishnamurti: volumen V
Londres, 23 de octubre de 1949

PREGUNTA: *De todos los instructores espirituales, usted es el único, que yo sepa, que no ofrece un sistema de meditación para alcanzar la paz interior. Todos concordamos en que la paz interior es necesaria, ¿pero cómo podemos alcanzarla sin poner en práctica una técnica, ya sea del yoga oriental o de la psicología occidental?*

KRISHNAMURTI: ¿No es lamentable que haya instructores y seguidores espirituales? En el momento en que tiene un instructor y usted se convierte en su seguidor, ¿no ha destruido esa llama que debe mantenerse constantemente encendida si es que ha de inquirir y descubrir? Cuando espera ayuda de un instructor, ¿no se

vuelve el instructor más importante que la verdad que busca? Descartemos, por lo tanto, la actitud del instructor y del seguidor, eliminémosla completamente de nuestras mentes y consideremos el problema en sí, tal como afecta a cada uno de nosotros. Ningún instructor, evidentemente, puede ayudarle a encontrar la verdad; hay que hallarla dentro de uno mismo, hay que pasar por el dolor, el sufrimiento, la indagación, hay que descubrir y comprender las cosas por uno mismo. Pero al convertirse en seguidor de determinado instructor, ¿no ha cultivado la inercia, la pereza, no hay una ofuscación mental? Y, por supuesto, los distintos instructores con sus respectivos grupos se oponen entre sí, compiten, hacen propaganda. Ya conoce todos los desatinos que se dan en torno a esto.

De modo que todo este asunto de seguidores y maestros es ridículo y pueril. Lo importante de la pregunta es esto: ¿Existe un método, oriental u occidental, para alcanzar la paz? Si se consigue la paz practicando cierto método, lo que ha alcanzado y a lo que da el nombre de paz ya no es una cualidad viva sino una cosa muerta. Sabe por formulación lo que la paz debería ser y ha establecido un sendero por el que se dirige hacia ella. Evidentemente, esa paz es una proyección de su propio deseo, ¿no es así? Por lo tanto, ya no es paz. Es lo que usted quiere, una cosa opuesta a lo que es. Me encuentro en un estado de conflicto, de desdicha, de contradicción. Soy infeliz, violento, y ansío un refugio, un estado en el que no sufra perturbación. Acudo, por lo tanto, a diversos maestros, guías, leo libros, practico disciplinas que prometen lo que deseo; me reprimo, me domino, me adapto, a fin de conquistar la paz. ¿Pero es eso paz? Lo cierto es que la paz no es algo que haya que buscar, pues viene sola. Es un derivado, no un fin en sí. Sobreviene cuando empiezo a comprender todo el movimiento de mí mismo: mis contradicciones, deseos, ambiciones y orgullo. Pero si hago de la paz un fin en sí, entonces vivo en un estado de estancamiento. ¿Es eso la paz?

De suerte que mientras yo intente conseguir la paz por medio de un sistema, un método o una técnica, tendré paz, pero será la paz del conformismo, la paz de la muerte. Y eso es lo que quiere la mayoría de nosotros. He vislumbrado algo, he tenido una experiencia que no puede ser expresada en palabras y quiero vivir en ese estado, quiero que continúe, quiero una realidad absoluta. Podrá haber una realidad absoluta, o puede que haya experiencias de significado cada vez mayor, pero si me aferro a una o a otras, ¿no estoy cultivando una muerte lenta? Y la muerte no es la paz. Es decir, que en este estado de confusión y conflicto no puedo imaginarme en modo alguno lo que es la paz. Lo que puedo imaginar es lo opuesto, y aquello que es lo opuesto de lo que soy no es la paz. De modo que una técnica sólo me ayuda a obtener algo que es lo opuesto de lo que soy y, sin comprender lo que soy, sin examinarlo completamente, no sólo al nivel consciente sino a niveles inconscientes, sin comprender todo el proceso de mí mismo, limitarse a buscar la paz tiene muy poco significado.

La mayoría de nosotros somos perezosos, somos tan inertes. Queremos que maestros y monasterios nos ayuden; no queremos investigar por nuestra cuenta mediante la atención sostenida, por medio de la propia indagación y de nuestra experiencia personal, por muy vaga, sutil o intangible que sea. Por eso nos afiliamos a iglesias y agrupaciones, nos convertimos en seguidores de esto o aquello; lo que significa que, por un lado, hay una lucha y, por el otro, el cultivo de la inercia. Pero si uno en verdad desea descubrir, experimentar directamente —y en otra ocasión podremos discutir en qué consiste esa experiencia— entonces resulta imperativo que deje de lado todas estas cosas y se comprenda a sí mismo. El conocimiento de sí mismo es el principio de la sabiduría y sólo ésta puede traer la paz.

Obras Completas de J. Krishnamurti: volumen VII
Ojai, 10 de agosto de 1952

PREGUNTA: *El pensamiento está siempre funcionando, todo el tiempo, sin parar. ¿Cómo se lo puede detener?*

KRISHNAMURTI: Si le digo que no lo sé, ¿qué va usted a hacer? No tengo la menor idea de cómo hacerlo. Señor, escuche atentamente lo que se está diciendo. Se ha intentado de muchas formas: recluyéndose en un monasterio, identificándonos con cierta imagen, teoría o concepto, mediante la disciplina, la meditación, forzando, reprimiendo, en un intento de ponerle fin al pensamiento. El hombre ha hecho todo lo posible, se ha torturado de mil maneras distintas, porque se da cuenta de que pensar es sumirse en la tristeza. ¿Cómo ha de hacerse? Esto comprende varios factores. En el momento en que usted se esfuerza por detenerlo, entonces se convierte en un problema. Existe una contradicción. Usted quiere detenerlo, y el pensamiento sigue y sigue sin parar. Esa misma contradicción genera conflicto; toda contradicción genera conflicto. ¿Qué ha hecho usted entonces? No ha puesto fin al pensamiento, sino que ha introducido un nuevo problema, que es el conflicto. Cualquier esfuerzo por detener el pensar sólo alimenta, le proporciona más energía al pensamiento. Usted sabe perfectamente que tiene que pensar. Tiene que emplear toda la energía de que dispone para pensar con claridad, impecablemente, para pensar de forma sensata, racional y lógica. No obstante, sabe que pensar sensata, racional y lógicamente no detiene al pensamiento. Sigue interminablemente en marcha.

¿Qué tiene usted que hacer? Sabe que cualquier clase de represión, cualquier forma de disciplina, supresión, resistencia o ajuste a una idea que dice que debe dejar de pensar es tiempo perdido. Usted descarta todo eso. ¿Lo ha hecho? Si así es, ¿qué va a hacer entonces? ¡No hará absolutamente nada! Primero, cree que tiene que detenerlo. Ésa es una idea y detrás de ella hay un motivo. Quiere detenerlo porque el pensamiento no ha resuelto el proble-

ma. ¿Puede entonces la mente, no sólo una de las partes o cierta sección, sino la totalidad de la mente —en la que se incluyen los nervios, el cerebro, las emociones, todo—, puede la mente darse cuenta de que no puede hacer nada al respecto? ¿Y luego seguirá funcionando el pensamiento? Descubrirá que no sigue funcionando.

Obras Completas de J. Krishnamurti: vol. XVI
Saanen, 19 de julio de 1966

PREGUNTA: *¿En qué consiste este conocimiento de sí mismo del que habla usted, y cómo puedo adquirirlo? ¿Cuál es el punto de partida?*

KRISHNAMURTI: Ahora, por favor, escuchen atentamente, porque ustedes tienen ideas extraordinarias sobre el conocimiento de sí mismo; como que para tener conocimiento de sí mismo hay que practicar, meditar, hacer toda clase de cosas. Es muy simple, señor. En el conocimiento de uno mismo, el primer paso es el último, el principio es el fin. El primer paso es lo que importa, porque la autognosis no es algo que se pueda aprender de otro. Nadie puede enseñarle el conocimiento de sí mismo, usted lo tiene que descubrir por su propia cuenta; tiene que ser su propio hallazgo, y ese hallazgo no es algo extraordinario o fantástico, sino algo muy simple. Después de todo, conocerse a uno mismo significa estar atento a la propia conducta, a las palabras que usa, a lo que hace en las relaciones cotidianas; eso es todo. Empiece con eso y verá cuán extraordinariamente difícil es estar atento, simplemente observar su forma de actuar, las palabras con que se dirige a su sirviente o a su jefe, la actitud que tiene hacia la gente, las ideas y las cosas. Simplemente observe sus pensamientos y motivos en el espejo de la relación y verá que en el momento en que observa, usted quiere corregir y dice: «Esto es bueno,

esto es malo, debo hacer esto y no aquello.» Cuando se ve en el espejo de la relación, su actitud es de condena o de justificación, por lo tanto, usted distorsiona lo que ve. Mientras que si se limita a observar en ese espejo su actitud hacia las personas, las ideas y las cosas, si simplemente ve el hecho sin juzgarlo, sin condenarlo o aceptarlo, entonces descubrirá que esa misma percepción genera su propia acción. Ése es el principio del conocimiento de sí mismo.

Es extraordinariamente difícil observarse a sí mismo: observar lo que hacemos, lo que pensamos, cuáles son nuestros motivos e incentivos, y no condenar ni justificar; es extraordinariamente difícil hacerlo, porque toda nuestra cultura se basa en la condena, el juicio y la evaluación; hemos sido educados en el «haz esto y no aquello». Pero si podemos mirar en el espejo de la relación, sin crear el opuesto, entonces descubriremos que la autognosis no tiene fin.

Como pueden ver, la investigación del conocimiento de sí mismo es un movimiento hacia el exterior, que luego se vuelve hacia el interior; primero miramos a las estrellas y luego miramos dentro de nosotros mismos. Del mismo modo, buscamos la realidad, Dios, la seguridad y la felicidad en el mundo objetivo, y cuando no se encuentra ahí, nos volvemos hacia el interior. Esta búsqueda del Dios interno, del yo superior o lo que sea, cesa por completo mediante el conocimiento de uno mismo, y luego la mente se vuelve muy tranquila, no por medio de la disciplina, sino simplemente a través del entendimiento, de la observación, de la conciencia no selectiva de sí misma en todo momento. No diga: «Tengo que estar atento en todo momento», porque ésa es otra manifestación de nuestra idiotez cuando queremos llegar a alguna parte, cuando queremos alcanzar un determinado estado. Lo que importa es darse cuenta de uno mismo y seguir dándose cuenta sin acumular, porque en el momento en que se acumula, se juzga desde ese centro. La autognosis

no es un proceso de acumulación; es un proceso de descubrimiento, de instante en instante, en la relación.

Obras Completas de J. Krishnamurti: vol. VIII
Bombay, 20 de febrero de 1955

PREGUNTA: *¿Haría usted el favor de explicar lo que entiende por darse cuenta?*

KRISHNAMURTI: ¡Simplemente darse cuenta! Darse cuenta de sus juicios, sus prejuicios, sus gustos y aversiones. Cuando usted ve algo, ese ver es el resultado de su comparación, condena, juicio y evaluación, ¿verdad? Cuando lee algo, está juzgando, está criticando, condenando o aprobando. Darse cuenta es ver en el instante mismo todo este proceso de juzgar, evaluar, de las conclusiones, el conformismo, las aceptaciones, los rechazos.

Ahora bien, ¿puede uno darse cuenta sin todo eso? Actualmente, todo lo que conocemos es un proceso de evaluación, y esa evaluación es el resultado de nuestro condicionamiento, de nuestro historial, de los factores religiosos, morales y educativos que han influido en nosotros. Este supuesto darse cuenta es el resultado de nuestra memoria, la memoria en forma de yo, de holandés, hindú, budista, católico, o lo que sea. Es el yo, mis recuerdos, mi familia, mis pertenencias, mis cualidades, lo que está mirando, juzgando, evaluando. Todos estamos bastante familiarizados con eso, si es que estamos mínimamente alerta. Ahora bien, ¿puede haber un darse cuenta sin todo eso, sin el ego? ¿Se puede mirar sin más, sin condenar, simplemente observando el movimiento de la propia mente, sin juzgar, sin evaluar, sin decir: «Esto es bueno» o «Esto es malo»?

El darse cuenta que nace del ego, que es el darse cuenta de la evaluación y el juicio, siempre crea dualidad,

el conflicto de los opuestos, entre «lo que es» y «lo que debería ser». En este darse cuenta hay juicio, hay miedo, evaluación, condena, identificación. Ése no es más que el darse cuenta del ego, del yo, con todas sus tradiciones, recuerdos y todo lo demás. Este darse cuenta siempre causa conflicto entre el observador y lo observado, entre lo que soy y lo que debería ser. Ahora bien, ¿se puede uno dar cuenta sin este proceso de condena, juicio, evaluación? ¿Puedo mirarme, cualesquiera que sean mis pensamientos, y no condenar, juzgar o evaluar? No sé si lo han intentado alguna vez. Es bastate arduo, porque desde la infancia, toda nuestra preparación nos lleva a condenar o a aprobar. Y en el proceso de condena o aprobación hay frustración, miedo, un dolor persistente, una ansiedad, lo cual es el funcionamiento mismo del yo, del ego.

Por lo tanto, sabiendo todo eso, y sin esfuerzo, sin intentar no condenar —porque en el momento en que dice «no debo condenar», ya está atrapada en el proceso de condena—, ¿puede la mente darse cuenta sin juzgar? ¿Puede limitarse a prestar atención desapasionadamente y observar de ese modo los propios pensamientos y sentimientos en el espejo de la relación con las cosas, las personas y las ideas? Esta observación silenciosa no genera un distanciamiento, un frío intelectualismo, sino todo lo contrario. Si quiero comprender algo, evidentemente no debe haber ninguna condena, no debe haber ningún juicio comparativo. Eso, sin duda, es simple. Pero creemos que la comprensión resulta de la comparación, por lo que multiplicamos las comparaciones. Nuestra educación es comparativa, y toda nuestra estructura moral y religiosa consiste en comparar y condenar.

De modo que el darse cuenta al que me refiero consiste en darse cuenta de todo el proceso de condena y ponerle fin. En ello hay observación sin ningún tipo de juicio, lo cual es sumamente difícil; implica el cese, el fin de todo acto de clasificar o nombrar. Cuando me doy cuenta de que soy codicioso, acaparador, colérico, apasio-

nado, o lo que fuere, ¿se puede observar sin más, darse cuenta de ello sin condenar? Lo que significa acabar con el acto mismo de nombrar el sentimiento. Porque cuando le doy un nombre, por ejemplo, «codicia», ese mismo acto de nombrar es el proceso de condena. Para nosotros, la respuesta neurológica a esa misma palabra «codicia», ya significa una condena. Librar la mente de toda condena significa ponerle fin a todo nombrar. Al fin y al cabo, el nombrar es la actividad del pensador. Es el pensador que se separa del pensamiento, lo cual es un proceso completamente artificial e irreal. No hay pensador, sólo existe el pensar; sólo existe un estado de experimentar, no la entidad que tiene la experiencia.

Por lo tanto, todo este proceso de darse cuenta, de observación, es el proceso de la meditación. Es, si puedo expresarlo de otro modo, la disponibilidad de invitar el pensamiento. Para la mayoría de nosotros, los pensamientos vienen uno tras otro, sin que los convoquemos; el pensar no tiene fin; la mente es la esclava de todo tipo de pensamiento errabundo. Si se da cuenta de eso, entonces verá que puede haber una invitación del pensamiento y luego un seguimiento de cada pensamiento que surge. Para la mayoría de nosotros, el pensamiento se presenta sin ser convocado; aparece de cualquier forma. Todo el proceso que he descrito como darse cuenta consiste en comprender ese fenómeno y luego invitar al pensamiento y seguirlo hasta el fin. El nombrar no entra para nada en ello. Entonces verá que la mente se vuelve sumamente sosegada, no por fatiga, ni gracias a la disciplina o como resultado de ninguna clase de mortificación o control. Al darse cuenta de sus propias actividades, la mente se vuelve sorprendentemente silenciosa, tranquila y creativa; sin la acción de ningún tipo de disciplina o de imposición.

Entonces, en esa quietud de la mente aparece lo que es verdad, sin ser invitado. No se puede invitar a la verdad; es lo desconocido. Y en ese silencio no hay experimentador. Por lo tanto, lo que se experimenta no es alma-

cenado, no es recordado como «mi experiencia de la verdad». De esta forma, se manifiesta algo que está fuera del tiempo, lo que no puede ser medido por el que ha experimentado o el que meramente se acuerda de una experiencia anterior. La verdad es algo que se presenta de instante en instante. No puede ser cultivada, ni acumulada o almacenada y retenida en la memoria. Viene sólo cuando hay un darse cuenta en el que el experimentador no existe.

Obras Completas de J. Krishnamurti: vol. IX
Amsterdam, 26 de mayo de 1955

PREGUNTA: *Al escucharlo a usted, uno tiene la impresión de que usted ha leído mucho y que también es directamente consciente de la realidad. De ser así, entonces, ¿por qué condena usted la adquisición de conocimientos?*

KRISHNAMURTI: Le diré por qué. Es un viaje que debe ser emprendido en solitario, y no se puede viajar solo si lleva de acompañante al conocimiento. Si usted ha leído el Gita, los Upanishads y la psicología moderna, si ha obtenido información sobre sí mismo de los expertos y referente a lo que ellos dicen que usted debería afanarse en conseguir, ese conocimiento es un obstáculo. El tesoro no se encuentra en los libros, sino enterrado en su propia mente, y sólo la mente puede descubrir ese tesoro. Tener conocimiento de sí mismo significa conocer las características de la propia mente, darse cuenta de sus sutilezas con todo lo que implican, y para ello usted no tiene que leer ni un solo libro. De hecho, yo no he leído ninguna de estas obras. Tal vez cuando era un muchacho, o en mi juventud, ojeé algunos de los libros sagrados, pero no los he estudiado nunca. No quiero estudiarlos; son aburridos; el tesoro se encuentra en otra parte. El tesoro no está en los libros, ni en su guru; se encuentra en usted mismo, y la llave del mismo es la comprensión de su propia mente.

Tiene que comprender su mente no según Patanjali o algún psicólogo ducho en dar explicaciones, sino observándose a sí mismo, observando la manera de funcionar de su mente, no sólo la mente consciente, sino también las capas profundas del inconsciente. Si observa su mente, juega con ella, la mira cuando es espontánea y libre, entonces le revelará tesoros incalculables; entonces usted está más allá de todos los libros. Pero eso, una vez más, requiere mucha atención, energía e intensidad en el seguimiento, no el diletantismo de las explicaciones indolentes. De modo que la mente tiene que estar libre del conocimiento, porque una mente ocupada con el conocimiento no puede descubrir nunca «lo que es».

Obras Completas de J. Krishnamurti: vol. IX
Bombay, 25 de marzo de 1956

III
Escritos

Problemas y evasiones

«TENGO muy serios problemas y me parece que al tratar de resolverlos sólo consigo hacerlos más complicados y penosos. Me estoy volviendo loca y ya no sé qué hacer. Por si fuera poco, estoy sorda y me veo obligada a usar este condenado aparato para poder oír. Tengo varios hijos y un esposo que me ha abandonado. Estoy realmente preocupada por mis hijos, pues quiero evitarles todas las calamidades por las que he pasado.»

¡Cuán ansiosos estamos por hallar una respuesta a nuestros problemas! Estamos tan impacientes por encontrar una respuesta que no podemos estudiar el problema; esto nos impide observar el problema en silencio. Lo importante es el problema, no la solución. Si buscamos una solución, la encontraremos, pero el problema persistirá, porque la respuesta no tiene nada que ver con el problema. Lo que buscamos es una forma de desentendernos del problema, y la solución es un remedio superficial, por lo que no hay comprensión del problema. Todos los problemas proceden de un mismo origen y, sin comprender ese origen, todo intento de resolverlos sólo conducirá a mayor confusión y sufrimiento. Primeramente uno debe tener claro que su intención de comprender el problema es seria, ver la necesidad de librarse de todos los problemas, pues sólo entonces puede uno acercarse al causante de los problemas. Sin estar libre de problemas

no puede haber tranquilidad, y la tranquilidad es esencial para la felicidad, la cual no es un fin en sí. Así como el estanque está en calma cuando se detiene la brisa, del mismo modo la mente está quieta cuando cesan los problemas. Pero la mente no puede ser aquietada; si lo es, está muerta, es un charco estancado. Una vez que esto está claro, entonces el creador de los problemas puede ser observado. La observación debe ser silenciosa y no de acuerdo con ningún plan preestablecido basado en el placer y el dolor.

«¡Pero usted está pidiendo lo imposible! Nuestra educación prepara la mente para distinguir, comparar, juzgar y elegir; es muy difícil no condenar o justificar lo que se observa. ¿Cómo puede una desprenderse de este condicionamiento y observar silenciosamente?»

Si ve que la observación silenciosa, la percepción pasiva es esencial para la comprensión, entonces la verdad de su percepción la libera del condicionamiento. El «cómo», la búsqueda de un modo de disolver el condicionamiento, surge sólo cuando no ve la necesidad inmediata de la percepción pasiva y no obstante alerta. Lo que libera es la verdad, no el modo o el sistema. Es necesario percibir la verdad de que sólo la observación silenciosa trae la comprensión; sólo entonces estará libre de justificación y condena. Cuando ve un peligro, no se pregunta qué tiene que hacer para evitarlo. Usted pregunta «cómo» porque no ve la necesidad de estar pasivamente alerta. ¿Por qué no la ve?

«Yo quiero hacerlo, pero nunca me lo había planteado de esta forma antes. Todo lo que puedo decir es que quiero deshacerme de mis problemas, porque son una verdadera tortura para mí. Quiero ser feliz, como cualquier otra persona.»

Consciente o inconscientemente nos resistimos a ver la esencialidad de estar pasivamente alerta, porque en realidad nosotros no queremos desprendernos de nuestros problemas, pues ¿qué seríamos sin ellos? Preferimos

adherirnos a lo que conocemos, por muy doloroso que sea, antes que arriesgarnos a ir en busca de algo que pueda llevarnos quién sabe dónde. Al menos con los problemas estamos familiarizados, pero la idea de ir en busca de su creador sin saber adónde puede conducirnos esto, genera miedo y torpeza en nosotros. La mente estaría perdida sin la preocupación que traen los problemas; se nutre de problemas, ya sean de orden mundial o domésticos, políticos o personales, religiosos o ideológicos; de forma que nuestros problemas nos vuelven mezquinos y cortos de entendimiento. Una mente obsesionada con los problemas del mundo es tan mezquina como la que se preocupa por el progreso espiritual que está realizando. Los problemas apesadumbran la mente de temor porque fortalecen el ego, el yo y lo «mío». Sin problemas, sin triunfos ni fracasos, el yo no existe.

«Pero sin el yo, ¿cómo se puede existir? Es el origen de toda acción.»

Mientras la acción sea el resultado del deseo, de la memoria, del temor, del placer y del dolor, inevitablemente tiene que engendrar conflicto, confusión y antagonismo. Nuestra acción es la consecuencia de nuestro condicionamiento, al nivel que sea. Nuestra respuesta al desafío, inadecuada e incompleta, debe producir conflicto, que es el problema. El conflicto es la estructura misma del ego. Es enteramente posible vivir sin conflicto, sin el conflicto de la codicia, del miedo, del éxito, pero esta posibilidad será puramente teórica y no un hecho hasta que sea descubierta a través de la experiencia directa. Sólo se puede vivir sin codicia cuando se comprenden las modalidades del yo.

«¿Cree usted que mi sordera se deba a mis temores y represiones? Los médicos me han asegurado que no tengo ningún defecto estructural. ¿Habrá alguna posibilidad de que recupere el oído? De una manera u otra, he estado reprimida toda mi vida; nunca he hecho nada de lo que realmente quería hacer.»

Reprimirse interior y exteriormente es más fácil que comprender. Comprender es arduo, sobre todo para aquellos que han sido fuertemente condicionados desde la infancia. Aunque es agotadora, la represión se convierte en una cuestión de hábito. La comprensión no puede convertirse nunca en hábito, en una cuestión de rutina; requiere atención y vigilancia constantes. Para comprender, tiene que haber flexibilidad, sensibilidad, una afectividad que nada tiene que ver con el sentimentalismo. La supresión en cualquiera de sus formas no requiere el despertar de la percepción alerta; es el modo más fácil y más estúpido de responder. La supresión es sometimiento a una idea, a una norma, y proporciona aparente seguridad y respetabilidad. La comprensión es liberadora, pero la supresión es siempre limitadora, aislante. El miedo a la autoridad, a la inseguridad, al qué dirán, erige un refugio ideológico, con su correspondiente manifestación física, al que recurre la mente. Este refugio, cualquiera que sea el nivel en que se sitúe, siempre sustenta el temor; y del temor provienen la sustitución, la sublimación o la disciplina, que son todas distintas formas de represión. La represión tiene que encontrar un escape, que puede ser una dolencia física o algún tipo de ilusión ideológica. El precio se paga según el temperamento y la idiosincrasia de cada uno.

«He notado que en cuanto oigo algo que me resulta desagradable me refugio detrás de este aparato, que así me ayuda a evadirme en mi propio mundo. ¿Pero cómo puede una librarse de la represión que ha sufrido durante años? ¿No llevará eso mucho tiempo?»

No es una cuestión de tiempo, de hurgar en el pasado o de un análisis cuidadoso; es cuestión de ver la verdad de la represión. Percibiendo pasivamente y sin ninguna opción todo el proceso de la represión, se ve inmediatamente la verdad de la misma. No se puede descubrir la verdad de la represión si pensamos en función del ayer y del mañana; no se puede comprender la verdad mediante

el transcurrir del tiempo. La verdad no es algo que se pueda alcanzar; se ve o no se ve, no puede ser percibida gradualmente. La voluntad de liberarse de la represión es un impedimento para la comprensión de su verdad, pues la voluntad es deseo, ya sea positivo o negativo, y donde hay deseo no puede haber percepción pasiva. El deseo o el ansia ha sido lo que ha dado origen a la represión, y este mismo deseo, aunque ahora lleve el nombre de voluntad, no puede nunca librarse a sí mismo de su propia creación. Una vez más, la verdad de la voluntad debe ser captada mediante la percepción pasiva y no obstante alerta. El analizador forma parte de lo analizado, aunque pueda separarse de él; y como está condicionado por lo que analiza, no puede librarse del mismo. Repito, tenemos que ver la verdad de esto. Es la verdad la que libera, no la voluntad y el esfuerzo.

Comentarios sobre el vivir

Obsesión

DIJO que le obsesionaban cosas pequeñas e insignificantes, y que estas obsesiones cambiaban constantemente. Se atormentaba por algún defecto físico imaginario, y al cabo de unas horas su preocupación ya había recaído sobre otro incidente o pensamiento. Parecía vivir de ansiosa obsesión en ansiosa obsesión. Para superarlas, continuó diciendo, había consultado libros y discutido su problema con un amigo, y también había ido a ver a un psicólogo; pero de ningún modo había encontrado alivio. Incluso después de alguna reunión seria y cautivadora, esas obsesiones recurrían de inmediato. Si encontrara la causa, ¿les pondría eso fin?

¿Puede el descubrimiento de una causa liberarnos del efecto? ¿El conocimiento de la causa destruirá el resultado? Conocemos las causas, tanto económicas como psicológicas, de la guerra y, sin embargo, seguimos fomentando la barbarie y la autodestrucción. Después de todo, el motivo de nuestra búsqueda de la causa es el deseo de librarnos del efecto. Este deseo es otra forma de resistencia o condena; y cuando hay condena no hay comprensión.

«¿Entonces qué puede uno hacer?», preguntó.

¿Por qué la mente está dominada por estas obsesiones triviales y estúpidas? Preguntar «por qué» no significa buscar la causa como algo separado de usted mismo y que debe encontrar; es simplemente descubrir las modali-

dades y comportamientos de su propio pensar. Entonces, ¿por qué la mente está ocupada de este modo? ¿No es acaso porque es superficial, trivial, mezquina y, por consiguiente, está interesada en sus propias atracciones?

«Sí», contestó, «eso me parece cierto; pero no del todo, porque soy una persona seria».

Aparte de estas obsesiones, ¿con qué se ocupa su pensamiento?

«Con mi profesión», contestó. «Tengo una posición de responsabilidad. Todo el día, y a veces bien entrada la noche, mis pensamientos giran en torno a mis negocios. A veces leo, pero dedico la mayor parte del tiempo a mi profesión.»

¿Le gusta lo que está haciendo?

«Sí, pero no lo encuentro completamente satisfactorio. Siempre me sentí insatisfecho con lo que estoy haciendo, pero no puedo abandonar mi posición actual porque tengo ciertas obligaciones y, además, estoy entrando en años. Lo que me molesta son estas obsesiones y el creciente resentimiento que siento hacia mi trabajo, así como hacia las personas. Yo no he sido bondadoso; siento una angustia creciente respecto al futuro y parece que nunca puedo conseguir un poco de paz. En mi trabajo me desenvuelvo bien, pero...»

¿Por qué lucha usted contra «lo que es»? La casa donde vivo puede ser ruidosa, sucia, los muebles pueden ser horriblemente feos, y quizá haya una falta absoluta de belleza en todo el conjunto; pero por varias razones puede que tenga que vivir allí, que no pueda mudarme a otra casa. No es cuestión de aceptación, sino de ver el hecho obvio. Si no veo «lo que es», me atormentaré hasta enfermarme, con ese jarro, con esa silla o ese cuadro; se convertirán en mis obsesiones, y habrá resentimiento hacia las personas, hacia mi trabajo, etc. Si pudiera abandonarlo todo y empezar de nuevo, sería otro asunto, pero no puedo. De nada me sirve rebelarme contra «lo que es», contra la realidad. El reconocimiento de «lo que es» no

conduce a una satisfacción y comodidad autosuficientes. Cuando cedo ante «lo que es», no sólo hay comprensión del mismo, sino que también entra la mente superficial en cierta quietud. Si la mente superficial no está quieta, entonces se complace en alimentar obsesiones, reales o imaginarias; se ve atrapada en alguna reforma social o conclusión religiosa: el Maestro, el salvador, el rito, etc. Sólo cuando la mente superficial está quieta puede revelarse lo oculto. Lo oculto debe ser expuesto, pero esto no es posible si la mente superficial está recargada con obsesiones, con preocupaciones. Dado que la mente superficial tiene constantemente alguna clase de agitación, es inevitable que haya conflicto entre las capas superficiales y las más profundas de la mente; y mientras no se resuelve este conflicto, aumentan las obsesiones. Después de todo, las obsesiones constituyen un medio de evadirnos de nuestro conflicto. Todas las evasiones son parecidas, aunque es obvio que en términos sociales algunas son más dañinas que otras.

Cuando uno percibe todo el proceso de la obsesión o de cualquier otro problema, sólo entonces hay liberación del problema. Para que haya amplia y alerta percepción, no debe haber condena o justificación del problema; la percepción alerta debe ser no selectiva. Estar alerta de este modo requiere inmensa paciencia y sensibilidad, entusiasmo y atención sostenida, a fin de que todo el proceso del pensar pueda ser observado y comprendido.

Comentarios sobre el vivir

¿Por qué existe el dolor de la muerte?

LA meditación es la revelación de lo nuevo. Lo nuevo está más allá y por encima del pasado que se repite, y la meditación es el final de esta repetición. La muerte que la meditación ocasiona es la inmortalidad de lo nuevo. Lo nuevo no se halla dentro del ámbito del pensamiento, y la meditación es el silencio del pensamiento.

La meditación no es un logro, ni consiste en apresar una visión ni en ser estimulado por la sensación. Es como el río indómito que fluye con rapidez y se desborda. Es música sin sonido; no puede ser domesticada ni hacerse uso de ella. Es el silencio en que el observador ha cesado desde el principio mismo.

El Sol no había salido aún; por entre los árboles podía verse el lucero del alba. Había un silencio que era realmente extraordinario. No el silencio entre dos sonidos o entre dos notas, sino el silencio que existe sin razón alguna, el silencio que tiene que haber existido en el principio del mundo. Ese silencio llenaba todo el valle y las colinas. Los dos búhos grandes se llamaban uno al otro, sin nunca perturbar ese silencio, y un perro que a lo lejos le ladraba a la Luna tardía formaba parte de esta inmensidad. El rocío era especialmente denso, y al despuntar el Sol sobre la colina brillaba con muchos colores y con el resplandor de los primeros rayos.

Las delicadas hojas del jacarandá estaban cargadas de rocío, y los pájaros venían a darse su baño matinal,

agitando las alas para que el rocío de las hojas les empapara el plumaje. Los cuervos se mostraban particularmente persistentes; saltaban de una a otra rama, introduciendo bruscamente las cabezas por entre las hojas, agitando las alas y arreglándose las plumas. Había como media docena de ellos sobre aquella rama gruesa, y muchos otros estaban dispersos por todo el árbol, tomando su baño matinal.

Este silencio se extendió; y parecía ir más allá de las colinas. Se oían los ruidos usuales del griterío y la risas de los niños. Y la hacienda empezó a despertar.

Iba a ser un día frío, y ahora las colinas estaban recibiendo la luz del Sol. Eran colinas muy antiguas, probablemente las de mayor antigüedad del mundo, con rocas de formas raras que parecían haber sido cinceladas con mucho cuidado, una montada en equilibrio encima de la otra; pero ni viento ni contacto alguno podía hacerles perder este equilibrio.

Era un valle muy alejado de los pueblos, y la carretera que lo atravesaba conducía a otra aldea. La carretera era accidentada y no había coches ni autobuses que perturbaran la antigua quietud de este valle. Pasaban carretas de bueyes, pero su movimiento formaba parte de las colinas. Se veía el lecho seco de un río por el que sólo corría el agua después de las fuertes lluvias, y su color era una mezcla de rojo, amarillo y castaño; también él parecía moverse en unísono con los montes. Y los aldeanos que pasaban caminando en silencio se semejaban a las rocas.

Transcurrió el día y al caer la tarde, cuando el Sol se ponía sobre los montes del oeste, el silencio llegó de muy lejos, por encima de los montes, por entre los árboles, cubriendo los pequeños arbustos y el viejo baniano. Y conforme las estrellas aumentaban su brillo, así el silencio crecía en intensidad; apenas podía uno soportarlo.

Se apagaron las pequeñas lámparas de la aldea, y con el sueño la intensidad del silencio se hizo aún más profunda, más extensa e increíblemente abrumadora. Incluso

las colinas se tornaron más serenas, porque también ellas habían cesado sus murmullos, su movimiento, y parecían perder su peso inmenso.

Dijo que tenía cuarenta y cinco años. Estaba cuidadosamente vestida con un sari, y llevaba algunos brazaletes en las muñecas. El hombre mayor que la acompañaba dijo ser su tío. Todos estábamos sentados en el suelo; desde allí se veía un gran jardín con un baniano, algunos árboles de mango, la brillante buganvilla y las jóvenes palmeras. Ella parecía estar inmensamente triste. Sus manos se movían inquietas, y estaba tratando de no desatarse en palabras y quizás en llanto. El tío dijo: «Hemos venido a hablarle de mi sobrina. Su esposo murió hace unos años, y más tarde su hijo; ahora no puede dejar de llorar y ha envejecido terriblemente. No sabemos qué hacer. Los consejos acostumbrados de los médicos no parecen surtir efecto, y ella parece estar perdiendo el contacto con sus otros hijos. Se está poniendo muy delgada. No sabemos cómo terminará todo esto, y ella insistió en que viniéramos a verlo.»

«Perdí a mi esposo hace cuatro años; era doctor y murió de cáncer. Debió habérmelo ocultado, y sólo me enteré en el último año. Sufría intensamente a pesar de la morfina y los otros sedativos que le daban los médicos. Ante mis propios ojos se fue consumiendo y murió.»

Calló, casi ahogada por sus propias lágrimas. Una paloma se posaba en una rama arrullándose tranquilamente. Era de color gris castaño, con una cabeza pequeña y un cuerpo grande, no demasiado grande, puesto que era una paloma. Al rato salió volando, y la rama oscilaba por la presión recibida al emprender el vuelo.

«De ningún modo puedo soportar esta soledad, esta existencia que, sin él, carece de sentido. Yo amaba a mis hijos; tenía tres, un niño y dos niñas. Un día, el año pasado, el muchacho me escribió desde la escuela que no se sentía bien, y unos días más tarde el director me llamó por teléfono para decirme que había muerto.»

En este momento empezó a sollozar sin poder controlarse. Luego mostró la carta del muchacho en la que decía que quería volver a casa porque se sentía indispuesto y que esperaba que ella estuviera bien. Explicó que el chico había estado preocupado por ella; no había querido ir a la escuela, sino permanecer a su lado. Y ella más o menos lo obligó a ir, temerosa de que su dolor pudiera afectarle. Ahora era demasiado tarde. Las dos niñas, añadió, no tenían plena conciencia de todo lo ocurrido, porque eran todavía muy pequeñas. Súbitamente prorrumpió: «No sé qué hacer. Esta muerte ha sacudido los mismos cimientos de mi vida. Como una casa, nuestro matrimonio estaba cuidadosamente construido sobre lo que creíamos eran unos cimientos profundos. Ahora, este atroz acontecimiento lo ha destruido todo.»

El tío tiene que haber sido un creyente, un tradicionalista, porque añadió: «Dios le ha dado este castigo. Ha pasado por todo el ceremonial necesario, pero no le ha servido de nada. Yo creo en la reencarnación, pero a ella esto no la consuela. Ni siquiera desea hablar de ello. Nada tiene sentido para ella y no hemos podido reconfortarla en modo alguno.»

Estuvimos allí sentados en silencio por algún tiempo. Su pañuelo estaba ya empapado; sacamos uno limpio de la gaveta y con él secó las lágrimas de sus mejillas. La buganvilla roja atisbaba por la ventana, y la luz brillante del sur irradiaba todas las hojas.

¿Quiere usted hablar de esto seriamente, ir a la raíz de todo ello? ¿O quiere que la consuele con alguna explicación, con algún argumento razonado y que algunas palabras agradables la distraigan de su dolor?

Ella contestó: «Me gustaría penetrar profundamente en la cuestión, pero no sé si tengo la capacidad o la energía para afrontar lo que usted va a decir. Cuando mi esposo vivía, solíamos venir a algunas de sus charlas, pero ahora puede que me resulte muy difícil seguir sus palabras.»

¿Por qué sufre usted? No dé una explicación, pues sólo sería una interpretación verbal de su sentimiento, lo que no corresponderá al hecho real. De modo que cuando hagamos una pregunta, no conteste, por favor. Simplemente escuche y trate de hallar la respuesta por su cuenta. ¿Por qué existe el dolor de la muerte en todos los hogares, entre ricos y pobres, desde el más poderoso de la Tierra hasta el mendigo? ¿Por qué sufre usted? ¿Es por su esposo o es por usted misma? Si llora por él, ¿pueden sus lágrimas ayudarlo? Él se ha ido irrevocablemente. No importa lo que usted haga, nada puede devolvérselo. Ni lágrimas, ni creencias, ni ceremonias o dioses pueden devolverlo a la vida. Es un hecho que usted tiene que aceptar; nada puede hacer al respecto. Pero si llora por usted misma, por su soledad, su vida vacía, por los placeres sensuales y la compañía de que disfrutaba, entonces llora, ¿no es así?, por su propia vacuidad, por lástima de sí misma.

Tal vez por primera vez se da usted cuenta de su propia pobreza interior. Usted ha invertido en su esposo, ¿no es cierto?, si se nos permite decirlo amablemente. Y esa inversión le ha proporcionado comodidad, satisfacción y placer. Todo lo que está sintiendo ahora, la sensación de pérdida, la agonía de la soledad y la angustia, es una forma de lástima de sí misma, ¿verdad? Obsérvelo. No endurezca su corazón resistiendo, ni diga: «Amo a mi esposo y no estaba pensando ni un solo momento en mí. Quería protegerlo, aunque a menudo trataba de dominarlo; pero lo hacía todo por su bien y nunca pensé en mí misma.» Ahora que él se ha ido, ¿no es cierto que usted se está dando cuenta de su verdadera condición? La muerte de él la ha sacudido y le ha mostrado el verdadero estado de su mente y corazón. Puede que usted no esté dispuesta a considerarlo, que por miedo lo rechace, pero si observa un poco más verá que está llorando por su propia soledad, por su propia pobreza interior, o sea, porque siente lástima de sí misma.

«Usted es algo cruel, ¿verdad, señor?», dijo. «He venido a verlo buscando verdadero consuelo, ¿y qué me está dando usted?»

Es una de las ilusiones de la mayoría de la gente pensar que existe lo que llaman consuelo interior, que otro puede darle consuelo, o que cada uno puede hallarlo por sí mismo. Me temo que no existe semejante cosa. Si usted está buscando consuelo, está condenada a vivir en la ilusión, y cuando se rompe esa ilusión, se entristece porque le han quitado el consuelo. Por lo tanto, para comprender el dolor o para trascenderlo, uno tiene que ver realmente lo que está ocurriendo en su interior, y no ocultarlo. Señalar todo esto no es crueldad, ¿no le parece? No es nada feo de lo que deba uno avergonzarse. Cuando ve todo esto muy claramente, entonces sale de ello inmediatamente, incólume, pura, renovada, inalterada por los acontecimientos de la vida. La muerte es inevitable para todos nosotros; nadie puede escapar de ella. Tratamos de buscar toda clase de explicaciones, de apoyarnos en toda clase de creencias con la esperanza de ir más allá de la muerte, pero, haga lo que haga, está siempre ahí, mañana, a la vuelta de la esquina o dentro de muchos años, siempre está ahí. Tiene uno que palpar esta tremenda verdad de la vida.

«Pero...», interrumpió el tío, y expuso la creencia tradicional en el «atma», el alma, la entidad permanente que continúa. Ahora estaba en su elemento, en camino bien trillado, con citas y argumentos sagaces. De repente se le vio erguirse y encenderse en sus ojos la luz de la batalla, la batalla de las palabras. La simpatía, el amor y la comprensión habían desaparecido. Se hallaba en su terreno sagrado de creencia y tradición, pisoteado por la carga pesada del condicionamiento: «¡Pero el "atma" está en cada uno de nosotros! Renace y continúa hasta darse cuenta de que es Brahma. Tenemos que pasar por el dolor para llegar a esa realidad. Vivimos en la ilusión, el mundo es una ilusión. Hay una sola realidad.»

Y se había lanzado. Ella me miró sin prestarle mucha atención, y una sonrisa amable comenzó a dibujarse en su rostro. Los dos miramos la paloma que había vuelto y la brillante buganvilla roja.

No hay nada permanente ni en la tierra ni en nosotros. El pensamiento puede darle continuidad a algo en lo que reflexione; puede darle permanencia a una palabra, a una idea, a una tradición. El pensamiento cree ser permanente, ¿pero lo es? El pensamiento es la respuesta de la memoria, ¿y es permanente esa memoria? Puede construir una imagen y darle a esa imagen continuidad, permanencia, llamándola «atma» o lo que sea, y puede recordar el rostro del esposo o de la esposa y asirse a él. Todo esto es la actividad del pensamiento que crea el temor, y de ese temor, del miedo a no tener abrigo o sustento el día de mañana, del miedo a la muerte, nace la búsqueda de la permanencia. Este miedo es producto del pensamiento, y Brahma también lo es.

El tío replicó: «La memoria y el pensamiento son como una vela. Uno la apaga y la vuelve a encender, uno olvida y más tarde se acuerda otra vez. Se muere y se renace en otra vida. La llama de la vela es la misma y no es la misma. De modo que en la llama hay cierto aspecto de continuidad.»

Pero la llama que se ha extinguido no es lo mismo que la llama nueva. Lo viejo tiene que terminarse para que nazca lo nuevo. Si hay una constante continuidad modificada, entonces no hay nada nuevo en absoluto. Los mil ayeres no pueden ser renovados; incluso una vela acaba consumiéndose por completo. Todo tiene que terminar para que exista lo nuevo.

Ahora el tío no puede ampararse en citas, creencias o dichos ajenos, de modo que se ensimisma y se aquieta, confundido y bastante airado, porque se ha visto desenmascarado y, al igual que su sobrina, no quiere afrontar el hecho.

«Yo no estoy interesada en nada de esto», dijo ella. «Soy completamente infeliz. He perdido a mi esposo y a mi hijo y me quedan estas dos niñas. ¿Qué debo hacer?»

Si se preocupa por las dos niñas, no puede preocuparse por usted y por su aflicción. Usted tiene que velar por ellas, educarlas debidamente, criarlas fuera de la mediocridad acostumbrada. Pero si está consumida por la lástima que se tiene a sí misma, a la que da el nombre de «amor por su marido», y si se aísla, entonces está destruyendo también a sus dos hijas. Consciente o inconscientemente todos somos completamente egoístas, y siempre que obtengamos lo que queremos cuidamos que todo está bien. Pero tan pronto un acontecimiento lo hace todo pedazos, gritamos desesperados, esperando hallar otras cosas que nos consuelen, las cuales, por supuesto, serán nuevamente destrozadas. Así que este proceso continúa, y si usted quiere seguir estando presa en él, sabiendo perfectamente cuáles son sus consecuencias, entonces, adelante. Pero si ve lo absurdo de todo ello, entonces naturalmente dejará de llorar, de encerrarse en sí misma, y vivirá junto a sus hijas, con una nueva luz y con una sonrisa en el rostro.

La verdadera revolución

Seguridad

EL arroyo corría muy suavemente al borde de la senda que rodeaba los arrozales, y estaba cubierto de lotos; éstos eran de color violeta oscuro con los corazones dorados, y sobresalían netamente del agua. Su perfume permanecía junto a ellos, y eran muy hermosos. El cielo se hallaba cubierto; empezaba a lloviznar, y se oían truenos entre las nubes. Los relámpagos todavía estaban distantes pero se iban acercando al árbol bajo el que nos cobijábamos. Comenzó a llover copiosamente, y las hojas de los lotos recogían las gotas de agua; cuando las gotas se hacían demasiado grandes, se escurrían de las hojas, sólo para formarse de nuevo. El relampagüeo estaba ahora sobre el árbol, y el ganado, asustado, forcejeaba por soltarse de sus cuerdas. Un ternero negro, mojado y tiritando, mugía lastimosamente; rompió su cuerda y corrió hacia una choza cercana. Los nenúfares se cerraban apretadamente, protegiendo sus corazones de la creciente oscuridad; para alcanzar los corazones dorados, habría sido necesario arrancar los pétalos violetas. Permanecerían herméticamente cerrados hasta el retorno del Sol. Eran hermosos incluso dormidos. El relampagueo se movía en dirección a la ciudad; ahora reinaba la más absoluta oscuridad y apenas se oía el murmullo del arroyo. El sendero atravesaba la aldea hasta llegar a la carretera que nos conducía a la ruidosa ciudad.

El joven tendría veintitantos años; parecía bien alimentado, había viajado un poco y cursado estudios universitarios. Estaba nervioso y había ansiedad en sus ojos. Era tarde, pero quería conversar; deseaba que alguien explorase su mente por él. Se explicó con sencillez, sin ninguna vacilación ni pretensión. Su problema estaba claro, pero no para él; iba tanteándolo a ciegas.

No escuchamos y así descubrimos «lo que es»; tratamos de imponerles nuestras ideas y opiniones a los demás, procurando forzarlos dentro del marco de nuestro pensamiento. Nuestros propios pensamientos y juicios son mucho más importantes para nosotros que descubrir «lo que es». «Lo que es» siempre es sencillo; los complejos somos nosotros. A «lo que es», a lo sencillo, lo hacemos complejo, y ahí nos perdemos. Sólo escuchamos el creciente ruido de nuestra propia confusión. Para escuchar debemos ser libres. No es que no deba haber distracciones, pues el pensar mismo es una forma de distracción. Debemos ser libres para estar en silencio, y sólo entonces se puede oír.

Decía que cuando estaba a punto de dormirse tenía repentinamente que sentarse, alarmado por una sensación de puro pánico. Entonces la habitación perdía sus proporciones; las paredes se desvanecían, no había techo y el piso desaparecía. Quedaba espantado y sudoroso. Esto le había estado ocurriendo desde hacía muchos años.

¿De qué se asusta usted?

«No lo sé; pero cuando despierto con miedo voy a conversar un rato con mi hermana o con mis padres para calmarme, y luego vuelvo a dormirme. Ellos comprenden, pero ya tengo veintitantos años y esto empieza a volverse un tanto ridículo.»

¿Siente usted ansiedad por el futuro?

«Sí, hasta cierto punto. Aunque tenemos dinero, todavía me inquieta bastante.»

¿Por qué?

«Quiero casarme y proporcionarle comodidades a mi futura esposa.»

¿Por qué le inquieta el futuro? Usted es muy joven, puede trabajar y darle a ella todo lo necesario. ¿Por qué se preocupa tanto por eso? ¿Teme perder su posición social?

«En parte sí. Tenemos un coche, algunas propiedades y reputación. Naturalmente, no quiero perder todo esto, y ésa puede ser la causa de mi temor. Pero no es exactamente eso. Es el temor de no ser. Cuando despierto con miedo, me siento perdido, que no soy nadie, que me deshago en pedazos.»

Después de todo, puede haber un cambio de gobierno, y usted puede perder sus propiedades, sus riquezas; pero usted es todavía muy joven y siempre puede trabajar. Millones pierden sus bienes mundanos, y usted también podría tener que hacerle frente a esa situación. Además, las cosas del mundo deben ser compartidas y no poseídas exclusivamente. A su edad, ¿por qué ser tan conservador, tener tanto miedo de perder?

«Es que quiero casarme con una chica en particular y me preocupo al pensar que algo pueda impedirlo. No es muy probable que eso ocurra, pero yo la echo de menos, y ella me extraña a mí, y esto puede ser otro motivo de mi temor.»

¿Es ésa la causa de su temor? Usted dice que es improbable que nada fuera de lo común le impida casarse con ella; entonces, ¿a qué viene este temor?

«Sí, es verdad que podemos casarnos cuando lo decidamos, de modo que ésa no puede ser la causa de mi miedo, al menos por ahora. Pienso más bien que tengo miedo de no ser, de perder mi identidad, mi nombre.»

Aun cuando a usted no le importara su nombre pero tuviera sus propiedades y lo demás, ¿no seguiría teniendo miedo? ¿Qué entendemos por identidad? Es estar identificado con un nombre, con la propiedad, con una persona, con ideas; es estar asociado con algo, ser reconocido como esto o aquello, estar etiquetado como perteneciente a un determinado grupo o país, etc. Usted teme perder su etiqueta, ¿es eso?

«Sí, de otro modo, ¿qué soy? Sí, eso es.»

Por lo tanto, usted *es* sus pertenencias. Su nombre y su reputación, su automóvil y sus otras propiedades, la muchacha con quien se va a casar, las ambiciones que tiene: usted *es* estas cosas. Estas cosas, junto con ciertas características y valores, constituyen lo que usted llama el yo; usted es la suma de todo esto y teme perderlo. Como acontece con todo el mundo, siempre existe la posibilidad de perder; puede venir una guerra, puede haber una revolución o un cambio de gobierno de tendencia izquierdista. Algo puede suceder que lo prive de estas cosas, hoy o mañana. Pero, ¿por qué tener miedo de la inseguridad? ¿No está la inseguridad en la naturaleza misma de todas las cosas? Usted levanta muros que lo protejan de esta inseguridad, pero estos muros pueden derrumbarse y se están derrumbando. Usted puede eludirla por un tiempo, pero el peligro de la inseguridad está siempre ahí. Lo que *es* no puede ser evitado; le guste o no, la inseguridad está ahí. Esto no significa que deba resignarse, que deba aceptarla o rechazarla, pero usted es joven, ¿por qué tiene miedo de la inseguridad?

«Ahora que lo plantea de ese modo, creo que lo que me atemoriza no es la inseguridad. En realidad no me preocupa tener que trabajar; trabajo más de ocho horas diarias en mi empleo, y aunque no me guste demasiado, puedo sobrellevarlo. No, no tengo miedo de perder las propiedades, el coche, etc., y mi novia y yo podemos casarnos cuando queramos. Ahora veo que no es nada de esto lo que crea mis temores. ¿Qué es entonces?»

Averigüémoslo juntos. Acaso yo pudiera decírselo, pero eso no sería su descubrimiento; lo sería sólo en el nivel verbal y, por lo tanto, completamente inútil. El hallarlo será su propia vivencia; esto es lo realmente importante. Descubrir es vivenciar; lo descubriremos juntos. Si no teme perder ninguna de estas cosas, si no le asusta estar exteriormente inseguro, entonces, ¿de qué está ansioso? No conteste de inmediato; escuche, esté

atento para descubrir. ¿Está realmente seguro de que no es la inseguridad física lo que le asusta? En cuanto es posible estar seguro de tales cosas, usted dice que esto no le asusta. Si está seguro de que eso no es una simple afirmación verbal, entonces, ¿de qué se asusta?

«Estoy completamente seguro de que no me asusta la inseguridad física; podemos casarnos y tener lo que necesitamos. Es algo más que la mera pérdida de cosas lo que me da miedo. Pero ¿qué es?»

Lo descubriremos, pero considerémoslo con tranquilidad. Usted realmente quiere descubrirlo, ¿no es así?

«Por supuesto, especialmente ahora que hemos llegado hasta este punto. ¿Qué es lo que me asusta?»

Para averiguarlo debemos estar tranquilos, vigilantes, sin apresuramientos. Si no le asusta la inseguridad física, ¿tiene acaso miedo de la inseguridad interior, de no ser capaz de realizar el objetivo que se ha propuesto? No conteste, tan sólo escuche. ¿Se siente incapaz de llegar a ser algo? Probablemente usted tiene un ideal religioso. ¿Siente acaso que no tiene la capacidad de estar a su altura o de realizarlo? ¿Tiene acaso una sensación de desesperación, un sentimiento de culpa o de frustración al respecto?

«Tiene usted toda la razón. Desde que le oí hace algunos años, siendo yo un muchacho, ha sido mi ideal, si puedo decirlo así, ser como usted. Está en la sangre de mi familia la predisposición a ser religioso, y me ha parecido que yo podría ser lo mismo, pero siempre he tenido un profundo temor de no llegar a alcanzarlo.»

Vayamos despacio. Aunque a usted no le asusta la inseguridad externa, tiene miedo de la inseguridad interior. Otros buscan su seguridad exteriormente en una reputación, en la fama, el dinero, etc., mientras que usted quiere sentirse seguro interiormente en un ideal; y siente que no tiene la capacidad para convertirse en ese ideal. ¿Por qué quiere llegar a ser o realizar un ideal? ¿No es sólo para estar seguro, para sentirse a salvo? A este refu-

gio usted lo llama un ideal, pero de hecho lo que desea es sentirse a salvo, protegido. ¿Es eso?

«Ahora que usted lo señala, eso es exactamente.»

Usted ha descubierto esto ahora, ¿verdad? Pero ahondemos un poco más. Usted ve la obvia superficialidad de la seguridad exterior. ¿Pero ve también la falsedad de buscar seguridad interior mediante la realización del ideal? Su refugio es el ideal, en lugar del dinero. ¿Ve realmente esto?

«Sí, lo veo perfectamente.»

Entonces sea lo que usted es. Cuando ve la falsedad del ideal, éste se desprende de usted. Usted es «lo que es». Desde ahí proceda a comprender «lo que es», pero sin ningún fin específico, pues el fin, la meta, está siempre alejada de «lo que es». «Lo que es» es usted mismo, no en ningún momento determinado o en un estado de ánimo en particular, sino usted mismo tal como es de instante en instante. No se juzgue a sí mismo ni se conforme con lo que ve, pero esté atento, sin interpretar el movimiento de «lo que es». Esto será arduo, pero hay un deleite en ello. Sólo para el que es libre hay felicidad, y la libertad viene con la verdad de «lo que es».

Comentarios sobre el vivir

Ira

INCLUSO a aquella altura se hacía sentir el calor. Los vidrios de las ventanas estaban calientes al tacto. El zumbido sostenido de los motores del avión era tranquilizador, y muchos de los pasajeros estaban adormilados. La tierra se hallaba a mucha distancia, por debajo de nosotros, temblando por el calor, una extensión interminable de color pardo con ocasionales recortes verdes. Al rato aterrizamos y el calor se hizo casi insoportable; era literalmente penoso, y aun en la sombra de un edificio parecía que la cabeza fuera a estallar. Estábamos en pleno verano y el campo era casi un desierto. Partimos de nuevo y el avión ascendió, buscando los vientos frescos. Dos nuevos pasajeros, ubicados en los asientos de enfrente, conversaban en voz alta; era imposible no oírlos. Empezaron hablando bastante tranquilos, pero al poco tiempo la ira se fue introduciendo en sus voces, la ira de la familiaridad y el resentimiento. En su violencia parecían haberse olvidado del resto de los pasajeros; estaban tan enojados el uno con el otro que sólo existían ellos y nadie más.

La ira tiene la característica peculiar de aislar; al igual que el dolor, nos incomunica y, al menos de momento, cesa toda relación. La ira tiene la fuerza y vitalidad momentáneas de lo aislado. Hay en la ira una extraña desesperación, pues el aislamiento es desesperación.

La ira de la desilusión, de los celos, de la voluntad de herir, proporciona un violento desahogo cuya satisfacción es en verdad una justificación de nosotros mismos. Sin algún tipo de actitud, ya sea de altivez o de humillación, ¿qué somos? Empleamos cualquier medio para darnos importancia, y la ira, al igual que el odio, es uno de los más fáciles de conseguirlo. Un simple enojo, un pronto repentino que se olvida al poco tiempo, es una cosa; pero la ira que es sostenida deliberadamente, que ha sido elaborada y que procura herir y destruir es algo completamente diferente. Un simple enojo puede tener una causa fisiológica que puede ser detectada y remediada; pero la ira que es el resultado de una causa psicológica es mucho más sutil y difícil de tratar. A la mayoría de nosotros no nos importa enfadarnos; le buscamos excusas. ¿Por qué no habríamos de encolerizarnos cuando se maltrata a alguien o somos maltratados? Por lo tanto, nos sentimos justamente indignados. Nunca decimos simplemente que estamos enojados y lo dejamos ahí; recurrimos a complicadas explicaciones de las causas. Nunca decimos sencillamente que estamos celosos o amargados, sino que lo justificamos o lo explicamos. Preguntamos cómo puede haber amor sin celos, o decimos que las acciones de otro nos han amargado, y así por el estilo.

Es la explicación, la verbalización, tanto silenciosa como hablada, lo que sostiene la ira, lo que le da continuidad y calado. La explicación, silenciosa o hablada, actúa como una defensa contra el descubrimiento de nosotros tal como somos. Queremos ser elogiados o adulados, esperamos obtener algo, y cuando estas cosas no suceden, nos sentimos defraudados, nos volvemos amargados o celosos. Entonces, violenta o suavemente le echamos la culpa a otro, decimos que éste es el responsable de nuestra amargura. Ustedes son de gran importancia para mí, debido a que yo dependo de ustedes para mi felicidad, para mi posición o prestigio. Por medio de ustedes yo me realizo, y por eso son importantes para mí; debo

protegerlos, poseerlos. Por medio de ustedes huyo de mí mismo, y puesto que tengo miedo de mi propio estado, cuando soy devuelto bruscamente a mi propio ser, me enfurezco. La ira adopta muchas formas: desilusión, resentimiento, amargura, celos, etcétera.

La acumulación de la ira, que es el resentimiento, requiere el antídoto del perdón; pero la acumulación de la ira es mucho más significativa que el perdón. El perdón es innecesario cuando no hay acumulación de ira. El perdón es esencial si hay resentimiento; pero estar libre de la adulación y del sentido de la ofensa, sin la dureza de la indiferencia, propicia la misericordia y la caridad. La ira no puede ser eliminada mediante la acción de la voluntad, porque la voluntad es parte de la violencia. La voluntad es la resultante del deseo, del ansia de ser; y el deseo, por su misma naturaleza, es agresivo, dominante. Suprimir la ira mediante el ejercicio de la voluntad es transferirla a otro nivel, dándole un nombre distinto; pero sigue todavía formando parte de la violencia. Para librarse de la violencia, lo que no significa el culto de la no-violencia, debe haber comprensión del deseo. No existe ningún sustituto espiritual para el deseo; éste no puede ser suprimido ni sublimado. Tiene que haber una percepción silenciosa, alerta y no selectiva del deseo; y esta percepción pasiva es la experiencia directa del deseo sin un experimentador que la nombre.

Comentarios sobre el vivir

Condicionamiento

ESTABA muy interesado en ayudar a la humanidad, en hacer obras benéficas y participaba activamente en varias organizaciones de asistencia social. Decía que literalmente nunca se había tomado unas largas vacaciones, y que desde su graduación de la universidad había trabajado constantemente por el mejoramiento del hombre. Desde luego, no percibía remuneración alguna por el trabajo que estaba realizando. Su labor siempre había sido muy importante para él y estaba muy apegado a lo que hacía. Se había convertido en un asistente social de primera clase y le encantaba. Pero en una de las pláticas había oído algo sobre las varias formas de evasión que condicionan la mente y quería hablar de ello.

«¿Cree usted que ser un asistente social implique condicionamiento? ¿No sirve más que para provocar mayor conflicto?»

Averigüemos qué es lo que entendemos por condicionamiento. ¿Cuándo somos conscientes de estar condicionados? ¿Nos damos cuenta alguna vez? ¿Es usted consciente de estar condicionado, o sólo lo es del conflicto, de la lucha a varios niveles de su ser? Indudablemente nos damos cuenta, no de nuestro condicionamiento, sino sólo del conflicto, del dolor y del placer.

«¿Qué entiende usted por conflicto?»

Toda clase de conflictos: el conflicto entre naciones, entre diversos grupos sociales, entre individuos, y el conflicto dentro de uno mismo. ¿No es inevitable el conflicto en tanto no haya integración entre el actor y su acción, entre el reto y la respuesta? El conflicto es nuestro problema, ¿verdad? No algún conflicto en particular, sino todo conflicto: la pugna entre ideas, creencias e ideologías, entre los opuestos. Si no hubiera conflicto, no habría problemas.

«¿Está usted sugiriendo que todos deberíamos buscar una vida de aislamiento, de contemplación?»

La contemplación es ardua, es una de las cosas más difíciles de comprender. El aislamiento, aunque cada uno lo esté buscando a su manera, consciente o inconscientemente, no resuelve nuestros problemas; al contrario, los aumenta. Estamos tratando de comprender cuáles son los factores del condicionamiento que acarrean todavía más conflicto. Sólo nos damos cuenta del conflicto, del dolor y del placer, y no percibimos nuestro condicionamiento. ¿Qué es lo que favorece el condicionamiento?

«Las influencias sociales o del medio ambiente, la sociedad en que hemos nacido, la cultura en la que nos hemos criado, las presiones económicas y políticas, y así sucesivamente.»

Así es. ¿Pero es eso todo? Esas influencias son nuestro propio producto, ¿no es cierto? La sociedad es el resultado de la relación del hombre con el hombre, lo cual es bastante evidente. Esta relación es de uso, de necesidad, de comodidad, de satisfacción, y crea influencias, valores que nos atan. Esta atadura es nuestro condicionamiento. Estamos atados por nuestros propios pensamientos y acciones, pero no sabemos que estamos atados, sólo nos damos cuenta del conflicto del placer y el dolor. Parece que nunca vamos más allá de esto; y si lo hacemos, es sólo para entrar de nuevo en conflicto. No nos damos cuenta de nuestro condicionamiento y mientras no nos demos cuenta, no podremos generar más que conflicto y confusión.

«¿Cómo va uno a darse cuenta de su propio condicionamiento?»

Solamente es posible mediante la comprensión de otro proceso, el del apego. Si podemos comprender por qué estamos apegados, entonces acaso podamos darnos cuenta de nuestro condicionamiento.

«¿No es ése un rodeo bastante grande para llegar a una cuestión directa?»

¿Lo es? Trate simplemente de darse cuenta de su condicionamiento. Sólo lo podrá conocer indirectamente, en relación con otra cosa. No puede percibir su condicionamiento como una abstracción, porque entonces será meramente verbal, sin mucho sentido. Sólo percibimos el conflicto. El conflicto existe cuando no hay integración entre el reto y la respuesta. Este conflicto es el resultado de nuestro condicionamiento. El condicionamiento es apego: apego al trabajo, a la tradición, a la propiedad, a las personas, a las ideas, y a todo lo demás. Si no hubiera apego, ¿habría condicionamiento? Desde luego que no. Entonces, ¿por qué estamos apegados? Estoy apegado a mi país porque, mediante la identificación con él, consigo ser alguien. Me identifico con mi trabajo, y el trabajo se vuelve importante. Yo soy mi familia, mi propiedad; estoy apegado a ellas. El objeto al que me apego me proporciona el medio de evadirme de mi propia vacuidad. El apego es evasión, y es la evasión lo que fortalece el condicionamiento. Si estoy apegado a usted, es porque usted se ha convertido en el medio de escaparme de mí mismo, por eso es usted muy importante para mí y yo tengo que poseerlo, aferrarme a usted. Usted se convierte en el factor condicionante, y la evasión es el condicionamiento. Si podemos darnos cuenta de nuestras evasiones, entonces podremos percibir los factores, las influencias que contribuyen al condicionamiento.

«¿Es que me estoy escapando de mí mismo por medio de la labor social?»

¿Está usted apegado, atado a ella? ¿Se sentiría perdido, vacío, aburrido si no realizase esa labor social?

«Estoy seguro de que así sería.»

El apego al trabajo es su forma de evasión. Hay evasiones a todos los niveles de nuestro ser. Usted se evade por medio del trabajo y otros lo hacen mediante la bebida, las ceremonias religiosas, el conocimiento, Dios y la adicción a las diversiones. Todas las evasiones son iguales. No hay evasiones superiores o inferiores. Dios y la bebida están al mismo nivel mientras sean formas de evadirnos de lo que somos. Cuando seamos conocedores de nuestras escapatorias, sólo entonces podremos conocer nuestro condicionamiento.

«¿Qué haré si dejo de evadirme mediante la asistencia social? ¿Hay algo que yo pueda hacer sin huir? ¿No es toda mi acción una forma de escapar de lo que soy?»

¿Es esta pregunta meramente verbal o refleja una realidad, un hecho que está experimentando? Si no se evadiera, ¿qué ocurriría? ¿Lo ha intentado alguna vez?

«¡Lo que está diciendo es sumamente negativo, si me permite que se lo diga! Usted no ofrece nada que sustituya al trabajo.»

¿No es toda sustitución otra forma de evadirse? Cuando una forma determinada de actividad no es satisfactoria o trae más conflicto, nos dedicamos a otra. Sustituir una actividad por otra sin comprender la evasión es más bien inútil, ¿no? Estas evasiones y nuestro apego a ellas son lo que contribuye al condicionamiento. Éste trae problemas, conflicto. El condicionamiento es lo que impide nuestra comprensión del reto; al estar condicionados, nuestra respuesta tiene inevitablemente que crear conflicto.

«¿Cómo puede uno librarse del condicionamiento?»

Sólo comprendiendo, dándonos cuenta de nuestras evasiones. Nuestro apego a una persona, al trabajo, a una ideología, es el factor que condiciona; esto es lo que tenemos que comprender y no buscar una forma mejor o más inteligente de escapar. Todas las evasiones carecen de inteligencia, pues indefectiblemente producen conflicto.

Cultivar el desapego es otra forma de evasión, de aislamiento; es apegarse a una abstracción, a un ideal llamado desapego. El ideal es ficticio, fabricado por el ego, y convertirse en el ideal es una evasión de «lo que es». Sólo habrá comprensión de «lo que es», una acción adecuada con respecto al mismo, cuando la mente ya no esté buscando ninguna evasión. El propio acto de pensar en «lo que es» es una evasión de «lo que es». Pensar en el problema es eludirlo, porque el pensamiento es el problema, el único problema. La mente, no queriendo ser lo que es, temerosa de lo que es, busca diversas salidas, y su medio de escapar es el pensamiento. Mientras haya pensamiento, tiene que haber evasiones, apegos, que no hacen sino reforzar el condicionamiento.

Se libra uno del condicionamiento cuando se libra del pensar. Cuando la mente está en completa calma, sólo entonces hay verdadera libertad para que lo real sea.

Comentarios sobre el vivir: Segunda serie

Amor propio

ELLA había venido con tres de sus amigos; todos eran muy serios y tenían la dignidad de la inteligencia. Uno de ellos captaba las cosas con rapidez, otro era impaciente en su agilidad, y el tercero era entusiasta, aunque no de una manera sostenida. Formaban un buen grupo, pues todos compartían el problema de su amiga y ninguno ofrecía consejos u opiniones de peso. Todos querían ayudarle a hacer lo que ella estimara correcto y que no se limitara a actuar conforme a la tradición, a la opinión pública o a la inclinación personal. La dificultad consistía en lo siguiente: ¿Cuál era la acción correcta? Ella misma no estaba segura, se sentía perturbada y confundida. Pero había gran urgencia por actuar de inmediato; ella tenía que tomar una decisión y no podía posponerla por más tiempo. El asunto consistía en librarse de una relación íntima. Ella quería ser libre, según repitió en varias ocasiones.

Había tranquilidad en el cuarto; la agitación nerviosa había cedido y todos estaban impacientes por abordar el problema sin esperar un resultado o una definición de lo que había que hacer. La acción correcta aparecería, natural y plenamente, a medida que el problema fuese expuesto. Lo importante no era el resultado final, sino el descubrimiento del contenido del problema, pues cualquier respuesta sólo sería otra conclusión, otra opinión,

otro consejo, que en ningún caso resolvería el problema. Lo que se debía comprender era el problema mismo y no cómo responder al problema o qué hacer al respecto. Lo importante era el adecuado enfoque del problema, porque el problema en sí contenía la acción apropiada.

Las aguas del río danzaban, pues el Sol había trazado sobre ellas una senda de luz. La blanca vela de un barco cruzó la senda sin perturbar la danza del agua. Esa danza era un puro deleite. Los árboles estaban llenos de pájaros que alborotaban, se arreglaban las plumas y emprendían el vuelo para acabar volviendo al mismo sitio. Varios monos arrancaban y se llenaban la boca de hojas tiernas; su peso doblegaba las delicadas ramas en forma de grandes arcos, y sin embargo se mantenían asidos sin esfuerzo y sin miedo. Con qué facilidad pasaban de rama en rama; aunque saltaban, el salto era algo fluido, el despegue y la llegada comprendían un solo movimiento. Se sentaban con las colas colgando y recogían las hojas. Se hallaban en lo alto y no se preocupaban en lo más mínimo de la gente que pasaba por debajo. A medida que se acercaba la oscuridad, venían los loros por centenares para pasar la noche entre el espeso follaje. Se los veía llegar y desaparecer entre las hojas. La Luna nueva era apenas visible. A lo lejos se oyó el silbato de un tren al cruzar el largo puente emplazado en la curva del río. Este río era sagrado, y la gente acudía desde muy lejos para bañarse en él con la esperanza de purificar sus pecados. Todo río es hermoso y sagrado, y la belleza de éste era su amplia y ancha curvatura, los bancos de arena entre los hondos canales de agua y aquellas silenciosas velas blancas que subían y bajaban el río cada día.

«Quiero librarme de una relación íntima», dijo ella.

¿Qué quiere usted decir con que quiere librarse? Cuando usted dice «quiero librarme», implícitamente afirma que no es libre. ¿De qué manera no es usted libre?

«Soy libre físicamente; tengo libertad para ir y venir, porque físicamente ya no soy la esposa. Pero quiero ser completamente libre, no quiero tener nada que ver con esa persona en particular.»

¿De qué modo está usted ligada a esa persona, si ya es físicamente libre? ¿Está usted vinculada a él de algún otro modo?

«No lo sé, pero tengo un gran resentimiento contra él. No quiero tener nada que ver con él.»

¿Usted quiere ser libre y, sin embargo, tiene resentimiento contra él? Entonces no está libre de él. ¿Por qué tiene usted este resentimiento en su contra?

«Hace poco he descubierto lo que él es: su bajeza, su verdadera falta de amor, su completo egoísmo. Es increíble el horror que he descubierto en él. ¡Y pensar que me sentía celosa, que lo idolatraba, que me había entregado a él! Descubrir que él era estúpido y calculador cuando yo lo creía un esposo ideal, afectuoso y considerado, es lo que me ha producido este resentimiento. Me siento sucia sólo de pensar que he tenido algo que ver con él. Quiero librarme de él por completo.»

Usted puede estar físicamente libre de él, pero mientras tenga resentimiento contra él no estará libre. Si lo aborrece, está atada a él; si se avergüenza de él, todavía es su cautiva. ¿Está enojada con él o consigo misma? Él es lo que es, ¿y por qué enojarse con él? ¿Su resentimiento es realmente contra él o, habiendo visto «lo que es», está usted avergonzada de sí misma por haber estado unida a él? Sin duda usted está resentida, no a causa de él, sino de su propio juicio, de sus propias acciones. Está avergonzada de sí misma. Como no está dispuesta a ver esto, usted le echa la culpa a él por lo que es. Cuando reconozca que su resentimiento contra él es una evasión de su propia idolatría romántica, entonces lo perderá de vista. Usted no está avergonzada de él, sino de sí misma, por haber estado asociada con él. Está disgustada consigo misma y no con él.

«Sí, así es.»

Si realmente ve esto, si lo experimenta como un hecho, entonces está libre de él. Él ya no es objeto de su enemistad. El odio ata tanto como el amor.

«¿Pero cómo puedo librarme de mi propia vergüenza, de mi propia estupidez? Veo muy claramente que él es lo que es y que no hay razón para culparle, pero ¿cómo puedo librarme de esta ignominia, de este resentimiento que ha estado madurando lentamente en mí y que, llegado a su plenitud, desencadenó esta crisis? ¿Cómo puedo borrar el pasado?»

Es más importante saber por qué quiere borrar el pasado que saber cómo borrarlo. La intención con la que enfoca el problema es más importante que saber lo que debe hacer al respecto. ¿Por qué quiere borrar el recuerdo de esa asociación?

«Detesto el recuerdo de todos esos años. Me ha dejado un mal sabor de boca. ¿No es ésa una razón suficiente?»

No exactamente. ¿Por qué quiere borrar esos recuerdos? No es, desde luego, porque le hayan dejado un mal sabor de boca. Aun cuando por algún medio pudiera borrar el pasado, podría verse de nuevo implicada en acciones que podrían avergonzarla. Limitarse a borrar los recuerdos desagradables no resuelve el problema, ¿verdad?

«Creía que sí, pero ¿cuál es entonces el problema? ¿No lo está haciendo usted innecesariamente complicado? Ya es bastante complejo de por sí, o al menos lo es mi vida. ¿Por qué ponerle otro peso encima?»

¿Estamos poniéndole otro peso encima o tratando de comprender «lo que es» y de librarnos de él? Por favor, tenga un poco de paciencia. ¿Cuál es el motivo que la impulsa a borrar el pasado? El pasado puede ser desagradable, pero ¿por qué quiere hacerlo desaparecer? Usted se ha formado cierta opinión o imagen de sí misma que estos recuerdos contradicen y por eso quiere deshacerse de ellos. Usted tiene algo de amor propio, ¿no es cierto?

«Por supuesto, de otro modo...»

Todos nos ubicamos en distintos niveles y estamos cayendo continuamente de esas alturas. Lo que nos avergüenza son las caídas. El amor propio es la causa de nuestra vergüenza, de nuestra caída. Es ese amor propio lo que debe ser comprendido y no la caída. Si no hay un pedestal sobre el que se haya colocado, ¿cómo puede producirse caída alguna? ¿Por qué se ha situado usted sobre un pedestal llamado amor propio, dignidad humana, ideal, etcétera? Si puede comprender esto, entonces no habrá ninguna vergüenza del pasado; ésta desaparecerá por completo. Usted será lo que es, sin el pedestal. Si no está allí el pedestal, la altura que hace que mire hacia arriba o hacia abajo, entonces usted es aquello que siempre ha rehuido. Es esta evasión de «lo que es», de lo que es usted, la que acarrea confusión y antagonismo, vergüenza y resentimiento. No tiene que contarme a mí o a nadie lo que usted es, sino darse cuenta de lo que es, sea lo que fuere, agradable o desagradable, viva con ello sin justificarlo o resistirlo. Viva con ello sin nombrarlo, porque el nombre mismo es una condena o una identificación. Viva con ello sin miedo, pues el miedo impide la comunión, y sin comunión no puede convivir con lo que es. Estar en comunión es amar. Sin amor, usted no puede borrar el pasado; con amor, no hay pasado. Ame y el tiempo no existirá.

Comentarios sobre el vivir

Tempestad en la mente

LA niebla había durado todo el día, y cuando se disipó hacia el atardecer, se levantó un viento del este, un viento seco, áspero, que derribaba las hojas muertas y secaba la tierra. Era una noche tempestuosa y amenazadora. El viento había aumentado, la casa crujía y se desgajaban las ramas de los árboles. A la mañana siguiente el aire estaba tan claro, que parecía que podía uno casi tocar las montañas. El calor había vuelto con el viento, pero como éste cesó a última hora de la tarde, la niebla vino otra vez desde el mar.

¡Cuán extraordinariamente hermosa y rica es la tierra! Uno nunca se cansa de ella. Los lechos secos de los ríos están llenos de seres vivientes: tojos, amapolas, altos girasoles amarillos. En las peñas hay lagartos. Una culebra real de anillos pardos y blancos está tomando el sol, su negra lengua se proyecta y retrae con un rápido movimiento; en el otro lado del barranco ladra un perro, persiguiendo un roedor o un conejo.

El contento jamás es el resultado de la realización, del éxito o de la posesión de las cosas; no nace de la acción ni de la inacción. Viene con la plenitud de «lo que es» y no de su alteración. Aquello que está completo no necesita cambio, mudanza. Lo incompleto que intenta completarse es lo que conoce la agitación del descontento y del cambio. «Lo que es» es lo incompleto, no lo com-

pleto. Lo completo es irreal y la persecución de lo irreal es el dolor del descontento, que jamás puede ser sanado. El intento mismo de curar ese dolor es la búsqueda de lo irreal, de lo cual surge el descontento. No hay forma de escapar del descontento. Darse cuenta del descontento es darse cuenta de «lo que es» y en su plenitud hay un estado que puede llamarse contento. No tiene opuesto.

La casa dominaba el valle, y el pico más alto de las montañas lejanas resplandecía con el Sol poniente. Su masa rocosa parecía colgar del cielo e iluminarse desde dentro; en la penumbra de la habitación, la belleza de aquella luz rebasaba toda medida.

Era un hombre más bien joven, vehemente e inquisitivo.

«He leído varios libros sobre religión y prácticas religiosas, sobre meditación y los diversos métodos recomendados para alcanzar lo sublime. Por un tiempo me atrajo el comunismo, pero pronto me encontré con que era un movimiento retrógrado, a pesar de los muchos intelectuales que pertenecían a él. También me sentí atraído por el catolicismo. Algunas de sus doctrinas eran de mi agrado, y en cierta época pensé en hacerme católico; pero un día, mientras hablaba con un sacerdote muy erudito, de repente percibí cuán semejante era el catolicismo a la prisión del comunismo. Durante mis vagabundeos como tripulante en un carguero, viajé a la India, estuve allí durante casi un año y pensé en meterme a monje, pero aquello estaba demasiado retirado de la vida y era demasiado idealista e irreal. Traté de vivir en soledad con el fin de meditar, pero también esto terminó. Después de todos estos años, todavía parece que soy completamente incapaz de controlar mis pensamientos, y de esto es de lo que quiero hablar. Desde luego, tengo otros problemas, el sexo, etcétera, pero si dominara por completo mis pensamientos, entonces podría refrenar mis impulsos y deseos ardientes.»

¿Llevará el control del pensamiento a calmar el deseo o meramente a su supresión, lo que a su vez traerá otros y más graves problemas?

«Desde luego, no está usted recomendando dejarse llevar por el deseo. El deseo es la acción del pensamiento y, en mis intentos de controlar el pensamiento, yo había esperado subyugar mis deseos. Los deseos tienen que ser subyugados o sublimados, pero incluso para sublimarlos hay que refrenarlos primero. La mayor parte de los instructores insisten en que hay que trascender los deseos y prescriben diversos métodos para conseguirlo.»

Aparte de lo que otros hayan dicho, ¿qué piensa usted? ¿Resolverá el mero control del deseo los muchos problemas del deseo? ¿La supresión o sublimación del deseo le llevarán a su comprensión o le librarán de él? Por medio de alguna ocupación, religiosa o de otra clase, la mente puede ser disciplinada cada hora del día. Pero una mente ocupada no es una mente libre, y no cabe duda de que sólo la mente libre puede darse cuenta de la creatividad intemporal.

«¿No hay liberación al trascender el deseo?»

¿Qué entiende usted por trascender el deseo?

«Para la realización de la propia felicidad y también de lo sublime, es necesario no ser impulsado por el deseo, no estar preso en su agitación y confusión. Para tener el deseo bajo control, es esencial alguna forma de sujeción. En vez de ir a la procura de las cosas triviales de la vida, ese mismo deseo puede ir en busca de lo sublime.»

Usted puede cambiar el objeto del deseo: de una casa al conocimiento, de lo bajo a lo más alto, pero sigue siendo la actividad del deseo, ¿verdad? Puede que uno no quiera reconocimiento mundano, pero el anhelo de alcanzar el cielo sigue siendo la búsqueda de la ganancia. El deseo está siempre buscando realización, logro, y es este movimiento del deseo lo que ha de ser comprendido y no rechazado o sometido. Sin comprender las modalidades del deseo, el mero control del pensamiento tiene poca importancia.

«Pero debo volver al punto de partida. Incluso para comprender el deseo se necesita concentración, y ahí

está toda mi dificultad. Me resulta imposible controlar mis pensamientos. Se extravían por todas partes, atropellándose unos a otros. No hay un solo pensamiento que sea dominante y continuo entre todos los pensamientos irrelevantes.»

La mente es como una máquina que está trabajando noche y día, divagando, perpetuamente atareada, tanto despierta como dormida. Es rápida y tan inquieta como el mar. Otra parte de este intrincado y complejo mecanismo trata de controlar todo el movimiento, y así empieza el conflicto entre deseos e impulsos opuestos. Uno puede ser llamado el yo superior y el otro el yo inferior, pero los dos están dentro del ámbito de la mente. La acción y reacción de la mente, del pensamiento, son casi simultáneas y automáticas. Todo el proceso consciente e inconsciente de aceptar y negar, conformarse y pugnar por ser libre, es sumamente rápido. La cuestión no es, por lo tanto, cómo controlar este complejo mecanismo, pues el control causa fricción y sólo disipa la energía. ¿Pero puede esta mente tan rápida reducir su velocidad?

«¿Y cómo?»

Si me permite señalarlo, señor, la cuestión no es el «cómo». El «cómo» meramente produce un resultado, un fin sin mucha importancia, y después que se obtenga empezará nuevamente la búsqueda de otro fin apetecible, con su desdicha y su conflicto.

«¿Qué se puede hacer, entonces?»

No está usted haciendo la pregunta adecuada. No está descubriendo por sí mismo la verdad o falsedad de reducir la velocidad de la mente, sino que se interesa por lograr un resultado. Lograr un resultado es relativamente fácil, ¿no es así? ¿Puede la mente ir más lenta, sin ponerle frenos?

«¿Qué significa "ir más lenta"?»

Cuando se va muy deprisa en un coche, el paisaje cercano se vuelve borroso; solamente yendo al paso normal se pueden observar en detalle los árboles, las aves y

las flores. El conocimiento de sí mismo viene con la lentitud de la mente, pero eso no significa forzar la mente a ser lenta. La compulsión sólo conduce a la resistencia y no debe haber disipación de energía al reducir la velocidad de la mente. Esto es así, ¿verdad?

«Creo que empiezo a ver que el esfuerzo que uno hace por regular el pensamiento es un desgaste inútil, pero no comprendo qué otra cosa se puede hacer.»

Todavía no hemos llegado a la cuestión de la acción. Estamos tratando de ver que es importante que la mente vaya más lenta; no estamos considerando la manera de hacerlo. ¿Puede la mente ir más despacio? ¿Y cuándo ocurre esto?

«No lo sé, nunca se me había ocurrido antes.»

¿No ha notado, señor, que mientras está observando algo, la mente va más lenta? Cuando observa ese coche que avanza ahí abajo por la carretera, o mira detenidamente cualquier objeto material, ¿no está funcionando su mente más despacio? Mirar y observar reducen el ritmo de la mente. Mirar un cuadro, una imagen, un objeto, ayuda a aquietar la mente; lo mismo sucede con la repetición de una frase; pero entonces el objeto o la frase se vuelven muy importantes y no la aminoración de la velocidad de la mente y lo que con ello se descubre.

«Estoy atento a lo que usted está explicando y me doy cuenta de la quietud de la mente.»

¿Observamos alguna vez realmente alguna cosa o es que interponemos entre el observador y lo observado una pantalla de diversos prejuicios, valores, juicios, comparaciones y condenas?

«Es casi imposible no tener esa pantalla. No creo que yo sea capaz de observar de forma impecable.»

Si me permite sugerírselo, no se cree impedimentos con palabras o con una conclusión positiva o negativa. ¿Puede haber observación sin esta pantalla? Para decirlo de otro modo, ¿hay atención cuando la mente está ocupada? Sólo la mente desocupada puede atender. La mente es

lenta, está alerta, cuando hay vigilancia, que es la atención de una mente no ocupada.

«Empiezo a experimentar lo que está diciendo, señor.»

Examinémoslo un poco más. Si no hay evaluación, pantalla entre el observador y lo observado, ¿hay entonces separación, división entre ellos? ¿No es el observador lo observado?

«Me temo que no le entiendo.»

El diamante no puede ser separado de sus cualidades, ¿verdad? El sentimiento de envidia no puede separarse del que experimenta ese sentimiento, aunque existe una división ilusoria que engendra conflicto, y en este conflicto está presa la mente. Cuando desaparece esta falsa separación, existe una posibilidad de libertad y sólo entonces está la mente en calma. Sólo cuando el experimentador cesa, existe el movimiento creador de lo real.

Comentarios sobre el vivir: Segunda serie.

IV
Diarios, dictados, cartas

Sentir por todos los seres vivientes

Ojai, California.
Viernes, 25 de febrero de 1983

HAY un árbol junto al río y hemos estado observándolo día tras día, durante unas semanas, cuando el Sol está a punto de asomarse. A medida que el Sol se eleva lentamente sobre el horizonte, por encima de los árboles, este árbol particular se torna súbitamente dorado. Todas las hojas se ven radiantes de vida, y cuando uno contempla ese árbol, cuyo nombre carece de importancia, pues lo que importa es su belleza, con el paso de las horas, una cualidad extraordinaria parece extenderse sobre toda la tierra, sobre el río. Y cuando el Sol asciende un poco más, las hojas comienzan a agitarse, a danzar. Y cada hora que pasa parece conferir a ese árbol una cualidad diferente. Antes de salir el Sol se le ve sombrío, sosegado, muy distante y pleno de dignidad. Y al comenzar el día, las hojas iluminadas bailan y le dan al árbol ese peculiar sentimiento que uno tiene de gran belleza. Al mediodía su sombra se ha hecho más profunda y uno puede sentarse allí, protegido del Sol, sin sentirse nunca solo, con el árbol como compañero. Mientras uno permanece allí sentado, existe una relación de profunda y perdurable seguridad, y una libertad de la que únicamente los árboles pueden participar.

Hacia el anochecer, cuando en el oeste el cielo se ilumina con la puesta del Sol, el árbol se vuelve poco a poco sombrío, oscuro y se cierra sobre sí mismo. El cielo se ha

vuelto rojo, amarillo y verde, pero el árbol permanece quieto, oculto y descansa durante la noche.

Si uno establece una relación con el árbol, entonces está relacionado con la humanidad. Uno es responsable, entonces, de ese árbol y de los árboles del mundo. Pero si uno no se relaciona nada con los seres vivos de esta tierra, puede perder cualquier relación que tenga con la humanidad, con los seres humanos. Nosotros nunca nos detenemos a observar profundamente la cualidad de un árbol; nunca lo tocamos, nunca sentimos su solidez, su áspera corteza, ni escuchamos el sonido que es parte del árbol. No el sonido del viento entre las hojas ni el de la brisa que en la mañana agita el follaje, sino el sonido propio del árbol, el sonido del tronco y el silencioso sonido de las raíces. Uno tiene que ser extraordinariamente sensible para oír ese sonido. Este sonido no es el mundanal ruido, ni el ruido del parloteo mental, ni el de la vulgaridad de las disputas y del conflicto humanos, sino el sonido como parte del universo.

Es extraño que tengamos tan poca relación con la naturaleza, con los insectos, con la rana saltarina y con el búho que ulula entre los cerros llamando a su pareja. Parece que nunca experimentamos sentimiento alguno por todas las cosas vivientes de la Tierra. Si pudiéramos establecer una relación profunda y duradera con la naturaleza, jamás mataríamos un animal para satisfacer nuestro apetito, jamás le haríamos daño a un mono, a un perro o a un conejillo de Indias, practicando en ellos la vivisección en beneficio propio. Encontraríamos otros medios para sanar nuestras heridas, nuestros cuerpos. Pero la curación de la mente es algo completamente distinto. Esa curación tiene lugar gradualmente si uno está con la naturaleza, con esa naranja en la rama, con la brizna de hierba que se abre paso a través del cemento y con los cerros cubiertos, ocultos por las nubes.

Esto no es sentimentalismo ni imaginación romántica, sino la realidad de una relación con todo cuanto vive

y se mueve sobre la Tierra. El hombre ha matado millones de ballenas y aún las sigue matando. Todo lo que obtenemos de esa matanza podríamos obtenerlo por otros medios. Pero, al parecer, al hombre le encanta matar seres: el ciervo veloz, la maravillosa gacela y el gran elefante. Nos gusta matarnos los unos a los otros. Este matar a otros seres humanos jamás ha cesado a lo largo de toda la historia de la vida del hombre sobre la Tierra. Si pudiéramos, como es nuestro deber, establecer una relación profunda y perdurable con la naturaleza, directamente con los árboles, los arbustos, las flores, la hierba y las rápidas nubes, entonces jamás mataríamos a otro ser humano por ninguna razón del mundo. La guerra es el asesinato organizado, y aunque nos manifestemos contra una guerra en particular, contra la guerra nuclear o cualquier otro tipo de guerra, jamás nos hemos manifestado contra la guerra en sí. Jamás hemos dicho que matar a otro ser humano es el pecado más grande del mundo.

El último diario

¿Cuál es el futuro de la humanidad?

Viernes, 18 de marzo de 1983

EN el comedero de los pájaros había una docena o más de ellos piando, picoteando los granos, pugnando, peleándose entre sí, y cuando llegó otro pájaro grande, todos escaparon batiendo las alas. Cuando el pájaro grande volvió a irse, regresaron con su algarabía, riñendo, piando, haciendo una bulla tremenda. Al poco rato pasó cerca un gato y hubo agitación, chillidos y gran alboroto. Ahuyentaron al gato. Era uno de esos gatos salvajes, no un gato doméstico. Hay muchos de esos gatos salvajes por estos alrededores, los hay de diferentes formas, tamaños y colores. En el comedero había pájaros durante todo el día, algunos pequeños, otros grandes, y después llegó una urraca regañando a todo el mundo, a todo el universo, y ahuyentó a los otros pájaros, o más bien se fueron cuando llegó la urraca. Estaban todos muy alertas por la presencia de los gatos. Y al acercarse el anochecer, todos los pájaros se marcharon y hubo silencio, quietud, paz. Los gatos iban y venían, pero ya no había pájaros.

Esta mañana las nubes estaban llenas de luz y el aire contenía la promesa de más lluvias. Había estado lloviendo durante las últimas semanas. Hay un lago artificial, y las aguas estaban a punto de desbordarse. Todas las hojas verdes, los arbustos y los grandes árboles aguardaban la aparición del Sol, que no se había mostrado con el brillo

característico del sol californiano; por muchos días no había asomado su rostro.

Uno se pregunta cuál es el futuro de la humanidad, el futuro de todos esos niños que vemos gritando, jugando, con sus rostros tan felices, tiernos y hermosos. ¿Cuál es su futuro? El futuro es lo que somos ahora. Así ha sido históricamente por muchos miles de años: el vivir y el morir, y todo el tormento de nuestras existencias. Parece que no le prestamos mucha atención al futuro. En la televisión vemos el entretenimiento continuo que hay desde la mañana hasta altas horas de la noche, a excepción de uno o dos canales, pero éstas son programaciones muy breves y no demasiado serias. Los niños se entretienen. Todos los anuncios acrecientan la sensación de que nos están entreteniendo. ¿Cuál será el futuro de estos niños? Tenemos el entretenimiento del deporte, de treinta, cuarenta mil espectadores mirando a unas cuantas personas en el campo de juego y gritando hasta quedarse afónicos. Y uno también va y presencia alguna ceremonia, algún ritual que se realiza en una gran catedral, y eso también es una forma de entretenimiento, sólo que lo llamamos sagrado, religioso, pero sigue siendo un entretenimiento, una experiencia romántica, sentimental, una sensación de religiosidad. Observando todo esto en diferentes partes del mundo, viendo cómo la mente está ocupada con la diversión, el entretenimiento, el deporte, es inevitable que uno se pregunte, si es que de algún modo le preocupa: ¿Cuál es el futuro? ¿Más de lo mismo en formas diferentes? ¿Una variedad de diversiones?

Tenemos que considerar, pues, si es que de alguna manera nos damos cuenta de lo que nos está pasando, cómo los mundos del entretenimiento y del deporte están atrapando nuestra mente, conformando nuestra vida. ¿Adónde conduce todo esto? ¿O acaso es algo que no nos preocupa en absoluto? Probablemente el porvenir nos tenga sin cuidado. Quizá no hemos reflexionado al respecto, o, si lo hemos hecho, tal vez digamos que es dema-

siado complejo, demasiado alarmante, demasiado peligroso pensar en los años venideros, no en nuestra vejez particular sino en el destino, si podemos usar esa palabra, en el resultado de nuestro actual estilo de vida, lleno de toda clase de sentimientos y ocupaciones románticas, emocionales, sentimentales, y con todo el mundo del entretenimiento influyendo en nuestra mente. Si en cierta medida nos damos cuenta de todo esto, ¿cuál es el futuro de la humanidad?

Como decíamos antes, el futuro es lo que somos ahora. Si no hay un cambio —es decir, no adaptaciones superficiales ni someros ajustes a algún modelo político, religioso o social, sino un cambio mucho más profundo que exige nuestra atención, nuestro cuidado, nuestro afecto—, si no hay un cambio fundamental, entonces el futuro es lo que estamos haciendo cada día de nuestra vida en el presente. «Cambio» es una palabra más bien difícil. ¿Cambiarse a qué? ¿Cambiar de un patrón a otro? ¿De un concepto a otro? ¿De un sistema político o religioso a otro? ¿Cambiar de esto a aquello? Aquello sigue estando en el ámbito, en el campo de «lo que es». El cambiar de esto a aquello es proyectado, formulado por el pensamiento, establecido por un proceso material.

Uno debe, por lo tanto, investigar cuidadosamente esta palabra «cambio». ¿Hay cambio si existe un motivo? ¿Hay cambio si existe una dirección particular, una finalidad específica, una conclusión que parece sensata, racional? O tal vez una expresión más acertada que "cambio" sea «terminación de lo que es». La terminación, no el movimiento de «lo que es» a «lo que debería ser». Eso no es cambio. Pero la terminación, el cese, el... ¿cuál es la palabra apropiada? Me parece que «terminación» es una buena palabra, así que atengámonos a ella. La terminación. Pero si la terminación tiene un motivo, un propósito, si es objeto de decisión, entonces es meramente un cambio de esto a aquello. La palabra «decisión» implica una acción de la voluntad: «Haré esto», «No haré aque-

llo». Cuando en el acto de terminar con algo se introduce el deseo, éste se convierte en la causa de la terminación. Donde hay una causa hay un motivo y, por lo tanto, no existe en absoluto una verdadera terminación.

El siglo veinte ha experimentado grandes cambios producidos por dos guerras devastadoras, por el materialismo dialéctico, y el escepticismo en torno a las creencias, rituales y demás actividades religiosas, además del mundo tecnológico, que ha aportado muchísimos cambios; y habrá todavía más cambios cuando el ordenador esté completamente desarrollado. Nos hallamos sólo en el comienzo de ese desarrollo. Entonces, cuando el ordenador se imponga, ¿qué va a ocurrir con nuestras mentes humanas? Pero éste es otro tema que deberíamos abordar en otra ocasión.

Cuando predomina la industria del entretenimiento, tal como gradualmente lo está haciendo en la actualidad, cuando los jóvenes, los estudiantes, los niños son constantemente instigados al placer, a la fantasía, a la sensualidad romántica, las palabras «moderación» y «austeridad» se dejan a un lado y ni siquiera se les dedica nunca un solo pensamiento. La austeridad de los monjes, de los sanyasis que renuncian al mundo, que visten sus cuerpos con alguna clase de uniforme o simplemente con un pedazo de tela, su renuncia al mundo material ciertamente no es austeridad. Es probable que usted ni siquiera escuche esto, que no preste atención a las implicaciones que tiene la austeridad. Cuando desde la infancia se nos ha enseñado a divertirnos y a evadirnos de nosotros mismos mediante los entretenimientos, religiosos o de otra índole, y cuando la mayoría de los psicólogos dicen que debemos expresar todo cuanto sentimos, y que cualquier forma de abstinencia o restricción es nociva y conduce a diversas clases de neurosis, es natural que entremos cada vez más en el mundo del deporte, de la diversión y del entretenimiento, todo lo cual nos ayuda a escapar de nosotros mismos, de lo que somos.

Comprender la naturaleza de lo que somos, comprenderlo sin distorsión alguna, sin ningún prejuicio, sin ningún tipo de reacciones ante lo que descubrimos que somos, es el principio de la austeridad. La observación, el darse cuenta de cada pensamiento, de cada sentimiento, sin refrenarlos, sin controlarlos, sino observándolos como observamos un pájaro que vuela, sin introducir los propios prejuicios y distorsiones, ese observar da origen a un extraordinario sentido de austeridad que está mucho más allá de toda restricción, de toda la absurda preocupación con nosotros mismos y de toda esta idea de la autosuperación, de la realización personal. Todo eso es más bien pueril. En este observar existe una gran libertad, y en ella reside el sentido de dignidad que hay en la austeridad. Pero si uno le dijera todo esto a un grupo de estudiantes o de niños de la época actual, ellos, aburridos, probablemente mirarían por la ventana, porque este mundo está empeñado en su propia búsqueda de placer.

Una gran ardilla de color castaño claro descendió del árbol, subió al comedero, mordisqueó unos pocos granos, se sentó en la parte superior y miró alrededor, con sus ojos pequeños, redondos y brillantes, tenía erguida su arqueada cola; una criatura maravillosa. Permaneció allí sentada un momento, y después bajó, se desplazó sobre unas rocas y finalmente echó a correr hacia el árbol, trepó por él y desapareció.

Al parecer, el hombre siempre ha escapado de sí mismo, de lo que él es, ha evitado ver adónde va, comprender de qué se trata todo esto: el universo, su vida cotidiana, el morir y el comenzar. Es extraño que nunca nos demos cuenta de que por mucho que escapemos de nosotros mismos, por mucho que podamos alejarnos de manera consciente, deliberada, inconsciente o sutil, el conflicto, el placer, el dolor, el miedo, etcétera, siempre están ahí, y finalmente dominan. Uno puede tratar de reprimirlos, puede intentar apartarlos deliberadamente mediante un acto de la voluntad, pero reaparecen. El placer es uno de

los factores que predominan; también conlleva los mismos conflictos, el mismo dolor, el mismo aburrimiento. El hastío y la irritación del placer forman parte de la confusión de nuestra vida. No puede ser eludido, amigo mío. No podemos escapar de esta confusión profunda e insondable, a menos que realmente reflexionemos al respecto, y no sólo pensando en ello, sino que veamos con cuidadosa atención, con diligente vigilancia, todo el movimiento del pensar y del yo. Acaso digan que todo esto es demasiado fatigoso, incluso innecesario. Pero si no le prestamos atención, si no le hacemos caso, el futuro no sólo va a ser más destructivo, más intolerable, sino que carecerá casi por completo de significación. Éste no es un punto de vista deprimente o desalentador; es realmente así. Lo que somos ahora es lo que seremos en los días venideros. No podemos evitarlo. Es algo tan exacto como la salida y puesta del Sol. Ésta es la suerte de todos los seres humanos, de toda la humanidad, a menos que cambiemos todos y cada uno de nosotros, que nos transformemos en algo que no sea proyectado por el pensamiento.

El último diario

Comprensión del funcionamiento del ego

15 de junio de 1979

LA mayoría de los seres humanos son egoístas. No son conscientes de su propio egoísmo; es su forma de vida. Y si uno se da cuenta de que es egoísta, lo encubre muy cuidadosamente y se adapta al patrón de la sociedad, que es esencialmente egoísta. La mente egoísta es muy astuta. O bien es brutal y abiertamente egoísta, o adopta múltiples formas. Si usted es un político, el egoísmo busca poder, posición social y popularidad; se identifica con una idea, con una misión, y todo por el bien público. Si usted es un tirano, el egoísmo se expresa en la dominación brutal. Si tiene inclinaciones religiosas, ese egoísmo adopta la forma de la adoración, la devoción, la adhesión a determinada creencia o a algún dogma. También se expresa en la familia: el padre persigue su propio egoísmo en todas las distintas facetas de su vida, y lo mismo hace la madre. La fama, la prosperidad, la buena apariencia física constituyen una base para este movimiento oculto y rastrero del ego. Está en la estructura jerárquica del sacerdocio, por mucho que ellos puedan proclamar su amor a Dios, su adhesión a la imagen que ellos mismos han creado de su deidad particular. Los grandes industriales y el pobre oficinista poseen esta expansiva y entorpecedora sensualidad del yo. El monje que ha renunciado a la existencia mundana puede vagar por la faz de la Tierra o puede enclaustrarse en algún monasterio, pero no ha

abandonado este interminable movimiento del yo. Ellos pueden cambiar sus nombres, ponerse hábitos o hacer votos de castidad o de silencio, pero arden con algún ideal, alguna imagen, algún símbolo.

Lo mismo pasa con los científicos, con los filósofos y los profesores universitarios. El que se dedica a obras benéficas, los santos y los gurus, el hombre o la mujer que trabajan incansablemente para los pobres, todos intentan perderse a sí mismos en su trabajo, pero éste forma parte del egoísmo; lo han transferido a sus obras. Comienza en la infancia y continúa en la vejez. La soberbia del conocimiento, la engañosa humildad del líder, la esposa sumisa y el marido dominador, todos padecen esta enfermedad. El ego se identifica con el Estado, con innumerables grupos, ideas y causas, pero sigue siendo lo que era al principio.

Los seres humanos han experimentado con diversas prácticas, métodos y meditaciones para librarse de este centro que causa tanta desdicha y confusión, pero que, como una sombra, jamás es apresado. Está siempre ahí y se nos escapa de entre los dedos, se cuela por nuestra mente. A veces se fortalece o debilita según las circunstancias. Usted lo acorrala aquí y reaparece allá.

Uno se pregunta si el educador, que tiene tal responsabilidad respecto de una nueva generación, comprende no verbalmente lo dañino que es el yo, lo corruptivo, deformante y peligroso que es en nuestras vidas. Puede que el educador no sepa cómo librarse de él, que ni siquiera advierta que está ahí, pero una vez que vea la naturaleza de ese movimiento del yo, ¿puede comunicar sus sutilezas al estudiante? ¿Acaso no es su responsabilidad hacerlo? La comprensión del funcionamiento del ego es mucho más importante que el aprendizaje académico. El conocimiento puede ser usado por el yo para su propia expansión, su agresividad, su crueldad innata.

El egoísmo es el problema fundamental en nuestra vida. El conformismo y la imitación forman parte del

yo, al igual que la competencia y la actitud despiadada del talento. Si el educador en estas escuelas se toma a pecho, seriamente, esta cuestión —y yo espero que así lo haga—, entonces, ¿cómo ayudará al estudiante para que éste no sea egoísta? Usted podría decir que se trata de un don de los extraños dioses o descartarlo como algo imposible. Pero si usted es serio, como hay que ser, y es totalmente responsable del estudiante, ¿cómo procederá para liberar la mente de esta energía inmemorial y esclavizante, del ego que ha causado tanto dolor? ¿No explicaría usted con sumo cuidado, lo que significa afecto, y en palabras simples, cuáles son las consecuencias cuando él habla de manera airada, cuando golpea a alguien o cuando piensa en su propia importancia? ¿No se le puede explicar que cuando insiste en que «esto es mío», o alardea de que «lo hice yo», o elude por miedo una determinada acción, está construyendo, ladrillo a ladrillo, un muro a su alrededor? ¿No se le puede señalar, cuando los deseos, las sensaciones se imponen a su pensar racional, que la sombra del yo está creciendo? ¿No se le puede decir que donde esté el yo, en cualquiera de sus disfraces, no hay amor?

Pero el estudiante podría preguntarle al educador: «¿Ha comprendido usted bien todo esto o está meramente jugando con palabras?» Esa misma pregunta podría despertar su propia inteligencia y ésta le dará a usted la sensibilidad adecuada y las palabras apropiadas como respuesta.

Como educador usted no tiene posición social; es un ser humano con todos los problemas de la vida, igual que el estudiante. En el momento en que usted habla desde una posición de superioridad está realmente destruyendo la relación humana. Posición social significa poder y, cuando usted lo busca, consciente o inconscientemente, entra en un mundo de crueldad. Tiene usted una gran responsabilidad, amigo mío, y si asume esta responsabilidad total, que es amor, entonces las raíces del ego habrán desaparecido. Esto no se lo digo a modo de incentivo ni

para hacerle sentir que debe hacerlo, sino que, como todos somos seres humanos y representamos a la humanidad entera, somos total e íntegramente responsables, querámoslo o no. Usted puede tratar de eludir este hecho, pero ese movimiento mismo es la acción del yo. La claridad de percepción es lo que nos libera del yo.

Cartas a las escuelas

Una bendición de gran santidad

9 de octubre de 1961

ESTA mañana temprano no había una nube en el cielo; el Sol estaba despuntando por detrás de las colinas toscanas, a las que los olivos y los oscuros cipreses daban un tono gris. No había sombras sobre el río, y las hojas del álamo temblón estaban quietas. Se oía la algarabía de unos cuantos pájaros que no habían emigrado aún y el río parecía inmóvil. Cuando el Sol asomó del otro lado del río, proyectó largas sombras sobre las quietas aguas[1]. Pero una suave brisa ya soplaba por encima de las colinas y a través de los valles; pasaba entre las hojas haciéndolas temblar y danzar iluminadas por el Sol de la mañana. Había sombras cortas y largas, unas opulentas y otras exiguas, sobre las rutilantes aguas parduscas; una solitaria chimenea comenzó a humear, una humareda gris desplazándose por entre los árboles. Era una hermosa mañana plena de encanto y belleza, había tantas sombras y tantas hojas temblando. Había un perfume en el aire, y aunque el Sol era otoñal, se sentía el hálito de la primavera. Un auto pequeño estaba subiendo la colina, haciendo un ruido terrible, pero miles de sombras permanecían inmóviles. Era una hermosa mañana.

---

[2] *Diario*, Una pequeña laguna formada por el arroyo de un bosque.

Comenzó súbitamente en la tarde de ayer, en una habitación que daba sobre una calle ruidosa[2]; la fuerza y la belleza de «la otredad» se iba expandiendo desde la habitación hacia fuera por encima del tráfico, sobrepasando los jardines y rebasando las colinas. Estaba allí, inmensa e impenetrable; allí estaba en la tarde, y justo cuando uno se disponía a acostarse, allí estaba con furiosa intensidad, una bendición de gran santidad. No hay modo de acostumbrarse a ello porque es siempre diferente, siempre hay algo nuevo, una nueva cualidad, un sutil significado, una nueva luz, algo que no había sido visto antes. No era algo para ser almacenado, recordado y examinado con calma en un rato libre; estaba allí y no había pensamiento que pudiera aproximársele, porque el cerebro estaba quieto y no existía el tiempo para experimentar, para acumular. Estaba allí y todo pensamiento se aquietó.

La intensa energía de la vida está siempre ahí, día y noche. Es una energía sin fricción, sin dirección, sin opción ni esfuerzo. Está ahí con tal intensidad que el pensamiento y el sentimiento no pueden atraparla para moldearla de acuerdo con sus antojos, creencias, experiencias y requerimientos. Está ahí con una abundancia tal que nada puede disminuirla. Pero nosotros tratamos de usarla, de dirigirla, de atraparla dentro del molde de nuestra existencia y de ese modo torcerla para ajustarla a nuestro patrón, a nuestra experiencia y conocimiento. La ambición, la codicia, la envidia son las que reducen su energía, y así hay conflicto y dolor; la crueldad de la ambición personal o colectiva distorsiona su intensidad ocasionando odio, antagonismo y conflicto. Cada acto de envidia pervierte esta energía, causando descontento, aflicción y temor. Al temor lo acompañan la culpa, la ansiedad y la interminable desdicha de la comparación y la imitación. Es esta energía pervertida la que produce al sacerdote y al

[2] Un apartamento en Florencia, donde estaba de visita.

general, al político y al ladrón. Esta energía ilimitada, fragmentada por nuestro deseo de permanencia y seguridad, es el terreno de cultivo donde crecen las ideas estériles, la competencia, la crueldad y la guerra; es la causa del eterno conflicto entre los hombres.

Cuando todo esto es descartado, fácilmente y sin esfuerzo, sólo entonces hay esa intensa energía que únicamente puede existir y florecer en libertad. Sólo en libertad no es causa de conflicto y dolor; sólo entonces se incrementa y es infinita. Es la vida que no tiene principio ni fin; es creación que es amor, destrucción.

La energía que se emplea en una dirección determinada conduce a una sola cosa: al conflicto y el dolor. La energía que es la expresión de la totalidad de la vida es una dicha incomparable, más allá de toda medida.

V
Diálogos y discusiones

¿Existe Dios?

INTERLOCUTOR: Me gustaría saber de verdad si existe Dios. Si no existe, la vida no tiene sentido. Como no conoce a Dios, el hombre lo ha proyectado en miles de creencias e imágenes. La división y el miedo engendrados por todas estas creencias han separado al hombre de sus semejantes. Para escapar del dolor y del mal ocasionados por esta división, concibe aún más creencias y se ha anegado en un mar de desdicha y confusión crecientes. Como no sabemos, creemos. ¿Puedo conocer a Dios? Le he hecho esta pregunta a muchos santos, tanto en la India como aquí, y todos han hecho hincapié en la creencia: «Crea y entonces sabrá; sin fe no podrá saber nunca.» ¿Qué opina usted?

KRISHNAMURTI: ¿Se necesita creer para descubrir? Aprender es mucho más importante que conocer. Investigar lo que es la creencia significa acabar con ella. Cuando la mente está libre de creencias, entonces puede observar. Lo que ata es el creer o el no creer; ambos son lo mismo, son las dos caras de la misma moneda. Así que podemos descartar por completo la creencia positiva y la negativa, porque el creyente y el no creyente son iguales. Cuando esto realmente ocurre, entonces la pregunta de si existe Dios tiene un significado muy distinto. La palabra «Dios», con toda su tradición, sus recuerdos, sus conno-

taciones intelectuales y sentimentales, no es Dios. La palabra no es lo real. Por lo tanto, ¿puede la mente librarse de la palabra?

INTERLOCUTOR: No sé lo que eso significa.

KRISHNAMURTI: La palabra es la tradición, la esperanza, el deseo de encontrar lo absoluto, el afán por alcanzar lo supremo, el movimiento que da vitalidad a la existencia. De manera que la palabra misma se convierte en lo supremo y, no obstante, podemos ver que la palabra no es la cosa. La mente es la palabra y la palabra es pensamiento.

INTERLOCUTOR: ¿Y usted me pide que me deshaga de la palabra? ¿Cómo puedo hacer eso? La palabra es el pasado; es la memoria. La esposa es la palabra, y la casa es la palabra. En el principio fue el verbo, la palabra. La palabra es también el medio de comunicación y de identificación. Su nombre no es usted y, sin embargo, sin su nombre no puedo preguntar por usted. Y usted me pregunta si la mente puede estar libre de la palabra, o sea, ¿puede la mente librarse de su propia actividad?

KRISHNAMURTI: En el caso del árbol, el objeto está ante nuestros ojos, y la palabra, por acuerdo universal, se refiere al árbol. Pero en cuanto a la palabra «Dios», no se refiere a nada, y cada uno puede hacerse su propia representación de lo que carece de todo referente. El teólogo lo hace de una forma, el intelectual de otra, y tanto el creyente como el no creyente lo hacen cada cual a su manera. La esperanza genera esta creencia y después la búsqueda. Esta esperanza es el resultado de la desesperanza, de la desesperación que causa todo lo que vemos en el mundo que nos rodea. De la desesperación nace la esperanza, y éstas son también las dos caras de una misma moneda. Cuando no queda ninguna esperanza, ése es el

infierno, y este miedo al infierno nos proporciona la vitalidad de la esperanza. Entonces comienza la ilusión. O sea, que la palabra nos ha llevado a la ilusión y en absoluto a Dios. Dios es la ilusión que adoramos; el ateo crea la ilusión de otro dios al que también adora, como puede ser el Estado, alguna utopía o algún libro que según él contiene toda la verdad. De modo que le estoy preguntando si usted puede liberarse de la palabra y de su ilusión.

INTERLOCUTOR: Debo meditar sobre esto.

KRISHNAMURTI: Si no existe la ilusión, ¿qué queda?

INTERLOCUTOR: Sólo lo que es.

KRISHNAMURTI: «Lo que es» es lo más sagrado.

INTERLOCUTOR: Si «lo que es» es lo más sagrado, entonces la guerra, el odio, el desorden, el dolor, la avaricia y el saqueo son muy sagrados. Entonces no debemos hablar de ninguna clase de cambio. Si «lo que es» es sagrado, entonces cualquier asesino o saqueador y explotador podría decir: «No me toque, lo que estoy haciendo es sagrado.»

KRISHNAMURTI: La propia sencillez de la afirmación «"lo que es" es lo más sagrado» nos induce a un gran malentendido, porque no vemos la verdad que encierra. Si vemos que «lo que es» es sagrado, entonces no asesinamos, ni promovemos guerras, ni tenemos esperanzas, ni explotamos a nadie. Habiendo hecho estas cosas, no podemos alegar inmunidad contra una verdad que hemos violado. El hombre blanco que le dice al negro amotinado: «No interfiera, no incendie, porque "lo que es" es sagrado», no ha visto, porque si hubiese visto, el negro sería sagrado para él y entonces no habría necesidad de quemar nada. Por lo tanto, si cada uno de nosotros

ve esa verdad, tiene que haber un cambio. Este ver la verdad es el cambio.

INTERLOCUTOR: Vine aquí para descubrir si Dios existe y usted me ha confundido por completo.

KRISHNAMURTI: Usted vino a preguntar si Dios existe. Dijimos que la palabra conduce a la ilusión que adoramos y por su causa estamos dispuestos a destruirnos unos a otros. Cuando no hay ilusión, «lo que es» es lo más sagrado. Observemos ahora lo que realmente es. En un momento determinado, «lo que es» puede ser miedo, absoluta desesperación o una alegría pasajera. Estas cosas cambian constantemente. También existe el observador que dice: «Todas estas cosas a mi alrededor cambian, pero yo sigo siendo permanente.» ¿Es eso un hecho, lo que realmente es? ¿No está él cambiando también, sumando y restando de sí mismo, modificándose, ajustándose, convirtiéndose o no convirtiéndose en algo? De modo que tanto el observador como lo observado están cambiando constantemente. «Lo que es» es cambio. Ése es un hecho. Eso es «lo que es».

INTERLOCUTOR: Entonces, ¿es variable el amor? Si todo es un movimiento de cambio, ¿no es el amor también parte de ese movimiento? Y si el amor es variable, ¿puedo yo entonces amar a una mujer hoy y acostarme con otra mañana?

KRISHNAMURTI: ¿Es eso amor? ¿O está usted diciendo que el amor es distinto de su expresión? ¿O le da más importancia a la expresión que al amor, creando así contradicción y conflicto? ¿Puede el amor quedar atrapado en la rueda del cambio? De ser así, entonces el amor también puede ser odio, entonces el amor es odio. «Lo que es» es lo más sagrado sólo cuando la ilusión ha cesado por completo. Cuando no existe la ilusión, «lo que

es» es Dios, o cualquier otro nombre que queramos darle. Por lo tanto, Dios, no importa el nombre que le demos, existe cuando ha cesado el yo. Cuando usted existe, Dios no está. Cuando usted no existe, surge el amor. Cuando el yo existe, no hay amor.

Urge un cambio psicológico

Sufrimiento

INTERLOCUTOR: Me parece que he sufrido mucho toda mi vida, no físicamente, sino por causa de la muerte, la soledad y la completa inutilidad de mi existencia. Tuve un hijo al que amé mucho. Murió en un accidente. Mi mujer me abandonó, y eso me causó gran dolor. Supongo que soy como miles de otras personas de la clase media, con suficiente dinero y un empleo seguro. No me quejo de mis circunstancias, pero quiero comprender lo que significa el dolor y por qué tiene que existir. Nos han dicho que la sabiduría viene a través del sufrimiento, pero me he dado cuenta de que es todo lo contrario.

KRISHNAMURTI: Dudo que haya aprendido usted del sufrimiento. ¿Ha aprendido algo? ¿Qué le ha enseñado el dolor?

INTERLOCUTOR: Desde luego me ha enseñado a no apegarme nunca a las personas, cierta amargura, cierto desapego, y a no dejarme arrastrar por mis sentimientos. Me ha enseñado a cuidarme mucho para que no vuelvan a hacerme daño.

KRISHNAMURTI: Entonces, como usted dice, no le ha dado sabiduría; al contrario, lo ha hecho más astuto,

más insensible. ¿Acaso el sufrimiento nos enseña algo que no sean las obvias reacciones de autodefensa?

INTERLOCUTOR: Siempre he aceptado el sufrimiento como parte de mi vida, pero ahora siento, de alguna manera, que me gustaría librarme de él, librarme de toda la ridícula amargura e indiferencia, sin tener que pasar otra vez por todo el sufrimiento del apego. Mi vida es tan vacía y sin sentido, completamente introvertida e insignificante. Es una vida mediocre, y quizás esa mediocridad sea la mayor de las penas.

KRISHNAMURTI: Existe el dolor personal y el dolor del mundo, el dolor de la ignorancia y el dolor del tiempo. Esta ignorancia es la falta de conocimiento de sí mismo, y el sufrimiento del tiempo resulta del engaño de que el tiempo puede curar, sanar y cambiar. La mayor parte de la gente está atrapada en ese engaño y rinde culto al sufrimiento o se desentiende de él con explicaciones. Pero en ambos casos, el sufrimiento continúa, y uno nunca se pregunta si puede cesar.

INTERLOCUTOR: Pero ahora pregunto si puede terminar y cómo. ¿Cómo puedo terminar con él? Comprendo que no sirve de nada rehuir o resistirlo con amargura y cinismo. ¿Qué voy a hacer para terminar con la pena que he arrastrado por tanto tiempo?

KRISHNAMURTI: La lástima de sí mismo es uno de los ingredientes del sufrimiento. Otro ingrediente es el apegarse a alguien y estimular o alentar su apego a uno. El sufrimiento no existe sólo cuando el apego nos falla, sino que su semilla está en el mismo comienzo de ese apego. La dificultad en todo esto es la falta de conocimiento de sí. Conocerse a uno mismo pone fin al sufrimiento. Tenemos miedo de conocernos porque nos hemos dividido en lo bueno y lo malo, lo perverso y lo noble, lo

puro y lo impuro. Lo bueno está siempre juzgando lo malo, y esos fragmentos están en guerra entre sí. Esa guerra es sufrimiento. Para que cese el sufrimiento hay que ver el hecho y no inventar su opuesto, porque los opuestos se contienen mutuamente. El caminar en este corredor de los opuestos es sufrimiento. Esta fragmentación de la vida entre lo alto y lo bajo, lo noble y lo innoble, Dios y el diablo, ocasiona conflicto y dolor. Cuando existe el sufrimiento, no hay amor. El amor y el sufrimiento no pueden vivir juntos.

INTERLOCUTOR: ¡Ah! Pero el amor puede causarle sufrimiento a otro. Puedo amar a otro y a pesar de ello ocasionarle sufrimiento.

KRISHNAMURTI: Si lo ama, ¿se lo causa usted a él o se lo causa él a sí mismo? Si otro está apegado a usted, con estímulo o sin él, y usted lo abandona y él sufre, ¿es usted o él mismo la causa de su sufrimiento?

INTERLOCUTOR: ¿Quiere usted decir que no soy responsable del sufrimiento de otro, aun cuando sea por mi culpa? Entonces, ¿cómo puede terminar el sufrimiento?

KRISHNAMURTI: Como hemos dicho antes, el sufrimiento cesa sólo mediante el total conocimiento de sí mismo. ¿Se conoce usted de un vistazo o espera hacerlo después de un análisis prolongado? No puede conocerse mediante el análisis. Solo puede hacerlo en la relación, de instante en instante, cuando no hay acumulación. Eso significa que uno tiene que estar consciente, sin opción alguna, de lo que realmente está ocurriendo. Significa verse tal y como uno es, sin el opuesto, sin el ideal, sin el conocimiento de lo que uno ha sido. Si se mira con ojos de resentimiento o rencor, entonces lo que ve está teñido por el pasado. Deshacerse del pasado todo el tiempo, cuando uno se ve, es liberarse del pasado. El sufrimiento

cesa sólo cuando existe la luz de la comprensión, y esa luz no se enciende por una experiencia o por un destello de entendimiento; esta comprensión se enciende a sí misma todo el tiempo. Nadie puede dársela, ninguna estratagema, ningún libro, maestro o salvador. La comprensión de sí mismo es el cese del sufrimiento.

Urge un cambio psicológico

La vida religiosa

INTERLOCUTOR: Me gustaría saber lo que es la vida religiosa. He residido en monasterios varios meses, he meditado, he llevado una vida disciplinada y he leído muchísimo. He visitado varios templos, iglesias y mezquitas. He tratado de llevar una vida muy sencilla, inofensiva, procurando no herir a la gente ni a los animales. Pero indudablemente una vida religiosa no puede reducirse a esto. He practicado yoga, estudiado zen y seguido varias disciplinas religiosas. Soy y siempre he sido vegetariano. Como puede comprobar, me estoy haciendo viejo. He vivido con algunos de los santos en diferentes partes del mundo, pero de alguna manera siento que todo esto es solamente la envoltura de lo real. De modo que me pregunto si podríamos discutir hoy lo que usted entiende por una vida religiosa.

KRISHNAMURTI: Un día vino a verme un sanyasi. Estaba triste. Dijo que había hecho voto de castidad y que había abandonado el mundo para convertirse en un mendicante, vagando de pueblo en pueblo, pero sus deseos sexuales eran tan apremiantes que una mañana decidió extirparse quirúrgicamente los órganos genitales. Sufrió constantes dolores durante muchos meses, pero de alguna manera sanó y, al cabo de muchos años, se dio plena cuenta de lo que había hecho. Por eso vino a verme; en aquella

pequeña habitación me preguntó qué podría hacer ahora, una vez mutilado, para volver a la normalidad, claro que no a la física, pero sí interiormente. Había hecho esto porque la actividad sexual se considerada contraria a la vida religiosa, mundana, perteneciente al mundo del placer, algo que un verdadero sanyasi debe evitar a toda costa. Y dijo: «Aquí estoy, sintiéndome totalmente perdido, privado de mi hombría. Luché tan tenazmente contra mis deseos sexuales, tratando de controlarlos, que por último ocurrió esta terrible desgracia. ¿Qué debo hacer ahora? Sé que actué erróneamente. Mi energía casi se ha agotado y parece que mi vida acaba en tinieblas.» Estrechó mi mano y permanecimos sentados en silencio por algún tiempo.

¿Es ésta una vida religiosa? ¿Es la negación del placer o de la belleza el camino que conduce a una vida religiosa? ¿Conduce a una vida religiosa negar la belleza del cielo, de las colinas y de la forma humana? Pero eso es lo que la mayor parte de los santos y monjes creen. Se torturan en esa creencia. ¿Puede una mente torturada, torcida, distorsionada, descubrir alguna vez lo que es una vida religiosa? Sin embargo, todas las religiones sostienen que el único camino hacia la realidad, Dios, o como quieran llamarlo, es mediante esa tortura y distorsión. Todas distinguen entre lo que llaman vida religiosa o espiritual y lo que denominan vida mundana.

Un hombre que vive sólo para el placer, con destellos ocasionales de tristeza y piedad, cuya vida está entregada por entero a la diversión y el entretenimiento, es, desde luego, un hombre de mundo, aunque también pueda ser muy astuto, muy erudito y llene su vida con los pensamientos ajenos y los suyos propios. Y también es mundano, sin lugar a dudas, un hombre que tiene un talento y lo emplea en beneficio de la sociedad o para su propio placer y que en el ejercicio de ese talento adquiere fama. Pero también es mundano acudir a orar a la iglesia, al templo o a la mezquita, saturado de prejuicios, fanatismo y completamente insensible a la brutalidad que eso supo-

ne. Es mundano ser patriota, nacionalista, idealista. El hombre que se recluye en un monasterio, levantándose a determinadas horas fijas, siempre con un libro en la mano, leyendo y orando, es, sin duda, también mundano. Y el hombre que sale a hacer obras benéficas, bien sea un reformador social o un misionero, es exactamente igual que el político en lo que respecta a su compromiso con el mundo. La división entre la vida religiosa y el mundo es la esencia misma de la mundanalidad. Las mentes de todos ellos, de monjes, santos y reformadores, no se diferencian mucho de las de aquellos que sólo se interesan por las cosas que proporcionan placer.

De modo que es importante que no dividamos la vida en mundana y no mundana. Es importante no distinguir entre lo mundano y lo que llamamos religioso. Sin el mundo material, de la materia, no estaríamos aquí. Sin la belleza del cielo y del árbol solitario en la colina, sin esa mujer que pasa y ese hombre que va montado a caballo, la vida no sería posible. Nos interesamos por la totalidad de la vida y no por aquella parte de ella que consideramos religiosa en contraposición con el resto. Comenzamos, pues, a ver que la vida religiosa se interesa por el todo y no por la parte.

INTERLOCUTOR: Comprendo lo que dice. Tenemos que considerar la totalidad de la vida; no podemos separar el mundo de lo que llamamos espíritu. Entonces la cuestión es: ¿De qué forma podemos actuar religiosamente en relación con todas las cosas de la vida?

KRISHNAMURTI: ¿Qué entendemos por actuar religiosamente? ¿No quiere usted decir una manera de vivir en la que no haya división: división entre lo mundanal y lo religioso, entre lo que debería y lo que no debería ser, entre usted y yo, entre lo agradable y lo desagradable? Esta división es conflicto. Una vida de conflictos no es una vida religiosa. Una vida religiosa sólo es posible cuando comprendemos profundamente el conflicto. Esta

comprensión es inteligencia. Es esa inteligencia la que actúa correctamente. Lo que la mayor parte de la gente denomina inteligencia es destreza en alguna actividad técnica, astucia en los negocios o argucia política.

INTERLOCUTOR: O sea, que mi pregunta quiere realmente decir: ¿Cómo va uno a vivir sin conflicto y cómo infundir ese sentimiento de verdadera santidad, que no es simplemente devoción sentimental condicionada por algún redil religioso, no importa cuán venerado y antiguo sea ese redil?

KRISHNAMURTI: Un hombre que viva sin apenas conflictos en una aldea o que sueñe en una cueva ubicada en la ladera de una colina «sagrada», no está viviendo la vida religiosa a la que nos referimos. Terminar con el conflicto es una de las cosas más complejas. Necesita observación de uno mismo y la sensibilidad de la percepción de lo exterior, al igual que de lo interno. El conflicto sólo puede concluir cuando se comprende la contradicción en uno mismo. Esta contradicción existirá siempre si uno no se libera de lo conocido, que es el pasado. Liberarse del pasado significa vivir en el ahora, que no pertenece al tiempo, en el que sólo existe ese movimiento de la libertad no contaminado por el pasado, por lo conocido.

INTERLOCUTOR: ¿Qué entiende usted por liberarse del pasado?

KRISHNAMURTI: El pasado está constituido por todos los recuerdos acumulados. Esos recuerdos actúan en el presente y crean nuestras esperanzas y temores del futuro. Esas esperanzas y temores constituyen el futuro psicológico; sin ellos no existe el futuro. Así que el presente es la acción del pasado, y la mente es este movimiento del pasado. El pasado actuando en el presente crea lo que llamamos el futuro. Esta reacción del pasado

es involuntaria, no es requerida ni invitada, y se nos viene encima antes de que nos demos cuenta.

INTERLOCUTOR: En ese caso, ¿cómo vamos a librarnos de él?

KRISHNAMURTI: Darse cuenta de ese movimiento, sin elección, porque la elección es, a su vez, parte del mismo movimiento del pasado, es observar el pasado en acción; esa observación no es un movimiento del pasado. Observar sin la imagen del pensamiento es acción en la que el pasado ha cesado. Observar el árbol sin pensamiento es acción sin pasado. Observar la acción del pasado es igualmente acción sin pasado. El estado de ver es más importante que lo que se ve. Darse cuenta del pasado en esa observación no selectiva no es sólo actuar de manera diferente, sino ser diferente. En ese darse cuenta, la memoria actúa sin impedimento y con eficiencia. Ser religioso significa darse cuenta no selectiva hasta tal punto que se es libre de lo conocido, aunque lo conocido siga actuando donde y cuando tiene que hacerlo.

INTERLOCUTOR: Pero lo conocido, el pasado, a veces actúa aun cuando no debería hacerlo, todavía interviene para causar conflictos.

KRISHNAMURTI: Darse cuenta de eso también significa hallarse en un estado de inacción con respecto al pasado que actúa. Por lo tanto, estar libre de lo conocido es la verdadera vida religiosa. Eso no significa eliminar lo conocido, sino entrar en una dimensión totalmente diferente desde la que se observa lo conocido. Esta acción de ver sin opción es la acción del amor. La vida religiosa es esa acción, todo vivir es esa acción, y la mente religiosa es esa acción. Por lo tanto, la religión, la mente, la vida y el amor son una sola cosa.

Urge un cambio psicológico

Sobre la verdadera negación

MAESTRO: En una de sus pláticas a los niños usted dijo que cuando surge un problema uno debe resolverlo de inmediato. ¿Cómo ha de hacerse eso?

KRISHNAMURTI: Para resolver un problema inmediatamente, usted tiene que comprender el problema. ¿Es la comprensión de un problema una cuestión de tiempo o es cosa de percepción intensa, de intensidad en el ver? Digamos que yo tengo un problema, que soy vanidoso. Es un problema para mí en el sentido de que crea un conflicto, una contradicción dentro de mí. Es verdad que soy vanidoso y también es cierto que no quiero serlo. Primeramente debo entender el hecho de que soy vanidoso. Tengo que vivir con ese hecho. Debo no sólo estar intensamente atento al hecho, sino comprenderlo en su totalidad. Ahora bien, ¿es una cuestión de tiempo la comprensión? Puedo ver el hecho de inmediato, ¿verdad? Y la instantaneidad de la percepción, del ver, disuelve el hecho. Cuando veo una cobra, hay acción instantánea. Pero no veo la vanidad del mismo modo. Cuando veo la vanidad, o bien me gusta y por lo tanto continúo con ella, o no la quiero porque genera conflicto. Si no genera conflicto, no hay problema.

La percepción y la comprensión no pertenecen al tiempo. La percepción es cuestión de intensidad en el

ver, un ver que es total. ¿Cuál es la naturaleza de ese ver algo totalmente? ¿Qué es lo que a uno le da la capacidad, la energía, la vitalidad, el impulso de encarar algo de inmediato, con toda su energía no dividida? En el momento que uno ha dividido la energía, surge el conflicto y, por lo tanto, no existe el ver, no existe la percepción de algo en su totalidad. Ahora bien, ¿qué es lo que le da la energía para hacerlo saltar cuando ve una cobra? ¿Cuáles son los mecanismos que hacen que todo el ser, orgánico y psicológico, salte sin vacilación alguna, de manera que la reacción sea inmediata? ¿Qué es lo que ha intervenido en esta inmediatez? Han intervenido varias cosas en esa acción inmediata: miedo, protección natural, los cuales deben estar presentes, el conocimiento de que la cobra es mortífera.

Ahora bien, ¿por qué no tenemos la misma acción enérgica con respecto a la disolución de la vanidad? Estoy tomando la vanidad como un ejemplo. Existen diversas causas que han contribuido a mi falta de energía. Me gusta la vanidad, el mundo se basa en ella, es el fundamento del modelo de comportamiento social, me proporciona cierta sensación de vitalidad, cierta cualidad de dignidad, de superioridad, la impresión de que soy un poco mejor que otros. Todo esto obstruye esa energía que se necesita para disolver la vanidad. Entonces, o bien analizo todas las causas que han obstaculizado mi acción, impidiéndome disponer de la energía para encarar la vanidad, o veo el hecho de inmediato. El análisis es un proceso de tiempo, un proceso de postergación. Mientras estoy analizando, la vanidad continúa y el tiempo no va a terminar con ella. De esta manera, tengo que ver la vanidad en su totalidad, pero carezco de la energía necesaria para ver. Ahora bien, reunir la energía disipada requiere que lo haga no sólo cuando me estoy enfrentando a un problema como la vanidad, sino que debo estar acumulando energía todo el tiempo, incluso cuando no hay ningún problema. Nosotros no tenemos

problemas permanentemente. Hay momentos en que no tenemos ninguno. Si en esos momentos acumulamos energía —acumular en el sentido de estar despiertos—, entonces, cuando surge el problema, podemos hacerle frente sin pasar por el proceso del análisis.

MAESTRO: Existe otra dificultad. Cuando no hay problemas ni estamos acumulando esta energía, tiene lugar cierta forma de actividad mental.

KRISHNAMURTI: Hay un desgaste de energía en la mera repetición, en reaccionar a la memoria, a la experiencia. Si observa su propia mente, verá que un suceso placentero se repite una y otra vez. Usted quiere regresar a él, quiere pensar en él, y por lo tanto el suceso adquiere cierto ímpetu. Cuando la mente está alerta, no hay disipación. ¿Es posible dejar que ese ímpetu, que ese pensamiento florezca? Esto implica no decir nunca «esto está bien o está mal», sino vivir el pensamiento hasta el final, sentir que el pensamiento puede florecer de manera que se termine por sí mismo.

¿Deberíamos abordar el problema de otro modo? Hemos estado hablando de crear una generación con una nueva cualidad de la mente. ¿Cómo lo haremos? Si yo fuera maestro aquí, éste sería mi interés fundamental, y es obvio que un buen educador lleva este interés en el corazón: producir una mente nueva, una nueva sensibilidad, un nuevo sentir hacia los árboles, el cielo, el firmamento, los ríos, crear una conciencia nueva, no la vieja conciencia refundida en un nuevo molde. Me refiero a una mente completamente nueva, no contaminada por el pasado. Si ése es mi interés, ¿cómo lo llevo a cabo?

En primer lugar, ¿se puede producir una mente nueva de tal naturaleza? No una mente que sea una continuación del pasado en un nuevo molde, sino una mente no contaminada. ¿Es eso factible, o debe el pasado continuar en el presente para ser modificado y puesto en un nuevo

molde? En cuyo caso no hay nueva generación; es la vieja generación que se repite en una forma nueva.

Yo creo que es posible crear una generación nueva. Y pregunto: ¿Cómo he de hacer, no sólo para experimentar esto en mí mismo, sino para expresárselo al estudiante?

Si yo veo algo experimentalmente en mí, no puedo dejar de expresárselo al estudiante. Indudablemente, no es una cuestión de yo y el otro, sino algo compartido, ¿verdad?

¿Cómo he de producir, entonces, una mente que no esté contaminada? Usted y yo no somos recién nacidos, hemos sido contaminados por la sociedad, por el hinduismo, por la educación, por la familia, la sociedad, los periódicos. ¿Cómo nos abrimos paso a través de la contaminación? ¿Digo que ésta forma parte de mi existencia y la acepto? ¿Qué hago, señor? Aquí tenemos un problema: nuestras mentes están contaminadas. Para los de mayor edad es más difícil abrirse paso. Usted es comparativamente joven y el problema es descontaminar la mente. ¿Cómo ha de hacerse?

O bien es posible o no lo es. Entonces, ¿cómo ha de descubrir uno si lo es o no? Me gustaría que se metiera de lleno en esto.

¿Sabe lo que significa la palabra «negación»? ¿Qué significa negar el pasado, negar que uno es hindú? ¿Qué entiende usted por la palabra «negar»? ¿Ha negado algo alguna vez? Existe una negación verdadera y una falsa negación. La negación que obedece a un motivo es una negación falsa. Negar con un propósito, con una intención, negar con un ojo puesto en el futuro no es negar. Si yo niego algo con el fin de conseguir otra cosa, eso no es negación. Pero existe una negación que no obedece a un motivo. Cuando niego sin saber qué es lo que me depara el futuro, ésa es la verdadera negación. Niego ser hindú, niego pertenecer a organización alguna, niego cualquier credo particular, y en esa misma negación me vuelvo completamente inseguro. ¿Conoce usted una negación

semejante, ha negado algo alguna vez? ¿Puede negar de este modo el pasado, negar sin saber lo que el futuro le depara? ¿Puede negar lo conocido?

MAESTRO: Cuando niego algo, digamos el hinduismo, hay una comprensión simultánea de lo que es el hinduismo.

KRISHNAMURTI: Lo que discutíamos es la posibilidad de producir una mente nueva. Una mente que está contaminada no puede ser nueva. Así que estamos hablando de la descontaminación y si ésta es posible. Y en relación con eso comencé por preguntar qué es lo que usted entiende por negación, porque me parece que la negación tiene muchísimo que ver con esto. La negación tiene que ver con una mente nueva. Si yo niego limpiamente, sin raíces, sin motivos, ésa es la negación real. Ahora bien, ¿es posible? Mire, si yo no niego por completo la sociedad en la que están incluidas la política, la economía, las relaciones sociales, la ambición, la codicia, si no niego todo eso por completo, es imposible descubrir qué significa tener una mente nueva. Por lo tanto, el primer paso en asentar los cimientos consiste en negar las cosas que he conocido. ¿Es eso posible?

Es obvio que las drogas no van a producir una mente nueva; nada la producirá, excepto una negación total del pasado. ¿Es eso posible? ¿Qué dice usted? Y si he respirado el perfume, si he visto, si he gustado una negación de tal naturaleza, ¿cómo haré para comunicársela al estudiante? Él debe tener lo conocido en abundancia: matemáticas, geografía, historia, y, no obstante, debe estar plena e inexorablemente libre de lo conocido.

MAESTRO: Señor, todas las sensaciones dejan un residuo, una perturbación que conduce a diversos tipos de conflicto y otras formas de actividad mental. El enfoque religioso tradicional consiste en renunciar a estas sensa-

ciones mediante la disciplina y la negación. Pero en lo que usted dice parece haber una receptividad elevada con respecto a tales sensaciones, de modo que las sensaciones se perciben sin distorsión alguna y sin residuo.

KRISHNAMURTI: Ésa es la cuestión. Sensibilidad y sensación son dos cosas diferentes. Una mente que es esclava del pensamiento, de la sensación, de los sentimientos, es una mente residual. Goza con los residuos, disfruta pensando en el mundo placentero y cada pensamiento deja una huella, que es el residuo. Cada pensamiento sobre un determinado placer que usted ha experimentado deja una marca que contribuye a la insensibilidad. Es obvio que eso entorpece la mente; la disciplina, el control y la represión la embotan todavía más. Yo digo que la sensibilidad no es sensación, que la sensibilidad significa que no hay marcas, que no hay residuos. ¿Cuál es, entonces, la cuestión?

MAESTRO: ¿La negación de que usted habla es diferente de la que consiste en restringir las sensaciones?

KRISHNAMURTI: ¿Cómo ve usted esas flores, cómo ve su belleza y es completamente sensible a ellas de modo que no haya residuos, ni recuerdos, para que cuando vuelva a verlas una hora más tarde, usted vea una nueva flor? Eso no es posible si la ve como una sensación y asocia esa sensación con las flores, con el placer. El modo tradicional es excluir por completo lo placentero porque tales asociaciones despiertan otras formas de placer; por eso usted se disciplina para no mirar. Extirpar la sensación con un bisturí es algo inmaduro. ¿Cómo han de hacer entonces la mente y los ojos para ver el extraordinario color sin que deje marca alguna?

Yo no estoy pidiendo un método. ¿Cómo surge ese estado? De otro modo no podemos ser sensibles. Es como una placa fotográfica que recibe impresiones y se renueva

a sí misma. Es expuesta y, sin embargo, se vuelve negativa para la siguiente impresión. Así, todo el tiempo, la mente se está purificando de cada placer. ¿Es eso posible o en lugar de tratar con hechos estamos jugando con las palabras?

El hecho que veo claramente es que cada sensibilidad residual, cada sensación embota la mente. Niego ese hecho, pero no sé qué significa ser tan extraordinariamente sensible que las experiencias no dejen huella y, no obstante, vea esa flor con plenitud, con tremenda intensidad. Veo como un hecho innegable que cada sensación, cada sentimiento, cada pensamiento deja una huella, moldea la mente, y que esas impresiones no pueden en modo alguno producir una mente nueva. Veo que tener una mente con huellas implica muerte, de modo que niego la muerte. Pero no conozco lo otro. También veo que una buena mente es sensible, sin el residuo de la experiencia. Experimenta, pero la experiencia no deja secuelas de las que extraiga más experiencias, más conclusiones, más muerte.

Niego lo uno y desconozco lo otro. ¿Cómo va a tener lugar esta transición de la negación de lo conocido a lo desconocido?

¿Cómo niega uno? ¿Niega uno lo conocido, no en grandes sucesos dramáticos, sino en los pequeños acontecimientos? ¿Niego cuando me estoy afeitando y recuerdo lo bien que lo pasé en Suiza? ¿Niega uno el recuerdo de un rato agradable? ¿Se da uno cuenta de ello y lo niega? Eso no es dramático, no es espectacular, no se entera nadie. Y, sin embargo, esta constante negación de las cosas pequeñas, estas pequeñas eliminaciones, las pequeñas borraduras, y no sólo una impresionante gran limpieza, son esenciales. Es esencial negar el pensamiento como recuerdo, agradable o desagradable, cada minuto del día y a medida que va surgiendo. Uno hace esto sin ningún motivo, no lo hace con el fin de entrar en el extraordinario estado de lo desconocido. Usted vive en el

Valle de Rishi y piensa en Bombay o Roma. Esto crea conflicto, embota la mente, la divide. ¿Puede verlo y descartarlo? ¿Puede seguir descartándolo, no porque desee entrar en lo desconocido? Usted nunca puede saber lo que es lo desconocido, porque en el momento en que lo reconoce como lo desconocido se encuentra nuevamente en lo conocido.

El proceso de reconocimiento es un proceso por el cual lo conocido continúa. Como no sé qué es lo desconocido, sólo puedo hacer lo siguiente: ir desprendiéndome del pensamiento conforme va surgiendo.

Usted ve esa flor, la siente, ve su belleza, su intensidad, su extraordinaria brillantez. Después va usted al cuarto en que vive, que es feo, no está bien proporcionado. Usted vive en ese cuarto pero tiene cierta sensación de belleza y comienza a pensar en la flor; entonces atrapa el pensamiento conforme surge y lo borra. Ahora bien, ¿a qué profundidad descarta usted, desde qué profundidad niega la flor, niega a su esposa, a sus dioses, su vida económica? Usted tiene que vivir con su mujer, con sus hijos, con esta horrible y monstruosa sociedad. No puede apartarse de la vida. Pero cuando niega por completo el pensamiento, el dolor y el placer, su relación es diferente. De modo que debe haber una negación total, no parcial, no un conservar las cosas que le agradan y negar las que no le agradan.

Bien, ¿cómo le transmite usted al estudiante lo que ha comprendido?

MAESTRO: Usted ha dicho que en el enseñar y el aprender existe un estado de intensidad en el cual uno no dice «yo le estoy enseñando algo». Ahora bien, ¿este constante borrar las huellas del pensamiento tiene algo que ver con la intensidad del estado de enseñar-aprender?

KRISHNAMURTI: Evidentemente. Mire, yo siento que el enseñar y el aprender son lo mismo. ¿Qué es lo

que tiene lugar aquí? Yo no le estoy enseñando, no soy su maestro o autoridad. Simplemente exploro y le comunico mi exploración. Usted puede tomarlo o dejarlo. La posición es la misma con respecto a los estudiantes.

MAESTRO: ¿Qué es entonces lo que tiene que hacer el profesor?

KRISHNAMURTI: Usted sólo puede descubrirlo cuando está negando constantemente. ¿Lo ha intentado alguna vez? Es como si no pudiera dormirse ni un solo minuto durante el día.

MAESTRO: Eso no sólo requiere energía, sino que también libera una gran cantidad de energía.

KRISHNAMURTI: Pero primero debe usted tener la energía para negar.

Sobre la educación

Iluminación

INTERLOCUTOR: Todas las personas llamadas religiosas tienen algo en común y veo esto mismo en la mayoría de las personas que vienen a escucharle a usted. Todos están buscando algo a lo que denominan de distintos modos: nirvana, liberación, iluminación, autorrealización, eternidad o Dios. Su meta se encuentra definida y se le presenta ante ellos en varias enseñanzas. Cada una de estas enseñanzas, de estos sistemas, tiene su colección de libros sagrados, sus disciplinas, sus maestros, su moralidad, su filosofía, sus promesas y amenazas, un sendero angosto y recto que excluye al resto del mundo y que promete a su término algún tipo de cielo. La mayoría de estos buscadores van de un sistema a otro, sustituyendo con la enseñanza de cuño más reciente la que descartaron hace poco. Van de una orgía emocional a otra, sin darse cuenta de que en toda esta búsqueda se repite el mismo fenómeno. Algunos de ellos se quedan en un sistema con un grupo y se niegan a cambiar de opinión y de sitio. Otros acaban creyendo que han realizado lo que sea que querían realizar y entonces pasan sus días en cierta beatitud retirada, atrayendo a su vez a un grupo de discípulos que vuelven a reanudar todo el ciclo. En todo esto existe la codicia compulsiva de alcanzar cierta realización y, con frecuencia, la amarga decepción y frustración del fracaso. Todo esto me parece muy enfermizo. Esta gente

sacrifica el vivir cotidiano por cierto objetivo imaginario y de este tipo de ambiente emana una sensación de lo más desagradable: fanatismo, histeria, violencia y estupidez. Uno se sorprende de encontrar entre ellos a ciertos buenos escritores que por lo demás parecen ser bastante cuerdos. A todo esto se le denomina religión. Todo este asunto huele que apesta. Éste es el incienso de la beatería. Lo he observado en todas partes. Esta búsqueda de iluminación causa grandes estragos y se sacrifica a las personas en el proceso. Ahora yo quisiera preguntarle: ¿Existe realmente la iluminación y, de ser así, en qué consiste?

KRISHNAMURTI: Si es una forma de evadirse de la vida cotidiana, que es el extraordinario movimiento de la relación, entonces esta denominada realización, esta «iluminación», o como quiera llamarla, es ilusión e hipocresía. Todo lo que niega el amor y el entendimiento de la vida y de la acción tiene forzosamente que causar mucho daño, tuerce la mente y la vida se convierte en una horrible pesadilla. Así que si aceptamos eso como axiomático, entonces tal vez podamos proceder a investigar si la iluminación —sea cual fuere su significado— puede encontrarse en el acto mismo de vivir. Después de todo, vivir es más importante que cualquier idea, ideal, meta o principio. Debido a que no sabemos lo que es el vivir nos inventamos estos conceptos visionarios y nada realistas que proporcionan un modo de evasión. La verdadera cuestión es: ¿Puede uno encontrar iluminación en el vivir, en las actividades cotidianas de la vida, o es algo reservado para unos cuantos que están dotados de cierta capacidad extraordinaria para descubrir esta beatitud? Iluminación significa ser una luz para sí mismo, pero una luz que no es proyectada o imaginada por uno mismo, que no es algún tipo de idiosincrasia personal. Después de todo, ésta ha sido siempre la enseñanza de la verdadera religión, aunque no la de la creencia y el temor organizados.

INTERLOCUTOR: ¡Usted menciona la enseñanza de la verdadera religión! Esto crea de inmediato el grupo de los profesionales y especialistas en oposición al resto del mundo. ¿Quiere usted decir, entonces, que la religión existe separada de la vida?

KRISHNAMURTI: La religión no existe separada de la vida; al contrario, es la vida misma. Es precisamente esta división entre la religión y la vida lo que ha generado toda esta desdicha que usted menciona. De modo que volvemos a la cuestión básica de si es posible, en la existencia diaria, vivir en un estado al que de momento llamaremos iluminación.

INTERLOCUTOR: Todavía no sé lo que usted entiende por iluminación.

KRISHNAMURTI: Un estado de negación. La negación es la acción más positiva, no la afirmación positiva. Es muy importante que se entienda esto. La mayoría de nosotros aceptamos con demasiada facilidad el dogma positivo, un credo positivo, porque queremos estar seguros, pertenecer a algo, estar apegados, depender. La actitud positiva divide y produce dualidad. Entonces empieza el conflicto entre esta actitud y las demás. Pero la negación de todos los valores, de toda moralidad, de toda creencia, al no tener fronteras, no puede oponerse a nada. Una declaración positiva, por definición, separa y la separación es resistencia. Estamos acostumbrados a esto, éste es nuestro condicionamiento. Negar todo esto no es inmoral; al contrario, negar toda división y resistencia es la moralidad más elevada. Negar todo lo que el hombre ha inventado, negar todos sus valores, ética y dioses, significa encontrarse en un estado mental en el que no hay dualidad, por consiguiente, no hay resistencia o conflicto entre los opuestos. En este estado no hay opuestos y este estado no es lo opuesto de alguna otra cosa.

INTERLOCUTOR: ¿Cómo sabe usted entonces lo que es bueno y lo que es malo? ¿O no existen el bien y el mal? ¿Qué va a impedir que yo cometa un crimen o incluso que asesine? Si no tengo criterios morales, ¿qué va a impedir que incurra en sabe Dios qué aberraciones?

KRISHNAMURTI: Negar todo esto significa negarse a uno mismo, y uno es la entidad condicionada que continuamente persigue un bien condicionado. Para la mayoría de nosotros, la negación se nos presenta como un vacío porque sólo conocemos la actividad dentro de la prisión de nuestro condicionamiento, miedo y desdicha. Desde ahí observamos la negación y nos la imaginamos como cierto estado terrible de aniquilación o vacío. Para el hombre que ha negado todos los dictámenes de la sociedad, la religión, la cultura y la moralidad, el hombre que todavía permanece en la prisión del conformismo social es un hombre afligido. La negación es el estado de iluminación que interviene en todas las actividades de un hombre que está libre del pasado. Es el pasado, con su tradición y su autoridad, lo que tiene que ser negado. La negación es libertad, y el hombre libre es el que vive, ama y sabe lo que significa morir.

INTERLOCUTOR: Hasta ahí está claro, pero usted no dice nada sobre ningún tipo de vislumbre de lo trascendental, lo divino, o como quiera llamarlo.

KRISHNAMURTI: Vislumbrar eso sólo puede acontecer en libertad, pero cualquier afirmación acerca de ello es la negación de la libertad; toda afirmación al respecto se convierte en una comunicación verbal sin sentido. Existe, pero no puede ser encontrado o inducido, y mucho menos aprisionado en ningún sistema o emboscado mediante ninguna estratagema ingeniosa de la mente. No se encuentra en las iglesias, en los templos o las mezquitas. No existe un sendero que conduzca al mismo, ningún guru, ningún

sistema que pueda revelar su belleza; su éxtasis sólo se produce cuando hay amor. Esto es iluminación.

INTERLOCUTOR: ¿Aporta algún nuevo entendimiento de la naturaleza del universo, de la conciencia o del ser? Todos los textos religiosos están llenos de ese tipo de cosas.

KRISHNAMURTI: Eso es como hacer preguntas acerca de la otra orilla mientras se vive y sufre en ésta. Cuando uno se encuentra en la otra orilla se es todo y nada, y nunca se hace semejantes preguntas. Todas las preguntas de esa clase pertenecen a esta orilla y, en realidad, no tienen ningún sentido. Empiece a vivir y se encontrará allí, sin necesidad de preguntar, sin buscar, sin miedo.

Conversaciones

Bibliografía

Cuatro pláticas en Bombay, 1967: *Obras Completas de J. Krishnamurti*, vol. XVII. Copyright 1991, Krishnamurti Foundation of America.
Preguntas y respuestas de las pláticas en Nueva Delhi, del 14 de noviembre y 19 de diciembre de 1948, y de la plática en Londres, del 23 de octubre de 1949: *Obras Completas de J. Krishnamurti*, vol. V. Copyright 1991, Krishnamurti Foundation of America.
Preguntas y respuestas de las pláticas en Colombo, del 1 y del 8 de enero de 1950, y de la plática en Londres, del 15 de abril de 1952: *Obras Completas de J. Krishnamurti*, vol. VI. Copyright 1991, Krishnamurti Foundation of America.
Preguntas y respuestas de las pláticas en Bombay, del 15 de febrero de 1953, y en Ojai, del 10 de agosto de 1952: *Obras Completas de J. Krishnamurti*, vol. VII. Copyright 1991, Krishnamurti Foundation of America.
Preguntas y respuestas de las pláticas en Bombay, del 10 de febrero de 1954 y 20 de febrero de 1955: *Obras Completas de J. Krishnamurti*, vol. VIII. Copyright 1991, Krishnamurti Foundation of America.
Preguntas y respuestas de las pláticas en Amsterdam, del 19 y 26 de mayo de 1955; de las pláticas en Ojai, del 14 y 21 de agosto de 1955, y de las pláticas en Bombay, del 25 y 28 de marzo de 1956: *Obras Completas*

de J. Krishnamurti, vol. IX. Copyright 1991, Krishnamurti Foundation of America.

Preguntas y respuestas de las pláticas en Hamburgo, del 15 de septiembre de 1956, y en Nueva Delhi, del 10 de octubre de 1956: *Obras Completas de J. Krishnamurti*, vol. X. Copyright 1991, Krishnamurti Foundation of America.

Preguntas y respuestas de la plática en Saanen, del 19 de julio de 1966: *Obras Completas de J. Krishnamurti*, vol. XVI. Copyright 1991, Krishnamurti Foundation of America.

«Problemas y evasiones», «Obsesión», «Seguridad», «Ira» y «Autoestima»: *Comentarios sobre el vivir*. Copyright 1956, Krishnamurti Foundation of America.

«Condicionamiento» y «Tempestad en la mente»: *Comentarios sobre el vivir: Segunda serie*. Copyright 1958, Krishnamurti Foundation of America.

«Iluminación» (Capítulo 7): *Conversaciones*. Copyright 1970, Krishnamurti Foundation Trust, Ltd.

«¿Por qué existe el dolor de la muerte?» (capítulo 4): *La verdadera revolución*. Copyright 1970, Krishnamurti Foundation Trust, Ltd.

«¿Existe Dios?», «Sufrimiento», «La vida religiosa»: *Urge un cambio psicológico*. Copyright 1970, Krishnamurti Foundation Trust, Ltd.

«Sobre la verdadera negación»: *De la educación*. Copyright 1974, Krishnamurti Foundation Trust, Ltd.

«Una bendición de gran santidad»: *Diario de Krishnamurti*. Copyright 1976, Krishnamurti Foundation Trust, Ltd.

«Sentir por todos los seres vivos», «¿Cuál es el futuro de la humanidad?»: *El último diario*. Copyright 1987, Krishnamurti Foundation Trust, Ltd.

«Comprensión del funcionamiento del ego»: *Cartas a las escuelas*. Copyright 1981, Krishnamurti Foundation Trust, Ltd.

Pregunta y respuesta: *Encuentro con la vida*. Copyright 1993, Krishnamurti Foundation Trust, Ltd.

KRISHNAMURTI

ANTOLOGÍA BÁSICA

Esta recopilación está concebida especialmente para aquellos que deseen acercarse por vez primera al pensamiento de Krishnamurti, uno de los filósofos y maestros espirituales más importantes de los últimos tiempos. Para ello, se han tenido en cuenta dos criterios básicos: los problemas a los que todos nos enfrentamos en la vida diaria y el modo peculiar que tiene Krishnamurti de abordarlos.

Krishnamurti afirmó que la verdad está más allá de la mente, más allá del conocimiento formulado o imaginado, y que, en la búsqueda de la verdad, el primer paso es el último paso. Desde esta perspectiva, todos podemos considerarnos principiantes en la comprensión del significado de la vida, y de este modo esta magnífica antología puede resultar una obra de gran utilidad para todos los lectores.

Una obra de consulta y reflexión plena de sabiduría que el lector apreciará en todo su valor y que nos hará reflexionar sobre los diversos aspectos de la vida cotidiana.

ISBN 84-414-0226-4





7

KRISHNAMURTI ANTOLOGÍA BÁSICA



EDAF